

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

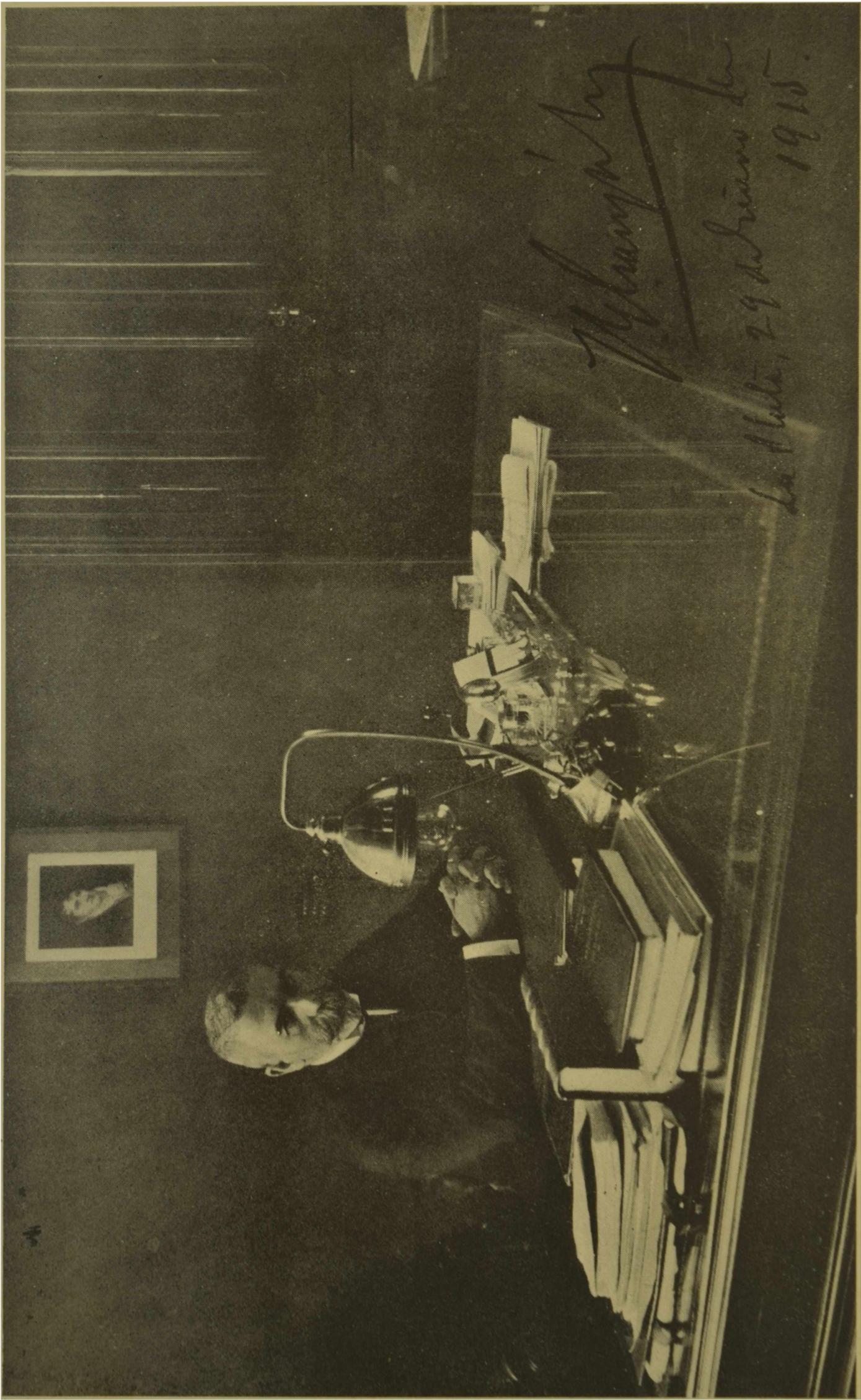
*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XXII

BUENOS AIRES

1936

OBRAS COMPLETAS
DE
JOAQUIN V. GONZALEZ



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XXII

BUENOS AIRES

1936

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ley.
IMPRESA MERCATALI, ACOYTE 271. — BUENOS AIRES.

MEDITACIONES HISTORICAS

1920 - 1922

Esta obra fué publicada con su primitivo título de *Estudios de Historia Argentina*. Se reimprime ahora con el de *Meditaciones históricas*, que le diera definitivamente su autor, corregidos los numerosos errores que la edición original contiene.

I

EL DOGMA DE MAYO

EL DOGMA DE MAYO

Por comparación con lo que dijo de las religiones un pensador político del Renacimiento, de compleja mentalidad, podemos afirmar como una ley indudable que el único medio de salvar el alma de una nacionalidad que decae o se desnaturaliza, es volverla a sus orígenes. Se ha repetido siempre por oradores sagrados y laicos, que religión y patria eran conceptos inseparables, o por lo menos que se integraban, y la moderna filosofía política comienza a enunciar el principio de que todos los credos sociales que aspiran a perpetuarse llevan en sí algo de religión; así el socialismo y el comunismo, y así la democracia en su sentido más intenso y práctico. Lord Bryce, en su obra monumental sobre las *Democracias modernas*, empieza por esta aclaración: “El término *democracia* ha sido en estos últimos años vagamente usado para significar a veces un estado social, a veces un estado de espíritu, y otras una cualidad de costumbres o maneras de ser. Se ha llegado hasta relacionarla con toda clase de asociaciones, atractivas o repulsivas, éticas o poéticas, y aun religiosas. Pero la democracia en la realidad expresa nada más y nada menos que la norma según la cual la totalidad de un pueblo manifiesta su voluntad soberana por medio de sus sufragios”. He ahí la definición de un político, la cual, sin excluir las ampliaciones sociales y religiosas que algunos escritores recientes le agregan, dice el sentido práctico y experimental de la institución, tal como se manifiesta en la vida de las sociedades actuales. Los mismos autores que, como H. J. Cope, dan las definiciones más idealistas hasta el misticismo, no excluyen la indestructible y más comprensiva de Abraham Lincoln de “Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. Bajo

esta faz la democracia, como norma de gobierno, llegaría hasta volverse incompatible con la existencia de sistemas monárquicos, aristocráticos y autocráticos, de hecho, fuese cual fuese su declaración escrita o verbal. El progreso de las ideas democráticas en el mundo, como quiera que hoy se concilia con aquellas formas, tendrá ese horizonte ilimitado para su expansión, y campo de futuras revoluciones, ya éstas se realicen por la violencia, ya por la evolución, que parece ser la característica dominante de las actuales.

Nuestra Historia — bien sabido es — no ha podido todavía profundizar en los sentidos específicos de la Revolución de Mayo. El elemento político y militar ha ocupado la casi totalidad del escenario del siglo independiente. Las vicisitudes de la guerra, las complicaciones civiles y las alternativas con los despotismos militares y caudillescos que han ocupado casi la mitad de nuestra vida nacional, no han dejado manifestarse en la experiencia, sino en la lucha por la realidad, el espíritu democrático de la generación de 1810. Esto, no obstante los escritos de los apóstoles y los discursos de los tribunos de la primera hora, y a pesar de las fugitivas pruebas que en los momentos de tregua de la anarquía y el separatismo, pudieron realizarse, con Rivadavia en 1821, en cuyo fugaz período de Gobierno pudo plantearse en los hechos el carácter liberal y democrático del programa de Mayo; el cual no sólo tenía sus raíces en antiguas aspiraciones del alma argentina desde la era colonial, sino que entroncaba más directamente con las revoluciones europeas y la americana, representadas por la política combinada de los Gabinetes de Londres y Wáshington, en su lucha gigantesca contra la siniestra confabulación de los imperios autocráticos del centro de Europa, empeñados en galvanizar la caduca monarquía francesa y mantener en su posición de potencia colonial a la decadente monarquía española, a las cuales arrastraron en sus complicadas redes y en su caída irremediable. Así, la Revolución sudamericana, que, no obstante sus precursores de otras regiones, tuvo en la plaza de Mayo y en su Cabildo su verda-

dero impulso inicial, nacía emparentada con los principios republicanos y democráticos que, originados en las seculares luchas inglesas, se concretan en la declaración de derechos de la Revolución norteamericana, según la cual se define por primera vez en forma de voluntad y de acción, la democracia, como un estado natural de la sociedad política en que todos sus hombres tienen originariamente iguales derechos para la persecución del bienestar individual y colectivo.

Si la democracia consiste, según el concepto político, en la condición de la libre y soberana voluntad de todo un pueblo expresada por el sufragio, todas las modalidades de la guerra civil argentina, desde el alba misma de la gran lucha emancipadora, se desarrollan en la forma del constante anhelo de las inteligencias directivas e inspiradoras de la opinión, hacia la creación de un Gobierno de aquel tipo y carácter. Así lo encarnaron Moreno y Rivadavia, en los primeros años, y apenas se bosquejaba en las intermitencias de las discordias intestinas alguna promesa de estabilidad y de administración. Y aun durante las más violentas convulsiones de la anarquía, el pensamiento democrático no dejó de revelarse por la palabra o la pluma de los tribunos y escritores, ya en los propios papeles públicos de azarosa vida, ya en la persistente prédica de los emigrados de la tiranía de Rosas, quienes no perdieron la fe en la liberación y en el advenimiento de una era orgánica en la cual habían de tomar definitiva e imperativa forma los principios que, según todos ellos, eran el alma de la Revolución misma, que no pudieron ahogar ni las tentativas reaccionarias, ni las realidades terribles de las dictaduras locales y generales que llenan la Historia argentina hasta 1852. Como para comprobar los altos significados éticos de la doctrina democrática, así como su potencia creadora e impulsiva de toda energía, ni la irrupción de las masas gauchas de las campañas y los lejanos bosques y llanos interiores o litorales, ni el asalto de los Gobiernos de hecho por los caudillos afortunados, que van hasta fundar Estados de despotismos personales sin contralor ni perfiles institucionales, pu-

dieron matar en el germen, ni en su fecundo dinamismo externo los núcleos cultos, las inteligencias superiores, los progresos sociales que dentro y fuera de la República mantuvieron en toda su pureza los ideales originarios de la Independencia. Aparecía, y ahora se ve en su plena claridad, que este movimiento no fué un simple propósito de cambiar un Gobierno por otro, ni segregar la vasta región del Virreinato de sus dominadores coloniales, sino el designio íntimo de un pueblo que se sentía dueño de sí mismo, de fundar en esta parte del mundo una entidad nacional capaz de realizar los altos y permanentes fines de la sociedad civilizada para sus propios miembros y para los demás hombres de la tierra, en aquel instante histórico en que las autocracias cerradas de la vieja Europa pugnaban por apretar los cerrojos de las prisiones y fortalezas de donde acababan de evadirse todas las libertades conquistadas por la Filosofía y la espontánea expansión del espíritu humano.

Los sociólogos actuales, que juzgan la evolución argentina por la labor realizada durante más de un siglo, y por comparación con la de otras naciones hermanas del mismo Continente, si bien no pueden penetrar en las intimidades de nuestra psicología colectiva y de nuestros problemas puramente internos, reconocen, sin embargo, que hemos sido los más flagelados por las disensiones civiles, por los caudillos de sable y por las masas inorgánicas, que retardaron nuestra entrada en la corriente civilizada del mundo; y mostrándose más atentos al estudio de las leyes histórico-sociales, expresan su juicio franco sobre las causas de nuestra repentina reacción sobre el pasado inorgánico y bárbaro, diciendo que provienen de la calidad esencial de las razas dominantes en la composición étnica de la población, y a la influencia moderadora y guiadora de la inmigración extranjera, que vino a substituir la preocupación militar por la del trabajo, y la correría estéril de la indiada y la montonera por la fijación de fronteras seguras para la cría de ganados y sembrados extensivos, y para las vías férreas, que habían de suprimir los ais-

lamentos hostiles, y disolver las madrigueras de las hordas de uno y otro carácter. Pero si esas causas de reacción civilizadora son verdaderas, ellas son, en realidad, efectos de las ideas capitales que inspiraron lo que en plena tiranía se denominó el Dogma de Mayo, y el cual pudo condensar las más vigorosas y juveniles fuerzas morales e intelectuales, creadas en la brega de tres décadas dolorosas. Y ese *dogma*, o, más bien, declaración de principios de acción educadora y reconstructiva de la sociedad argentina desquiciada por la anarquía y las dictaduras, según el pensamiento de sus autores, sólo era la expresión orgánica de la idea inicial de 1810, confirmada irrevocablemente en 1816, y que, a través de las posteriores convulsiones de 1852 a 1860, habían de reanudar la evolución institucional intermitente hasta fijarse en la Constitución definitiva. Los hombres que encarnaron los principios enunciados en el Dogma de la Asociación de Mayo, y forman la constelación intelectual más brillante de nuestra Historia, si bien continúan en su conjunto la tradición de los antagonismos federales y unitarios de 1824 y 1828, en ese momento realizan la más fecunda de las conjunciones inspirada en el supremo ideal de la unidad de la patria y la solidaridad en el de la democracia; y aunque dispersas y eclipsadas por los excesos sangrientos de la tiranía, ellas reaparecen en plano superior después de Caseros, para transformar en lucha institucional y en rivalidades de acción las querellas inorgánicas que dieron en tierra con las libertades nacientes después de la tragedia de Navarro.

Pero el propósito de estas líneas no es precisamente el de una revisión histórica general, sino el de demostrar la persistencia incontenible de la idea democrática en toda la evolución constitucional, así en su período caótico de 1810 a 1826, como en la propaganda revolucionaria contra la dictadura, y, por fin, durante la agitada década de la disidencia de Buenos Aires, en cuyos debates de Legislaturas y Convenciones aquel principio se mantiene como el hilo conductor de todas las realizaciones doctrinales y de todas las soluciones prác-

ticas. En ningún pueblo de nuestro medio geográfico, y en muy pocos de lejanos Continentes, por circunstancias propias, el poder de las ideas ha sido más decisivo que en el nuestro, en la obra constitutiva de su Gobierno. En realidad, la Constitución estaba modelada desde hacía mucho tiempo, no sólo en sus cláusulas escritas, sino, lo que es más esencial, en su espíritu y tendencias, en los escritos de los pensadores y tribunos de la emigración y de la época anterior a Rosas: Echeverría, Gutiérrez, Mitre, Alberdi, Sarmiento, Vélez Sársfield y otros, que recogieron de la ciencia europea y americana las normas escritas que habían de encauzar las más íntimas aspiraciones sociales y políticas de la Nación, las legaron y expresaron de viva voz y por escrito en las Asambleas constituyentes de Santa Fe y Buenos Aires, formando la *conciencia democrática* que presidió a sus sanciones, y definiendo y consignándolo en la Carta, el *espíritu democrático* que inspira todo su organismo; no obstante que el comentario académico y el sectario no han dejado de sugerir a veces la extraña opinión de que no existe en la Constitución argentina el elemento democrático, sino un marcado carácter reaccionario que da pábulo a novísimas *reivindicaciones*, más tendenciosas que justificadas dentro del amplio cauce de los preceptos directivos de la legislación bajo nuestro sistema de Gobierno. Los escollos que las escuelas o tendencias avanzadas creen hallar en la Constitución contra sus aspiraciones, no proceden de ella, sino del espíritu con que el pueblo, los Partidos y los Gobiernos la entienden y la practican; y no es, por cierto, culpa de ella, ni de ambigüedad ni obscuridad de sus textos, sino de la estrechez, insuficiencia o tendencia de los grupos militantes, la falta de ambiente o de estímulo para ciertas reformas, que se cree derivadas de la letra constitucional. Y cuando se contempla la situación actual del problema de la realización democrática escrita, con relación a la práctica, se creería en un total naufragio de la idea inicial de la Revolución de Mayo, de las expresadas por los autores de la Constitución, y de las establecidas por la jurisprudencia y la experiencia judi-

cial, legislativa y aun administrativa, desde que existen Poderes regulares en el Gobierno argentino.

La Constitución no tiene la culpa de nada de esto: en todo caso, la culpa, si tal puede llamarse a un hecho que es fatal consecuencia de viejos errores acumulados, se hallaría en la propia Historia, al no haber tenido en cuenta las tristes realidades relativas a la cultura política de la masa llamada a realizar una *democracia*, es decir, una conciencia colectiva sobre sus calidades de tal, capaz de regirse a sí misma y de imprimir al Gobierno los caracteres progresivos de tal forma institucional. No es defecto de la Constitución, por cierto, el que aun persistan con toda su fuerza regresiva, los elementos todavía no extinguidos que por ser olvidados o no dirigidos con acierto, trajeron las reminiscencias de barbarie de tres períodos históricos que creyéronse eliminados por la educación democrática de medio siglo; ni es culpa de la Constitución, sino de una política apresurada, imprevisora e indolente, el hecho visible de la desnaturalización del sentimiento de la nacionalidad originaria, como diluído o enfriado por los aluviones humanos que llamamos y albergamos, sin una política que regule el ritmo de crecimiento de la marea incesante, ni el de su aclimatación, empleo o asimilación al fondo racial nativo.

Tanto los Congresos como los Gabinetes ejecutivos de la Nación, desde Urquiza hasta hace un lustro, con todas sus intermitencias y defectos, desviaciones y caídas, se han mantenido dentro de una línea general ascendente en el sentido de la formación democrática; y si, en realidad, la libertad del sufragio, o la verdad representativa, han marchado lentamente en las leyes y hábitos del pueblo, no puede negarse que un marcado espíritu de cultura, de tolerancia, de respeto y de decoro iba acentuándose cada día con mayor celeridad, hasta señalarse reformas avanzadas en la legislación electoral, al propio tiempo que se confiaba a la tarea de la enseñanza pública la más importante y decisiva labor preparatoria de la vida cívica. Ni se ha dado nunca el caso de una

abierta y declarada política, si tal puede llamarse, de un Gobierno ejecutivo que a título de reparaciones o reivindicaciones históricas o partidarias prescinda de las formas esenciales, anule los Poderes, desconozca las leyes y convierta los resortes constitucionales de seguridad y garantía de las libertades colectivas, en resortes e instrumentos de exclusivo provecho de la agrupación política oficial, y se coloque fuera, no sólo del espíritu, sino de las formas elementales de todo régimen democrático. Porque si, como hemos dicho al comenzar, adoptando la sencilla definición de Bryce, la democracia consiste en la manifestación de la voluntad de un pueblo por medio de sus votos, y si las leyes electorales disponen las normas, prescripciones y penalidades relativas a la realización de tal derecho y función, no se concibe cómo puede llamarse democrático un régimen en el cual todos los órganos principales y subalternos del Estado se hallan reducidos a la exclusiva tarea de uniformar y regimentar el elemento sufragante de un solo Partido político, privando a los demás de las facilidades y libertades efectivas para desenvolverse a su vez bajo la protección de las mismas leyes y autoridades tutelares. Por tales modos, el progreso grande o pequeño que la educación democrática del pueblo argentino había realizado hasta ahora aparece suprimido de pronto por una violenta regresión a los procedimientos caudillescos de las épocas inorgánicas, en que las agrupaciones no obedecen a un propósito institucional, social o político común, sino al arrastre personal que ejerce por el temor, la simpatía o el interés, un jefe o conductor, o tribuno, o político, con la sola mira hacia la elevación individual o de su círculo o núcleo de amigos.

Si como ha podido comprobarse en un lustro de experiencia del régimen dominante, todas las funciones de valor ético, moral o espiritual, que van incluídas en la más vasta y general función del Gobierno, se subordinan a un interés o a un propósito mecánico de logro o de predominio incontrastable de un solo Partido, sin la colaboración de los demás en ninguna forma, la esencia de la democracia ha desapare-

cido, para ser reemplazada por una dictadura de hecho, en la cual queda eliminado el poder de la opinión pública, sin la cual no se concibe régimen representativo, que se define precisamente por el hecho de constituir la opinión pública un verdadero Poder, fuente y regulador de todos los demás del organismo constitucional. Entonces ya no rige ni tiene valor alguno el elemento esencial de la democracia, que es la voluntad de todo un pueblo, de elegir sus mandatarios e inspirar la legislación de acuerdo con los intereses y el bienestar de todos, sino que éste se halla sustituido por una oligarquía de hecho, formada por los hombres del poder, quienes, en lugar de la candidatura popular, erigen en sistema la candidatura oficial; esa usurpación de todo derecho político que la legislación y cultura de todas las democracias modernas se han esforzado por suprimir de las prácticas políticas, y que la actual ley electoral argentina se había propuesto convertir en un verdadero delito, por atentatorio contra la más sagrada de las libertades, la que califica al ciudadano, unidad atómica de ese todo social que se denomina una democracia. Por tal absorción mecánica de toda libertad cívica, monopolizada por el Gobierno, se ha llegado a sugerir la creencia en la bancarrota del régimen constitucional, y a sembrar en los espíritus de mucha gente la desilusión, el desaliento y la desconfianza en la virtud de las instituciones que tanto ha costado establecer; se ha hecho perder la confianza en la estabilidad de la paz interior, amenazada por la agresión oficial, en la seguridad del trabajo de nacionales y extranjeros, fundada en el respeto de las formas legales y en la completa o relativa protección de la autoridad pública sobre el goce de las garantías de la vida, la propiedad y la industria; y en la impotencia material de los ciudadanos excluidos u hostilizados en el goce de sus derechos, se crea algo peor, una conciencia colectiva de la inutilidad de todo esfuerzo cívico y por consiguiente, una anulación total de toda iniciativa, de todo movimiento espontáneo, de todo signo de vitalidad de la masa social.

Nosotros no participamos, a pesar de la apariencia abrumadora de los signos de la degeneración, del temor, ya muy generalizado, del derrumbamiento del edificio constitucional de la República; y al mantener nuestra esperanza contraria, tampoco queremos atenuar en lo más mínimo la gravedad de los excesos que han conducido a este Gobierno al borde de la dictadura, sino que nos fundamos en una creencia en la virtud conservadora que caracteriza a la sociedad nacional, robustecida por el valioso aporte de serenidad, equilibrio y resistencia, que le allega la numerosa población extranjera radicada en el país, la cual, si no ejerce vida militante en la política, constituye una fuerza enorme de contención de todos los miembros del organismo nacional, que, lanzados al acaso de sus fuerzas exclusivas, quizá amenazasen desmoronamiento o desarticulaciones peligrosas. Pensamos que, con todas nuestras imperfecciones y fallas en la comprensión y práctica de nuestras instituciones fundamentales, ya podemos considerarlas incorporadas a la conciencia colectiva, al menos en sus caracteres más esenciales, a punto de que las crisis de fuerza o de corrupción que a veces la han asaltado en su camino no han desquiciado su contextura total, y los hechos que la pusieron en peligro, como las numerosas revoluciones y fraudes históricos de nuestra accidentada vida política, pasaron al registro de los delitos o crímenes de la jurisdicción legal, sin desmembrar las secciones vitales de la fábrica. Por graves que sean, como son en realidad, los desmedros introducidos en el régimen de las autonomías federativas de las Provincias, y en los privilegios y fueros del Poder Legislativo, nunca más hollados y manoseados que ahora, no podemos ni debemos perder la esperanza en un próximo restablecimiento del equilibrio normal, por más que para ello debamos, una vez más en el curso de la Historia, someternos a la triste ley de los hechos consumados, y seguir sembrando y cosechando, y edificando sobre ese mismo terreno viciado por esas taras originarias. Triste ley del hecho consumado que como fuegos mal extinguidos suelen esconder una brasa

viva debajo de las cenizas, la cual en momento inesperado, renueva el incendio y la ruina: son las revoluciones del mañana, los estallidos de las injusticias consumadas y no reparadas; son las incertidumbres que mantienen en los pueblos las inquietudes y las inseguridades, enemigas de toda fundación perdurable.

Qué lejos estamos, pues, de esos estados de cultura social y política que inspiran a los modernos filósofos sus conceptos éticos, poéticos y místicos sobre la democracia, esos mismos que respiran en los primeros actos de la Revolución de Mayo, que se perfilan en valientes innovaciones bajo la inspiración de Rivadavia, y se erigen en dogma de liberación y de vida imperecedera en el programa de la Asociación de Mayo, que Echeverría tradujo como el pensar y el sentir de la generación de 1837, en su estilo saturado de revelaciones y visiones de porvenir. Religión, arte, poderío moral, eran atributos esenciales de la democracia concebida en Mayo, exaltada en la prédica revolucionaria contra la tiranía, y fijada en fórmulas luminosas en la Carta de 1852-1860, por la magna conjunción patriótica que integra la unidad territorial y política de la Nación. Al leer las páginas vibrantes del *Dogma socialista*, sentimos la evocación de un gran precursor de lo que hoy los filósofos presienten como una *democracia espiritual*, y que Mazzini convirtió en un hondo aforismo y en una verdadera profecía, al decir que “aquel que logre espiritualizar la democracia, ése dominará el mundo”. Es la ferviente labor contemporánea de los conductores de las cultas sociedades europeas, aleccionadas por las revelaciones de la gran guerra, según las cuales no es ya una abstracción o una vaguedad decir que en la democracia va incluido un principio religioso, poético y ético, porque un fuerte vínculo de alma es lo que da cohesión a la masa llamada sociedad, pueblo, nación y humanidad. Así, un noble talento crítico del día puede afirmar que “al lado de nuestra democracia política, y sirviéndole de sostén, se ha desarrollado el concepto de una democracia espiritual basada en el per-

sonal aspecto de la universalidad de la verdad religiosa”, con prescindencia de dogmas y exclusivismos militantes. El predominio de los métodos regresivos de la fuerza, instrumento de los despotismos personales, engendra la disgregación social, la disolución y la muerte. La afirmación del sentimiento de la democracia, como ideal político, ético, poético y aun religioso, da nacimiento a esa fuerza eterna de cohesión que es la simpatía y el amor. Este comienza a obrar su milagro en el hogar, para ensancharse en la ciudad y la Nación, hasta unir en la misma comunión la humanidad entera. En ambiente de libertad sólo es posible este milagro: los despotismos personales, al erigir en fuerzas de disciplina el temor, el interés o la ambición dominadora, crean una causa de odio y de disociación permanentes, que se propaga hasta los confines del mundo e impide toda expansión espiritual. Los iniciadores de la Revolución de Mayo y sus ejecutores testamentarios en la gran Carta de las libertades de la Nación Argentina tuvieron un instante glorioso de amor humano: los primeros, cuando proclamaron la libertad de su suelo para convertirlo en un hogar seguro de la democracia, y los segundos cuando, después de medio siglo de luchas y de inmolaciones, consignaron en el pórtico de la Constitución esta insuperada promesa: “asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”. La democracia es un vínculo de familia que se vuelve universal por su propia virtud y, por ella misma, una religión. Por eso en este día de la más alta conmemoración patriótica, y cuando tantos signos parecen anunciar un eclipse indefinido de todo nuestro legado histórico, recordamos el consejo del pensador del Renacimiento: el único medio de volver a la vida las instituciones que se desnaturalizan o corrompen, es volverlas a sus orígenes; para nosotros, el dogma democrático de Mayo, realizado en la Constitución republicano-democrática de 1853-1860.

25 de mayo de 1922.

II

LA DECLARACION DE 1816

LA DECLARACION DE 1816

Muchas veces ocurre que un acontecimiento histórico se lo refiere y se lo comenta siempre de la misma manera, hasta causar el tedio, por ese inevitable efecto de las cosas sabidas y recitadas como un rezo. Pero un buen día, por la evolución ambiente de las ideas y del sentir colectivos, ese hecho, convertido en un axioma, cambia de aspecto, toma nuevo relieve o aparece con un significado distinto, lo mismo que una estatua fija en cierto punto y que, puesta a los rayos de luz diferente, cobra expresión desconocida, y hasta deja una sonrisa que antes nadie le había advertido.

No será absoluta la comparación con el suceso de que hablaremos aquí, en esta fecha de tanto valor en el proceso orgánico de la Nación, pero ella es aplicable en buena parte a la interpretación de la misma a la luz de las nuevas corrientes de opinión que sobre el sentido de la democracia representativa nos vienen desde los focos que la produjeron y la alimentan sin cesar. La luz que ha inundado las viejas estatuas de la ciencia o la creencia tradicionales en el Viejo Mundo, ha llegado a todas partes, cuando la guerra europea, como quien derriba un muro milenario y sombrío, ha despejado el horizonte enturbiado de las antiguas formas, postulados y armazones sociales y gubernativos, para dejar ver el paisaje real, en toda su claridad originaria, y dominar inmensas, insospechadas perspectivas: es que la ciencia escrita, convertida en leyes escritas y traducida en hábitos, también escritos, a fuerza de persistencia y rutina, o interesada estabilidad, acabó por envolver como en un velo de polvo, o de

niebla, semejante a una media luz religiosa, los movimientos de la vida efectiva de los pueblos, vistos allí en sus campiñas, en sus valles, en sus selvas, en sus desiertos, en sus montes, en sus habitáculos de las grandes y pequeñas urbes, donde, por encima o por debajo de las fórmulas, han venido desarrollando una sensibilidad, una conciencia, un hábito y un ideal distintos de los leídos a través de las escrituras usuales; y así, cuando la guerra ha descorrido o roto o quemado el velo, se ha despertado todo aquel enjambre y de sorpresa en sorpresa, para el ojo rutinario, va ensanchándose, tomando varias formas insospechadas, invadiendo lugares y regiones de la sociedad política que antes no se imaginaba como posible.

Cierto es que siempre han existido estas palabras — república, representación, democracia, sufragio, soberanía, — pero también es cierto que una cierta ciencia legal o jurídica les daba una forma invariable y una aplicación igualmente isocrónica, hasta el punto de que no pocas veces el pueblo, el soberano, el representado, el elector, no se daba cuenta de cómo, ni cuándo, ni para qué, había realizado tales funciones. Era que la *representación*, ejercía el papel del espacio brumoso entre el ojo del observador y el objeto observado; especie de espejismo muy común en los viajes penosos de otro tiempo por llanos o montañas.

Después que se han consumado algunos ciclos de educación popular, que las mismas masas humanas se han dado cuenta de lo que vale el factor individual o colectivo de la voluntad y de la acción, y que ha sido proclamado desde altos collados un nuevo verbo democrático, esto es, un nuevo modo de entender la relación entre la voluntad-acción creadora y la función social o política, la masa se ha animado, como si el barro hubiese cobrado la cohesión y el movimiento de las orugas o gusanos que lo habitan en colonias infinitesimales, y haciendo pie, tomando posesión de sí mismas, acortando o suprimiendo las distancias espaciales, se han puesto en la tarea de recorrerlos por sí mismos y verificar la realidad de la función antes confiada sin mayor intervención suya

a sus representantes, mandatarios, tutores y substitutos de toda clase y denominación.

Un sentido diferente — que casi parece otra cosa distinta en substancia, — ha nacido de la democracia, y como una claridad intensa ha empezado a iluminar todos los rincones y los intersticios de las antiguas construcciones históricas, legales, sociales, económicas y políticas. Pero lo que más se ha transformado es el sentido íntimo de la democracia. Ya no es esa palabra vana y proteica, sonora y alucinante de la oratoria comicial, que Aristófanes ya caricaturaba en su tiempo; ahora es un hecho, es una fuerza, es una ley social, que, penetrando como un fluído energético en los tejidos de la masa, la anima, la impulsa, la inspira y le da una finalidad propia.

Y lo más interesante de este fenómeno es que — como el descubrimiento de instrumentos ópticos poderosos, — aplicado al examen de antiguos sucesos, puede transmutar los valores históricos, y acercar las épocas unas a otras, y realizar como una perpetua actualidad de la vida del género humano. Acaso se confundan muchos de ellos después de siglos de separación y olvido; y, así, la vida democrática de las ciudades griegas venga a ser para nosotros en los días de hoy, un anticipo de realidades que anhelamos ahora como conquistas remotas. Volvemos al concepto simplista originario, de la relación entre el núcleo elector y el elegido, no como esas especies que mueren al dar a luz a su prole, sino como una función duradera y renovada, porque queda en pie y en constante acción productiva de voluntad y de energía, la masa humana que ha creado la agencia política. Cuando el mandato es consciente, porque ha surgido del seno recóndito de la masa, la relación entre el elector y el elegido no se extingue; sigue operando a distancia, porque la voluntad del foco está viva y activa. Entonces no hay entre aquélla y su agente más diferencia que la de cantidad y de nombres. Así, si la democracia directa no siempre es posible *in actu*, ella puede ser siempre una realidad *in potentia*, que sola es la virtud creadora permanente del hecho.

El cronista parlamentario de las sesiones famosas del Congreso de Tucumán, con mesura y concisión, a veces torturante, refiere cómo fué votada la Declaración de la Independencia de las Provincias Unidas de Sud América. Los historiadores han alumbrado el cuadro con luces más amplias de investigaciones más prolijas; y la verdad incommovible es que ese acto condensa en sí todo el sentido y el valor moral, social y político de la Revolución de Mayo: es Mayo mismo llevado al terreno de la realidad irrevocable. La vida de un pueblo, recién erguido en su conciencia total de ser, quedaba en garantía de la suprema proclamación ante el mundo. No era un lance de fuerza, de batallas o de matanzas más o menos impresionantes o aniquiladoras: fué un imperativo supremo del espíritu de una nación resuelta a vivir y ocupar su lugar en la historia viva del mundo.

Atestiguaba el hondo valor de esta decisión el estado desesperante de las fuerzas combatientes. Desde este punto de vista la Revolución se consideraba al borde de la ruina, y sólo confortaba las almas la fe y la decisión del general San Martín, en la victoria de su nuevo plan estratégico, al que daban seguridades materiales de éxito la guerra de Güemes al norte, el apoyo confiado y vidente de Pueyrredón y el irrevocable voto de *los pueblos*, pronunciado por sus representantes en Tucumán. Pero aquí mismo se revelaban la vacilación y la duda, en el pensamiento de una organización monárquica, de extracción extranjera e indígena, siquiera fuera provisional; porque es nuestra convicción que ninguno de los hombres que la prohicieron creyeron en ella, sino como un expediente ocasional; porque en el fondo de los hechos, todos ellos hablaban y obraban en el sentido de crear una nación republicana y democrática.

Este pensamiento se agita como una llama oculta en el fondo de todas las conciencias, durante el largo período de la simulación realista, que resuelven al fin Belgrano con su bandera y San Martín con su insistencia para la declaración de ruptura definitiva, y se traduce poco después en las Cons-

tituciones sucesivas y en la actitud inmortal de Rivadavia ante la amenaza dictatorial de Bolívar, que hizo vacilar a no pocas conciencias ilustradas. Cuando se remueven estas cuestiones, no se puede dejar de afirmar que la célula vital de la patria argentina se halla en este momento crítico en el cual se identifican las tendencias y los sentidos íntimos de la Revolución en una sola; y el 25 de mayo y el 9 de julio son la cifra indestructible de un solo símbolo, cuya lectura será: al pronunciarse el movimiento de Independencia de 1810 llevaba implícita e ineludible la triple finalidad: 1a., de la emancipación de la metrópoli y de toda dominación extraña; 2a., la constitución de una nación republicana y democrática; 3a., la unidad territorial de la entidad geográfica denominada *Provincias Unidas del Río de la Plata*. La Nación Argentina nació el 25 de mayo y tuvo su estado civil y espiritual el 9 de julio, por la sanción irrevocable de su personalidad histórica.

¿Cómo se desarrolla esta ecuación en los días aciagos, durante los cuales se resuelve la traslación del Congreso a Tucumán, y se decide la quema de las naves, ante la cerrazón pavorosa, anunciadora de todos los desastres internos y exteriores? Oigamos un momento el lenguaje tan sencillo como grandioso del más esencial documento de nuestra Historia cuando dice: “Declaramos solemnemente a la faz de la tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente... Quedan, en consecuencia, de hecho y de derecho con pleno y amplio poder para darse las formas que exija la justicia e impere el cúmulo de las actuales circunstancias”. Al final de la comunicación dirigida al director del Estado, se detiene sobre el punto de las dos fechas matrices, y como un mandato irrevocable para el futuro, más que toda ley de asambleas ordinarias: “El día 9 de julio será para

ellas como para nosotros tan recomendable, tan glorioso, como el 25 de mayo.”

Però debía ocuparse el Congreso del arduo problema de las formas de Gobierno que exijan la justicia y las circunstancias; y aquí debía comenzar la vía dolorosa que sólo concluye en 1862, después de Caseros, del 11 de noviembre y 6 de junio, y de Pavón. Y el cronista del Congreso refiere cómo en la sesión del 15 de julio, por moción del diputado Malavia, de que “con preferencia a todo otro asunto se tratase de la forma de Gobierno que debía adoptarse; y entonces tomó la palabra el diputado padre Oro, exponiendo que para proceder a declarar la forma de Gobierno era preciso consultar previamente a los pueblos... y que en caso de procederse sin aquel requisito, a adoptar el sistema monárquico constitucional, a que veía inclinados los votos de los representantes, se le permitiese retirarse del Congreso, declarando ante quién debía presentar la renuncia de su empleo...”

“¿De dónde había surgido esta gran voz?” — interrogamos nosotros con las palabras de Vélez Sársfield ante la revelación del orador de la Constitución de 1853. Surgía del fondo del alma nacional, amasada en los largos días de la Colonia, de las meditaciones silenciosas y de la unción de los hogares donde se elaboró la vocación de la libertad de un pueblo naciente, el cual, llamado a elegir su representante ante el Congreso nacional, lo arrancó de sí mismo, de su sangre y de sus huesos, como si él todo entero se hubiese corporizado en el mandato.

Sarmiento nos ha transmitido la biografía del reverendo padre fray Justo Santa María de Oro, autor de aquellas palabras memorables, que como un dique de montaña, como una sentencia divina, como un imperativo insuperable de la energía universal, debían detener el curso de los acontecimientos que en aquella corporación tenían su centro de convergencia. No era una inteligencia primitiva y empírica la de aquel fraile,

investido de tan alta representación ante el más grande de los Congresos de la Nación: su mente se había cultivado en los estudios de una noble ciencia, santificada y depurada de los artificios de la vieja escolástica, por la unción interior de una naturaleza selecta. Era un alma virtuosa que recibía de la comunidad una misión como un apostolado; era el milagro de la consubstanciación de la voluntad, del anhelo colectivo con el sentir y el pensar y el querer del elegido; era una porción de su propio cuerpo y de su propio espíritu que enviaba a la Suprema asamblea que debía resolver el destino de todos los pueblos argentinos.

El acto sencillo, casi balbuciente, del diputado sanjuanino, que en el momento de votar se reconcentra en sí mismo, examina su mandato en su esencia y sus alcances, y sin pensar en ninguna otra cosa externa, transitoria, circunstancial, prospectiva, política o diplomática, y sin recordar poderosas recomendaciones de los directores de la guerra y del Estado, ni el peso de las opiniones entrevistadas de sus colegas del Congreso, y de la presión ambiente, pronuncia el fallo de su conciencia íntima, la de *su pueblo comitenté*, — según el redactor, — ha sembrado para siempre la semilla de la democracia en la Nación Argentina y en toda región donde alcance su influencia. Y esa semilla, calentada por todos los ideales y anhelos indefinidos en aquella hora, pero latentes en el alma de la tierra, ha perdurado, ha pujado desde abajo, ha dejado sentir sus efluvios y sus inspiraciones en las luchas futuras y ha obrado las definitivas formas de la libertad constitucional.

Vanas fueron las argucias y las imposiciones de la razón de Estado; vanas fueron las asechanzas de la ambición y aun las sangrientas realidades de la anarquía y del despotismo; vanas las acometidas de la barbarie contra la naciente conciencia democrática: la fórmula pristina del mandato popular sobre la conciencia honrada, simple, incontaminada e inalterable, del diputado de Cuyo, repercute en las decisiones sucesivas de los Congresos de 1819, 1826, 1853, y uno de los

oradores del debate de junio de 1852, desde la Legislatura de Buenos Aires, y en crisis posteriores declaraba que el supremo mandato constitucional, el que definía la conducta de todos los Partidos orgánicos de la Nación, era el del Congreso de Tucumán, que significaba integridad territorial indivisible y espíritu democrático en la forma de gobierno. Por el poder de esa fórmula, por el valor de esa ecuación, representativa de todos los elementos espirituales y materiales de nuestra existencia nacional, no se disgregó la Nación en 1820, ni en 1827, ni en 1852 a 1862, ni se disgregará nunca más, para ser aquí como en Estados Unidos una verdad definitiva, en cuanto pueden serlo las cosas terrenas, el aforismo de Lincoln: “una reunión indestructible de Estados indestructibles”.

Nuestra Historia, como la de casi todos los grandes pueblos, puede formarse de la suma de muchas vidas individuales: son las de los caracteres representativos de sus diversas fases. Cuando se estudian los orígenes de nuestra institución republicana, y en su más intensa significación democrática, no aparece una figura de hombre que la sintetice más esencial y substancialmente que la del padre Oro, quien, sin referirnos a su investidura sacerdotal, se ofrece al observador contemporáneo como el representante místico del ideal superior que dirige la marcha de toda una nación hacia su destino. Su acto es una revelación de un *estado de alma* de que es la suya parte indivisible; y en ese misticismo concurre el doble efecto de su educación religiosa, prendida en una naturaleza de selección y predestinación, para dar unción sagrada a una sencilla vocación de la verdad.

Es ese mismo sentimiento o cualidad que ha inspirado a Mr. Francis Grierson su bello libro sobre el misticismo práctico de Abraham Lincoln, que el poeta Drinkwater ha llevado a la escena trágica en 1920. En una como en otra de estas creaciones recientes, sobre la base de la misma personalidad se ha construido el nuevo tipo histórico del místico político, el cual, consciente o inconsciente, latente o revelado,

obra las mismas maravillas de la fuerza moral e ideal, mucho más grande que los ejércitos y las armas de hierro o de fuego. El libertador de los esclavos, momentos antes de caer bajo el puñal de su asesino, habla a su pueblo desde su silla de espectador de un teatro y concluye: "sin malevolencia para nadie, con caridad para todos, nos toca a nosotros solos, mediante Dios, dar un nuevo nacimiento a la libertad, y hacer que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no perezca jamás sobre la tierra."

San Martín, sin palabras retóricas y en sencillo lenguaje de soldado-ciudadano, se coloca en la pléyade de los místicos prácticos que vivieron para un ideal único, y lo realizaron con su vida; y a medida que se releen con nuevo espíritu las páginas olvidadas de las viejas crónicas de la Revolución argentina, se irán descubriendo estrellas nuevas del cielo místico, antes incomprendidas; y será en un día de esos, cuando las ideas y formas de la democracia nuestra se hallen libres de los peligros a que las exponen todavía la ignorancia y el desvío de los ideales iniciales de la Revolución, que la figura serena y patriarcal del diputado de Cuyo se alzará con extraordinario y nuevo relieve, para atestiguar el enorme poder de la sinceridad y de la virtud como fundamento de toda Constitución democrática. Y si tal puede ser la orientación fija de nuestra educación familiar y pública, no se dude de que la semilla de la democracia, sembrada en las sesiones de julio de 1816, dará cada día frutos más espléndidos, y su árbol será símbolo imperecedero de una de las naciones más liberales, más cultas y honestas del mundo.

9 de julio de 1921.

III

EL SILENCIO DEL GENERAL SAN MARTIN

EL SILENCIO DEL GENERAL SAN MARTIN *

I

LA ESCUELA Y EL MODELO CIVICO

Mi primer deber, antes de empezar esta conversación, a que he sido tan gentilmente invitado por las autoridades del honorable Consejo, y de inmediato por mi distinguido amigo, el director del Museo, ya ilustre poeta argentino, señor Jordán, es agradecer al señor presidente, doctor Gallardo, la presentación tan gentil y tan bondadosa que ha hecho del que habla, y que por sí sola, viniendo de un espíritu tan selecto y nutrido de la verdadera ciencia, constituye una plena recompensa.

Además, me complace hondamente, volver a sentarme en esta tribuna, que con tanto placer ocupé hace unos años, para tratar de un tema semejante a éste: la personalidad del general San Martín; porque he dado en la preocupación de elevarme, por el camino de la investigación, a abarcar toda la magnitud de este personaje, por ver si puedo contribuir a encontrar alguna vez el tipo, el hombre representativo de la alta orientación que debe seguir el pueblo argentino en su proceso de formación definitiva. Porque así como los cuerpos errantes de la bóveda astral, según la opinión de un poeta o de un astrónomo, — porque al fin astrónomo y poeta por ahí se andan, — siguen la atracción o la dirección de

* Conversación en el salón de actos del Museo Escolar Sarmiento, el 13 de noviembre de 1920. (Versión taquigráfica).

un sol lejano, así los pueblos parece que debieran conducirse por la luz de una estrella espiritual perdida en el infinito, como para representar la eternidad del viaje de la vida.

Yo creo, sí, que los pueblos, como los fragmentos del mundo astral, necesitan estos guías supremos sin los cuales no habría voz de mando, ni dianas, ni tambor, ni signo alguno de llamada a las huestes humanas para mantener la unidad de la marcha. Es necesario el signo visual de la mente y de los ojos para que la grey humana no se desparrame en el camino, como se han desviado tantas que han perdido después su existencia.

Considero que es oportuno el momento para volver a hablar sobre San Martín. Lo he estudiado ya bajo tantas fases, en diversas conferencias, discursos y trabajos escritos, que temería incurrir en repeticiones, por las que pido disculpas desde luego. Ustedes saben qué vientos agitan hoy el espíritu humano. La guerra pasada ha sido tan profunda, tan vasta y tan violenta en sus sacudimientos, que ha removido hasta el fondo la conciencia universal y ha hecho ver algo como un mundo espiritual distinto; a tal punto, que la Historia de mañana se preguntará cómo fué el mundo antes y cómo empezó a ser después de la guerra de 1914 a 1918; cómo se pensaba antes y cómo se empezó a pensar después; esto se preguntará la Historia cuando los caracteres conjuntos de la guerra hayan llegado a definirse en forma concreta, y el espíritu de la humanidad los comprenda y los asimile, como a las sensaciones primitivas de su existencia.

No sé si se me podría calificar de nacionalista, pero si ustedes quieren darme una calificación, llámenme *nacionalista humano*; es decir, un hombre que cree que, así como para ser miembro de la colectividad humana hay que ser primero *hombre*, para ser miembro de la colectividad universal de las naciones, hay que ser primero *nación*; y no sé cómo podría entenderse esto, si no se da existencia personal inconfundible a estas entidades llamadas naciones, o sea, los individuos del mundo internacional.

Pretender destruir la personalidad humana, es destruir todo el Derecho humano, y pretender destruir la personalidad individual de las naciones, es destruir la trama en que se teje la vida colectiva del mundo. Hay que comprender que no debemos dejarnos marear o extraviar por estas fantásticas denominaciones que inventan el instinto de la lucha y el espíritu de la discordia; los cuales existen según la tradición bíblica, desde que el hombre apareció en el paraíso; porque hubo un ángel que desde el principio de los conflictos dramáticos de la vida, pronunció el *non serviam*, que parece ser un grito de rebelión del alma humana, una acentuación de la tendencia igualitaria de todos los hombres; porque ningún hombre debe *servir* a otro hombre, ninguna nación debe *servir* a otra nación, ya que todos los hombres y todas las naciones son iguales entre sí, potencialmente. Esto querría decir que el ideal no es establecer un régimen de servidumbre entre los hombres ni entre las naciones, sino fundar un régimen de equilibrio de la vida dentro de leyes universales, por las cuales se establezca la marcha uniforme y armónica, tanto de los hombres como de las naciones. Así llegarán todas juntas, quieran o no quieran, alguna vez, en el tiempo futuro, al punto aquel donde brilla la estrella ideal que guía sus pasos.

Si no se llega nunca, tanto mejor; así gozarán el alto placer ético de vivir juntos y unidos el mayor espacio de tiempo en el mundo. Y mejor sería no llegar nunca a la estrella, porque acaso fuera posible que al llegar se encendiese la guerra por el dominio exclusivo de la estrella.

Pero antes de entrar al asunto, y por razón de oportunidad, quiero dar al señor presidente y al auditorio, si acaso no la han conocido antes, y lo hago con verdadero júbilo patriótico, una grata nueva, desde que puede considerarse como tal, aquello en que vemos coincidir el pensamiento propio con el de hombres y civilizaciones mejores y más altas que la nuestra.

Cuando yo leía la resolución del Consejo, del 8 del pre-

sente, estableciendo las bases de la Enseñanza nacional, o definiendo el alcance del nacionalismo en la Enseñanza, acababa de leer también en la prensa de Londres la noticia de un movimiento semejante y del mismo significado y valor específico como principio docente, con motivo de las vacaciones del primer año escolar después de la guerra. Esto ha dado motivo a la manifestación espontánea del pensamiento nacional, no sólo en los niños sino en las más altas esferas sociales. Allí, en esas viejas sociedades, — desgraciadamente, nosotros no podemos congratularnos de lo mismo, — se ha hecho un verdadero culto el amor a la escuela, como un santuario que todos respetan y veneran por igual, y en el cual todos esperan como en la siembra mística de la que debe recogerse el fruto sagrado.

La escuela es para ellos el núcleo más importante de la vida de la Nación. Por eso cada vez que se abre o se cierra el curso escolar del año, se realiza una fiesta nacional, en que los niños son los dueños de casa, se difunden por las campiñas que amenizan con sus pintorescos trajes, mezcla de tradición y modernidad, y siempre amados de su pueblo. Concurren a estos actos todos los grandes personajes, y hasta el rey Eduardo, solía asistir a ellos y gozar con el espectáculo infantil y con la idea de vivir la vida de los niños por un momento.

Entre nosotros la escuela, es cierto que ha tenido grandes propagandistas y los tiene siempre, pero no ha conquistado todavía la gran popularidad que es de desear y han deseado todos nuestros hombres públicos, desde Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, — para no remontarnos a épocas anteriores, — hasta los últimos que hemos tenido el honor de regirla en grado más o menos prominente. Y las naciones de hoy caracterizan su cultura, según su grado de afección por la escuela.

En Inglaterra, como decía hace un momento, con motivo de las primeras vacaciones escolares después de la guerra, se ha producido un movimiento nuevo, tal como lo ex-

presa *The Times*, diciendo: “Un espíritu nuevo, — el espíritu de ciudadanía, — ha surgido en las escuelas. Entre los mismos niños parece existir un general deseo de comprender los problemas sociales del día, las exigencias del trabajo, el mensaje del cristianismo al mundo moderno.” (Esto en Inglaterra tiene un sentido que aquí no percibimos con exactitud). “Se muestran ansiosos por participar en la positiva labor de la vida, y caracterizarse por haberla realizado.”

Señala después la tendencia hacia una especialización mayor en los conocimientos, es decir, un cierto repudio del enciclopedismo escolar, que ha despertado siempre tantas discusiones entre nosotros. Y concluye en una forma concordante en absoluto con el párrafo 5º de la resolución del Consejo, diciendo: “Pero hablar en los idiomas de todos los hombres y de los ángeles, y comprender todos los conocimientos y todos los misterios, aun de la ciencia, no es el total deber del hombre, ni del niño”.

Yo he tenido verdadero placer al leer la resolución del Consejo del 8 de este mes, cuando dice: “Por una monstruosa aberración se está generalizando en todo el mundo la propaganda antipatriótica, substituyendo el amor patrio por la confraternidad universal, como si ambos sentimientos no fueran compatibles. Se pretende así disfrazar, con las seductoras apariencias de un vago amor a la humanidad abstracta, el odio concreto que ciertos espíritus anormales sienten hacia su prójimo. Estas ideas disolventes atraen a la juventud con el prestigio de toda novedad paradójal que consideran sinónimos de mejora y de progreso.

Una de las novedades más pintorescas consiste en substituir los sentimientos y afectos fundamentales del hombre, por un hueco y pedantesco cientifismo. Sólo quien no tenga la más remota idea de lo que es la ciencia, ni haya realizado jamás algún trabajo científico, puede creer que la ciencia o conocimiento puro sirva para marcar normas de conducta moral. La investigación científica procura, sin duda, emociones de orden superior, y a ella le debemos algunos de los mo-

mentos más bellos de la vida, pero carece de contenido ético eficaz.”

Yo he sostenido siempre que el espíritu científico debe presidir todos los conocimientos, desde la edad primaria hasta la superior. Y cuando digo *espíritu científico*, expresamente, como todos los grandes autores que tratan de esta materia, elimino el sentido de ciencia específica, que es el mismo pensamiento del señor presidente, en el párrafo de la resolución del Consejo, que acabo de leer.

El espíritu científico es el deseo de llegar a la verdad. Por eso es que los modernos escritores de ciencia didáctica aconsejan orientar las enseñanzas de la escuela, — naturalmente, en la época primaria, porque es donde más se discute el problema, — hacia la formación del espíritu científico; es decir, que predomine en el ánimo del niño, cuando abre un libro u oye la palabra del maestro, el deseo de llegar al conocimiento de la verdad; y una vez que se haya arraigado este sentimiento en su corazón, podremos decir que todo se ha salvado. No importa que se aprenda más o menos ciencia cuantitativa. Basta con que llegue a decirse: ya estamos en el camino de la verdad.

Por eso es que, como he dicho, hay que regocijarse de esta iniciativa venida tan oportunamente en este momento no sólo universal, sino especialmente argentino, en el cual, por efecto de la amplitud de nuestra Constitución, y de los sentimientos humanitarios de todos nuestros hombres públicos, desde la época orgánica hasta ahora, al abrir las playas, como el corazón, a todas las razas del mundo, sólo ahora, — debido precisamente a cierto grado de influencia del espíritu científico en la política, — se está comprendiendo la necesidad, no de restringir, ni de limitar la entrada de extranjeros, — porque la Constitución lo impide, — sino de seleccionarla. La selección es la ley de la vida, y si no se amplía el criterio selectivo en la vida material como en la vida moral, es como abandonar el deseo de vivir; porque la falta de selección rebaja constantemente el nivel de la vida, y acaba

por hacerla desaparecer. La selección, en fin, es necesaria en todas las cosas y muy especialmente en la formación del yo psicofísico, el yo humano, que se forma según la vieja expresión, de cuerpo y de alma, es decir, espíritu y materia, o dentro de cierto orden de ideas, de una unidad inseparable de materia y de alma.

Bien; si no adoptamos el criterio selectivo, no haremos escuela, ni sociedad, ni Nación, ni humanidad, porque el criterio contrario es degenerativo, y lo que degenera, desaparece. Yo he pensado mucho en la manera de realizar esta formación del espíritu nacional en la escuela, y de qué medios, y hasta dónde debe valerse la enseñanza para dar orientación acertada a esta idea; y, en síntesis, coincido con la opinión enunciada por el señor presidente del Consejo.

Patria no quiere decir lugar exclusivo de un solo hombre o de un solo pueblo. Patria, en síntesis, no significa más que *tierra de los padres* o, por extensión, tierra donde nacemos y nos perpetuamos. ¿A qué responde, entonces, la lucha que se ha creado alrededor de esta palabra? ¿Por qué se hace de esto una bandera de combate, cuando todos tienen y sienten la patria, aun los que la niegan?

Si ustedes leyeran la preciosa y conmovedora historia del escritor norteamericano Hare, titulada *El hombre sin patria*, verían este fenómeno en toda su realidad psíquica y humana. Es la historia de un joven marino, llamado Felipe Nolan, que, fascinado por el espíritu revolucionario y aventurero de Aarón Burr, llegó un día a creer que no le importaba nada la existencia de su propio país. Llamado a la Corte marcial e invitado a declarar su lealtad hacia los Estados Unidos, contestó con toda arrogancia: “¡Al diablo los Estados Unidos! ¡No quiero oír jamás el nombre de Estados Unidos!”. Oído esto por el Tribunal y con esa amplia libertad de criterio que tienen los jueces de tradición anglo-sajona, dijeron: la sentencia será que este joven marino no oiga jamás el nombre de Estados Unidos; será recluso en un buque de guerra, y sus jefes y oficiales quedan con la obligación de no de-

jarle oír, ni sentir, ni percibir en ninguna forma la existencia de Estados Unidos. Este joven marino, señores, murió consumido por la pena, suplicando en el momento de la muerte que lo sepultaran en el mar, porque había sido su hogar y lo amaba. “Pero, ¿querrá alguien colocar una piedra a su memoria en el fuerte de Adams o en Nueva Orleans? Y decid en ella: Phillip Nolan amó a su patria más que ninguno, pero ninguno como él fué indigno de su patria”. Durante el tiempo de su condena realizó hazañas inauditas en combates navales, y en uno de ellos, muerta la gente de la batería, saltó de su escondite, tomó las piezas de artillería, y salvó el buque y el honor de la marina. Volvió de nuevo a su camarín de detenido, y no escuchó una sola palabra de gratitud en nombre del pueblo que él había renegado... Pero al morir, su voto póstumo fué cumplido por sus compañeros de armas.

Será inútil que en las contiendas más extremas del pensamiento moderno, y en las crecientes agitaciones por el bienestar de la vida, lleguen a crearse palabras o credos que tengan por objeto la magnífica idea de la fundación de una patria universal. Yo también entreveo una patria universal. Todos la soñamos, la deseamos, y todos tratamos de hallar la fórmula de realización de esta palabra mágica que, desde antes de Cristo, viene agitando a la humanidad, y refleja la esperanza de vivir en armonía, y de que cada hombre tenga un hermano en cada hombre del mundo. ¿Pero es necesario que todos los hermanos vivan eternamente en la misma casa? No. No hay necesidad de que la casa de una familia originaria comprenda a todas las ramificaciones en que ella se divide. Y eso es lo que pasa con el género humano: las patrias no son sino las casas que las distintas ramas de la familia universal van ocupando sobre la superficie de la tierra.

Pero ¿acaso vamos a destruir las leyes de la vida que establecen la diferenciación humana, como existen entre los vegetales o entre los animales? ¿Acaso no existen dentro del mismo reino material distintas clases de vegetales y de ani-

males, algunas absolutamente antagónicas, y sin embargo, forman un concierto universal que los poetas y escritores se encargan de manifestar con el soplo de su inspiración poética?

II

EL SILENCIO DE TREINTA AÑOS

Pero me he apartado demasiado del tema. He querido expresar que entre los elementos de experimentación, — o de demostración experimental, — necesarios para desarrollar el sentimiento de cohesión nacional en la escuela, al lado de los elementos étnicos y naturales, de la naturaleza viviente animada o inanimada, se singulariza el hombre. Yo no soy antropocentrista. Creo que la vida universal no se condensa sólo en el hombre. Hay seres que llamamos inferiores, y acaso presentan manifestaciones específicas de vida superiores a la nuestra. Pero entre las fuerzas de la vida, la del hombre es la superior; entre las fuerzas conductoras de las multitudes, el prestigio del caudillo es la prueba de su energía incontrarrestable. Esto ha originado una curiosa escuela o tendencia que se revela más en unas razas que en otras, y particularmente, — por desgracia, — en nuestra raza latina: el predominio del personalismo entre las fuerzas directivas de la sociedad humana. De ahí, a endiosar al individuo, hay poca distancia; y de ahí, a convertirlo en árbitro del grupo social, no hay espacio perceptible; y de ahí, por fin, ha surgido en el seno de la sociedad política el tipo del tirano, del déspota, del dictador.

¿Qué es un tirano? En suma, él es una hechura de nuestra propia insuficiencia. Es el resultado, es la corporización de todas las deficiencias, de todos los vicios y negaciones de una sociedad ineducada e inculta, que exalta al individuo que por cualquier razón de afinidad específica, ha llegado a manifestarse superior a los demás en la acción y en el pensa-

miento. Quiere decir, — y aquí hago la mejor defensa de la Educación popular, — que al elevar el nivel de la cultura pública, los tiranos van desapareciendo, como los mástiles de un navío a medida que el nivel de las aguas se levanta.

Es necesario elevar el timbre del alma colectiva, porque, de lo contrario, no hay progreso ni selección histórica posibles, aunque algunos traten de negar y anular la influencia de las fuerzas morales, que son, en suma, las condensaciones superiores de todas las demás fuerzas. Y si hemos de tener el culto de las fuerzas morales, es indudable que la presencia del hombre superior en el movimiento dinámico de la civilización, es un hecho evidente e inevitable. Lo que deberá hacerse para evitar que ese hombre se convierta en un tirano o en un déspota, es formar un pueblo a su alrededor. Generalmente cuando hay un tirano, es porque no hay un pueblo; y en el orden político, cuando un hombre se alza con las libertades públicas, es porque esas libertades han sido abandonadas por los ciudadanos.

Así, pues, entre todas las maneras de enseñar y hacer nacionalismo en la escuela, está la de la elección de los tipos superiores, representativos de las más altas virtudes humanas para convertirlos en elemento objetivo de enseñanza; porque el niño no es un razonador; es un sensitivo. Y es necesario mostrarle la figura, el hombre, el prestigio visual, para que pueda penetrar y comprender las grandes virtudes que ese hombre encierra. Esto también conduce a abusos del elemento sensitivo o sensual, para hablar en términos filosóficos, en la impresionabilidad de los niños. De ahí vienen también muchos abusos, y los maestros saben hasta dónde llega este fetichismo en la Enseñanza, y esta adoración de los nombres propios; pésima y peligrosa escuela, por cierto.

Por esto es que se requiere en el maestro una alta cultura selectiva, para poder acertar en la elección de tipos individuales que ha de presentar a los niños como modelos para la comprensión de la moral personal, eligiendo los hombres

superiores cuyo carácter es y puede ser guía de la conducta política y civil de los demás hombres en cada país.

Desde que empecé a tener contacto con los libros históricos de nuestra patria, me formé un concepto propio sobre la grandeza moral de San Martín; y confieso que era un efecto negativo el que me llevaba a simpatizar con esta figura; porque lo veía tan mal comprendido y por eso, tan calumniado; y no me refiero sólo a sus contemporáneos, sino a muchos historiadores de época posterior y reciente. No debe ser un misterio para los que me escuchan, el diluvio de publicaciones nuevas y reeditadas, que como un coro de censuras y de sugerencias desfavorables, se lanza desde hace poco tiempo sobre aquella gran figura histórica, y de reflejo, o de paso, sobre nuestro propio país; que al fin y en el fondo, ahí puede hallarse la explicación de todo... Se combate, acaso, la figura de San Martín con un vago e impreciso sentimiento de celos, por la grandeza del pueblo argentino, que ha surgido de la zona de influencia dominada por aquél durante los diez años de su actuación militar y política en América. Y esos celos son naturales, diremos así. Son de nuestra raza, y se fundan, tal vez, — alimentados por nuestro aislamiento recíproco, — en la manera rápida, segura y vigorosa con que la República Argentina comienza a figurar en el mundo.

San Martín debe ser estudiado a la luz de nuevos principios, no ya los de la escuela militarista, — a la que no pertenezco, — sino bajo un concepto más fundamental, el que considera la fuerza militar sólo como un elemento de acción capaz de conducirnos a la realización de una idea directiva superior.

A este respecto existen dos grandes corrientes en las que se dividen todos los escritores de la Historia: por una parte, los de la escuela heroica y militar, y por otra, los de la escuela ética y la científica. Para los primeros está ya hecha la Historia. Casi no hay un libro del género que tome como principio directivo el elemento ético o moral; casi todos tienen en vista el más emotivo, sin duda, del heroísmo militar, que lleva a realizar hazañas estupendas de valor, que luego la poesía,

la escultura y la pintura se encargan de convertir en motivos de admiración universal, porque han hecho de aquella cualidad la determinante de la grandeza y de la gloria. Y justamente, todos los grandes tipos de la Historia, — y aquí invitaría a algún señor profesor a citar a alguien que hubiera fundado grandes cosas, y hubiese dejado algo detrás de sí, creado algo inmortal, con el simple carácter de héroe, o de militar valiente, arrojado o invencible. Siempre han sido éstos los instrumentos de una idea, de una inteligencia superior, o grandes capitanes al servicio de pensamientos geniales de otros, o de anhelos vivientes de su pueblo o de su raza; pero los que han fundado las cosas imperecederas, si no han revivido todavía, en caso de que hubiesen desaparecido de la memoria o de los labios del género humano, no tengan duda que reaparecerán, y vendrán un día como enviados de otro mundo, a traernos ideas e inspiraciones que, sembradas por ellos en sus días, se secaron o se malograron por las mil vicisitudes y vendavales que han agitado y agitan sin tregua la vida de la humanidad.

Alejandro, por ejemplo, renacerá como representante de la acción dinámica de una civilización que pugnó por establecerse alentada por el espíritu heleno-indo-egipcio, y cuyo fracaso se debió a la causa accidental de la prematura muerte, y consiguiente desmembración del legado de Alejandro, coincidente con el sincrónico avance del poder romano. El mundo se organizaba entonces de acuerdo con el pensamiento y la dinámica expansiva de la política romana; es decir, el Poder y la Fuerza, como representación y sanción del Derecho. No puedo detenerme en el desarrollo de esta proposición; pero no dejaré de agregar que, así como en el pensamiento de Alejandro, — con quien yo he comparado otras veces, en lo militar y político la figura de San Martín, — había un elemento humanitario, místico, abstracto, al tratar de fundar la civilización sobre la convicción de un destino ideal, de un ideal de belleza, de un ideal ético, la personalidad de San Martín participa de esas altas cualidades, al definirse en su corta y

decisiva acción militar, por el ideal de la Independencia sobre la base de la unión, de la libertad y del propio gobierno de los pueblos que auxilió su espada y su genio.

Ustedes dirán: ¿es éste un postulado nuevo? Yo me atrevería a sostenerlo en debate contradictorio en una academia pública, ante la cual creo que podría probar el valor ideal de la vida y consagración del personaje histórico. Estudiándolo en la complejidad de su persona y de su acción pública, se encuentra en él el tipo del militar civil, es decir, del ciudadano, del hombre social, del místico, si se quiere; y para que no se me censure anticipadamente esta palabra, me referiré al libro que acaba de publicar en Londres Mr. Francis Grierson, sobre Abraham Lincoln, como personificación del misticismo en la vida política; y el que lo lea tendrá la grata sensación de un descubrimiento en el campo de las ideas filosóficas nuevas y auspiciosas para la cultura moderna.

San Martín era también un místico. Esto significa en el moderno sentido de la palabra, atribuirle la tendencia a la concentración de la vida en una idea que esté cerca de llegar a la idea suprema. Es decir, la tendencia a la elevación del propio ideal hasta confundirse con el ideal único del género humano. Y si esto es misticismo, San Martín es el tipo del místico político, porque un ideal fué la única llama que le guió en la vida; un ideal tan simple y tan puro, que llega a ser por eso mismo incomprensible; y digo esto porque, en mi opinión, el juicio público y el medio social no están todavía en aptitud de penetrar el sentido ético del personaje, determinado por su pensamiento y su acción.

Por comparación, se puede comprobar esta cualidad en el encuentro con Bolívar. He ahí el gran drama, según todos los escritores, más posesionados de la tradición literaria o literario-histórica, que de la realidad de las cosas. Porque, es curioso cómo la rutina domina en este género de estudios, y hace que se califique a los hombres por los caracteres que la epopeya, el arte y la poesía han inmortalizado en otros personajes, y no por la observación directa y completa del que

estudian, para ver qué elementos originales o diferenciales ofrece a la crítica definitiva de la Historia. San Martín no se parece a ningún personaje de la epopeya, porque, en primer lugar, como militar dió el menor número de batallas posibles, de tal manera que el orador popular no puede decir: "el héroe de cien batallas"... porque en realidad, no fueron más de tres las batallas fundamentales que dió en todas sus campañas de América, y con ellas libertó tres naciones.

No era el arte de matar el que cultivaba San Martín cuando aplicaba su táctica; era el arte de dar vida a los pueblos, de eliminar dificultades y sacrificios estériles; era el arte, más bien, de reservar energías para su acción futura. Mientras que el otro criterio, el heroico y tremendo, consiste en acumular en el crédito de gloria de un gran capitán o conductor de hombres, la inmolación del mayor número de vidas humanas. Se dice que Napoleón sacrificó más de un millón de hombres. En consecuencia, fué un gran capitán. No necesitaba, en realidad, esa terrible prueba de su genio militar y político, para seguir mereciendo la gloria que la humanidad le ha discernido.

Los apasionados de Bolívar en el gran duelo personal que tiene como núcleo la entrevista de Guayaquil, toman como motivo de sus alabanzas y endiosamiento, el hecho de haber conducido a la matanza un enorme número de hombres, costado millares de vidas y ganado "centenares de batallas". Si se leyese las historias más recientes, no con el criterio apasionado de los secuaces o vinculados a su descendencia, se vería cómo la temperatura baja a su media normal, y se aquilatan los valores por comparación, por examen específico, táctico y estratégico, y por todo lo que concurre hoy a formar la *crítica científica*. Y no es que quiera yo, como esos escritores modernos de la región septentrional del Continente, edificar un monumento más grande a San Martín con los ladrillos de Bolívar, ni viceversa; pero sí, deseo que cada uno conserve o recobre su verdadera grandeza dentro de sus reales proporciones, estableciendo el equilibrio del juicio histórico de acuer-

do con los medios de prueba que la Historia haya acumulado y reconocido.

San Martín, como he dicho, fué el menos militarista de los militares. Y el espíritu intermitente y parcial de nuestro Alberdi en *El crimen de la guerra*, ha confundido la figura de San Martín entre las de todos los caudillos sudamericanos de que habla en sus comentarios y diatribas. Juzga a San Martín como uno de tantos militares de los que profesaron el culto del sable sin ideal político alguno.

Es este un error imperdonable, y demuestra que Alberdi no conoció a San Martín, o no tuvo la serenidad de juicio para estudiarlo desde afuera de las pasiones de su tiempo. San Martín leído en sus papeles y en su acción pública, no aparece en ningún caso como un militarista. Puede decirse que era el tipo perfecto del soldado de la Constitución, antes de la Constitución. Era un militar civil, era un soldado-ciudadano; y la prueba está en lo que he dicho: que todas sus batallas y sus grandes combinaciones estratégicas y tácticas, las hacía para evitar la efusión inútil de sangre, dando el golpe material de la victoria en el punto preciso, impidiendo así que los pueblos quedaran deshechos e inutilizados para toda reconstrucción, aun cuando saliesen triunfantes.

San Martín sacó ilesas a las naciones por las cuales combatió, sin agregar un tizón más a la hoguera de los odios generadores de sus futuras tiranías y guerras civiles, que retardaron tanto su definitiva organización democrática. Su presidencia en la Argentina, Chile y Perú, las luchas de partidos, al contrario del juicio de Alberdi, López y otros críticos no argentinos, ha sido un peso considerable echado en la balanza de los destinos de las nuevas Repúblicas libertadas. Bryce, en su libro sobre Sudamérica, sin referirse en términos expresos a la acción militar de San Martín, agrupa en un nivel superior de desarrollo a las naciones colocadas en la zona de acción de su espada libertadora. Eso no se puede evitar: son resultados incontrastables. Las naciones que han surgido de la acción política y militar de San Martín, no obstante sus

deficiencias reconocidas y sus errores, se encuentran en un plano de desarrollo superior a aquellas que se desprendieron de la acción de Bolívar; y esto se debe, en gran parte, en cuanto se refiere a la influencia personal de sus caudillos, a una razón que llamaré de estética. Y aludo aquí al juicio del afamado historiador chileno señor Vicuña Mackenna, al estudiar el inagotable episodio de la entrevista de los dos capitanes en Guayaquil. Dice este escritor que ningún actor puede salir triunfante de la escena cuando no ha sabido retirarse a tiempo de ella. Y en efecto, hay en todo drama un momento fatal en que el actor debe desaparecer de la vista del público; y si no lo hace, la sala unánime lo obligará a abandonar el tablado.

Bolívar se dejaba con frecuencia dominar por los dictados de su ambición, y no en la misma medida por las inspiraciones de su ideal, a pesar de que el propósito era, desde luego, el mismo de San Martín: la independencia de América. Pero no dominaba en él el calor del ideal. Tenía una gran ambición de gloria, de poderío y de dominación. No tuvo la elevación de alma suficiente para renunciar el mando del ejército o cooperar a su frente, con el de San Martín. Y así, le dejó a San Martín la gloria inmarcesible, no superada en la historia humana, de llegar al heroísmo supremo de la abnegación; de tal manera, que ha llegado a legar a su país y al mundo, un tipo moral de altas virtudes que será cada día más grande, a medida que se eleve el nivel de la opinión colectiva. Que nos sea dado a los beneficiarios de su misión en América, a sus descendientes, a nosotros los argentinos, y a nuestros hijos y nietos, absorber aquella gran lección dentro de nuestra conciencia, como una propia substancia.

Bolívar no tuvo esa disposición psíquica ni esa visión del momento, de retirarse de la escena cuando su papel había terminado. Por eso conviene que los jefes abandonen el mando de sus ejércitos o de los pueblos, cuando su personalidad histórica ha llegado al término, o cuando la facultad admirativa de los pueblos, la que da gloria a los héroes, ha llegado a su máxima tensión. De ahí que los ídolos vivientes de los

tiempos antiguos aparecieran por breves instantes ante los fieles, que caían de rodillas besando el suelo consagrado con la presencia divina. Y así son todos los grandes momentos de éxtasis religioso: la aparición del dios o del símbolo santísimo que lo representa, apenas dura un instante, y se vela de nuevo, para conservar el prestigio del misterio.

Bolívar pretendió seguir dominando su pueblo y su región, hasta el último de sus días. Y ocurrió que aquella gran figura — que, por cierto, la discreción histórica limita en su ciclo de mayor eficacia, — hubo de pasar por momentos de repudio público, y hasta de humillación tales, que el decoro americano se resiste a analizar en detalle.

San Martín tuvo, pues, señores, la más alta visión, porque era puro espíritu. Y supo retirarse de la escena en el momento supremo de su acción, no sólo para labrar la inmortalidad ideal de su figura histórica, sino para legar a su país la escuela y la doctrina más grandiosas que pueda ostentar pueblo alguno de la tierra. Solamente es de desear que este pueblo nuestro comprenda el ideal y la magnitud de los hechos consumados; y resistiendo serenamente los contagios del espíritu militarista y heroico, que domina en nuestra sensibilidad colectiva, y la influencia del criterio rutinero y papelista, empiece a ver con más reflexión la personalidad ética del general San Martín, cuya influencia real se impone en el carácter fundamental de nuestra Historia.

Deseo, además, hacer ver que mis opiniones, que nada valen, por ser mías, están fundadas en la de sabios observadores de otros pueblos, más grandes, más cultos, más poderosos, mejor gobernados y mejor organizados que el nuestro; y digo esto con cierta íntima complacencia, porque creo que una de las características del verdadero patriotismo es conocerse a sí mismo, y decir la verdad sobre sí mismo; para no caer en ese desgraciado género de patriotismo que consiste en creerse el mejor pueblo del mundo, o el más fuerte, aunque en la primera colisión con otros extraños, de mayor volumen, resistencia y preparación, quede aplastado o reduci-

do a la propia capacidad relativa. Es necesario que la Enseñanza y la Educación formen el hábito de juzgarse a sí mismos; es necesario adoptar el criterio más positivo de la escuela moderna, impuesto por el genio de otras razas más ponderadas; es necesario saber leer las lecciones de la Historia para comprender que aquel género de patriotismo es falaz, estulto y suicida.

Y ahora, al entrar en el campo de la demostración, según los viejos cánones retóricos, tendré el agrado de dar a conocer de mi auditorio opiniones de historiadores y críticos de extraña raza e idioma, ya que esto hace, en cierto modo, el efecto de una posteridad, por la independenciam y la serenidad del juicio. Yo sé que la mayoría de la masa, y aun de los lectores más ilustrados de nuestro país, leen poco el inglés. Leen más el francés, y por eso, en general, los libros ingleses y americanos son poco o torcidamente conocidos. De ahí que yo me atreva a considerar como una novedad, — a pesar de haberla transmitido yo mismo en otros discursos y escritos, — una página de Mr. Root, el prestigioso senador norteamericano, quien, en un libro destinado a las escuelas, — que es lástima no haya sido aquí más difundido, — estudia el estado de civilización de las naciones sudamericanas para adoptar la forma de gobierno democrático. Hace una pequeña reseña histórica de estos países, y se detiene en la época de nuestras guerras civiles y movimientos anárquicos. Llega a la figura de San Martín, y antes de extractar, acaso con imprecisión, prefiero leerla completa, porque creo, es la página más exacta y más perfecta que, como juicio histórico, y en síntesis, se ha escrito en idioma extranjero sobre el general San Martín.

“San Martín ejecutó su designio, —dice,— con audacia avasalladora, tenacidad de propósitos, dominio sobre los hombres, talento organizador y abnegación personal. Venció obstáculos insuperables, consumó uno de los movimientos políticos y militares de la Historia realmente grandes, y gobernó en Lima, como fundador de la libertad del Perú.

Al mismo tiempo, Bolívar había conducido con éxito la

revolución en Venezuela y Colombia, y la unión de las fuerzas patriotas del norte y del sur, parecía que debía completar la extirpación del poder español en el Continente meridional.

El carácter y conducta de Bolívar pronto dejaron ver que miraba a San Martín como un rival, que no cooperarían ambos, y que la continuación de ambos comandos, entrañaría la lucha por el predominio personal de los dos jefes, esto es, la pérdida de la causa patriótica. Entonces, San Martín, dió un ejemplo de sacrificio personal más admirable que sus victorias y su estrategia. Para que un ejército patriota unido pudiese oponerse a las fuerzas españolas, se eliminó a sí mismo, declinó su mando, sus títulos, sus dignidades y poder... y abandonó la escena de sus hazañas para no volver jamás.

Envió a Bolívar sus pistolas y su caballo de guerra, con esta carta: *Reciba, General, este recuerdo del primero de sus admiradores, con la expresión de mi sincero deseo de que usted pueda tener la gloria de concluir la guerra por la independencia de América.*

San Martín murió sin ser comprendido, y en el ostracismo. A los generales y políticos, — que mantuvieron a las Repúblicas sudamericanas en continua efusión de sangre por sus ambiciones personales, y a sus secuaces, — el espíritu de propia seguridad que exigen el poder y la gloria, les parecía admirable, y el espíritu de abnegación personal les parecía debilidad. Pero a medida que las gentes de estos países se han elevado a una conciencia más alta del deber y del honor, ha llegado a ser un hecho que el gran sudamericano, — el único digno de ser nombrado al par de Wáshington, como ejemplo de inspiración patriótica, — fué el modesto soldado que cuidó más su causa que su empleo, y que no aspiró al Poder por el Poder, sino que él lo creó y lo dignificó para el bien de su patria”.

Convengamos, después de meditar sobre el contenido pertinente de la literatura histórica publicada, en que no se puede hacer un retrato moral ni una síntesis más exacta ni más

verdadera que ésta, de la persona y de la acción del general San Martín y no olvidemos, al apreciar su valor, que ella ha sido escrita por un experimentado y eminente observador político y hombre de Estado, de la más grande democracia del mundo, y para quien la Historia interna de los pueblos sudamericanos está muy lejos de ser un misterio. Conozco las obras de Mr. Root; he tenido la felicidad de observar de cerca, aunque brevemente, su trato, y sé hasta qué grado era un analista sagaz y profundo de la vida de las sociedades de este Continente.

Para justificar mejor mi juicio sobre la faz moral del general San Martín, quiero referirme a las palabras de otro pensador de la misma raza, uno de los más bellos espíritus que califican la cultura contemporánea, del inglés Lord Haldane, *leader* universitario, apasionado de la escuela y de la Enseñanza en todos sus grados. Sus libros, sus conversaciones, sus conferencias, son maravillas de elevación filosófica, libros de acierto y experiencia en el consejo, de entusiasmo y elocuencia por la belleza, la virtud y la dignidad del espíritu humano.

Lord Haldane, en una de sus más preciosas *lectures* que él titula *La vida consagrada*, dice estas palabras, en las cuales, como en su propio bronce, se ve fundir el retrato de San Martín: “Aquel que se proponga emprender alguna cosa, debe empezar por limitarse a sí mismo. El hombre que quiera conducir a otros hombres, debe ser capaz de renunciación. No es en un mundo aparte, sino en éste, y en la actualidad, en el deber siquiera sea humilde de nuestro medio, donde se halla la realización del más alto yo, el yo que tiende a divinizarse... y donde debe ser buscado...”

¿Renunciación? Me creo en el deber de aclarar esta palabra, ya que, por lo general, cuando los filósofos y poetas hablan de esta virtud, se piensa que se refieren a un abandono de las fuerzas de la vida, un rendimiento a la acción ajena o a la fatalidad. Este es el absurdo más grande; y uno de los más esclarecidos poetas modernos, Rabindranath Tagore, ha definido esta palabra así: “La renunciación es la más profun-

da realidad del alma humana. Cuando el hombre llega a decir de alguna cosa, — *no la necesito porque estoy más arriba que ella*, — da existencia a la más excelsa verdad que reside en su espíritu.”

Bien, señor presidente. Yo no soy amigo del criterio de las comparaciones, más para poder definir el verdadero significado de la *renunciación*, el ostracismo y el silencio de San Martín, necesito partir de la comparación con su contemporáneo Bolívar; porque, en el terreno de la discusión actual, estamos en el caso de hablar, o de seguir asintiendo con nuestro silencio, a la prédica ya excesiva de los escritores que, en libros nuevos, recopilados o reeditados de viejas memorias y panfletos, se han propuesto exaltar la memoria de Bolívar a costa de la de San Martín. Nadie podría ofenderse aquí, porque la exaltaran por su sola cuenta; pero a costa de San Martín, y de reflejo, de nuestro país, no podríamos justificar nuestra pasiva indiferencia. Debo referirme, desde luego, a la parte más esencial de esa propaganda, — ya que tal carácter asume esa publicidad a todo trapo, — y desde que esos escritores toman como tema principal de la discusión, el elogio del propio héroe, y la depresión sistemática del argentino. Así, ellos no vacilan, ni hallan reparo alguno en equiparar a Bolívar con Napoleón y en compararlo también con Wáshington...

No voy a ser yo quien defienda la tesis contraria. Quiero simplemente señalar la opinión de un inglés, Mr. Lorraine Petre, quien con los papeles de Bolívar a la vista, cedidos por el Gobierno de Venezuela, y en posesión de todos los elementos de juicio que existen sobre la personalidad y la carrera pública de Bolívar, ha escrito un libro que titula *Simón Bolívar, el Libertador*, donde, después de describir la accidentada y brillante historia del personaje, llega al punto concreto de la discusión. En la página 438, después de establecer algunos antecedentes y estudios técnico-militares, dice:

“El Libertador Bolívar no tenía, ciertamente, ni el talento militar, ni el político del gran corso; y en el terreno de la moral y de otras cualidades, no es posible compararlo con Wás-

hington. ¿Es posible imaginar a Wáshington declarando la guerra a muerte y ordenando la *massacre* de los ochocientos prisioneros de Caracas y de la Guayra? ¿Y qué se diría al recordar las repugnantes adulaciones del Perú y Bolivia? Tales cosas no son concebibles, ni aun con respecto a Napoleón. La comparación de Bolívar con Napoleón, como genio militar, es un absurdo. El no tenía educación militar, ni práctica, ni teórica. Conociendo muy poco de táctica y menos de estrategia, ganaba sus victorias por la audacia, por el ímpetu del ataque y por la firme constancia en la derrota... La verdad es que toda su campaña jamás pasó de ser una guerrilla; y es ridículo comparar a un conductor de guerillas con Napoleón o con Wáshington... Wéllington se limita a hablar de Bolívar, como de *un distinguido jefe*. Y en la página 447, concluye su estudio comparativo de los pasos de los Andes del Ecuador, y de la Argentina y Chile, diciendo: "La empresa de Bolívar fué grande, sin duda, pero difícilmente más que la de San Martín en los Andes chilenos."

Y al hacer yo esta comparación, no se crea que caigo en el defecto que trato de condenar, ni que me guía un espíritu de revancha ni de desmedro de la figura militar de Bolívar. Lo admiro tanto como sus amigos más entusiastas, pero lo aprecio dentro de su personalidad inconfundible. No trato de establecer el juicio de la Historia por comparación del valor específico entre él y San Martín, porque esto, a mi juicio, constituye un error fundamental. A nosotros nos interesa la figura de San Martín porque es nuestro, y tratamos de exhibirla como un modelo para la enseñanza escolar. Por eso es que a él debo limitarme. Y creo, además, que la vida de San Martín más que la de su émulo, es esencialmente escolar, porque es esencialmente ética; es una vida moral en el más alto sentido de la palabra, porque el concepto del bien y de la belleza determinó su conducta, y la orientación de su vida fué simple e invariable.

El mismo Lord Haldane, en el capítulo antes citado del bello libro *Conduct of life*, dice también "triunfar es poner

en acción toda la fuerza propia... y la única vida que para nosotros, seres humanos, puede ser perfecta, es la *vida consagrada*. Entiendo por la expresión *vida consagrada* una vida que se halla con todas sus fuerzas, concentrada en un alto designio. El designio, aunque grande, debe ser restringido... El fin puede no siempre ser alcanzado”...

San Martín está aquí otra vez definido. Es el caso de la acción de este hombre que potencialmente deja concluída su campaña cuando ocurre la llegada y la actitud intransigente de Bolívar, quien plantea ante su conciencia la dualidad definitiva entre una lucha personal, y la salvación de la causa de América; y aquél opta por la abdicación, y por ceder a su contradictor la gloria de concluir la común empresa. No otra cosa sucede con el artista que después de concluir lo principal de una figura de estatuaría o del lienzo, y grabar sus rasgos dominantes, no tiene reparo en dejar a otro, en su propio taller, la tarea de rematar con el cincel o el color el resto de la obra.

Algunos apasionados admiradores diatribistas pro-Bolívar, entre los cuales no faltan argentinos, sostienen que la carrera militar de San Martín fué tronchada, fracasada y derrotada. Este es el criterio latino, el criterio combativo de nuestras democracias informes, y esta la razón por la cual, como ha pasado en varios otros acontecimientos de nuestra Historia, — de que alguna vez hablaremos, — la opinión americana no ve en la lucha entre San Martín y Bolívar el problema histórico fundamental, es decir, la integración de la empresa de libertar la América. El polvo del combate ha velado el escenario; ya no se ven más que dos caballeros armados: es una justa medioeval, es un juicio de Dios, es Bolívar y San Martín que van a librar una batalla de la cual va a depender... ¿qué? No la libertad de América, sino la *gloria* de esta empresa. Por eso, con viril sinceridad, pero que Voltaire hallaría vagamente irónica, San Martín le dice a Bolívar: “...le tocará a usted la gloria de concluir la guerra por la independencia de América.” ¡Pero si eso es lo que buscaba Bolívar!...

Lo que él aspiraba era la afirmación de su prestigio político, porque pensaba gobernar por todo el resto de su vida; en cambio, a San Martín eso no le interesaba, porque no pensó gobernar en ninguno de los países libertados por su espada. De ahí que los dos personajes se presentan con caracteres diametralmente opuestos; el uno es el ideal simple de la causa; el otro, la ambición personal, la dominación, el éxito, la gloria inmediata.

El éxito de Bolívar, en efecto, fué alcanzado, y en forma brillante, para los espectadores, por el hecho del retiro de San Martín y abandono del teatro de la guerra. Bolívar triunfó en aquel conflicto sin pelear. Pero ¿quién ha triunfado en el campo de la Historia? ¿Quién ha legado a la América y a su propio país una lección moral más honda, y una norma de principios más pura y elevada?

San Martín ha triunfado en el verdadero juicio histórico, porque su impulso inicial era incontenible, y el movimiento fundamental estaba ya organizado; la idea se hallaba en ejecución, y lo último, no fué sino un canto más de la epopeya, un melodrama, una lucha sensacional, una escena de teatro... Y esta manera de ver la Historia, persiste en el criterio sudamericano.

Voy a referirme ahora al ostracismo silencioso de San Martín; y todo lo que he dicho concurre, precisamente, a establecer las condiciones que caracterizan la última faz de la vida del héroe. Un famoso biógrafo inglés de William Pitt, Lord Rosebery, ha relatado también la vida de Napoleón en su obra titulada *Napoleón: su última faz*. Podría hacerse un libro admirable con este título: *San Martín: su ostracismo y su silencio*. Porque esta última faz está determinada por su silencio heroico, extrahumano y más lleno de luces que el de una noche estival. Conocemos ya su acción militar y política hasta Guayaquil; vamos a ver ahora cuál fué, después, el ideal o designio de San Martín, para poder valorar el significado de su silencio. Este ideal se puede reducir a la siguiente síntesis:

1º La Independencia de América con relación a España y a Europa; es decir, el espíritu de la declaración del 9 de julio de 1816, que él desde Mendoza, empeñosamente trataba de arrancar a toda costa, y cuyo objetivo era demostrar al mundo la decisión irrevocable de la Independencia. San Martín pedía una declaración democrática, pacífica y viril: la declaración de un congreso nacional que fuese la expresión de la voluntad del pueblo argentino. Bolívar, en contraposición, para lograr el mismo fin, proclamó la guerra a muerte y empezó por la *massacre* de los prisioneros de Caracas y de la Guayra.

2º La libre y propia decisión de los Estados sudamericanos sobre sus propios destinos político-gubernativos. El solo hecho sancionado por su renuncia del gobierno del Perú, con aquella inmortal frase de que “la presencia de un militar afortunado es un peligro para las democracias recientemente constituidas”, lo erige a San Martín en padre de la democracia sudamericana; porque eso quiere decir democracia: gobierno del pueblo. Y San Martín quiso que cada país se diera el Gobierno que quisiera dentro de su propio concepto y uso de la libertad y de su destino.

3º Borrar por la educación y la acción política, los odios mortales y la tendencia a perpetuar las luchas intestinas, que consideraba una reacción contra la idea de la Independencia. San Martín quiso extirpar del seno del pueblo argentino el espíritu del odio, que nació desde el primer movimiento emancipador, y que domina en toda nuestra Historia como un *leit motiv*, siendo la causa verdadera y única de todas las desgracias nacionales, y de todos los retrocesos sufridos en la marcha progresiva que hemos debido seguir, en comparación con otros pueblos más felices que el nuestro, desde ese punto de vista.

Es un deber patriótico de nuestra parte, reconocer y denunciar este sentimiento disolvente de la unidad psíquica nacional, para contribuir a aniquilarlo. Es necesario que en el seno de la familia y en todos los círculos privados y públi-

cos se haga ver que estamos enfermos de odio. No pueden juntarse tres niños, sin dividirse y pelear por cuestiones de predominio. No se puede fundar una sociedad literaria, sin que las rivalidades personales hagan fracasar la iniciativa... No puede haber una asociación de maestros, sin que aparezca la semilla de la discordia y del odio a disputar los puestos directivos... Cuando lo primero que debía discutirse es la acción educativa sobre el niño y la patria. Y así, en fin, en todas las esferas de nuestra sociedad, no hay más que la revelación del odio contrarrestando todos los buenos esfuerzos, malogrando todas las iniciativas fecundas y matando hasta las más grandes inspiraciones. Hay que matar el odio porque es la enfermedad congénita del pueblo argentino. San Martín en todas sus cartas demuestra este odio al odio. El lo había experimentado más que nadie; y su sublime silencio, que domina cerca de treinta años de su vida, la última faz de ella, era determinado por la acción del odio de sus contemporáneos que amenazaban hacer naufragar todo el ideal de la Revolución de Mayo.

San Martín ha sido el hombre más calumniado, más injustamente ofendido, hasta por sus propios compatriotas. Escritores de prestigio y rebuscadores de minucias históricas, siquiera fuesen al tenor anecdótico de las de un Cabanés o un Andrés Laing, pretenden erigir en problema digno de la investigación histórica, la versión de que la venida precipitada de San Martín a Buenos Aires, después de la batalla de Maipú, se debió a ciertos informes secretos que afectaban la dignidad de su vida privada; y algunos reputados autores de memorias satisfacen su humor malevolente, sugiriendo no pocas veces la misma cosa: entre tanto, todos conocen los graves conflictos de conciencia, de patriotismo y de convicción estratégica y política, que se proponía resolver el general expedicionario, en este viaje a Buenos Aires. Nadie ignora que tuvo que venir a buscar el acuerdo y ayuda del Gobierno argentino, sumido ya en los preliminares de la crisis de 1820, para poder continuar la campaña libertadora, después de una vic-

toria de la importancia de la de Maipú, la cual le indicaba con la evidencia del éxito de la libertad de Chile, que era necesario consumir el plan de llevar el ejército hasta Lima. (1). Para esto necesitaba el apoyo moral y material de su Gobierno, pues debía conducir sus soldados mucho más allá todavía de la famosa cruzada que justifican las dos decisivas batallas de Chacabuco y Maipú. Para valorar la injusticia de la negativa obtenida esta vez, es de tener presente que era esta la primera en que el ejército argentino salía en misión de libertad, al mando de un gran capitán, fuera de las fronteras propias.

Todos los pueblos aspiran, desde lo íntimo de su conciencia a esta gloria, o a que su bandera deje de ser simple protectora de su vida doméstica, y haya servido para afianzar un ideal más amplio de solidaridad internacional. San Martín, al hacer recorrer triunfante los estandartes argentinos fuera de nuestro país, unía en un solo destino a las naciones de Sudamérica que cubrió con su acción libertadora. A pesar de esto, escritores tan autorizados e incisivos como Alberdi y López, llegan a afirmar como una acusación, el que San Martín saliera de las fronteras propias, dejando a su país sumido en la anarquía, cuando todos sabemos que la solución única de la ecuación de la Independencia sudamericana estaba allí, en el camino del noroeste, por donde era necesario ir a dar el golpe de muerte al enemigo, o sea, matar al monstruo en su propia cueva.

¿Y para qué continuar denunciando las miserables calumnias de que fué víctima el vencedor de Maipú y el libertador de Lima, si sólo al enunciarlas se siente como si reviviera su germen? Pero el ostracismo de hecho y de palabra de San Martín fué una cura maravillosa para nosotros. Esa era su intención: ofrecer a las democracias sudamericanas, libre de toda sospecha, la garantía material de su prescindencia en las

(1) PAUL GROUSSAC, *El Congreso de Tucumán*, pág. 41, Buenos Aires, 1916.

luchas fratricidas, y una garantía moral, a la vez, contra toda ingerencia o participación directa o indirecta en la vida política de los países libertados por su esfuerzo. Y es digna de admiración, tanto como la alta moral del propósito en sí mismo, la inquebrantable fortaleza con que mantuvo hasta su muerte resolución tan absoluta.

Ahora, en cuanto a la forma de gobierno, también se le ha criticado que simpatizase con la monarquía. El señor presidente del Consejo me ha hecho el honor de recordar que soy profesor de ciencias sociales; efectivamente, creo estar penetrado, al menos de su espíritu; y un postulado científico enunciado por un divulgador de la ciencia y que el señor presidente conoce, dice que “no hay verdades definitivas en la ciencia como no hay seres definitivos en la Naturaleza.” ¿Quién puede decir, señores, poniendo la mano sobre el corazón, — según la fórmula sacramental, — que la forma republicana democrática es la única perfecta y la mejor para todos los pueblos? ¿Quién podría decir que está definitivamente fijado el concepto de la verdad científica respecto de que la monarquía, — entendida en sus formas evolutivas modernas, — es una mala forma de gobierno? Basta con decir que existen monarquías que son modelos de libertades democráticas, y en cambio, hay muchas democracias que no conocen todavía la libertad política.

San Martín, desde su ostracismo, sólo interrumpió su silencio, en tres casos: para acentuar su convicción sobre las causas de las discordias argentinas y para reafirmar su ideal de liberación. En el primer caso, cuando escribe a un amigo ilustre, el autor del Himno nacional, y le dice: “La causa de todas nuestras desgracias no está, mi querido amigo, en los hombres solamente: está también en las instituciones.”

Y consultando cada uno su propia conciencia, diga si hemos dado con las instituciones perfectas que corresponden a nuestra naturaleza y carácter. ¿Es en verdad, la forma republicana democrática, la que mejor se ajusta a nuestra cultura pública? La gran política es la experimental, la política

social, la política que consiste en dar a cada pueblo las instituciones que mejor se avienen con su genio, su acción, sus tendencias, su propia naturaleza. Es inútil a un pueblo plasmado en la servidumbre darle de pronto normas libres, porque seguirá siendo esclavo de un caudillo civil o militar hasta que su cultura desvanezca el fantasma de su mente; así como es inútil dar gobierno monárquico a un pueblo nacido para la democracia plena, porque no habrá ley, ni coerción que lo mantenga fuera de aquel molde.

Luego, el criterio científico que debe presidir la Enseñanza en todos los países, consiste en crear este espíritu de la verdad, porque todo lo que se edifique fuera de la verdad está destinado a caer al impulso de cualquier fuerza extraña. Y eso es lo que yo, como argentino y como patriota consciente, quiero que no le ocurra a mi país; que sus instituciones sean sanas, robustas, vigorosas. No importa que desaparezca un día el cuerpo exterior del árbol; mañana crecerá de nuevo la raíz; pero si ésta se pudre, no habrá poder humano ni divino que lo salve de la muerte.

Bien, señores. No quiero terminar esta conversación sin recordar un aspecto más del silencio de San Martín, referente a su propia alma. Algunos críticos han dicho que San Martín era un hombre grosero, torpe, violento, y hasta rústico; y se han guiado para ello, en parte, por el lenguaje poco literario de su correspondencia, llena de errores ortográficos, sin recordar que la misma censura puede dirigirse contra Cervantes, contra Vélez Sársfield y otros muchos que no inventaron estilos, ni tuvieron esa misión social. Esa ha sido, pues, la razón por la cual se ha dicho que San Martín era un hombre inculto. En cambio, Bolívar escribía con mucha mayor corrección académica, como un poeta; improvisaba sueños líricos sobre la cumbre del Chimborazo, y remedaba las proclamas de Napoleón, admirablemente. Esto no hacía San Martín... San Martín era un estudioso íntimo, amigo de los libros. Tuvo una gran biblioteca que legó al pueblo, y poseía todos los hábitos de un hombre de exquisita cultura, que acaso olvidara

algunas veces en los cuarteles de reclutas, o en los entreveros de las batallas, como San Lorenzo, o como Chacabuco, o como Maipú.

San Martín hizo del silencio su último baluarte ideal. “Haz el silencio en torno y dentro de tí mismo, si quieres oír el canto de tu alma”, dice Arturo Graf. Y San Martín logró hacer ese silencio en torno y dentro de sí mismo, en sus últimos años. Es que ya estaba su alma en la región del ideal o en la zona incontaminada de la pureza, después de todos los años vividos del recuerdo de sus propias hazañas, y del recuerdo, mucho más fuerte todavía, de todas las injusticias acumuladas por sus contemporáneos sobre su corazón y sobre su nombre. Su espíritu se había purificado, y no era ya, sin duda, el San Martín de las batallas, era el San Martín de la Filosofía, hecho para la meditación silenciosa y activa, que había afinado su espíritu al diapasón de las más puras concepciones éticas. No obstante las ingratitudes y calumnias de sus contemporáneos, dijo: “Quiero que mi corazón, repose en Buenos Aires”, es decir, en la misma ciudad donde al volver, el año 29, a ofrecer sus servicios en ocasión de la guerra del Brasil, encontró el cartel en el puerto con la nefanda leyenda, — que debe recordarse siempre, a pesar de que los historiadores tienden cada vez más a callarla; debe recordarse para curarnos del mal congénito de la ingratitude y del odio, por la contemplación de sus horrores. El cartel decía: “El general San Martín vuelve a su país después de saber que se ha hecho la paz con el Brasil”. Tal fué el saludo con que fué recibido en el puerto, el emancipador de tres naciones.

Nada de esto pesó en el ánimo de San Martín, que como un filósofo y místico antiguo, por encima de todas las traiciones y de todas las ingratitudes, llegó a perfeccionar su espíritu en la contemplación de la belleza, condensada en el perdón y en el olvido del agravio, en forma digna de ser estrella conductora de los destinos de un pueblo y de un mundo.

III

SAN MARTÍN EN EL ARTE. EL CUADRO DE ANTONIO ALICE

Antes de abandonar esta tribuna, y como apéndice necesario, quiero referirme, — sería para mí un verdadero dolor si no lo hiciera, — al cuadro de San Martín que nos preside, — la obra del pintor Alice, nuestro compatriota. Debo hacer la confidencia de que Alice es casi un hermano espiritual mío. He asistido, puedo decir, a la gestación artística de muchas de sus obras; y este San Martín ha surgido un poco de nuestras amistosas conversaciones sobre arte.

Alice llegó a penetrar, tras prolijo estudio, la vida de San Martín bajo su faz civil, y por eso no nos ha hecho un San Martín académico, ni protocolar, ni guerrero. Nos ha hecho un San Martín hombre, gracias a Dios. Y digo esto porque el arte decae cuando se apega a fórmulas de rutina dogmática, que deshumaniza las figuras históricas, las desequilibra y las destruye. Ni el cuadro, ni el drama históricos han podido sobreponerse a estas dificultades, que, acaso sólo Schiller y Shakespeare han conseguido vencer, haciendo hombres reales, no concepciones artificiales de sectas o dogmas.

Alice ha hecho un San Martín civil, un San Martín-alma, un San Martín-sentimiento, inspirado en la vida real, y en las descripciones que del héroe nos han transmitido Alberdi y Sarmiento, quienes lo visitaron más o menos a los sesenta y cinco años de edad, y lo describen como un hombre tieso, enérgico, erguido, como para vencer la declinación de la vejez; tendencia característica de casi todos los que han vestido uniforme, han cargado espada y han mandado tropas. Y como es ese uno de los gestos que Alice ha puesto de relieve en su San Martín, se lo han criticado como excesiva dureza en la actitud del héroe, cuando sólo revela el esfuerzo natural por mantenerse erguido para vencer a la vejez y a la muerte.

El rayo de sol que ilumina su rostro tiene también su sim-

bolismo histórico-poético. Nuestra imaginación nos permite suponer que el sol se pone en los Andes y alcanza a dorar la escultural cabeza de San Martín. Esta es una fantasía que cabe dentro del espíritu del personaje de la Historia y de la obra de arte; pero también es una realidad intensa y material. Todo aquel que ha vivido y se ha familiarizado con la montaña, y ve salir y ponerse el sol entre sus cumbres, forma en su mente este pensamiento: un sol que se pone es una despedida, y un sol que nace es una esperanza. Y cuando uno ve este rayo de un sol andino que se pone tras de las cumbres, de esas cumbres que él mismo recorriera en sus horas de gloria, no sabe realmente, conociendo el alma de San Martín, si ese sol refleja todavía la sangre fratricida que persiste en el territorio argentino, o es el que anuncia el amanecer de Caseros... porque San Martín murió un año antes de la gran revolución libertadora de la tiranía. O, en fin, según el criterio más simplista, es la última despedida de San Martín a su patria, al sentir que el soplo de la muerte llegaba a helar sus huesos.

Todo eso puede ver la imaginación del pueblo en ese rayo de sol. Pero cierto linaje de críticos, que sólo ven porque tienen ojos en la cara, se detienen en la parte material del cuadro, buscando comparaciones concordantes con su genio. Así, he oído en algún círculo decir que la capa, movida por el viento del mar, en vez de sugerir el ala de un cóndor de los Andes, daba la impresión de un ala de murciélago... Pero ese género de crítica artística, urdida con las patas de la araña, nos llevará a las más extrañas sugerencias sobre las cosas más perfectas, pues la caricatura, fina o grotesca, no tiene más límite que la intención del que la concibe.

Pero yo sé que Alice ha hecho un estudio prolijo de la Naturaleza en las mismas costas de Boulogne-sur-Mer, con modelos semejantes a su personaje; que ha observado los pliegues de la capa agitada por el aire marino; y no es de suponer que Alice, a su edad, con su experiencia, y el absoluto dominio de su técnica, haya confundido el ala de un cóndor con

la de un murciélago... Más bien puede decirse que el viento que agita la austera ropa del prócer representa el odio, la malevolencia o la ingratitud de sus contemporáneos, pugnando, en vano, por abatir su personalidad gloriosa e inmarcesible.

Este cuadro, diré, para terminar, al ser adquirido por el Consejo de Educación, como lo fuera no hace mucho el *Sarmiento* en bronce, de Zonza Briano, indica un nuevo acierto de la autoridad escolar, que marca una noble y alentadora tendencia, para el arte nacional. Una obra de esta magnitud y valor artístico, no debió ser malograda para su autor, ni debió ser llevada fuera del país. Yo sé que Alice tuvo insinuaciones tentadoras para cederlo con destino al extranjero; pero él prefería retenerlo embalado en su taller, expuesto a las injurias del tiempo, antes de consentir en un ostracismo que habría sido tan doloroso para él como para el sentimiento nacional.

Ojalá se convierta esta sala, bajo su sombra tutelar, en un santuario de su memoria; y todos los profesores que vengán a hablar de la verdadera historia de San Martín, traten de inspirarse e inspirar a los niños argentinos bajo su influencia artística, en las grandes virtudes del héroe que tuvieron tanto de poesía y de santidad.

IV

LA LIBERTAD DEL PERU Y EL GENERAL SAN MARTIN

LA LIBERTAD DEL PERU Y EL GENERAL SAN MARTIN

I

El centenario de la libertad del Perú tiene para los argentinos una significación excepcional y es de esos hechos destinados a tomar mayor relieve con el tiempo. Dos aspectos nos presenta él al espíritu: el suceso en sí mismo, en cuanto al cambio producido en el orden de cosas existente y el hombre que tuvo sobre sí, o condensó, las fuerzas históricas destinadas a darle realización. Pocos acontecimientos, además, se han prestado a mayor comentario; pocos alimentarán más que él la crítica en el porvenir y acaso ninguno encierre mayor suma de ética política, considerado en sus puntos de vista más interesantes para la ley común que rige las sociedades humanas y la llamada comunidad de las naciones.

Hasta ahora los historiadores generales y fragmentarios, como no podía menos de ser, o han construido el cuadro de conjunto de la guerra de emancipación en teatros más o menos extensos y en su sentido narrativo o crítico, o se han dedicado a investigar en el pasado la verdad de episodios de mayor o menor valor demostrativo, dentro del plan general. Ellos han realizado una obra gigantesca, y ese solo monumento, "más que el bronce", vale la inmortalidad de héroes y autores.

Pero va llegando la hora del análisis específico, desde otros puntos de vista que un siglo transcurrido ha develado, dejando ver, por el crecimiento de los pueblos liberados, por la ma-

duración de las ideas entonces embrionarias, por la ilustración de las conciencias y, en fin, por la luz cenital que la posteridad difunde sobre el conjunto geográfico, como en un vasto panorama, permitiendo distinguir las proporciones en su verdadero valor arquitectónico o decorativo. Y cuando se contempla el mapa vivo de la América del sud — no ya por nosotros, sus hijos, influídos acaso por la pasión nativa, sino por altos espíritus desligados de estos impedimentos de la visión interior — se lleva al juicio de las cosas pasadas el criterio de la experiencia que sus autores nunca pudieron tener presente, sino en el dominio de la fantasía, de la previsión o del genio.

Para probar la verdad de esta observación basta recordar la acerba censura que dos altos espíritus formularon contra el general San Martín por la llamada *desobediencia*, o sea, según ellos, porque no había preferido quedarse con su ejército a sofocar la guerra civil doméstica, en vez de ausentarse a servir los intereses de pueblos extraños. Y bien: López y Alberdi no han tenido, cuando tal dijeron, una visión histórica, sino una visión política actualizada. No vieron estas fases del problema, la que vinculaba en el alma del héroe y patricio de la cruzada, que los pueblos a libertar no eran, ni son, ni serían nunca *extranjeros*, en el sentido real de esta palabra, ni el plan libertador prescindía de la suerte del propio país, como se respira en las vibrantes páginas de aquellos dos formidables polemistas.

La ventaja de la distancia en el tiempo está en poder agregar a la conjetura, el prestigio de la experiencia. Sin necesidad de renovar la discusión con los factores del momento mismo en que el magno suceso ocurriera, la evolución de un siglo para nosotros y para los demás Estados desprendidos de la acción libertadora del Sur y del Norte — San Martín y Bolívar — nos permite, sin mayor gasto de palabras, en la sola presencia de los hechos consumados, de los resultados obtenidos, del cuadro vivo de las civilizaciones localizadas en cada uno de aquéllos, grabar sobre piedra o bronce inmovibles las sentencias inapelables: 1ª, el único medio de llegar a

la definitiva liberación de la Nación Argentina era la realización del circuito libertador descrito por la campaña del Ejército de los Andes, durante la cual quedarían libres Chile y el Perú; 2ª, la participación de este ejército en los hechos internos que trae el año XX, sólo habría conducido al doble resultado de su disolución y anarquía como los del Norte, y a la pérdida de la independencia o a la desintegración del territorio nacional; 3ª, la llamada *desobediencia* sólo fué la vista genial del general San Martín, en su concepto de la liberación del Continente.

Entendemos, y bueno es ya eliminar, al menos, este tema episódico de disquisición, para ir a los más hondos análisis, que comprenden la filosofía de los hechos y de los caracteres. Como Alberdi confunde al general San Martín con la turba de militarotes que en toda América y aquí como en ninguna de sus regiones, después de Ayacucho — para fijar una fecha — arrastraron por el fango la tradición de Mayo incomprendida en su sentido político, un escritor sagaz, pero tendencioso, del Norte, llama al Gran Capitán de los Andes, “general insurrecto en país extranjero”; y estimulados por el mismo sabor acre de la malevolente especie, no son raros los argentinos que participan y transmiten a niños y lectores esta impresión. Si el acta de Rancagua pudo en su momento, y en un sentido de pura burocracia, aparecer como una insurrección, amparada por la profunda visión estratégica y política del general San Martín, éste reconocía también *pro forma* la mínima autoridad del Cabildo de Buenos Aires, gobernador, símbolo lamentable del Poder público disuelto, y a él recurre en protesta de la alta sinceridad y bondad de su propósito, hasta que restablecida la autoridad nacional recibe la confirmación y sanción de su designio.

La campaña de los Andes, con sus objetivos de la libertad de Chile y la destrucción del poder virreinal del Perú, es así, semejante — más que a las campañas de Aníbal y Napoleón sobre los Alpes — a la vasta idea de Alejandro Magno, *insurrecto* también contra su celoso y desconfiado pueblo, pero ilu-

minado por esa luz interior que supera a todo imperativo legal o gubernativo, para fundar las etapas inevitables de la civilización. Esta no puede obtenerse en cordilleras, desiertos, ni istmos, ni mares, y cuando su energía comienza a obrar sobre el espíritu, nada la impide y todas las formas establecidas ceden ante las realidades y promesas supremas que ella trae consigo. Alejandro habría variado el curso y la naturaleza de la civilización actual, fundada sobre base autoritaria y materialista, si esta corriente, ya entrenada y fuerte desde Roma, no hubiera aprovechado la prematura muerte del macedonio para ahogarla en sangre y en despotismo. San Martín — y no temo por excesivo el paralelo, porque es exacto en su espíritu — habría impreso una orientación muy diferente y muy alta a la civilización política, a la formación democrática y al temple moral de las naciones de Sudamérica, si al consumar la liberación del Perú no hubiera chocado con el escollo de las fuerzas de la dictadura, de la ambición y el materialismo encarnados en Bolívar, y si su alma selecta y acrisolada en un idealismo ético superior, inaccesible para su tiempo y en gran medida para el nuestro, no le hubiese dictado la gran Renunciación, que fué bautismo de gloria para él, para su raza y para la sucesión de generaciones que vendrían tras de las huellas de su ejército consagrado. Alejandro, cuentan sus biógrafos, se detuvo vacilante ante el ceño adusto y amenazador del desierto africano, que estremeció a sus generales fascinados por su prestigio; San Martín se detuvo también ante la visión siniestra de la anarquía, la barbarie y la servidumbre que traía consigo su duelo de influencias con Bolívar, y más alto que el macedonio y que cualquier otro conducto de naciones armadas en el mundo, bebe el cáliz eucarístico de la sublime inmolación, que impregna de misticismo inaccesible la Historia de nuestra patria y hará brotar de su suelo, más adelante en los tiempos, campos de lirios blancos y azules, simbólicos de las eternas virtudes democráticas.

II

He dicho muchas veces y me confirma cada hora de mis meditaciones, que el general San Martín, con su conducta al frente de su ejército, en presencia y en función gobernante de sus pueblos libertados y por las breves y sentenciosas palabras de sus documentos oficiales, es el verdadero Padre de la democracia en Sudamérica. ¿Necesitaré probarlo? Me bastará recordar a quienes lean si acaso siguen la evolución de las ideas contemporáneas, que esta palabra no es ya la vulgar panacea de oradores y cartelistas de bocacalle o comité cerrado; que ella significa ya, en el dominio de las más elevadas culturas políticas del día, trasunta en su literatura oral y escrita, esa especie de ambiente espiritual en el que el alma de un pueblo se armoniza y se cohesiona cuando ha aparecido en él la luz psíquica de un destino colectivo; es un estado de alma, es un plano de elevación, es una energía dinámica de perfeccionamiento; es una situación de cultivo, durante la cual todas las células orgánicas toman movimiento creador y bajo el solo invisible influjo de la libertad se desarrollan y llenan el ambiente de vibraciones y el suelo de gérmenes y de vegetaciones.

¿Compréndese la impresión de ánimo de un aedo, de un capitán, de un profeta, que mientras la muchedumbre ignara le apostrofa y le estorba por ambicioso, por déspota, por cruel o por rebelde, o por sensual, él lleva en silencio el culto íntimo de su ideal que sólo revela en la simplicidad de la acción y en la nítida claridad de sus palabras? Como la grande ave de nuestras cordilleras, aprisionada a veces por las marañas que la turba rastrera amontona encima de ella mientras reposa o duerme, despierta y despedaza toda la frágil y artera red con el solo impulso de su vuelo, así el héroe de los Andes rompió la tupida madeja de los odios, las envidias, los celos que encenegaban la escena política argentina, para trasladar su legión sagrada a través de la cordillera más ardua que ejército algu-

no transmontó jamás; cuando, y después de Chacabuco y de Maipú, asegurada la libertad de Chile, la Nación unánime se inclinaba ante su prestigio incontrarrestable, en ofrenda de honores y Poder, se reconcentra en el santuario íntimo e inspirado por la luz interna del lejano ideal, desecha honores y Poder para indicar a los pueblos de América, que el conductor de aquel ejército no busca recompensas sensuales, sino que cumple una misión democrática: la devolución de la soberanía a su verdadero dueño. ¡Y qué amargo fué el caliz de aquellas victorias! Odios reconcentrados, de impotencias incontenidas, le imputan todas las faltas, las debilidades, las concupiscencias propias de la baja humanidad; y cuando podía creérsele — y aun perdonársele por ello — capaz de crueldades vengativas o de simples caprichos de vencedor omnipotente, reserva un legajo de cartas dolorosamente acusadoras contra amigos, enemigos y neutrales, y a solas con su conciencia mística, las entrega al fuego devorador, al eterno olvido, que allá en su santuario es un supremo y divino perdón.

Oigamos su despedida a la patria, antes de zarpar hacia Lima, el 22 de julio de 1820, realizando la inmortal *desobediencia*: “Compatriotas: Yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de nuestras desgracias: vosotros me habéis recriminado aún de no haber contribuído a aumentarlas, porque éste habría sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas: *mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden*. En tal caso, era preciso renunciar a la empresa de libertar al Perú; y suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, *yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No: el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América*”.

¿Quién, entre todos los conductores de huestes armadas en guerras fratricidas, en tiempo y país alguno, lloró sobre los

trofeos de la victoria? ¿Quién ignora que la mayor perversidad es la de la lucha entre hermanos? Y si se recuerda ahora, después de sesenta años de cerrado el período agudo de las nuestras, se verá cómo Dante pudo destinar un cuadro de su inmortal poema a nuestra guerra civil, durante la cual, si no se devoraron unos a otros como caníbales, el paroxismo de la sangre llegó hasta el delirio más espantoso. San Martín llevaba en su alma la obsesión luminosa de la libertad de América, a costa de todo; y si la palabra *odio* le pudo ser aplicada, como pasión suya, sólo puede decirse que odió el odio entre compatriotas, hasta la exaltación. Así lo demuestra con los más altos sacrificios concebibles en Chile y en el Perú, donde apenas mantiene el mando compatible con las exigencias de la guerra emancipadora, para entregarlo luego a los pueblos como dueños de sus destinos. Así, en Guayaquil, el ara de la sublime renunciación, depone toda su gloria en aras de su ideal irreductible; y cuando algún Maquiavelo criollo le cree capaz de ceder a la tentación del Poder, lanza el grito de indignación más destemplado y feroz que jamás brotó de pecho de hombre, hasta el punto de poder creerse que todas las amarguras contenidas durante aquella hora trágica desbordan en la carta a Riva Agüero, cuya transcripción rompería el sereno “ritmo de estas líneas”, de tal modo su lectura destempla y turba el ánimo más rudo.

Durante esta formidable campaña de la Independencia y seguridad interior del Perú, San Martín tuvo lo que todos los historiadores pudieran llamar su crisis moral y política suprema. Los enemigos más encarnizados le salen al paso con un tejido de imputaciones y calumnias, calculadas para hacer perder el equilibrio a una montaña. Su propio juicio, perturbado a veces por la inflexible obsesión de su idea sobre la anarquía y el poder disolvente de las facciones domésticas, renueva en Lima la sugestión monárquica escollada en Tucumán; y despierta la resistencia colectiva, surgida del propio fondo democrático descubierto por su espada. Pero los actos fundamentales de su política, desde que se halla en po-

sesión de la antigua "Roma de los Incas" y ciudad de los virreyes, le muestran firme dentro de la lógica de su misión libertadora y de su temperamento de grande hombre a la antigua. La entrada en Lima, las ceremonias subsiguientes, y los actos preparatorios de la declaratoria de Independencia, sus palabras solemnes que la Historia ha grabado en bronce, como el bautizo de la nueva nacionalidad surgida de su genio, son hechos de una grandeza sencilla y conmovedora, que revisten los caracteres de cimientos indestructibles, como las piedras de las viejas fortalezas incásicas, que no han podido destruir los siglos, los terremotos, ni las barbaries sucesivas que pesaron sobre ellas.

Oigamos otra vez las palabras de la Historia, relativas ahora al gran momento centenario: después de describir el cortejo solemne salido del Palacio de los virreyes, formado de las muy ilustres corporaciones de la ciudad, Universidad y colegios, comunidades religiosas, cabildantes y jueces y nobles indígenas, seguía el Libertador con su Estado Mayor, acompañado del Gobernador político de la ciudad. Luego la guardia cívica, alabarderos y húsares de San Martín. "Por último — dice Mitre, — el batallón número 8 de los Andes, vencedor en Chacabuco y Maipú, con las banderas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile, y más a retaguardia la artillería con los cañones que debían saludar el advenimiento de la nueva Nación. San Martín subió a un tablado levantado en la Plaza Mayor, y desplegó por primera vez la bandera nacional del Perú, inventada por él en Pisco. Fué saludado con un inmenso aplauso. Acallado un momento el bullicio por un ademán del Libertador, exclamó con voz sonora y firme: "El Perú es, desde este momento, libre e independiente, por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa, que Dios defiende."

Después, muchos sucesos de creciente interés público y dramático se precipitan con celeridad, y a veces con incomprensible falta de lógica. La acción estratégica de la ocupación de Lima, que tanto define el genio militar y el con-

cepto del general San Martín, sobre el carácter de la guerra, se desarrolla en diversos hechos concurrentes, hasta la toma de las fortalezas del Callao; y luego la convocatoria del Congreso; la representación congratulatoria del Cabildo en que por primera vez se le compara con Wáshington, por su grandeza implícita, por la sencilla ecuanimidad de su conducta y su aversión a los aparatos majestuosos y antirrepublicanos; y cuando es investido del Gobierno provisorio con el cargo de Protector de la libertad del Perú, se abre un período febril de legislación revolucionaria y democrática, que recuerda la de nuestra Asamblea nacional de 1813, auxiliado por los tres ministros Monteagudo, García del Río y Unánue, sin descuidar ninguna de las reformas que condujesen a crear un verdadero Estado libre, sobre los principios de la República. Un biógrafo, tan modesto como verídico, del general San Martín, después de reseñar todas las leyes y medidas dictadas en tal sentido, concluye diciendo: “La sabiduría de esta política contribuía a crear la escuela del verdadero Gobierno democrático, y era más poderosa que los cañones para regenerar aquella sociedad y vencer a los antiguos opresores del Perú.” La Municipalidad de Lima, en su declaración del 28 de noviembre de 1821, funda su gratitud, además de los hechos de su Gobierno “en las virtudes del Protector y de su Ejército, que habían sabido afirmar los derechos legítimos de sus ciudadanos, con hechos considerados hasta entonces como sueños y teorías irrealizables.”

Ya era demasiado Gobierno el de aquel año fecundo, para que el alma del general San Martín no se sintiese asediada por el horror a las pasiones que su presencia comenzaba a excitar en los bandos locales. Apresura la reunión del Congreso, y el 20 de septiembre, en sesión solemne, después de instalada la Asamblea soberana, le devuelve la investidura suprema, declarando que, al hacerlo así, no hacía más que cumplir con un deber y un voto del corazón. Sus actos fueron siempre irrevocables, porque procedían de un imperativo de conciencia en plena soberanía. Por eso, cuando el Par-

lamento nacional le pide que permanezca en el país con el más alto grado militar, contesta con las palabras que debieran ser y han sido selladas con sangre de los pueblos de Sudamérica: "La presencia de un militar afortunado es un peligro para los pueblos que de nuevo se constituyen"; más explícito aún en su credo democrático: "Mi presencia en el Perú, con las relaciones del Poder que he dejado y con las de la fuerza, es incompatible con la moral del cuerpo soberano, y en mi propia opinión, porque ninguna prescindencia personal por mi parte alejaría los tiros de la maledicencia y de la calumnia."

III

Y bien, no hacemos historia, porque ella es familiar al lector argentino. Sólo queremos mostrar en su magnitud y contornos superiores al hombre en cuya personalidad se condensan hoy todos los recuerdos relativos al origen y surgimiento efectivos de una de las repúblicas más cultas y prósperas de la América del Sud. Nacida ésta del esfuerzo combinado de las armas de dos naciones hermanas, bajo el comando de un gran capitán, hasta que llega la hora del ocaso de su influencia guiadora, para ceder su lugar a las voluntades complejas del pueblo, entregado a sí mismo, hubo de seguir la orientación marcada por los actos iniciales de su primer Gobierno. Pero las luchas de la democracia naciente y la aparición del mismo fenómeno social anárquico, que obligara al héroe a abandonar el teatro militar del Río de la Plata, tienden a su paso los mismos obstáculos, hasta que la fuerza fatal que ha obtenido normal desarrollo de las democracias sudamericanas, la ambición de mando por el mando mismo, ya escueto y franco, ya revestido de formas superiores e ideas magnánimas, se presenta en el escenario, en el cual hubo de realizarse el glorioso milagro de una democracia incontaminada de cesarismo y dictadura, para retardar,

ya que no para impedir, la consumación de la obra preparada en las afanosas jornadas de Mendoza.

Un siglo después, el ambiente de aquella magna gesta ha cambiado, y el juicio póstumo vaga confundido y perplejo sobre los hombres y la grandeza intrínseca de los caracteres. Rivalidades nacidas en torno de los dos personajes cuya colisión se resuelve en Guayaquil con el retiro del general San Martín, pugnan por renovar una lucha que éste suprimió de raíz con su renuncia y su ostracismo. ¿De dónde viene ese viento que quiere revolver el polvo de un siglo? Bolívar ocupa el escenario abandonado por San Martín, y sigue la obra, persigue la gloria de terminar la libertad de América, según las palabras de su grandiosa misiva al libertador de Colombia. En el movimiento de alma del argentino no hay una vibración de odio, de despecho ni desengaño: es un acto consciente de un espíritu reflexivo que compara y contrapesa los valores y decide su solución ineludible. ¿A qué seguir pesando sobre los libres impulsos de un pueblo o de pueblos apenas libertados de sus yugos coloniales? ¿A qué continuar obstruyendo con incómodas ligaduras de fuerza y de militarismo obstinado el espontáneo impulso de la savia nueva cargada de promesas? San Martín, al alejarse para siempre del teatro de sus hazañas, dejaba sembrada en sus pueblos la semilla de una civilización de base democrática y de amplias perspectivas humanas. Bolívar, al decidirse a continuar pesando sobre los de su zona de influencia directa, los reata, los entumece y retarda el ritmo de su engrandecimiento y de su definitiva formación. Su grandeza intrínseca, su genio político y sus altas y grandiosas concepciones no son puestos en duda, y el sentimiento de admiración más sincero y ecuaníme vive en el seno de la Nación Argentina para su nombre y su gloria.

Si el estado de alma de las naciones del grupo bolivariano fuese tal como se deriva del temple moral de San Martín, existiría en ellas la misma serena conciencia para juzgar y conservar la gloria del Capitán del Norte. Pero su diplo-

macia oficiosa, revelada en multitud de publicaciones y actos internacionales, pareciera tender a reavivar las brasas enterradas bajo las cenizas del siglo transcurrido. No lo conseguirán. La vida democrática, laboriosa y productiva, segura de su destino y misión histórica, de las naciones del grupo meridional, situadas en el mapa trazado por el plan de San Martín, les impide detenerse en tales faenas retrospectivas. Y en momentos en que las miradas de medio mundo se vuelven hacia la legendaria Lima, de los Incas y de los Virreyes, para saludar su eclosión histórica hacia la libertad, se alzan voces desacordes que disuenan en el concierto y echan sombras de duda sobre la suerte de la cultura en tales regiones. No es así entretanto, y los votos de todos los corazones, desde las márgenes del Plata a las riberas del Pacífico, sólo aspiran a cimentar en toda la trayectoria geográfica de la doble epopeya emancipadora, un régimen de cordial solidaridad fraterna, en el recuerdo y en el anhelo del futuro. Así como San Martín, al dejar sellada su empresa de la libertad del Perú, se consagra a la expectativa ansiosa de la suerte de sus hijos, en el lejano y doloroso silencio de su ostracismo eterno, así el alma argentina comulga hoy con la de la nación hermana y alza el voto profundo de que su democracia futura se sature de las esenciales virtudes, purezas, energías y abnegaciones, sintetizadas en el carácter de su libertador, el general San Martín, de quien el ilustre Elihu Root dijo en uno de sus libros más bellos estas palabras con que quiero cerrar este deshilvanado escrito:

“San Martín murió sin ser comprendido y en el ostracismo. A los generales y políticos que mantuvieron a las Repúblicas sudamericanas en continua efusión de sangre, por sus ambiciones personales, y a sus secuaces, el espíritu de propia seguridad que exige poder y gloria, les parecía admirable, y el espíritu de abnegación personal les parecía debilidad. Pero a medida que la gente de estos países se ha elevado a una conciencia más alta del deber y del honor, ha llegado a ser un hecho que el gran sudamericano — el único

digno de ser nombrado junto con Wáshington como ejemplo e inspiración de patriotismo — fué el modesto soldado que cuidó más de su misión que de su empleo, y que no aspiró al Poder por el Poder, sino que lo creó y lo dignificó para el bien de su patria.”

28 de julio de 1921.

V

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

1822 — 1922

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

1822 - 1922

I

Día de excepcional significado es el de hoy para las naciones sudamericanas comprendidas entre el istmo de Panamá y el estrecho de Magallanes: un siglo se cierra sobre un acontecimiento único en los anales del Nuevo Mundo, y el cual por todo ese tiempo ha sido considerado como un misterio; si bien, develados sus pormenores íntimos, en cuanto al contenido de la inmortal entrevista de los dos capitanes de la emancipación del Continente hispánico, no cesará de ser por mucho tiempo en el futuro tema predilecto y foco central de las investigaciones filosófico-políticas relacionadas con los conductores de pueblos y los destinos de éstos. Porque si los hechos son siempre los hechos, y quedan ahí como las rocas en el mar, el movimiento de las ideas, como el de las olas, imprime a las figuras las cambiantes propias de las nuevas perspectivas del espíritu observador. La crítica histórica, como los procedimientos de la ciencia, puede llegar hasta la habilitación completa de la substancia, por el empleo de métodos de observación cada día más perfectos.

Leído el relato de los sucesos relacionados con la conferencia de Guayaquil, de los cuales ella fué centro convergente, se ve a las claras lo que todos saben: aquél fué el momento crítico de la Revolución en esta parte de América, dada su división en dos corrientes determinadas por los dos impulsos iniciales, de Caracas y Buenos Aires, representados en

su dinamismo expansivo e inevitable, por dos hombres superiores, representativos de las regiones geográficas morales de donde surgieron y cuyos ejércitos conducían hacia un objetivo común. Marchando el uno de Sur a Norte y el otro de Norte a Sur, con igual autonomía y suma de autoridad, su conjunción era forzosa, y ésta debía ser, o una armonía espontánea y fecunda en resultados inmediatos y finales, como lo expresan los anhelos de uno y otro, o un choque violento e insoluble, si no lo era por una de esas dos fuerzas supremas: la material de las armas o la moral de la virtud. Ambas pueden obedecer a un determinismo fatal, hallándose, desde luego, escritas en el alma de los protagonistas del drama, como en la tragedia griega.

Desde luego, son bien distintos los rasgos diferenciales de los dos caudillos libertadores: sus prestigios militares brillaban con igual resplandor ante el juicio y la imaginación del Norte y del Sur. Como exponentes de gloria u orgullo nacionales, llevaban consigo la pasión admirativa de sus pueblos, y como de nuestra raza, vivamente inclinados a la divagación o al sometimiento absoluto. La única valla de contención contra esta marea turbadora es la propia virtud del héroe o del semidiós, cuando sólo su voluntad ordena o limita las acciones colectivas. Aunque hijos de una misma sangre racial y de medios sociales tan semejantes como idénticos, es indudable que la Naturaleza y la Educación, habían marcado radicales diferencias entre los tipos morales y los conceptos *profesionales* — diremos así — de uno y otro personaje; y como no podían libertarse de la influencia colectiva de sus respectivos medios sociales, venían así a poner enfrente una de otra dos modalidades regionales de la misma civilización.

Se explica así, acaso, la forma que adopta con respecto a ambos héroes, su propia posteridad, hasta el punto de aparecer hoy como una continuidad, una prolongación de los prestigios de uno y otro, — los mismos que hicieron su aureola en vida, — las manifestaciones de admiración o veneración de sus compatriotas. Trasladada a la labor literaria es-

ta pasión pública, ella ostenta a veces las mismas formas obsesionantes de los días de lucha; y lo que debía ser — y será, sin duda, en breve, por la natural gravitación de las ideas, — un sereno examen crítico digno de la misión docente de la Historia, se exhibe como una reminiscencia de odios, rivalidades y antagonismos, de que no compartieron por igual los protagonistas del drama, y fueron más bien incendios, reflejos de ajenos intereses y pasiones, germinados como arbutos venenosos en las tierras regadas por la sangre. Pero, por suerte para la buena doctrina y la más sana moral, las ideas dominantes en las clases directivas de los países del Norte y del Sur se hallan en un plano superior al de tales resurrecciones, y ellas comprenden que ya es tiempo de independizar el juicio histórico, de aquellas parcialidades y tendencias; y al definir cada ciclo como los estratos de sus formaciones geológicas, dejar dormir su sueño de inmortalidad a los grandes hombres, sobre el lecho incommovible de sus acciones reales y sus conquistas irrevocables, y continuar la obra constructiva de las generaciones subsiguientes, sobre el terreno firme y seguro que aquellos les legaran. Las nacionalidades desprendidas de la acción militar y política de Bolívar y de San Martín se hallan hoy en frente de nuevas corrientes de ideas y nuevas formas de cultura, arrastradas por las de la civilización contemporánea, y si no fuese así, su política, su vida social y económica, y su participación en la vida del mundo no habrían salido de la época caótica de la gesta revolucionaria o de los primeros ensayos constitucionales.

Error evidente sería el de los escritores que pretendieran sostener que había una rivalidad entre San Martín y Bolívar. La rivalidad es una pasión opuesta entre dos caracteres antagónicos sobre un objetivo único, y es sabido por cuantos han leído los principales documentos del magno episodio, que en el general San Martín no hubo por un solo momento, la idea de una oposición, de una pugna, de una contradicción de hecho, contra la actitud y planes de Bolívar. Desde lejos vió la ecuación sencilla de la conjunción de ambas fuerzas

para la terminación de la guerra; y con entusiasmo espontáneo, casi ingenuo, escribe al Libertador del norte sobre la feliz oportunidad de su encuentro, de su inteligencia, de su cooperación, sin la cual no cree posible aquel supremo anhelo. Si al aproximarse y ponerse en contacto los dos caracteres, las dos almas, los dos temperamentos, se produce la virtual y positiva divergencia, y la ecuación se presenta al espíritu de San Martín insoluble por su primitivo cálculo, esto no significa un conflicto, ni menos una causa de rivalidad, ni antagonismo peligroso para la causa de la emancipación de América, porque San Martín la tenía resuelta en su propia contextura moral, simple e indivisible, en esta fórmula invariable: la más pronta terminación de la guerra por la unión de las dos potencias militares, bajo cualquier comando o dirección. Por eso él ofrece a Bolívar su cooperación como subordinado, con todo su ejército, no habiendo encontrado en aquél igual resolución o ánimo. El único imperativo supremo sobre su conciencia y su voluntad es el de la Independencia, y ante él desaparecen todos los demás de orden íntimo, o personal, — ambición, vanidad, amor propio, interés, egoísmo, — y en ningún momento de su vida posterior, reflejada en su correspondencia, contradice ni obscurece aquel clarísimo concepto.

II

Cuando nuestro medio intelectual se habitúe más con cierto orden de ideas, relacionadas con la definición de los grandes caracteres y su misión histórica, —y sería el día en que nuestra cultura colectiva suba a un plano superior,— se acabará de aquilatar en su verdadera ley ética la acción de San Martín en Guayaquil. Ella es de una sencillez tan primitiva y deslumbrante, que no ofrece una arista a la confusión ni a la duda, por más que el criterio vulgar, hecho de pasiones y materialidades, se esfuerce por poner a su nivel al personaje y a sus problemas íntimos. San Martín, desde su pri-

mera resolución de abandonar la ruta *scelerata* del Alto Perú, para fundar su núcleo de Mendoza, punto de observación de su vasto plan sudamericano, concretó en su espíritu y acució en su personalidad esta decisión: la Independencia de América, sin conquistas, ni imposiciones, ni predominios personales, y dejando a cada pueblo la libre determinación de sus destinos. Y si la definición del grande hombre es la consagración absoluta e irrevocable a la realización de un alto ideal humano, en ese instante de su vida moral quedaba fundida en bronce imperecedero su figura entre las más altas de la Historia. Así sólo se explica que abandone a su país a la furia de las facciones de que cuidarían otros hombres y factores hasta el día de la liberación definitiva; así en Chile no acepta mando ni parte alguna en el Gobierno; así en el Perú sólo mantiene el necesario para consumir su plan de emancipación hasta entregar su suerte a su propio pueblo; y así, por fin, al llegar al tremendo dilema que plantea en su conciencia la negativa de Bolívar, todo su destino queda resuelto, porque quedaba resuelta por uno de sus términos la sencilla ecuación de su política libertadora.

“El genio verdadero es elemental, — dice un biógrafo de Abraham Lincoln; — él influye en la humanidad como el calor y el frío, la lluvia y la luz del sol. Los que le oponen su mayor resistencia son los que caen debajo de su peso imperturbable.” San Martín llega en este momento al apogeo de su personalidad moral. La primera visita de Bolívar es una revelación. La sencillez de su genio y de su carácter no le permite vacilar: ha visto en toda su amplitud la solución, y la tiene hecha en el fondo de su conciencia. El hombre político y militar debe seguir algunas reglas de protocolo y cortesía, pero la vista interior del genio es infalible: ha llegado el momento de la transfiguración inmortal, y el imperativo de su virtud, ingénita, le impone la magna *renunciación*, que es progreso y ascensión. Ella calentará e iluminará por los siglos futuros la conciencia de las generaciones sucesivas, y todas las concepciones vulgares de la materialidad

cederán ante la germinación infinita de virtudes de aquella siembra sublime.

Los historiadores y biógrafos, apegados siempre a las escuelas pasionales de los dramas políticos, hablan en esta ocasión de San Martín como un vencido, si bien el más autorizado de todos ellos agrega que el verdadero vencido, por serlo moralmente por el imperio de una virtud suprema, fué su glorioso interlocutor. La carta-despedida de San Martín a Bolívar, de 29 de agosto, serena y límpida como la conciencia que la dictara, explica el ponderado misterio: “los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me proponía para la pronta terminación de la guerra; yo estoy convencido de que, o usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con la fuerza a mi mando, o que mi persona le es embarazosa.” Uno y otro de estos términos son verdaderos. Bolívar no podía, en su concepto político y en su temperamento personal, aceptar aquella subordinación de una grandeza moral semejante: sus métodos y designios se lo impedían. El no sólo libertaba pueblos, sino que los conquistaba para engrandecer su poderío político y militar, y, si se quiere, para acercarse a su plan integral de unificación sudamericana. Contrastaba en esto con la sencilla fórmula de San Martín, expresada en la misma carta-testamento: “estoy convencido de que, sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la Independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males...” Y más adelante, después de anunciar su irrevocable resolución de ausentarse, dejando inaugurado el Congreso del Perú, “me embarcaré para Chile, — dice, — convencido de que sólo mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando; para mí habría sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur debe su

libertad; el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.”

Todo el misterio de Guayaquil, — como sostiene el general Mitre, — se halla revelado en esta carta, que contiene la síntesis completa del pensamiento del Capitán argentino. Pero es indudable que sus sentimientos no anidaban en el alma de Bolívar. En éste domina más una ambición y una voluntad de satisfacerla a todo trance: en aquél hay una aceptación de una fuerza superior a los acontecimientos, pero determinada por el imperativo de un ideal indeclinable. “Voluntad y ambición, — dice otra vez el citado biógrafo de Lincoln, — son las características de los hombres que equivocan lo material por lo permanente... Lincoln discernía, desde muy joven, la diferencia entre voluntad y destino, y vió las peligrosas ilusiones de los políticos del *querer es poder*, y lo vano de sus esperanzas.” San Martín, sin cederlo todo a la fatalidad, reconocía lo que había en ella de real y determinante en los sucesos, y creía en el poder de las fuerzas ingénitas de la propia naturaleza íntima. Su ciclo de acción quedaba integrado virtualmente en la aparición de la fuerza que debía completar la campaña libertadora; más allá no quedaba ningún corolario a la ecuación de su vida pública en América; y dentro de su concepción simplista e indivisible, su resolución era irrevocable, y con ella la entrada de su personalidad moral en el nimbo de los altos conceptos éticos que mantenía el edificio moral del mundo. Aquí es justo recoger la observación de un filósofo, en un libro reciente: “estamos empezando a sentir la realidad de ese poder que reside encima de las apariencias y de las fórmulas; ese poder... que aceptamos como inspiración en religión, intuición en filosofía, iluminación en arte, que produce santos en una edad, y místicos científicos en otra.” La siembra milagrosa de la virtud que inspira al héroe argentino su renuncia y su ostracismo, ha fructificado en el cielo de las naciones que libertó su espada, o abarcó la acción indirecta de su genial inspiración de llegar a Lima. Sin palabras re-

sonantes, sin estilo literario, sin más elocuencia que la de los sentimientos y las ideas, pero con una inquebrantable decisión de realizarlas, ha fundado democracias espontáneas y vigorosas, que si han sufrido las crisis inherentes a sus energías juveniles de pronto libertadas, no han pasado por el rubor ni por el dolor de ver rodar por el suelo los ídolos que exaltaran en la hora de las altas inspiraciones y heroísmos.

III

Lo más interesante en esta célebre dualidad es que, al par de un antagonismo fundamental de caracteres y de métodos de acción, se realiza una verdadera concurrencia de fines y resultados definitivos para el porvenir conjunto de la civilización americana. Ambos persiguen el mismo propósito esencial de la Independencia, ambos contemplan, aunque por distinto camino, el mismo porvenir político, bajo la forma democrático-republicana, aun en medio de la aparente paradoja de esta enunciación. Se dice que en la entrevista, Bolívar sostuvo la organización republicana para los nuevos Estados, y San Martín prefería la forma transitoria de la monarquía templada, como medio de asegurar su educación democrática para el porvenir. Entretanto, y sean cuales fueren los verdaderos términos en que se hubiese mantenido la discusión, los hechos posteriores han demostrado, o puesto de relieve, esta singular dualidad: los Estados sobre los cuales San Martín ejerció su influencia directa o refleja, se organizan todos bajo la forma republicano-democrática, con intermitencias más o menos largas de dictaduras de hecho, mientras que los del grupo bolivariano, con el nombre de repúblicas deben soportar gobiernos realmente *monocráticos*, para valernos de la expresión de un clásico historiador, aun bajo la misma dominación del héroe fundador de su Independencia. Ejemplo de esa forma es y será siempre la Constitución de Bolivia, ideada y redactada por el mismo libertador y fundador de esta República, con su Ejecutivo vita-

licio, elector de su segundo con carácter hereditario, de donde surgió, sin duda, para toda Sudamérica, esa familia terrible de los caudillos militares, protectores, tutores y árbitros de pueblos y gobiernos, que tanto ha costado extirpar de los hábitos y vicios de las épocas medias de nuestra historia interior.

No hay discrepancia en el juicio de los escritores, aun de la propia nacionalidad de Bolívar, sobre la doble faz de la vida pública de éste: la primera, la grande, la gloriosa, la inmarcesible, la heroica y genial del caudillo revolucionario, del soldado eminente y del exaltado soñador de grandezas en gran parte realizadas; y la segunda, la que llamaremos del usufructo personal de sus glorias y conquistas sobre los pueblos que libertó y ayudó a constituir su espada. San Martín, una vez llegado al término de su acción militar, cierra con llave invulnerable su ciclo de influencia y marcha al ostracismo voluntario, tan irrevocable como su abdicación, para no pesar con su influencia sobre los destinos de las nuevas democracias. En contraposición de caracteres, Bolívar opta por prolongar su acción política sobre los pueblos libertados y llega hasta el repudio efectivo de sus principios e ideales del primer ciclo y hasta caer en la condenación de sus conciudadanos, que le imponen una abdicación y un destino, que debe él, a su vez, lamentar y sentir como una afrenta. El retiro voluntario de San Martín después de Guayaquil abre para su nombre y para el culto de sus libertados un santuario de meditaciones y de ejemplos; la segunda vida de Bolívar, es decir, la que sigue a la consumación de la Independencia en Ayacucho, es el escenario de un teatro donde se representarán las más extrañas y a veces grotescas formas del drama humano. El silencio sacramental del uno es un seno de germinaciones infinitas para la educación moral de los pueblos que le vieron cruzar por su suelo o vieron pasar la sombra de su espada; la persistencia del dominio político del otro, abre un torneo de discusiones y que-

rellas que despedazan su nombre y su obra, hasta poner en peligro la parte invulnerable de su gloria de libertador.

En los últimos años una copiosa literatura político-histórica ha removido las cenizas de los dos grandes capitanes de la Independencia de la América meridional. Más diligentes y apasionados los del Norte, han aventajado a los del Sur en la obra de difusión y glorificación de su héroe, que aparece en sus libros y múltiples publicaciones como el precursor o iniciador de muchos de los grandes progresos realizados por la cultura política de este Continente. No es ni puede ser propósito de ningún escritor americano, como se ha dicho alguna vez, agrandar el monumento de Bolívar con ladrillos arrancados al de San Martín, ni viceversa; pero es justo observar el error y la esterilidad del empeño sistemático de esa labor iconoclasta, sabiendo que los valores históricos no se miden sólo por las palabras, y que un buen día la razón colectiva, iluminada por las luces ambientes de la nueva era del mundo, reducirá a unos y otros a su verdadera magnitud y sintetizará su juicio a lo que realmente realizaron, que fué lo más grande y trascendental, para dejar el resto a la obra progresiva de las generaciones. Como las figuras y las obras son imperecederas, los pueblos recogerán en todo tiempo la semilla de su ejemplo y su fecundidad renovadora; y la creciente solidaridad de los pueblos, por su mayor acercamiento espiritual y material, irá desvaneciendo los fantasmas del prejuicio y la pasión indígenas en cuanto tienen de tales, para reconocerse solidarios, como lo fueron sus padres y fundadores, en un gran destino común dentro de la humanidad civilizadora.

No hay espíritu de combate, ni de polémica, ni de represalia en el juicio que comparten autorizados historiadores compatriotas de Bolívar — según el cual la segunda parte de su vida pública fué afeada y aun manchada con graves errores y faltas, que la propia virtud y razón de sus pueblos se ha encargado de reparar y corregir. Su magna idea del Congreso y Confederación americanos, con asiento en Pa-

namá, y que bajo ciertos aspectos es, sin duda, un esbozo del actual panamericanismo, aparece en su tiempo limitado por incontenibles tendencias a una dictadura agresiva contra las demás naciones del Continente; que esa inclinación, evidente en cuanto se refería al Río de la Plata, fué en oportunidad contenida por la clara visión democrática de Rivadavia, quien reconocía la herencia del credo de Mayo, inspirador de la Revolución partida desde Buenos Aires, según el cual era inseparable la idea de emancipación de la de propio gobierno republicano-democrático, sobre el que se modelaría, al fin, toda la América, incluso el Brasil monárquico e imperial de entonces. Posesionado por la pasión combativa de su primera época de gran capitán, su política, se resiente de temores agresivos del extranjero, y forja alianzas y unificaciones para contrarrestarlas; mientras que en los nuevos Estados del sur, nacidos con una conciencia plena de su personalidad autónoma, otros hombres de Estado, que proliferan de las semillas del pasado y en el ambiente libre dejado por las espadas ausentes, se preocupan de velar por la conservación de los principios iniciales de su existencia política, de ponerse en el diapasón de la cultura moderna, y sin renegar de la Historia, tomar en las nuevas corrientes de la civilización su propio y adecuado lugar.

Las nuevas nacionalidades de América no pueden seguir haciendo del nombre de sus héroes banderas de combate ni de exclusivismos, ni de mimetismos más o menos justificados. Cada época tiene su labor y los tiempos nuevos reclaman más independencia de criterio, aun con respecto de sí mismos, si se quieren alinear en las primeras filas de la marcha del progreso. Las rivalidades y temores de hegemonías y superioridades, explicables bajo la conducción apasionada de los antiguos caudillos, han cedido su lugar hoy día a las imposiciones de una conciencia más elevada del Derecho y de la misión particular de cada nación, o grupo de naciones afines por historia o geografía regionales o continentales. Las Asambleas que desde 1889 se realizan periódicamen-

te en toda América, hacen lo bastante para mantener y desarrollar el espíritu de unión y cooperación internacionales hasta donde ellas son exigibles por las comunes leyes de sus orígenes; pero, a la vez, la inevitable concurrencia de las mismas naciones americanas a las más vastas reuniones, congresos o conferencias universales, las ponen en contacto con el resto del mundo, las obligan a participar e interesarse en problemas universales y a romper los moldes primitivos de un indigenato anacrónico, en los cuales quisieron encastillarse en sus horas de impulsos regresivos o evasiones de la línea civilizada.

IV

Si es verdad que el centenario de la entrevista de Guayaquil, realizada durante los días 26 y 27 de julio de 1822, evoca e invita a raciocinios comparativos entre los dos actores de ella, y de su medio geográfico y político, también es cierto que un siglo de evolución, de educación y de experiencia propias de cada país, los ha aleccionado suficientemente respecto de sus destinos exclusivos y solidarios. No se puede establecer comparaciones ventajosas en favor de ninguna de ellas: hijas son todas de la misma sangre, herederas de idénticos caracteres históricos; y si puede señalarse diferencias modales entre algunas, ninguna razón existe para negarles una aptitud igual para la vida de la más alta cultura política, que alcanzarán, no sólo por la educación del sentimiento de sus grandes hombres y glorias pasadas, sino, y muy principalmente, por la penetración del espíritu de la civilización contemporánea, que a todas les viene desde los más remotos orígenes. Tanto las naciones del Norte que libertó Bolívar, como las del Sur que emancipó San Martín, tendrán en uno y otro cosecha selectiva de sus mejores virtudes y cualidades más dignas de imitación; y los propios nombres y caracteres de aquéllos, pasarán por la transfiguración inevitable, impuesta por las nuevas ideas nacidas del progreso del espíritu

humano. Así, si durante el ciclo de la Independencia pudieron agruparse en dos zonas aparentemente hostiles los pueblos que siguieron a uno y a otro de aquellos grandes libertadores, estamos seguros que hoy la conciencia media de aquéllos ha superado la de sus fundadores; de manera que no sólo éstos alientan a las nuevas generaciones, sino que éstas iluminan con sus luces los sepulcros donde ellas venerasen su sueño de gloria, transformando el carácter de los hechos históricos y afinándolos al timbre de los recientes destinos.

No es este un estudio de investigación ni de comprobación histórica, sino de meditación sobre un hecho culminante del pasado, común a la mayor parte de las naciones de Sudamérica. Tampoco es una compensación ni discernimiento de méritos y glorias: sólo corresponde deducir del fondo del siglo transcurrido sobre el llamado drama de Guayaquil las lecciones útiles para nuestro tiempo, en cuanto afectan los ideales contemporáneos y las tendencias más dominantes en el alma de nuestros pueblos. Y en ese sentido los dos modelos ofrecen fecundísimas lecciones positivas y negativas. Cuando aun no han desaparecido del todo los vicios o desviaciones antiguos y la Educación pugna por extirparlos, conviene señalar los puntos luminosos en las figuras del pasado. La poesía y el arte han llevado la figura del héroe venezolano a la región de lo divino, tras las alucinaciones de la gloria militar que seduce y arrastra las multitudes. Será ésta una fuente inexhausta de energía vital para los que estudien sus hazañas y proezas: es una acción, un impulso, un ímpetu avasallador e incontenible que sólo cede, al fin, a la histéresis de su propio dinamismo. La fuerza es su condición, su instrumento, su magia creadora, y la fuerza, por su ley intrínseca, al agotarse en el vacío, disgrega lo que crea y desmorona lo que edifica. Su valor simbólico es, así, transitorio y frágil, aunque más atractivo a la imaginación y la pasión populares. Su paralelo meridional es el tipo de la reflexión serena, del cálculo silencioso, de la proyección ma-

temática y la ejecución reflexiva: en sus planes militares entra en mayor proporción la idea orgánica y civil que el solo brillo y objetivo bélicos. Es el tipo del militar civil por excelencia, y ha legado a América un molde de soldados fundidos en el crisol de las Constituciones democráticas en que el pueblo es su ejército y su ejército el brazo ejecutor de un designio popular; no obstante la exaltada pintura de un polemista argentino, San Martín es la representación genuina del antimilitarismo en la milicia y de la mínima participación de la fuerza en los asuntos públicos: es el soldado de la democracia, el soldado de las nuevas nacionalidades, el soldado-ciudadano del porvenir, el soldado de la paz y de la justicia, el soldado social de la era nueva.

Cuando los escritores extranjeros buscan en nuestros archivos los elementos humanos de estudio de nuestras jóvenes nacionalidades, se encuentran con estas figuras representativas del genio y de la aptitud de cada una de ellas para la vida de la verdadera democracia; y al hablar de Sudamérica, las primeras que surgen del fondo del pasado son las de San Martín y Bolívar, aunque allí mismo resplandezcan otras de igual magnitud específica, aunque no por la órbita material de su vida. Un eminente estadista norteamericano, Elihu Root, en un libro escrito para la educación de la juventud de su país, se refiere al inmortal episodio de Guayaquil y a sus dos protagonistas, en términos tales que, aunque hayan sido ya reproducidos en otros escritos, no pueden dejar de insertarse aquí, a manera de síntesis definitiva. Refiérese a la negativa de cooperación de Bolívar y a la disyuntiva fatal entre el duelo personal de los dos capitanes y la pérdida de la causa patriota, y concluye: "Entonces San Martín dió un ejemplo de sacrificio más admirable que sus victorias y su estrategia; — aludiendo a su abdicación y retiro del ejército — San Martín murió incomprendido en el ostracismo. A los generales y políticos que fueron sumergiendo a las Repúblicas sudamericanas en continuos mares de sangre por sus ambiciones egoístas, y a sus adherentes, el espí-

ritu de propia seguridad que requiere fuerza y fama les parecía admirable, y el de propia renuncia en homenaje a una causa les parecía debilidad. Pero a medida que el pueblo de esos países se ha elevado a un plano más alto en la conciencia del deber y del honor, ha llegado a comprender que el Gran Sudamericano, el único digno de ser nombrado junto con Wáshington como ejemplo de inspiración patriótica, era el modesto soldado que cuidó más de su causa que de su empleo y quiso más bien que conservar el Poder, resignarlo para el bien de su país.”

VI

BELGRANO INTIMO

MEDITACIÓN SOBRE SU CARÁCTER

BELGRANO INTIMO

MEDITACIÓN SOBRE SU CARÁCTER

No se halla tan lejos en el tiempo la vida del general Manuel Belgrano, para que hablemos de él como de un antiguo. Un siglo es nada en la vida de las naciones y apenas la orientación de las ideas marca una variante, si no es de matiz o de forma de expresión. Pasa muchas veces con la historia de los hombres ilustres, lo de los astros, cuya luz nos llega mucho tiempo después de su desaparición. Cuando la crítica o la investigación de la posteridad han descubierto la verdad sobre aquéllos, puede decirse que acaban de nacer: el astrónomo sólo entonces anota en el mapa celeste el advenimiento de la estrella, y se la llama *nueva*, aunque hubiese vivido desde hace millares de años.

No podemos decir que la vida de Belgrano nos haya sido desconocida. Biógrafos y críticos ilustres lo estudiaron; muchos de ellos lo habían tratado, y transmitieron sobre él sus recuerdos e impresiones en conmovidos o fríos estilos; otros, amargados con el agrio de las pasiones político-personales de nuestras luchas civiles, salpicaron al modelo con los proyectiles arrojados al artista. Y la verdad fué alterada, y contaminada del odio o la malicia contemporánea la pura y sutil túnica de la musa que cuida de la Historia, entre las sagradas nueve del cielo helénico.

Pocas formas son más encantadoras y atractivas que las de la autobiografía, las memorias o relatos de reminiscencias personales. Por más que sus autores quieran alterar sus pro-

pías sensaciones o juicios, el *estilo*, el lenguaje, la ley interna del idioma revelan la verdad a través de los más hábiles e intrincados tejidos de la astucia o de la inocencia. La eurística, con su microscopio insuperable o su luz radígena, alumbraba los más imperceptibles refugios de la verdad.

A pesar de existir monumentales narraciones histórico-críticas sobre el general Belgrano, su carácter íntimo, es decir, el *verdadero* Belgrano, es inexactamente conocido, y pugna por sobreponerse a la realidad comprobada de esa labor investigadora y probatoria, un cierto matiz que tiende a corromper las tintas auténticas de la figura. La razón es que no se lee bastante lo que debe leerse, y la ociosidad mental busca substitutivos fáciles, en la ironía, la malicia o la diatriba venenosa, a la deficiencia de la información. El mal llega hasta las escuelas, ya en forma de vanas loas obligatorias, ya con el prejuicio adquirido en la calle.

Hablemos escolarmente, y digamos que acaso no se ha encontrado aún el método didáctico que a la vez instruya e interese la atención del niño. La preferencia del relato bélico, la rutina que identifica todavía el patriotismo con la proeza militar ha creado una tela, un horizonte, un ambiente falso para todas las figuras y hechos de nuestro breve ciclo histórico propio. Los maestros no deben ser repetidores mecánicos ni parciales: deben aspirar en la vasta selva los perfumes esenciales, y tomar los colores primitivos, y gustar los sabores originales de cada especie.

Un moralista inglés, comienza un bello y ya viejo libro de *Men worth imitating* —hombres dignos de imitación—, diciendo que los hombres modelos como las flores típicas, son raros. Una flor descuella por la riqueza de las tintas, otra por la suavidad de su aroma, una tercera por la elegancia de su forma, y una cuarta por la simetría de sus proporciones. Así, si queremos hallar una perfecta, reunimos muchas en un ramo, y tratamos de combinar en una figura las excelencias de cada una distinta. Lo mismo debemos hacer cuando buscamos tipos de hombres dignos de imitación. “Es el

método de los más reputados educadores antiguos de la India y de Grecia, de la Francia e Inglaterra modernas, donde este arte superior ha alcanzado tan altas perfecciones.” Yo he tenido la suerte de seguir esa veta de estudios y desde muy temprano comprendí que una de las mejores maneras de hacer conocer de un niño o joven, a un carácter digno de imitación, era hacerle leer algo que éste hubiese escrito, o referencias de personas que lo hubiesen conocido. Es la misma impresión del que habiéndose formado idea de un orador o de un político por referencias ajenas, un día lo oye, lo ve, lo siente por acción de presencia: sólo entonces ha comprendido sus palabras y valorado sus cualidades.

Belgrano es, entre todas las figuras que en nuestra Historia tienen ya su sitio de inmortalidad, el que mayor número de cualidades ejemplares reúne, como índice educativo para las generaciones nuevas, que preparan las futuras democracias. Otras, como en el caso del jardín, presentarán tal vez rasgos más agudos, relieves más poderosos, impulsos más dominadores, pero en el tipo moral del creador de nuestra bandera, se juntan casi todos los atributos de la flor de cultura, lo que en la conciencia moderna califica el ciudadano perfecto de una república verdadera.

Sabemos en cuánto disfavor ha caído la virtud de la modestia, en una época en que tanto se ha exaltado el culto del yo, hasta ser programa de una bárbara guerra contemporánea; sabemos que en las actuales y afanosas luchas por el predominio económico o político, dentro o fuera de cada país, la modestia es considerada una debilidad, una cobardía, una inepticia. Falso: esta adulteración del concepto es una forma de corrupción y desvío de la buena senda. Modestia sólo es una inefable y varonil y fecunda virtud, que consiste en darse cada uno su propio valor: conocerse y tener el *valor* de confesar sus defectos; discernir los méritos de los otros en comparación con las deficiencias propias; saber la verdad y tener el *heroísmo* de confesarla y proclamarla, aun contra sí mismo. Y esta virtud en todos los individuos de una repú-

blica, haría de ésta la más fuerte del mundo, porque no se equivocaría nunca sobre su suerte, no jugaría su destino al azar de la aventura, y atraería sobre sí el respeto de todas las gentes, como hacia un santuario.

Es sencillamente adorable la sinceridad con que Belgrano declara lo que ignora, y muestra el fondo de su alma en cada palabra suya. A pesar de ser común en todos los autores de autobiografías cierto disfraz de la verdad, en mira al futuro, las palabras con que nos introduce en la lectura de la suya, respiran un hálito de verdad indudable: “el único premio a que aspiro por todos mis trabajos, después de lo que espero de la misericordia del Todopoderoso, es conservar el buen nombre que desde mis tiernos años logré en Europa, con las gentes con quienes tuve el honor de tratar, cuando contaba con una libertad indefinida, estaba entregado a mí mismo, a distancia de dos mil leguas de mis padres, y tenía cuanto necesitaba para satisfacer mis caprichos.” Se caracteriza así el niño u hombre de buena naturaleza, heredada, — como la de Marco Aurelio, — de alguno de sus padres, no ya anónimos, desde que engendraran tal hijo. Y si nuestras escuelas usaran el método humano y no el dogmático, ya tendrían tema bellísimo para deliciosos entretenimientos de clase, con el análisis de la *infancia y juventud de Manuel Belgrano*.

La modestia de los ciudadanos es la primera de las condiciones de una verdadera democracia; sería ésta una potencia de verdad y de fuerza, de discreción y de acierto, y contrastaría con muchas contemporáneas, educadas en la simulación y en el aparato, como la sociedad farisaica o de los derviches de Judea o de Persia que flagelaron Jesucristo, Kabir y Hafiz en parábolas o versos inmortales; y que hoy, en forma novísima, se trasunta con diversos nombres de la misma vacuidad y soberbia tan insolente como huera, y con aquella que el buen Roger Bacon, entre las *quattuor offendicula veritatis*, señalaba, — *et propriæ ignorantiae occultatio cum*

ostentatione sapientiæ superioris, — y que no traduciré en atención a la claridad medioeval de su latín.

Buenos Aires ha sido comparada con Atenas, más por la facilidad del término de comparación, que por una exactitud rigurosa del paralelo. Un poeta ignorado hasta 1885, del siglo de Pericles, dejó escrita en una tabla de bronce una sola cuarteta, en que pinta a Atenas como una ciudad distraída, burlona, versátil y... malevolente; pero sabemos muy bien que cuando los argentinos llamamos a nuestra capital la *Atenas del Plata*, no aludimos sino a su civilización, a su riqueza y a su población. La distracción perpetua, o la perpetua contracción a la caza del dólar nos impide dedicarnos a pensar en las cosas intensas, sanas, sinceras o trascendentales, sin mayor solemnidad; y, entonces, no es raro oír calificar de ingenuo al sincero, de flojo al humilde, de hipócrita al prudente. Entretanto, genios y talentos probados al hierro y al fuego exaltan la bondad como el secreto para llegar a la sabiduría, y la humildad para alcanzar la ciencia suprema.

La sinceridad es una virtud heroica. Belgrano la poseía como esencia de su organización; y aplicada a la vida pública del Estado y la milicia, lo transforma en un varón perfecto, digno de la galería de Plutarco, y en un héroe de aquellos que velaban las noches del campamento con Sócrates o con Homero. Porque la sinceridad es salud del alma, y es honestidad suma, y es lealtad consigo mismo, y es valor civil, superior al profesional de duelos o batallas. Un hombre sincero es una joya de la república, y una piedra angular de la pirámide máxima, simbólica de la potencia de una nación. Los relatos que más nos conmueven desde la cátedra, o en las páginas de la Historia, son los de héroes que prefirieron perder la vida, y a veces hasta la seguridad de sus ejércitos, por cumplir la palabra empeñada. Hoy, desde que la fe púnica, y la disimulación maquiavélica o la duplicidad germánica, entraron a viciar los antiguos conceptos morales que hicieron ejemplar la vieja república romana, nos incli-

namos más a condenar que a admirar a un general que, por noble, sincero y leal, cae bajo los golpes arteros de la deslealtad y la traición enemiga.

Belgrano, a juzgar por la lectura de los dos historiadores que más autoridad pueden pretender para sus juicios, sobre esta faz de su vida — el general Paz y el general Mitre, — fué víctima de su acendrada sinceridad, unas veces por parte de sus propios subalternos, que no comprendieron la esencia moral de su conducta, y otras, de los jefes españoles que, con mengua de la hidalguía fundamental de la Nación y de su raza, faltaron a sus pactos, y mancharon con el perjurio y la asechanza, el timbre de honor de su patria. Pero nuestro general estaba fundido en el bronce venerable de los de la antigua Roma y de la grande Grecia, porque había penetrado su espíritu en las lecturas clásicas de su predilección, y venía demasiado acrisolado a conducir y disciplinar ejércitos sin espíritu y sin cultura ambiente y tradicional; pues, aunque parezca paradoja, el espíritu democrático de un pueblo es la única fuente de la disciplina verdadera, que es la disciplina consciente del individuo y de la masa. ¿Y qué *espíritu* podía tener la masa criolla, arrancada de pronto de la ignorancia, la ociosidad y la servidumbre, para lanzarla a las vicisitudes de una guerra de libertad, de soberanía y autodecisión? Oigase las quejas de Belgrano, y recuérdese sus esfuerzos por la educación de ese pobre pueblo, desde su tribuna sorda del Consulado, cuando ya miraba hacia la posible independencia de su patria. ¡Heroísmo sublime el suyo, al lanzarse en cuerpo y alma a la brega de la creación de una nación libre, con aquella levadura y con aquella preparación!

A falta de entrenamiento profesional en el arte y ciencia militar en él mismo, Belgrano lo suplía todo con su grande alma y con su espíritu cívico. Se anticipaba así en un siglo a la evolución democrática del mundo; pues hoy, todo pueblo libre es un ejército, y todo soldado lleva en sí una conciencia cívica. El ejército mecanismo, y el soldado automá-

ta, ceden, fatalmente, al ejército democracia, al ejército conciencia. Aquel hará aliados por el miedo, éste los atraerá por la simpatía y el amor del ideal. En nuestro ejército del Norte, el del Alto Perú, pueden observarse prodigios de las virtudes cívicas de Belgrano, que por sí solas mantuvieron la unidad y cohesión de las filas, y la íntima correspondencia afectiva de los pueblos, ciudades y campiñas: lo suficiente para las victorias decisivas de esa región de la guerra, y para no convertir las derrotas parciales en desastres irreparables.

Creo — para no detenerme ahora en el aspecto militar de esta augusta personalidad, — que el conjunto de cualidades morales que formaban su carácter fué la fuerza más poderosa que salvó la Revolución argentina, hasta que San Martín vino a imprimirle otra dirección y otros métodos. Y la más excelsa de aquellas cualidades, en lo cual coinciden estos dos personajes, destinados a fundirse con el tiempo en un solo tipo moral, fué la de su absoluta consagración al bien público, hasta el grado de la renuncia, más bien, la renunciación de la propia personalidad, en aras de la nacionalidad y de la causa suprema de su independencia y seguridad futuras.

El egoísmo puede llegar a resultados grandes: no lo niego, porque la Historia tiene precedentes para todas las enormidades; pero la abnegación y el sacrificio solos, fundan las cosas eternas. Grecia y Roma antiguas, — volvamos otra vez a los inevitables modelos, — viven en la mente de la humanidad, en cuanto lo fueron de virtudes, y la filosofía y la moralidad animaron a sus conductores: perecieron en la realidad de los hechos, cuando dejaron de ser animadas por aquellas virtudes esenciales. Ya lo veis: viven en el espíritu en cuanto fueron espíritu, y han muerto de lo mortal que hubo en ellos. Belgrano y San Martín, en los tiempos de nuestra posteridad nacional, irán quedando sedimentados bajo conceptos diferentes de los que hoy sugieren. La crítica se espiritualizará de nuevo y más alto que en las eras pasadas; y entonces sólo quedarán en el firmamento los soles inextingui-

bles, los que fueron creados de la substancia eterna. “Lo que nace del espíritu es espíritu...”

Belgrano y San Martín son los tipos completos de los que Lord Haldane, llama *vidas consagradas*. Entiende por la expresión una *vida consagrada*, aquella que, con toda su potencia, se concentra en un alto propósito... Las vidas de los grandes hombres han sido *consagradas*; la precisión del objetivo los ha dominado en toda su duración. No comprenderá el sentido de esta definición, quien sólo busque signos externos para descifrarla. En ella va envuelta la idea de renunciación, no como abandono de su puesto en la lucha de la vida, sino como lo entiende la alta filosofía búdica y mística: como abandono de un plano de la acción, ya conquistado, para ascender a otro más alto, hasta la absoluta posesión de la perfección moral. “El hombre que pretenda dirigir a otros — dice otra vez Lord Haldane, — debe ser capaz de renunciación”. Belgrano, en los momentos más críticos de su dirección de la guerra del Norte, San Martín en su paso de los Andes y en Guayaquil, alcanzan las más puras esferas de la renunciación, se impersonalizan, sobrepasan la altura humana del esfuerzo y objetivo exigidos, abandonan el espacio perceptible de la crítica y entran en pleno dominio de lo prospectivo y de lo inmortal.

Pueden a veces, como quien vive y obra en forma de ensueño, aparecer estos grandes actos como inconscientes; pero no son tales, sino efectos del pleno, absoluto, entero y total abandono de sí mismos; son procreaciones espontáneas de la abnegación y de la consagración de la vida a un alto ideal. Por eso, para la conducción o la dirección de pueblos en este mundo, se necesita más que la capacidad técnica o profesional, “la posesión de una profunda vista interior”; porque el destino de las naciones no es un negocio lucrativo, una arribada feliz en playa opulenta, ni un amontonamiento de tronos tributarios: es, ante todo y sobre todo, un alto problema de ética y de idealidad. Y ya conoce, sin duda, el lector argentino, como el europeo, el intenso libro de Kidd,

quien hace consistir el secreto de la potencia dominadora del mundo, no en la fuerza bruta, sino en la fuerza moral, o como él dice, en “la emoción del ideal”; convertida en esencia de la vida de un hombre o de un pueblo.

No pretende ni exige mi criterio, que la educación de un hombre destinado a satisfacer el ideal de ciudadano de una democracia perfecta, se realice a base de imitación de tipos más o menos perfectos. Antes que todo están la naturaleza íntima, la predisposición, la suerte de la primera emoción o sensación de la vida, la buena dirección inicial, y muchas condiciones más; pero el estudio, la inspiración sugerida, la emoción de la belleza moral, el impulso natural de lo alto, sostenidos por una educación discreta y humana, hacen lo que con acierto se llama una *segunda naturaleza*, que procede del concepto ético de la vida que cada uno se ha formado y se halla irreductiblemente dispuesto a seguir hasta el fin de los días.

Y bien: Belgrano nos cuenta sus primeros pasos, sus primeros estudios en Europa, la honda variación impresa en sus ideas por las de la Revolución francesa, y cómo en presencia del espectáculo doloroso de la ignorancia y la miseria de sus compatriotas, hirió su alma, forjó su vocación y determinó la *consagración* de su vida al servicio del más alto ideal de la época y de toda época: la liberación y la civilización de su propio pueblo. De ahí las sucesivas renunciaciones de todos sus patrimonios y ambiciones personales; y “vivió de darse”, como se dijo de un filántropo norteamericano, siendo la expresión mucho más propia de nuestro aedo y patriota. Nació rico, y pudo vivir la vida de la vanidad y del placer, de la holganza material y de los dulces deleites de la contemplación mental; y después de sembrar a manos llenas, como en la obediencia de mandatos evangélicos, su fortuna heredada y bienes adquiridos, muere de una muerte de abandono y de miseria, que sublima hasta lo divino el último drama de su vida. “Vivió de darse”, repito con Martí; de darse en sangre y fatiga mortal a sus soldados en la guerra; de dar-

se en bienes en la brega de la educación y formación de una democracia, sobre la piedra bruta de un legado de ilotas; de darse en sacrificio eucarístico, en el cáliz mil veces más amargo, en el altar de un alma colectiva, dura y opaca, que paga en ingratitudes, insultos, burlas, escarnios y profanaciones las ofrendas de sangre y de vida, y que pisotea con la bota y el casco del caballo de la horda las místicas perfecciones de un alma blanca como una paloma de santuario.

En sus visiones de porvenir, sangrientas y humeantes de matanza y de incendio, veía ya desgarrarse en jirones la túnica inconsútil de la patria recién forjada. ¡Oh, aquel año XX de la Revolución! No ha tenido su Dante, pero tuvo su mártir espiritual. Belgrano comenzó a morir cuando tuvo la convicción de la impotencia de todo el país para dominar la anarquía, desbordada desde las propias filas de los ejércitos del Norte y de los Andes. Comenzó a morir cuando recibió la primera insolencia de la ingratitud ensoberbecida y de la ignorancia encumbrada en el Poder y en la jerarquía; y acabó de morir, cuando, después de haber predicado como un apóstol desde las exiguas páginas del *Correo de Comercio*, y de toda tribuna, por la unión de los hombres y los partidos, y las facciones enfurecidas por el odio y el egoísmo más feroces, tuvo la certidumbre de la fatalidad de la caída del querido ideal.

Alma limpia y blanca, la de Belgrano era la de un sabio antiguo, transmigrada, sin duda, desde las rientes islas egeas hasta tierras itálicas, y de allí hacia España y América con el soplo pujante de la conquista y la colonización del Río de la Plata. Su aversión a la discordia intestina, su horror a las formas del odio, su ausencia de esas pasiones feroces que trasmutan en veneno las más puras excelencias de la humana naturaleza, los debe, sin duda, a la lejana y quintaesenciada influencia de la filosofía antigua, bebida en la alta latinidad de su adolescencia, y en sus persistentes lecturas de siempre. Su temple natural, depurado y seleccionado por el estudio y la meditación, acrisolado por una íntima re-

ligiosidad, que destella luces inconfundibles en medio de la confusión de tantas simulaciones y oropeles, llevado a la exaltación mística en presencia de la obra y de la batalla redentoras de gentes de su propio medio nativo, sublimaron su conciencia, forjaron su carácter y lo ungieron de una especie de santidad cívica, que hace de él una figura única en la historia de nuestra América.

Cuando en las diarias vicisitudes de su comando del ejército del Norte, según las páginas tan altas como conmovidas de su gran biógrafo, se le ve soportar con alma serena, estoica e inmutable, las más amargas burlas y ofensas; y se piensa en la magnitud del sacrificio íntimo ofrendado a la salud de la patria, y a su ideal de armonía y unidad entre sus hijos en frente del enemigo, no se puede menos de recordar aquellos espíritus que en cierta hora fueron la constelación, aun tan brillante y viva como las Pléyades del cielo, llamada de los Siete Sabios, cuyo símbolo y ritmo marcó Pitágoras, y en cuyos sitios hubo filósofos, estadistas y estetas. En ese ambiente de belleza y plástica y de armonía musical, en que el arpa y la lira templaban y embellecían las pasiones, y “la música no era ya un lujo, sino una necesidad”, y en que “había hombres de espíritu igual al de los dioses”, vivió aquel que fué considerado el más grande de los contemporáneos de Sapho: Pittakos de Mitilene. El fué el *leader* del Partido democrático, y llevado al gobierno de la ciudad se le concedieron todos los poderes de la dictadura, que ejerció con sabiduría, honestidad, tolerancia, magnanimidad, progreso y cultura sin precedentes. El odio, la malevolencia, la perversidad, la envidia y el interés envenenó la lengua del rival aristocrático, el poeta Alkaios, que no sólo le hirió con injuriosas sátiras e innobles calumnias, sino que pretendió sublevar contra él al pueblo. Cuenta un novísimo historiador que, a pesar de la confesada enemistad y malignidad de Alkaios, Pittakos le perdonó su condena de destierro, y allí donde “la venganza era un placer de dioses”, el filósofo es-

tadista dejó sentada esta dulce sentencia, que anticipa en setecientos años el Evangelio: “Es más grato perdonar que vengar”.

El historiador de Belgrano y otros ilustres contemporáneos refieren, en el estilo de los grandes dolores, su enfermedad y su muerte; y aquella triste peregrinación de escarnios y miserias, durante los cuales, al vencedor de Tucumán y Salta, al creador de la bandera nacional y al donador de todas sus fortunas para el patrimonio moral y guerrero de sus conciudadanos, le faltó el alimento y la medicina, un vehículo y un lecho, es digna de figurar entre las páginas más trágicas de la historia humana. “Yo quería a Tucumán como a la tierra de mi nacimiento; pero han sido tan ingratos conmigo, que he resuelto ir a morir en Buenos Aires” — dice a un amigo durante una plática melancólica como un adiós a la vida. Quedábase, durante sus últimos días, en la casa paterna, por largos momentos abstraído, pálido y extático, como muerto; era la intensidad de la meditación postrera, definida por esta confidencia: “Pensaba en la eternidad a donde voy, y en la tierra querida que dejo.” Al expirar, tras días de intensísimas emociones de sus deudos y amigos, con la serena resignación del justo y del mártir voluntario de una grande idea, sólo tuvo una invocación y un lamento para aquella *cara Deo tellus sanctissima*, objeto único de su vida consagrada al patriotismo, a la virtud y a la abnegación por sus conciudadanos y la humanidad, exclamando sin cálculo, con las mismas palabras de William Pitt: “¡Ay, patria mía!” Este pensaba en la inmensa contienda que la Gran Bretaña tenía empeñada con la Europa, bajo el genio de un César; aquél contemplaba desde el dintel de la eternidad el horrible espectáculo de su patria, despedazada por los odios, las miserias y los sangrientos furios de la anarquía, que comenzaban a desgarrar sus carnes ateridas, cuando aun el enemigo no había depuesto las armas, y el ideal de su sacrificio no se había consumado.

VII

BELGRANO ESTADISTA

BELGRANO ESTADISTA

Belgrano fué el exponente de la política económica y social que convenía a la crianza de un pueblo recién nacido que, entre las nebulosas de su alma infantil, presentía no sólo su libertad próxima sino todo el proceso de su grandeza futura. En las tres *Memorias* leídas ante la junta del Consulado, en 1796, 1797, y 1798, no habla tanto el joven funcionario de un oficio burocrático, como el verdadero ministro y consejero de un pueblo y de un gobierno ideales, que veía ya diseñarse y modelarse en una lontananza no lejana. Su plan de acción es tan racional como lógico, porque empieza por fundar la autonomía económica por el desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio, los cuales no veía como simples labores empíricas, sino como un arte hecho de estudio, de reflexiones y de reglas científicas.

“La Agricultura es el verdadero destino del hombre — dice; — en el principio de todos los pueblos, cada individuo cultivaba una porción de tierra; y aquellos han sido poderosos, sanos, ricos y felices mientras conservaron la noble simplicidad de costumbres que procede de una vida siempre ocupada que preserva de todos los vicios y males.” La agricultura, agrega con la serena elocuencia de Marco Aurelio y de Cicerón, crea “la bondad del alma y la elevación de los pensamientos. En todos los pueblos antiguos ha sido la delicia de los grandes hombres”.

Con plenitud de concepto, conocimiento de los métodos prácticos, y con profusión de consejos inspirados en las me-

jores enseñanzas del extranjero, quiere reglar el trabajo de la tierra “en mi patria” — son sus palabras — sobre las bases de la libertad comercial, la ciencia suficiente de las explotaciones de todos los recursos naturales, y el embellecimiento y salubridad de todas las regiones. Para eso propone la creación de escuelas prácticas de agricultura, ganadería, industrias manuales nativas, plantación de montes, fundaciones de previsión social para el labrador.

Espera ver aclamado su proyecto “para evitar los grandes monopolios por aquellos hombres que, desprendidos de todo amor a sus semejantes, sólo aspiran a su interés particular y nada les importa que la clase más útil del Estado, la más productiva de la sociedad, viva en la miseria y desnudez.” El trabajo es así, para él, un medio de subsistencia personal y colectiva y una fuente perenne de moral privada y pública.

Al leer las vibrantes páginas de sus conferencias se ve al hombre de Estado embebido de toda la ciencia de su tiempo, acendrado en el crisol de un patriotismo sin superior entre los hombres antiguos y modernos; en ellas nos aparece como un primer precursor de las formas orgánicas de la democracia moderna, la que se asienta sobre la posesión útil de la tierra y sobre el empleo de una vida en la elaboración del bienestar de todos los miembros de la comunidad. No son las suyas simples idealidades sin forma concreta; sus planes de creaciones van acompañados de la institución y del procedimiento que ha de realizarlos; como un educador contemporáneo, quiere que la instrucción tenga su fundamento en una Escuela de dibujo, “que es sin duda el alma de las artes”.

Su plan de gobierno no difiere del más completo que hayan expuesto los organizadores de los Estados de nuestra época: quiere las escuelas gratuitas para inspirar a los hijos de la tierra “buenas máximas y amor al trabajo”; y estas escuelas gratuitas habían de comprender con cuidado especial a las niñas, para hacer de ellas “valores sociales”; y para que, criadas en esa forma, sean madres de una familia útil

y aplicada a trabajos lucrativos y, además, recatadas, decorosas, honestas.

La protección del comercio es uno de sus pensamientos dominantes; pero sobre la base de la ciencia y de una vista prospectiva sobre los demás pueblos, y sobre la moral profesional que inspira todo su sistema. Con la precisión de un técnico proyecta la Escuela de comercio, con su contenido y sus alcances sociales e instituciones concurrentes: seguros marítimos y terrestres, caminos, muelles, dragado de puertos y, por fin, una Escuela de náutica para la dotación de una marina mercante que parece todavía ser un problema nacional por resolver.

Ocupa un lugar preferente entre las altas preocupaciones de su espíritu la necesidad de unir, de asociar, de crear una cooperación espontánea, no sólo entre las industrias y el comercio, sino en un sentido más alto, entre las clases sociales más distintas. “Ayudándose mutuamente, — dice — conciliando sus respectivos intereses, labrarán su bienestar y el de todas estas Provincias. Lejos de reinar el odio entre los individuos de uno y otro cuerpo, sólo existirá una noble emulación... Uniendo todos sus dictámenes, talentos, tareas e intereses, formarán una sola familia; y trabajando cada uno para sí, concurrirá al bien general.”

En su noble ideal de fundar una íntima armonía social, quiere la participación de las razas española, negra y mulata en los beneficios de la común instrucción en las artes, de las escuelas públicas. Un vivo anhelo de evolución y de progreso inspira todos sus planes. Tanto los labradores como los comerciantes y los artistas no deben procurar apegarse tan íntimamente a los pensamientos de sus antepasados, los cuales no sólo deben adoptarse cuando convienen, sino abandonarse en caso contrario: “todo, de tiempo en tiempo, cambia, sin que en esto haya más misterio que el de la vicisitud de las cosas humanas”.

El íntimo consuelo de los grandes fundadores es tanto más firme cuanto más lejana se halla la realidad de sus vi-

siones. Las naciones surgidas de esos ensueños, en retribución, como predestinadas a la inmortalidad, recogen la herencia de pensamiento y de energía, y cuanto más remoto fué el vaticinio, más hondos y más sólidos se amasan sus cimientos. El secretario de la junta del Consulado, como esos genios ocultos en las rocas de la leyenda medieval, va a despertar a la acción por el primer rumor de armas extranjeras en el Río de la Plata. El complejo episodio de las invasiones inglesas, si bien no vino a despertar la conciencia de la fuerza propia de una sociedad autónoma, porque las guerras portuguesas habían forjado su temple heroico y siempre victorioso en los campos de batalla, fué el momento en que Belgrano recibe la revelación de la nueva nacionalidad. Tuvo esa revelación completa, porque su lealtad ingénita de buen ciudadano y sus sentimientos de raza, le inspiraron su immaculada conducta ante todo conato de dominación extraña, hasta que "era llegado el caso de trabajar por la patria para adquirir la libertad e independencia deseadas".

Era la hora genésica de la Nación Argentina en el espíritu de sus creadores: hora en la cual nació la ley histórica, comprobada por un siglo de dolorosas experiencias de que las victorias y las fundaciones imperecederas son hijas de la concordia y la unión de los hijos de la tierra; los reveses, los dolores y los eclipses de la libertad y de la gloria, fueron engendros del odio y de la discordia. Belgrano es el exponente de la ley de amistad, de tolerancia y de abnegación en aras del bien de todos. Oigamos sus palabras sobre la Primera junta revolucionaria, que él llama congreso, y dice que él "debe servir eternamente de modelo a cuantos se celebren en todo el mundo. Allí presidió el orden; todas las diferencias de opiniones concluían amistosamente y quedaba sepultada cualquier discordia entre todos".

9 de junio de 1920.

VIII

LA GLORIFICACION CENTENARIA

LA GLORIFICACION CENTENARIA

*Manifiesto que la Comisión nacional de homenaje al general Belgrano dirige al pueblo de la República **

El centenario del fallecimiento del general don Manuel Belgrano debe ser uno de los actos de más intensa significación, que las generaciones vivientes hayan de realizar en conmemoración de nuestras glorias históricas. Su carrera pública, consagrada e identificada con la vida de la sociedad argentina, desde dos décadas antes de su emancipación política hasta el año de su muerte, hace de él una de las figu-

* El doctor González redactó este manifiesto de acuerdo con el siguiente pedido:

*Comisión nacional de homenaje
al general Belgrano*

Buenos Aires, mayo 28 de 1920.

Señor senador nacional doctor don Joaquín V. González.

Señor senador:

Me es particularmente grato dirigirme a usted, para poner en su conocimiento que la Comisión nacional de homenaje al general Belgrano, que presido, resolvió en su sesión de ayer y por aclamación, encomendarle la redacción del *Manifiesto* patriótico que será fijado en todos los lugares de la República, en cumplimiento de uno de los números del programa de las ceremonias que han de realizarse.

En la sesión de la asamblea, convocada por un núcleo de prestigiosos ciudadanos, de acuerdo con las bases adjuntas, que se reunió en el Círculo Militar el 27 de abril pasado, fué creada la Comisión nacional que presido, con mandato para preparar un homenaje al general Belgrano, con motivo del centenario de su muerte, *especializándolo con*

ras más representativas de la Nación, no sólo por su presencia durante la edad heroica de la preparación y de la lucha, sino por la proyección moral de sus ideas y sus sentimientos sobre el porvenir más lejano.

De él puede decirse también que “su destino es el destino de la Patria.” Lo sondea, lo escruta, lo define y lo esboza ya en toda su amplitud, en los trabajos del Consulado, cuando apenas abolidas las cláusulas legales a la expansión del comercio rioplatense, y las privaciones intelectuales que pesaron con todo rigor hasta el reinado de Carlos III, el espíritu de esta región se reveló en los trabajos de Belgrano en la secretaría de aquel cuerpo, como en los de Moreno en las academias y reuniones de los gremios industriales del país.

No le abatieron las decepciones sufridas en sus caros ideales entre los miembros del Tribunal, por el sórdido egoísmo “de unos hombres que, por sus intereses particulares, posponían el del bien común”; pero como, por las obligaciones del empleo, podría hablar y escribir sobre tan útiles materias, “me propuse al menos, — dice en su sencillo y conmovedor lenguaje, — echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar.”

un acto de devoción a la bandera nacional, de que fué inspirado creador. He creído deber dar al señor senador este antecedente por la utilidad que pudiera tener para la redacción del manifiesto, que la Comisión encomienda a uno de nuestros más eminentes hombres de letras, cuyas producciones patrióticas, consagradas como de alta y noble factura por el consenso general del pueblo argentino, son de aquellas que van al fondo del alma de quien las lee.

El *Manifiesto* que se solicita, desearía la Comisión poderlo fijar en toda la República para el 10 del próximo mes de junio.

En la seguridad que el señor senador tendrá a bien aceptar el cargo de la Comisión nacional, en vista del móvil patriótico que lo inspira, le presenta la expresión de su mayor consideración.

BASILIO B. PERTINÉ,
Secretario.

PABLO RICCHERI,
Presidente.

Los biógrafos y críticos de su época están acordes en cuanto a las virtudes esenciales de su carácter, como hombre privado, como militar y como ciudadano y estadista; y todos ellos concuerdan, además, con sus propias expresiones, en la correspondencia particular y pública llegada hasta nosotros. Era el hombre ejemplar de una democracia sana, fuerte y honesta, cuya cualidad dominante es la consagración al bien común; la renuncia del interés egoísta en aras de la masa social; la sencillez, la frugalidad y la modestia; la honestidad, la rectitud y el valor moral y cívico; la distinción, la dignidad y la elegancia; la sensibilidad viril, el amor a sus soldados, que instruía, cuidaba y moralizaba como a hermanos menores del grande hogar nacional; y su entrega absoluta al servicio de la patria, inspirado por un alto concepto ético y religioso, le llevó hasta las purezas del misticismo, reveladas por su renunciamiento personal, de todo cuanto pudo ser en él la manifestación de un egoísmo o de un interés. Si la grandeza histórica, según ciertas escuelas de crítica, suele medirse por la ambición, por cierto que la de Belgrano no era de este tipo, sino la ideal, superior a todo concepto de dominación o de exclusión, y cuya fuerza reposa en el poder que le comunica la masa, en la cual se funde la personalidad del hombre que la asimila y la representa.

Por eso Belgrano es la Patria misma, individualizada en sus cualidades superiores, nacido de su sangre y del íntimo santuario de la raza; depuradas en el contacto con la Historia y con la Ciencia, y con los anhelos, los sufrimientos y los triunfos de su tiempo. Las concepciones políticas, los ideales educativos, los planes económicos, los ensueños poéticos de su mente, calentados por su corazón, incontaminado de pasiones perturbadoras; su conducta como militar subordinado o jefe, conducido o conductor de ejércitos, lo muestran poseído de ese carácter indivisible de ciudadano soldado y de soldado ciudadano, que tiene en nuestra Historia, desde Belgrano y San Martín, tantos grandes ejemplos; inspirado por una disciplina de convicción y de sentimiento, como

fundida en el crisol íntimo del amor de la patria; su ausencia de ambición, o sensualidad, o vanidad de mando por el mando mismo; el fácil reconocimiento y admiración de la virtud y la capacidad ajenas, como su admiración por San Martín, desbordante en sus cartas de bienvenida al ejército del Norte, descubren su intenso, su inextinguible patriotismo, ante la sola aproximación de aquel que él cree llamado a salvar la moral, la disciplina y la gloria de sus tropas, labradas por la discordia, la insubordinación y el ofuscamiento del ideal en el alma de muchos de sus jefes. He ahí la explicación del juicio de un noble prócer, cuando sobre sus cenizas, dijo que “si el general Belgrano no hubiese muerto, habríamos tenido otro Wáshington en la República Argentina”; juicio que la Historia escrita y el veredicto íntimo de todas las generaciones posteriores han confirmado sin limitación alguna.

General como Alejandro, movido por la pasión de la unidad ideal de los pueblos, abrasado por un entusiasmo de conquista espiritual más que territorial, lleva en la espada, como en la expedición al Paraguay, un índice de liberación y no un instrumento de despojo; va sembrando su camino de escuelas, alumbrándolo con la zarza milagrosa, que conduce a las naciones a la suprema victoria; corrige con su llama de amor los errores y las faltas de los propios consejos gubernativos, como un inspirado directo del numen tutelar; busca las formas institucionales que más pronto cumplan al pueblo las promesas de libertad, de orden y de paz laboriosa, — monarquía al principio, o república al fin, — siempre que surja de la voluntad de una democracia culta y bien inspirada, y aparte de sus deliberaciones el espíritu de la anarquía y de la guerra intestina.

Este ideal de unidad afectiva y de disciplina consciente, cuando al comenzar la guerra en el territorio patrio, bajo la simulación de dependencia de la caduca monarquía peninsular, sugirió al corazón y a la mente de Belgrano la más genial de sus obras, la más eterna de sus creaciones, la más

eficaz de sus victorias: la invención de la bandera propia de la nación nueva. Era que los ejércitos milicianos y las poblaciones todas del extinguido Virreynato eran más libres de alma que de derecho, y reclamaban el símbolo representativo de esa alma, que vagó sin guía, ni luz, ni cumbre, por los llanos, selvas y montañas de la patria informe. Y cuando descubre la injusta contradicción entre una libertad sentida y una fórmula artificiosa, el alma del jefe vibra en acorde con la grande alma colectiva de que es sólo una parte encendida y luminosa. Entonces se alza con impulso soberano, en inusitada rebeldía contra la política del Gabinete, y con el irresistible imperio de la democracia naciente, arranca del ambiente y del corazón del pueblo argentino la bandera de la patria, en cuyo nombre se congregan, se improvisan, se arman, se entrenan y se precipitan al sacrificio y a la gloria, las milicias cívicas, convertidas en fuerza afirmativa de una voluntad de ser o de morir, de triunfar o desaparecer, de perpetuarse en la vida de la libertad, o de hundirse ya para siempre en la servidumbre. “Los pueblos no pueden ser a medias ni libres ni esclavos”, — exclamó treinta años después otro repúblico eminente, — como arrancando sus palabras del episodio generador de la bandera, y como sancionando la eterna ley decisiva del destino de las naciones.

La lectura de las comunicaciones de Belgrano con el Gobierno de Buenos Aires, durante aquel breve y doloroso período de ensayo, como de gestación de la soñada insignia, despierta en los corazones de hoy la misma emoción de que se sentía poseído el jefe expedicionario, después de la dura y paternal reprensión de la Junta; en cuyo instante, con el dolor concentrado de un niño que sacrifica su más querida reliquia a la obediencia suprema, se cree ver en sus ojos las lágrimas con que están escritas estas palabras: “la Bandera: la he recogido, y la desharé, para que no haya ni memoria de ella”; pero el concepto de su visión final y de la disciplina se impone, y consolándose a sí mismo, promete que si alguien le interrogase por la bandera hace poco izada so-

bre los mástiles y fortalezas del Paraná, frente al Rosario, “responderé que se reserva para el día de una gran victoria del Ejército; y como ésta está lejos, todos la habrán olvidado...”

No ha cesado todavía su lamentación heroica. Vuelve a su tema conmovido, y dice al Gobierno que éste tendrá sobre ese asunto su propio parecer: “pero diré también, con verdad, que, como hasta los indios sufren por el rey Fernando VII y les hacen padecer con los mismos aparatos con que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan oír nombre de rey, ni se complacen a la vista de las insignias con que los tiranizan”. Se reconoce culpable, con inefable fruición de gloria, de aquel extraño delito de desobediencia, y se ofrece a la pena merecida: “puede V. E. hacer de mí lo que quiera, en el supuesto de que, hallándose mi conciencia tranquila”, y sin otro interés ni ambición que “la felicidad y glorias de la patria, recibiré con resignación cualquier padecimiento”. Acaso gozaba, en su íntima conciencia, con la posibilidad de que se dijera de él, en el tiempo futuro, que sufrió castigo por la falta de haber enarbolado por primera vez la bandera de la patria. Pero no; es que en las frías frases de la razón de Estado, quema también la brasa oculta del mismo sentimiento contenido, que quita autoridad a la amenaza, y apenas disimula el motivo diplomático de la reprimenda.

¡Con qué acentos de sincera emoción resuenan hoy, en nuestros más afinados oídos, los sencillos conceptos de la proclama del 25 de mayo de 1812! Recuerdan las arengas de Tácito, puestas en boca de los legionarios romanos en presencia de los misterios temerosos de los bosques germánicos, cuando, lejos de Roma y entregados a sí mismos, entre las diarias asechanzas de la muerte, buscaban en el alma de sus propios soldados, la fuente de la energía y de la superioridad. “Soldados, hijos dignos de la Patria, camaradas míos: el 25 de Mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra Historia, y vosotros tendréis un motivo más para recordarlo, cuando en él, por primera vez, veis en mis manos la Bandera nacional, que os distingue de las demás Naciones

del globo. Pero esta gloria, debemos sostenerla de un modo digno; con la unión, la constancia, y el exacto cumplimiento de nuestras obligaciones hacia Dios, hacia nuestros hermanos y hacia nosotros mismos.” Su corazón rebosa de alegría al leer en sus semblantes, demudados por la emoción, sus generosos y nobles sentimientos, y la sincera confesión de que él solo es un jefe cuyos impulsos nacen del ardor patriótico de sus conciudadanos soldados. “Sí, yo os seguiré imitando vuestras acciones, y con el entusiasmo de que sólo son capaces los hombres libres para sacar a sus hermanos de la opresión.”

El alma de la bandera está en la vida y en las expresiones de Belgrano; en ellas está su significado moral, cívico y político más recóndito, hasta la honda efusión religiosa que llena de emoción todos sus actos de hombre de armas y hombre de Estado. Su religiosidad es hija de la tierra misma; está en el corazón, en la tradición y en el ambiente que respira toda la Nación de aquellos días luminosos: “nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros conciudadanos, todos fijan en vosotros la vista, — dice a sus soldados, — y os consagran su reconocimiento, si continuais en el camino de gloria que os habéis abierto.”

Y la marcha continúa hacia el Norte por aquella vía que tantos hechos inesperados, más tarde, autorizaron a llamar “la vía dolorosa” de la gloria argentina; y en cuyos campos, valles y ciudades, la sombra de Belgrano será cada vez más, en la secuencia de los siglos, como el genio protector que presintieron en sus nebulosas videncias las razas primitivas; porque germinarán en ellos aquellas semillas lanzadas por su mano en la infancia de la nacionalidad, en las obras y en las hazañas de virtud cívica y valor militar, sembradas en surcos regados con sangre del corazón, y ungidos por el dolor del patriotismo, herido por la ingratitude, por la injusticia, o por la desesperanza de los desastres, que sólo la fe y la constancia que le reconocen sus compañeros de armas y sus contemporáneos de la pluma y de la espada, han

podido vencer y sobreponerse hasta fijar la muralla inmovible contra la invasión enemiga.

Las dos victorias decisivas de Tucumán y Salta, y la persistente y genial guerra gaucha de Güemes, consagran, con los sellos irrevocables de la sangre del pueblo, la soberanía nacional; y en el fondo de esa inmensa tela bañada de sol, intensifica sus tintas de leyenda mística la escena inmortal de la jura de la bandera al margen del río Pasaje. “Con esto, — dice su ilustre historiador, — Belgrano se proponía herir profundamente la imaginación de sus tropas, por uno de esos espectáculos militares que suelen decidir la suerte de las batallas”. La impresionante ceremonia, digna de la musa virgiliana, ha convertido en templo de la patria aquel paraje privilegiado, donde, como en los bosques de la antigua Grecia, debía levantarse, en realidad, con el granito y el mármol de las montañas nativas, en ofrenda propiciatoria al genio creador de la bandera.

Esta comunión de un pueblo y de su ejército, con los ideales más altos de la Revolución, retempló los espíritus y creó las energías nuevas que tuvieron su coronación gloriosa en Salta; impuso su sanción a los poderes del Estado, más dueños ya de sí mismos, al influjo popular de la Asamblea de 1813, que decreta la Canción de la patria, expresión poética de la bandera y del ideal nacional de la era heroica; dió vigor nuevo a la dirección de la guerra y de los negocios públicos; condensó el pensamiento del Congreso de 1816 a 1819, que le da al fin la majestad de la ley; ofreció estandarte de unidad a los nuevos ejércitos de la magna cruzada andina, al mando del Gran Capitán; y volvió, después de mezclarse con los que guiaron las huestes de Bolívar y de Sucre, en Junín y Ayacucho, para reñir una nueva contienda por la independencia contra el imperialismo, en la margen oriental del Río de la Plata. Sólo su misión de libertad, como en 1852 y 1865, y de civilización como en 1879, la despliega de nuevo para conducir a la victoria a los ejércitos de la patria herederos de tan gloriosos antepasados. Ya la habían visto,

y ratificado su destino imperecedero, los mares más remotos y los ríos más inmensos de la tierra, izada en lo alto de los mástiles de naves tan frágiles como altivas, las cuales legaron su gloria a los potentes navíos modernos. Estos la conducirán en adelante, como mensajera de concordia y solidaridad, de parte de la Nación Argentina, entre las naciones del mundo, en su brega azarosa para fundar la paz de la justicia.

No apagó sus colores, ni desvaneció su simbolismo ideal, el largo eclipse de la tiranía, nacida del olvido de los principios iniciales de su existencia en la mente del pueblo, y de su creador inspirado de 1812; se tiñó de sangre fratricida, fué profanada y sustituida por las rojas tintas de la anarquía y la autocracia, desbordadas en delirio de sangre. Pero el espíritu de Belgrano velaba por ella desde su albergue inmortal; la llama patriótica, conservada oculta entre las cenizas de los incendios, del odio faccioso, y la sangrienta locura colectiva de hordas y caudillos enceguecidos, se enciende de nuevo en 1852; su lema inicial de unión y de libertad encarnó otra vez en fuertes voluntades y virtudes, y fué la Constitución, y fué la era de las fundaciones definitivas. La simiente arrojada en los surcos infecundos de la década consular germina después de un sueño de medio siglo; reaparecen en las mentes contemporáneas las ideas esbozadas en la infancia; y se condensan en la política de libertad moral y económica de la Nación del presente.

Era necesario transfigurar el símbolo guerrero en norma de acción democrática, en ritmo de trabajo social, en signo orientador de nuestra expansión hacia el mundo. Si antes condujo los ejércitos a las batallas, ahora deberá guiar los espíritus hacia las lides del pensamiento y las glorias de las ciencias y del arte. La nación nueva deberá templarse en el ritmo universal de la cultura, por el cumplimiento de las promesas de la Revolución, nacida y triunfante en el estímulo de otros pueblos que prohicieron su advenimiento.

Tiene con éstos deuda sagrada de gratitud, de solidaridad y de ideal; y en el transcurso de su vida autonómica, ha ido compartiendo con ellos sus esfuerzos por mejorar las condiciones de la vida de todos los hombres en su propio seno. No hay progreso humano que no haya secundado y sancionado hasta con sangre de sus venas y jirones de su patrimonio; ha ofrecido sus tierras interiores al libre trabajo de todos los hombres; ha entregado sus ríos al libre tránsito de los navegantes; ha aceptado y suscripto todas las Convenciones de unificación y humanización del Derecho; ha rasgado el seno de la propia nacionalidad para compartir con los demás pueblos civilizados los beneficios de su libertad civil y política; y ha proclamado su ideal democrático humano, ofreciendo a todos los hijos del trabajo aplicación útil de sus aptitudes y campo a sus facultades creadoras

La democracia es uno de los conceptos que más se transforman en la edad moderna: ella tiende hoy a ensanchar sus energías hacia fuera de los límites nacionales, en pos del ideal humano; y para ser admitidos en la familia de las naciones, cada una debe tratar de integrar sus condiciones de vida al nivel de las mejores; no para borrar sus propios rasgos de vitalidad y de carácter, sino para realizar el fin de toda democracia, que es asegurar la igualdad de condiciones para la vida y su progresivo mejoramiento y selección. Las distinciones raciales no significan tendencias hostiles ni divergentes, sino riquezas de elementos de acción, de lucha y de bienestar colectivo. La evolución democrática del mundo será, cada día, una más intensa cooperación de las naciones individuales a la vida del conjunto; y si esta libre concurrencia se mantiene, y no persiste el espíritu de dominación exclusiva de un sistema, de una casta o de una clase sobre otros u otras, y se regulan los actos de todos por una norma común de justicia social y económica, no habrá temor de que la paz sea perturbada, y de que la guerra vuelva a ser el estado y tendencia permanentes de las razas y los pueblos.

No hay necesidad, ni conveniencia, ni posibilidad, de disolver las patrias en el seno de una patria ideal y única; las diferencias étnicas son congénitas con la Naturaleza, y la uniformidad en ella es principio de rotación y de muerte: la diversidad es, por el contrario, principio de vitalidad, renovación y selección. La patria es, así, una entidad orgánica indestructible y eterna; y será tanto más influyente y activa cuanto mejor sepa ordenar y reglar su vida propia en medio de las demás. Sus individuos más selectos y representativos, — los grandes hombres, — son los exponentes de sus cualidades y potencias en el gran concurso de las fuerzas morales que remueven el mundo.

El patriotismo es la virtud esencial que mantiene la cohesión de las masas nacionales; las conserva, las robustece, las hace progresar y expandirse en el espacio y perdurar en el tiempo; y toda doctrina, escuela, secta, o partido, que traten de debilitarlo o extinguirlo, conspiran contra la ley de vitalidad del mundo, contra su progreso y bienestar. La guerra intestina de clases es una guerra destructiva de la cohesión humana, y conspira contra la extensión de la democracia, la paz social y el progreso de la civilización.

Los ciudadanos que, en nombre del alto ideal de la bandera nacional, dan al pueblo este Manifiesto, desean hacer llegar a sus conciudadanos de toda la República el voto más amistoso porque cuiden su propio sentimiento y concepto de la patria, contra las múltiples causas, a veces invisibles, que los enfrían, desvirtúan o confunden con otros, incapaces de desempeñar en la vida de la Nación y de sus individuos la misión fortificante de energías para fundar la paz interior, y para la realización de sus progresos más esenciales. Los invitan, además, a meditar sobre las cualidades y virtudes de los varones ilustres que, como Belgrano, tuvieron la fuerza de crear una nación, arrancándola de una esclavitud de tres siglos; resultado sólo posible cuando se llega, como él, y los de su generación y temple moral, a la renuncia de sí mismos en aras del bien común. Para destruir, para disgre-

gar, para debilitar los vínculos de cohesión moral de un pueblo, no se necesitan virtudes: bastan el odio, la malevolencia, el egoísmo, el interés, la ambición de dominio, y la prédica continua y sistemática de tales sentimientos, para que la obra de la disolución social se consume y con ella todos los tesoros de progreso acumulados hasta ahora.

Patriotismo, del tipo del de Belgrano, es el verdadero, el puro y el fecundo patriotismo, definido en él por un conjunto de cualidades que lo impulsan al bien general con preferencia al propio; y él lo veía y lo definía en forma de cultura, conocimiento y aptitud para el trabajo y la vida moral. De esa manera el buen patriotismo no es sólo el que consiste en armarse y defender en las batallas el suelo y la vida, sino en contribuir a formar una sociedad nacional culta, laboriosa, honesta y justiciera, en la cual todos sus miembros se sientan ayudados por sus compatriotas, y dignos de ser buscados e imitados por los hijos de otras nacionalidades. Existen, así, dos patriotismos cubiertos por la misma bandera: el patriotismo externo o territorial, y el patriotismo cívico o democrático, que consiste en la participación de alma en la práctica leal de la libertad civil y política.

No puede ser el patriotismo un sentimiento hostil ni excluyente del extranjero, de próximo o lejano país o raza. Por el contrario, esa noble virtud consiste en la práctica de la solidaridad humana, que los antiguos confundían y realizaban con la hospitalidad, erigida en culto sagrado. El extranjero es un hermano, es un amigo, es un colaborador de nuestro propio progreso y bienestar; y es justo que él, en retribución, y por su propio derecho al trabajo y a la vida, tenga su recompensa; y no hay nación del mundo que pueda enorgullecerse de poseer, en grado más alto que la nuestra, garantías y privilegios en favor del extranjero. Esta es una de las visiones más geniales de nuestros padres de la Independencia y de la Constitución.

No concluiremos estas palabras sin referirnos a los niños, a los jóvenes, y a cuantos intervienen desde el hogar, las

escuelas y las funciones públicas, en su educación, para invitarlos a pensar en la importancia excepcional de ese ministerio patriótico. Fué la pasión dominante en el alma de Belgrano, que había respirado la atmósfera asfixiante de odios, de egoísmos y sensualidades del régimen realista de las últimas décadas coloniales. La patria y la bandera pueden ser sentidas por ellos, y cultivadas en su simbolismo con más fervor y sentido ideal que los dedicados a las labores del comercio o de las industrias manuales; y así, por reflexión, comunicar sus emociones a los demás órdenes de la sociedad; y cuando lleguen a la edad activa y responsable, a las tareas superiores del Gobierno, a los deberes de la milicia en tierra y en mar, convertir la función, no sólo en una tarea retribuída con dinero, sino en la realización de un deber en favor de la comunidad, de un servicio público de solidaridad social, que tanto beneficia al que lo ejecuta como al que lo recibe.

En esta fecha, que rememora la vida entera de uno de los próceres y héroes de la Revolución que más íntegramente fuera dedicada al servicio de la patria, sin un día distraído de tan elevado ministerio, creímos deber dirigir a nuestros conciudadanos un llamamiento a la reflexión sobre la idea y el concepto mismo de la patria, no sólo por lo que la fecha y el nombre y el símbolo tienen de evocadores, sino por la multiplicidad de causas internas y externas, que en esta hora del mundo, trabajan por la disolución o disociación de las ideas y sentimientos componentes de Patria y Nacionalidad.

Invitémoslos a avivar sus sentimientos defensivos de la bandera, no contra agresiones de imaginarios ejércitos, sino contra toda teoría, sugestión, fantasía o programa, de apariencia sugestiva o cautivadora, y que, en substancia, sólo se proponen debilitar en los corazones y en las conciencias el vínculo de adherencia y solidaridad de todo hombre con la tierra y el núcleo social en cuyo seno ha visto la luz. Todos aquellos pasan con la evolución incesante de las ideas, de las

fórmulas y de los intereses, y sólo quedan, incommovibles y eternos, el suelo y el ambiente moral donde nacemos y morimos, y en el cual cada sepulcro es un lazo que nos ata al pasado, que renueva el hilo interminable de las generaciones, y realiza la inmortalidad de la patria.

20 de junio de 1920.

IX

G Û E M E S

1821 - 17 DE JUNIO - 1921

GÜEMES

1821 - 17 DE JUNIO - 1921

En este ciclo de conmemoraciones que abarcan todas las épocas de nuestra Historia, hasta la contemporánea, pocas revisten mayor interés nacional que la de la muerte del general Martín Güemes, ocurrida el 17 de junio de 1821, en uno de los tantos movimientos impulsivos de su carácter que han hecho profundamente inmortal su figura militar y civil. El sentimiento argentino, ilustrado por sus historiadores, y alimentado por sus tradiciones orales y exaltado por amor a la gloria legítima, ha podido ya discernir, entre el crecido número de sus *caudillos*, aquellos que representaron la tendencia orgánica y civilizadora, de los que, perdidos y disueltos en el vértigo de la anarquía, fueron descendiendo hasta la simple y estéril criminalidad. La palabra *caudillo* tiene todas las acepciones, desde la más alta y ética, hasta la más abyecta, según el valor moral de la causa que mueve a los autores de los sucesos que le dan existencia. En la Historia argentina, ese calificativo adquiere un sentido específico, que da su sello propio a una época, o mejor dicho, a una faz de la total evolución social y política de un siglo. Cuando en 1864 dos hombres eminentes ligados por una noble solidaridad de labor política, discutieron sobre el mérito de las acciones de Belgrano y Güemes en las campañas de la Independencia, quedó establecido que la palabra *caudillo* no desmedraba sino que enaltecía la personalidad del que había condensado todo el sentimiento y la convicción patrióticos de una provincia, de una región y de la nación a que pertenecían. Por lo demás, Güemes, al inmolar bizarramente su vida en aras

de la Revolución, antes que la degeneración política hubiese herido en el descrédito aquel título que mereció el conductor de la gran cruzada que cantó el Tasso, queda a salvo de toda duda, de toda tergiversación, después que la Historia misma, más hecha, más generalizada, ha permitido formar una conciencia más justiciera que sentimental o tendenciosa.

La primera hora de la guerra de Emancipación toma como elementos de acción las fuerzas existentes, y se apoya en una disciplina de hecho, que sus jefes encauzan o mueven, al mismo tiempo que la idea o móvil de aquélla se define en la conciencia nacional. El período caótico de la Revolución se caracteriza por la transición del viejo Estado colonial al nuevo Estado democrático, que el verbo de mayo había proclamado y aportado por ideal ante el mundo. El lenguaje oficial de las primeras autoridades patriotas delata esta imprecisión, al no resolverse desde luego a una actitud de abierta separación de los vínculos metropolitanos. Fueron los primeros expedicionarios al interior — Belgrano sobre todo — los que vieron la necesidad del definitivo rompimiento de toda formalidad: era que auscultaron las palpitations del corazón de la multitud, de las masas nativas, del pueblo, en fin, que debajo de las formas respiraba con un genuino aliento nacional. La división de las clases que califican el estado social de la Colonia, tenía que producir sus resultados al mezclarse en la lucha y al igualarse en las comunes faenas y sacrificios de la causa común. Esto determina el comienzo y aparición casi simultánea de la guerra civil con la guerra general. “Una vez llamado el pueblo a tomar parte en el Gobierno — dice uno de los autores de la aludida polémica de 1864, refiriéndose a las tentativas orgánicas de la vida civil del país, — era natural que esta nueva entidad la tomase de hecho, primero en la guerra, luego en la política, elevando sobre el escudo popular a sus representantes natos, caracteres viriles que acaudillasen sus instintos enérgicos o brutales, que rayaban a veces en el fanatismo. Tales caudillos fueron la encarnación del poder de

esa democracia indisciplinada, que a imagen y semejanza suya, absorbieron la fuerza de todos, y sobre todos pesó despóticamente, sin más diferencia que aplicarla más o menos directamente a la guerra civil o a la guerra exterior; pero siempre desmoronando la sociedad vieja, a la par que agotando las fuentes de la vida común y dificultando la reorganización que se buscaba.”

En ninguna de las etapas de nuestra guerra de Independencia se manifestó con más claridad la evolución del elemento nativo que en esa vía trágica del Norte, donde, al par de las victorias decisivas de Belgrano en Tucumán y Salta, se registran los más dolorosos desastres de las armas republicanas; porque si las primeras son el resultado del primer impulso de la Revolución, los segundos lo son de los primeros síntomas de la descomposición social apuntada, y puesta de manifiesto en la indisciplina de los ejércitos, roídos por las rivalidades de las facciones y por las tendencias disolventes que la ley de la transición social introducía en aquellos. Desde que la expansión de la guerra por esa parte quedó limitada por la relativa paralización del ejército del Norte, aquella región quedó convertida en un crisol de las más imprevistas disoluciones. San Martín lo vió con su visión genial, y ello determinó su inflexible plan de variar hacia el occidente el rumbo de la acción militar de la guerra. El había conocido a Güemes, con ese don genial de los grandes capitanes de “adivinar a los hombres entre las multitudes y de utilizarlos en el empleo más adecuado a sus facultades, y lo envió a la vanguardia, a las órdenes de Dorrego, confiándole más tarde el mando supremo de esa guerra de recursos, que fueron los primeros ensayos de este género que hizo el célebre caudillo salteño.”

Hijo de una antigua y arraigada familia de Salta, partícipe de su psicología colectiva, no le fué difícil compenetrarse del espíritu de la masa popular, y encarnar sobre todos el acendrado entusiasmo con que esa provincia adoptó la causa de la Revolución desde las primeras horas. Por eso dice

el historiador antes citado: "La fuerza de Güemes no residía tanto en su propia individualidad cuanto en la fuerza de las multitudes que acaudillaba y representaba, y cuya substancia, diremos así, se asimilaba." Y en eso consiste su más puro título de gloria. En el heroísmo, la decisión, la convicción colectiva de un pueblo que habla y obra por su intermedio. Y por eso también, cuando en ese período crítico de la Revolución, durante el cual se producen las nueve invasiones españolas a las provincias del Norte; y cuando se habría creído hasta posible un repliegue del ejército de Belgrano hasta Córdoba, y se llegaba a desesperar de la suerte, siquiera transitoria de aquéllos, entregados al enemigo, la gloria de Güemes está en haber encarnado la fuerza de la resistencia que le daba su Provincia, "en que jamás desesperó de la suerte de la Revolución; que en los más tristes días, cuando ella, vencida en el exterior, y se veía desgarrada en sus propias entrañas por las furias de la guerra intestina, él combatía sólo al frente de sus valientes gauchos en la frontera, paralizando las operaciones de ejércitos poderosos, y dando tiempo para que se desenvolviesen otras combinaciones positivas que fueron, en definitiva, las que salvaron la Revolución... Porque así como la primera conmoción de 1810 determinó las actuales fronteras de la República, así también en esa época aciaga, la espada de Güemes trazó con una línea imborrable la frontera definitiva de la Nación Argentina por el norte."

De todos los hombres que han desempeñado una misión directiva en los acontecimientos decisivos de nuestra Historia se han formulado críticas y señalado errores. De Güemes se apuntan sus excesos de poder personal, su participación en la guerra civil entre provincias, sus desobediencias y algunos errores o defectos más. Pero en aquella época inorgánica en que la autoridad central, o se esboza apenas o se diluye en el laberinto de las pequeñas rencillas que incendian todo el país, y aun en las campañas y batallas de la gran guerra, acaso pueda decirse, como lo insinúa Vélez Sársfield en

uno de sus escritos de polémica, que las desobediencias de San Martín, de Arenales, de Lavalle, de Necochea, de Güemes, dieron a la Nación algunas de sus mejores páginas de gloria y de éxito verdadero; y es porque, cuando impera la inspiración patriótica, salvo casos excepcionales de nobles aturdimientos como los tiene también nuestra Historia, las espontaneidades del genio o de un gran corazón pueden reemplazar y aun cubrir las vacilaciones o los errores de los gobiernos. Por eso el doctor Vélez asienta la ley de que "si la obediencia es la primera regla de un ejército, la desobediencia se justifica con el resultado". Y así también con los defectos o excesos de acción, que en épocas inorgánicas han excitado los odios, las oposiciones, las resistencias, o han empujado a muchos, como en Buenos Aires, como en Salta, como en Santiago de Chile, en horas confusas, hasta los límites de las debilidades imperdonables.

No es de este lugar, ni puede ser nuestro propósito, estudiar el verdadero valor de ese género de guerra, llamada la *guerra gaucha* en un libro vibrante, ni su degeneración y empequeñecimiento posterior, en la de *montonera*; pero tanto una como otra, conducidas por tácticos de escuela como Güemes, y aplicadas a un gran objetivo político, como la resistencia de Salta contra las sucesivas invasiones realistas de 1812 a 1821, que convierten el territorio de esa provincia, comprendida todavía la de Jujuy, en un baluarte inexpugnable donde se salva la integridad de la Nación, y se facilita el éxito definitivo del vasto plan de liberación sudamericana del general San Martín. Este plan se apoyaba, o mejor dicho, puede representarse por un enorme triángulo cuyos vértices se asentaban en Salta, Chile y Lima: y el éxito del magno proyecto, según todas las conclusiones de la crítica histórica, dependía en igual medida de esos tres puntos esenciales. Sin la acción de Güemes en Salta, o de Salta por Güemes, al propio tiempo que las provincias del Norte habrían dado amplia base de operaciones al ejército realista y demorado inciertamente su liberación definitiva, éste habría

podido reforzar la acción defensiva sobre el Perú y dificultar el éxito de la campaña libertadora. Luego, la *guerra gaucha*, conducida por un gran caudillo con una tenacidad heroica fuera de todo paralelo moderno, al mismo tiempo que levanta a su jefe principal y a sus colaboradores y pueblo armado, al nivel de los más puros heroísmos, es una comprobación más de una eterna verdad, de esa verdad que hizo decir al general español, en presencia de un acto de arrojo de un niño en Salta: “A este pueblo no lo dominaremos nunca.” Esto es, la ley histórica, tantas veces sancionada —de la cual es prueba la misma Independencia española del 2 de mayo,— según la cual no hay poder humano capaz de ahogar la voluntad o impedir la decisión de un pueblo que quiere ser libre.

Las provincias de Salta y Jujuy, teatros de la guerra defensiva de Güemes, desde 1812 a 1821, primero como vanguardia del ejército del Norte, y después como único apoyo y defensa de la Revolución por ese rumbo, han adquirido, como las demás, en su caso, ese supremo título a la personalidad indestructible de Estados individuales de la comunidad política argentina, que las hizo reconocer en su entidad autónoma, al organizarse la Nación bajo la forma federativa de gobierno.

Cada una de las provincias tiene, además del título corporativo social con que concurrieron a la unidad de la Nación, ese que se llama título histórico, y que consiste en la contribución de sangre, de fuerzas materiales múltiples, de sufrimientos y de ideas, que prestaron a la salvación, integridad y unión política de la República, representada en la Constitución general y en cada una de las locales, que son partes virtuales de ella. Así, las *autonomías* que, entendidas como un simple vocablo político, pueden ser convertidas por gobiernos sin principios ni inspiraciones superiores a objetos de vulgar tráfico electoral, son representaciones de esfuerzos y de sacrificios sin número, que datan desde las horas supremas en que la Nación entera luchaba por su existencia y por una causa humana, tan alta como las que dan existen-

cia a las revoluciones de Norte América de 1776 y a la francesa de 1789.

En estos aniversarios se ponen de relieve los orígenes de hechos que la vida ordinaria no permite profundizar; y se puede, entonces, recordar al pueblo propio y a los extraños que conviven con él, que estas entidades sociales y humanas de las naciones no son sólo combinaciones convencionales de voluntades o intereses, destinadas a una vida restringida o egoísta, sino formaciones históricas, a veces superiores a las voluntades y a los intereses, porque han sido traídas a la realidad por energías de creación, por evoluciones de ideas, destinadas a marcar gradaciones ascendentes en la vida civilizada. Las provincias argentinas, desde Buenos Aires, y cada una en su aporte a la obra común, no sólo han formado una unión de regiones territoriales para vivir para sí mismas, sino que, al proclamarse libres e independientes de toda dominación extranjera, lo hicieron para dar efectividad a su propósito de crear para ellas y para todos los demás hombres del mundo un lugar seguro para el trabajo, la libertad y la civilización. A ese título aspirarían al reconocimiento y al respeto y a la cooperación de todas las demás naciones, a cuyo fallo apelaron al declarar su voluntad de ser libres e independientes.

Es grato al sentimiento nacional afirmar, cómo respecto de la figura del general Güemes, la opinión y la simpatía de todos los pueblos argentinos han llegado a una completa unanimidad. Por manera que la celebración del centenario de aquel hijo ilustre de una provincia repercute en todas y cada una de las demás como un sentimiento propio. De tal modo la acción militar y civil que aquel héroe representa en la Historia patria, es carne de la carne y hueso de los huesos de toda la Nación; y un índice, un exponente y una piedra angular insubstituíbles del principio de la unidad nacional en el sentimiento, en la convicción y en todas las realidades históricas condensadas en el hecho de la existencia libre y soberana de la Nación Argentina.

X

ORIGEN Y FIN DE UNA DICTADURA

ALGUNAS REFLEXIONES CONMEMORATIVAS

ORIGEN Y FIN DE UNA DICTADURA

ALGUNAS REFLEXIONES CONMEMORATIVAS

No se han desvanecido del todo los ecos de recientes conmemoraciones de sucesos relativos a la organización constitucional del país, después de la caída de la dictadura en Caseros, — 3 de febrero, 11 de setiembre, 11 de noviembre, fechas renovadas en la memoria de los argentinos, — cuando nos llama a meditar la primera de aquéllas, la que marca el fin del gobierno personal de Rosas y el principio de la gesta democrática de la Nación libertada.

Mucho esfuerzo mental debe hacerse para concretar el pensamiento a una sola faz del hecho, ya que no es fácil abarcar el campo del historiador en todos sus aspectos, geográficos, sociológicos, étnicos, culturales, políticos, económicos, pues todo esto entra en su intrincada complejidad; pero la tarea está lejos de ser imposible, tanto más cuanto que la época no se halla tan remota que no se sienta hasta el calor de las pasiones y el rumor de las andanzas épicas de aquella hora.

Los dogmas de la Historia académica han impedido muchas veces explicarse grandes efectos por pequeñas causas, hasta que Voltaire tiene que decir una irreverencia contra la solemne y coturnada musa, para romper el hielo de las ideas consagradas: una reyerta de frailes de un convento trajo la más sangrienta conflagración europea de la era moderna. Y bien, fuera de las numerosas causas *científicas* de la anarquía y la tiranía argentinas, se nos ocurre afirmar, como lo hiciéramos ya en un libro, que la inextinguible, la incurable

dolencia de la desunión y la discordia, generadoras de desconfianzas y rencores irreconciliables aun en medio de los más graves conflictos y peligros de la patria común, originó la descomposición social, la caída de la presidencia de Rivadavia, la indisciplina del ejército en la guerra del Brasil, el fusilamiento de Dorrego, los ensayos ineficaces de Gobiernos y Ligas hasta la consolidación de Rosas en el poder despótico, que dura hasta 1852...

Luchaban desde antes de 1810 para incorporarse al espíritu de la masa inculta de nuestra población nativa, los principios más prestigiosos de las revoluciones democráticas de Europa y América del Norte; diversos hombres superiores pugnaban por convertirlos en normas prácticas de acción; se redactaban Constituciones y proclamas capaces de hacer bajar los ángeles del cielo; se predicaban ideas sublimes a hordas y puebladas capitaneadas o dominadas por caudillos, que no las leían ni las dejaban oír de sus secuaces; y Facundo Quiroga devuelve sin abrir la nota de Rivadavia que Vélez Sársfield en persona le lleva a su campamento.

He ahí el símbolo más elocuente. Se hablaba a "los pueblos" argentinos en un lenguaje que no era el suyo, y no comprendían; y seguían obedeciendo a sus conductores providenciales, que los sugestionaban con sus hazañas de estancia, de combate singular, o de desafío al diablo, imponiéndose por la admiración o el temor. El aislamiento, las distancias, los celos regionales y sociales, las intrigas azuzadoras de lo desconocido, todo eso alimentaba más y más la natural tendencia a la guerra privada y a la civil, que es su concreción colectiva, y hacía imposible la comprensión de un Gobierno nacional, de una libertad organizada, de una renuncia transitoria de poder en obsequio de la paz de todos.

Y los grandes prestigios de la Independencia se habían desvanecido, en la muerte, en el destierro, en la impotencia irreductible, en la incredulidad de la masa; y los que durante los acontecimientos grandes, de las comunes proezas campales de la emancipación, se habían mantenido poco menos

que ignorados en sus campos o haciendas, asoman sus cabezas incontaminadas, con prestigios intactos e inmunes contra toda desconfianza; y sin más capital que ése, del prestigio lugareño ganado en las gestas de la hacienda criolla y en el contacto diario con la plebe fetiquista y milagrera, surge un Rosas, que es el tipo de una masa, de un momento histórico, de un *estado* social único y hasta entonces desconocido.

Las ambiciones de mando y de dominación, intensificadas después de pasado todo el ciclo de la guerra de la Independencia, estallaron con furia en todos los corazones y cegaron las fuentes de todo raciocinio y de toda comprensión. La llamarada llega hasta las más altas cabezas, hasta las reputaciones más arraigadas de las viejas campañas, y hasta olvidos criminales de esta clase precipitan en el mismo barro a los aventureros de hoy que los próceres y héroes de ayer. El pueblo, o mejor, “los pueblos”, como se decía en ese tiempo, olvidaron en un instante todo servicio y todo antecedente, para no ver más que el éxito del día y la salvación del momento.

Agotadas las fuerzas de la acción armada o de la resistencia, desolado el país de recursos tras tanta correría heroica o pependenciera, llegados a su colmo la agitación y el desasosiego de una sociedad que llevaba dieciocho años de guerras nacionales y locales, entraron los espíritus en una zona de ansiedad por el reposo, el trabajo, la ordenación de la vida. Una ola de pasividad — si puede decirse — recorre ciertas capas sociales y las inmoviliza o las entrena tras del dinamismo enérgico de la dictadura; y una paz aparente, una paz de hecho, fruto de una coincidente necesidad de descanso, se asienta sobre el país, mantenida con mano de hierro por el hombre a quien cupo la suerte de encauzar tan insólito momento de la psicología nacional.

A pesar de establecerse la influencia de Rosas con una gran parte de los caracteres externos de un “plebiscito pasivo”, no puede decirse — como muchos escritores de teorías novedosas quisieran resucitarlo — que él reuniera todas las condiciones que dan a una tiranía la sanción de un

hecho social completo. Porque no sólo en Buenos Aires y en el Litoral, sino en todas las provincias donde predominaba el mejor elemento ancestral de la colonia española, se mantuvieron incólumes, aunque a veces en el silencio forzado de la amenaza y el peligro de vidas y haciendas, las aspiraciones de una cultura superior e indestructible. Acusan su existencia de tiempo en tiempo durante la tiranía, algunas inmoluciones y sacrificios aislados o colectivos, que señalan otras tantas fechas nefastas en el martirologio nacional.

Cuando cesan por cansancio, agotamiento o muerte, los factores de resistencia contra una tiranía en gestación, comienza ese período que puede llamarse de *agregación atómica* de elementos, que entonces se presentan como orgánicos y engañan a los científicos de la Historia, que aun no logran formar un sistema definitivo. El instinto o la virtud del martirio no son cosas comunes, y sí raras condiciones de altos caracteres; y por eso suele no verse todos los días, a no ser en la antigüedad, en pueblos fanatizados por una intensa pasión religiosa. Se impone la vida con todas sus exigencias; una especie de absolución transitoria de toda resistencia activa, impele a las mayorías impotentes a seguir silenciosas el ritmo de la minoría dominante; y son esos períodos, largos o cortos, pero siempre confusos para el historiador lejano, los que hacen recaer sobre los pueblos víctimas de ellos las más severas condenaciones.

El envilecimiento de los caracteres individuales es la primera condenación del tribunal de la posteridad. No desconocemos el hecho, pero él tiene mucho de aparente y pasajero: es más bien un compás de espera durante el cual germinan en el corazón de la masa las más saludables y viriles reacciones; afligen, desesperan, enloquecen al observador poco profundo, y más aun, al contemporáneo afectado por la lentitud de las horas que parecen clavadas en la esfera celeste. Es que los dictadores se presentan siempre rodeados de prestigios, ya sea como expresión de reivindicaciones violentas o largo tiempo esperadas contra regímenes prolonga-

dos de orden o inmovilidad; ya como el simple triunfo de un Partido político alejado del Poder y favorecido por la fortuna, o por la desorganización e inercia de sus contrarios.

Infinito suele ser el número de los esperanzados en las reformas que los revolucionarios o los aventureros prometen; y mientras éstas no llegan, tienen la palabra resignada: “ya vendrán”, “hay que tener paciencia”, “son preliminares indispensables”, “hay que acabar con lo pasado”, etcétera, y sólo cuando al amparo de la pasividad pública, hábilmente aprovechada por el déspota, el régimen de provisoriato revolucionario se prolonga y tiende a estabilizarse; o cuando el desorden, la inquietud, la inseguridad o el peligro continuos para todas las condiciones de la vida social o económica se ofrecen al sentido común con caracteres de permanencia y agravación; o, en fin, cuando a los aspectos políticos o de hecho, propios de las reacciones violentas o repentinas, se agregan síntomas de descomposición orgánica o de regresión moral, intelectual o cultural, y se comienza a ver desaparecer las conquistas adquiridas como timbre del honor y del crédito nacionales; sólo entonces no hay prestigio, ni fuerza material capaces de impedir el resurgimiento del espíritu público, de las virtudes cívicas obscurecidas por la impotencia o el temor, y las incontrarrestables concordancias de pensamiento y acción que, condensadas en hechos nacionales o universales, arrojan en un momento todo el peso de la reprobación y del repudio contra los ilegítimos o culpables detentadores del patrimonio de libertades y derechos de un pueblo.

Tan larga como fué la gestación de la era orgánica después de 1810, fué el período de sufrimiento e impotencia contra los excesos de la dictadura rosista. La ola ascendente, el impulso impreso a la masa, no podían detenerse y reaccionar de un golpe, como al poder de un puño irresistible; hay la inercia del movimiento, como la de la quietud, pero los períodos de una y otra van acortándose a medida que el medio social llamado *civilización*, va siendo más propicio al desarrollo de las fuerzas de la acción colectiva. Por eso en un

medio más civilizado, una tiranía durará tanto menos cuanto sea la diferencia de cultura de su época con la precedente.

Es que a las causas de orden individual, vienen sobreponiéndose las de orden económico, y a las de índole local, las de carácter universal. Las naciones van siendo cada vez menos susceptibles de caer presas de un solo hombre, por las vinculaciones sociales cada día más estrechas de los intereses y del Gobierno; y las naciones podrán cada vez menos aislarse como el Paraguay del doctor Francia, porque la vinculación de los intereses universales, cada vez más entrelazados, las obligará a romper su clausura egoísta y antinatural.

Pero es indudable que las tiranías tienen fuerzas de absorción enormes, a veces invencibles, como que obran sobre la parte más sensible de la sociedad, que es la vida misma. Rotas las vallas del respeto a las leyes, por la razón ya sabida de todos los dictadores — la salud pública, la *regeneración* política, la fundación de la paz o la defensa común — no hay vínculo seguro para la cohesión social, ni para el orden jurídico o económico; y todos los derechos y libertades cívicas se convierten en otros tantos resortes, hilos conductores o instrumentos de ajuste de la dictadura. Entonces es cuando los usurpadores, creyéndose irresponsables, llegan a auto-sugestionarse de tal manera que se transforman a sí mismos en seres excepcionales, o providenciales, y, como Rosas, a perder el dominio de sí mismos — cualidad maestra de su éxito, — hasta que, invadiendo el campo de la locura, imponen sus deformidades a los espíritus más obcecados o incapacitados por la inercia para pensar por sí solos y verse a sí propios en su realidad más sencilla.

No es nuestro propósito, en estas reflexiones sugeridas por el 69º aniversario de Caseros, dispersarnos en disquisiciones filosófico-literarias, acaso más propias del drama o el romance, que de la Historia ejemplar para los pueblos; y así, fuerza es limitar nuestras observaciones, actualizarlas, hasta ser ejemplares en todo tiempo para sociedades nuevas que aspiran a erigirse en democracias progresivas y autóno-

mas. Así, ellas deben recordar que la tiranía rosista retrasó en un siglo, por lo menos, el crecimiento de la Nación Argentina. Porque, por mucho que sueñe nuestro patriotismo, si comparamos el desarrollo argentino de un siglo con el de otros pueblos, en igualdad o semejanza de extensión o medios de vida, debemos aceptar la proposición de que no hemos crecido, en relación al territorio que ocupamos; porque si la población es un hecho de agregación espontánea, por afinidad o simpatía, por comodidad y adaptación, el desorden y la opresión no pueden ser incentivos para la producción de aquel fenómeno. Así, un país dominado por la anarquía, o sea la tiranía colectiva, o por la dictadura, o sea la tiranía de un solo hombre, será un país que rechace las avenidas espontáneas de las emigraciones humanas, y vaya a la despoblación y a la miseria.

Inútiles serán los esfuerzos mentales de los que quieren vindicar a Rosas como un exponente de las calidades combativas, viriles o dominadoras de la raza: es confundir lamentablemente los términos de un problema, cuyo desarrollo no es de este lugar. Nosotros hemos luchado para constituir una nación libre, una democracia progresiva y un lugar propicio para el desarrollo de la vida civilizada, y no un *stadium* para la prueba de tipos únicos, dominadores, luchadores, déspotas o tiranos tanto más grandes cuanto más absolutistas; y así, será contraria a todo ideal argentino, por serlo contra el progreso de la humanidad, toda tendencia que desvíe, retarde o impida la formación de la *democracia argentina*, con todos sus caracteres, éticos, sociales y políticos, dignos de este nombre, y de la creciente *democracia universal*, de la que debe aspirar a ser un exponente supremo.

El peor mal, el más grave distintivo de un estado de dictadura en un pueblo cualquiera, es la aptitud que manifiesta para el desarrollo de toda clase de gérmenes disolutivos de la verdadera democracia. La falta de cohesión nacional o social en un ideal común efectivo y dinámico; la disociación por el excesivo predominio del egoísmo personal, estimula-

do por mil eufemismos filosóficos a la moda; impulsión admirativa hacia las cualidades de excepción que se advierten en el gobernante, hasta la deificación; despertar de todas las pasiones más agresivas y los apetitos contenidos en ciertas esferas sociales, habituadas a vivir bajo la presión de las leyes de orden público; inclinación irresistible al desequilibrio de los diversos órdenes sociales, por la elevación de los unos sobre los otros, por el solo favor o la complicidad del déspota que busca afirmarse en la voluntad de la masa más impulsiva.

Cuando se estudia la dictadura de Rosas desde estos puntos de vista, y se catalogan los elementos que lograron la disolución del legado social argentino, y de la tendencia orgánica manifestada, aun con discontinuidad desde 1810 a 1829 se comprende y se mide la magnitud del esfuerzo de los hombres libres, que desde el principio se dieron cuenta de la formación del régimen dictatorial, y se propusieron combatirlo en todas las formas; pero, sin duda, la más eficaz, aunque la más lenta, fué la hecha sobre la conciencia obcecada de la propia sociedad argentina, conducida por el terror y la tenacidad del sistema hasta formar ese funesto estado social que todo lo legitima, y denominamos de los *hechos consumados*. Tan grande y persistente fué la labor de los adversarios de la tiranía, que llegaron, por acción de fuera hacia dentro, a cambiar en ciertas regiones de la opinión dominante los conceptos indurados sobre el poder de Rosas, sobre el valor de los vínculos de obediencia o *consecuencia*, acaso más persistentes que los primeros, y sobre ese carácter casi sobrenatural que asumen los regímenes de fuerza personificados en un hombre. Sólo así resulta posible la tentativa libertadora de hecho; porque, caída la venda de los prejuicios y de los hábitos de conciencia, y auxiliados en ello por un cambio general de ambiente, la visión de la realidad se hace más neta, y la fe en la acción conjunta contribuye a apresurar la condensación de las voluntades.

Se comprende al fin que vale más el uso de los derechos

iguales de todos que la conquista del favor del gobernante o de sus agentes; que las ventajas fundadas en la preferencia interesada son siempre precarias, y que lo único valedero y durable es lo que se obtiene en justicia, porque no depende de un capricho mudable; que la unión de los esfuerzos inspirados en un interés impersonal y colectivo es invencible, y que la anterior impotencia sólo fué fruto del temor o de la convicción de lo imposible; que existe, por fin, un patrimonio de libertades, derechos y actos que no dependen de la voluntad-poder del que manda, sino de la fuerza inmanente de una ley suprema que protege a todos los intereses y a las diferencias de opinión; y que la ley de vida de una democracia no es la costumbre, o la táctica, o el interés del Partido o fracción que detenta el Gobierno, sino la Constitución escrita o no escrita, pero que es conciencia superior de un pueblo sobre todas las divisiones interiores.

Al estudiar y recordar los hechos fundamentales que definen tanto el surgimiento como la caída de la tiranía rosista, nos convencemos de que cada día va siendo más difícil, si no imposible, la repetición de un hecho como éste, cuya derogación, por obra y gracia de la alta inspiración patriótica y cívica de un preclaro grupo de inteligencias y corazones argentinos, se recordará hoy en todo el país. Para hacer posible un milagro semejante hubo de realizarse otro aun mayor — y es la conjunción de fuerzas morales y políticas, hasta entonces anarquizadas, dispersas, neutralizadas o aniquiladas en gran parte por acción de la tiranía misma, pero que esa vez fué impotente para evitar; y así, sobre la base del pronunciamiento de Entre Ríos y de la combinación diplomático-militar, que permitió reunir los esfuerzos de la mayor parte de los argentinos dispersos o expatriados y divididos por opiniones adversas, pudo traducirse en el hecho material de una batalla decisiva la sanción incontrastable de la voluntad nacional de tener un Gobierno regido por una Constitución liberal, sobre la base representativa: republicana y democrática.

La más honda lección de la historia del régimen de Rosas es la que advierte a los pueblos con cuánta e imperceptible sutileza y por cuán diversos caminos y formas se filtra y se concreta una tiranía; cómo ella asienta su poder sobre la ilusión pública, primero, sobre las conveniencias, después, para consolidarse sobre la seguridad que da la fuerza en favor de los parciales; cómo lo que al comienzo es una preferencia de amigos va poco a poco siendo una privación completa del derecho del adversario hasta sus bienes y su vida; cómo el déspota, que hila su madeja en la sombra, liga con sus hilos los más diversos intereses, hasta aprisionarlos a todos; cómo mantiene entre sus adversarios la discordia, la desunión y la impotencia por las mil formas del maquiavélico consejo de dividir para reinar, y por la privación de todo recurso de acción y de lucha; cómo va apagando en todo el país los focos de cultura y de inteligencia, como quien borra los caminos y ciega las luces en la noche, para extraviar a todo caminante; y, por fin, cómo llega a concentrar todo el movimiento de la vida interna y externa del pueblo en torno de la persona única del autócrata, hasta identificarse con él y renunciar a todo ejercicio de sentir y pensar por sus propias facultades y por sus comunes intereses.

XI

A LA GLORIA DE ROSAS

A LA GLORIA DE ROSAS

I

EL MONUMENTO INSUPERADO E INSUPERABLE

Ni la torre de Babel, ni el coloso de Rodas, ni el faro de Alejandría, ni la gran Pirámide, ni el Karnak, ni la estatua de la Libertad, ni la torre Eiffel, ni nada cuanto la exaltación mística, o la vanidad nacional, el poder de la ciencia, o la admiración colectiva hayan inventado o intentado realizar durante los siglos de historia conocida, tiene parecido, ni siquiera aproximado, con el monumento que una *ley* de la legislatura — nombre moderno de la modesta *sala* de la época, — de la provincia de la Rioja, dedicó, ya que no tuvo necesidad de mandar edificar, a la gloria del tirano de la patria, el 28 de noviembre de 1842.

A la magnitud, belleza y esplendor de la obra, se agregaba la condición que ningún otro pueblo agradecido pudo realizar: la gratuidad y la rapidez de la ejecución. Mide entre cimentación, basamento, pedestal, plinto, pirámides central, laterales y anexas, plataformas, cúspides, un volumen determinado por estas líneas más o menos precisas:

Longitud norte-sur, 200 kilómetros.

Latitud este-oeste, 30 kilómetros.

Profundidad subsuelo, 10 kilómetros.

Altura máxima, 7 kilómetros.

Los matemáticos harán los cálculos para determinar con precisión el peso y cubaje de esta mole, que gravita sobre la parte del planeta asignada a nuestro país en el reparto

general de bienes de este mundo. Pero respecto de su altura, nos han de permitir los sabios Naranjo, Burmeister, Seelstrang, Hauthal y algunos otros, que insistamos en nuestra propia apreciación, fundada en estudios más modestos y cuyos documentos algún día se publicarán; pues de las autoridades nombradas sólo de dos sabemos que han escalado los flancos de la cima del Monte Artificial, erigido en homenaje del Restaurador, Regenerador, Héroe del Desierto, y Gran Americano, más que Wáshington, que Bolívar y que San Martín, para proceder diplomática y prudentemente.

Esta Pirámide de pirámides mide una elevación de 7.214 metros sobre el nivel del mar. Nos lo han afirmado estos tres testimonios: los cóndores, cuyo vuelo hemos consultado, nuestra propia visión verificada desde una planicie situada a 5.000 metros, y por fin, unos papeles privados, que consignan la triangulación ejecutada por un ingeniero inglés, en 1884; razón ésta que, agregada al carácter sagrado del objeto, nos obliga a no aceptar contradicciones, ni pruebas, ni debate de ningún género, pues comprenderá el lector que, en cuestión de homenajes a cumbres humanas, no sea permitida la libertad de discusión sobre cumbres de piedra.

¿Cómo hubiera podido construirse una fábrica semejante? ¿Quién, y en cuánto tiempo, y con qué elementos, habría podido llevar a la realidad tan fantástica obra, superior a todas las fantasías de las razas primitivas? ¿No se tratará de un símbolo, a que tan inclinadas han sido las gentes de otras edades? ¿No deberemos traducir estos hechos como figuras poéticas, como vuelos de imaginación, o como creaciones de la fe, de la adoración del supremo entusiasmo por los seres extraordinarios? Porque sólo las magnas ideas pueden tener esta fuerza superterrena para contener, y sostener, y mantener pesos tales; y sin duda de aquí surgió el aforismo — recién descubierto en las altas esferas, aunque sospechado por los antiguos, y de cuya eficacia o comprobación, entre nosotros hay historiadores incrédulos: *Mens agitat molem.*

¡Oh, la energía moral! Los milagros que consuma no son

previsibles; pero, sin duda, es la única capaz de crear de la nada cosas estupendas. Así son también sus aberraciones. La omnipotencia de la idea y de la pasión, convertida en voluntad, transmútase en palanca, en polea, en martillo, en grúa gigantesca, y remueve las montañas, trasmite el movimiento hasta otros planetas, derriba o entierra los bloques más inaccesibles, y levanta, hasta coronar las cimas más atrevidas, las figuras surgidas del amor o de la veneración de las naciones; héroes, legisladores, apóstoles, mártires, redentores; y ahí quedan hasta que los siglos se consumen y se disuelvan en ceniza, — *solvat seclum in favilla*, — seguros de que ellos han de trasponer ese deleznable límite puesto al orgullo humano y a la vida del mundo, por el tremendo vate del *Dies iræ*.

Pero las aberraciones de la energía, del entusiasmo y de la pasión colectivos, consisten en el poder de transfiguración y transmutación de las más simples substancias: así, en esa matemática ideal se producen ecuaciones tan sencillas como éstas: nobleza = bajeza; ideal = interés; heroísmo = cobardía; justicia = adulación; y otras más del género, fáciles de enunciar. De todo lo cual se deduciría que, transesenciadas las pasiones originarias del divino homenaje de este relato, podría afirmarse que la superexcitación del instinto admirativo o conservativo de un pueblo puede, con la misma potencia *agitadora* de la mente sobre la mole, convertir en héroe, apóstol o semidiós a cualquiera de sus más inocuas unidades, seguro o inconsciente, según el caso, de que lo único exaltado en el trance es su propia vanidad, su interés, su ignorancia o su terror colectivo.

Entonces las nociones elementales, atómicas sobre la vida, la moral, la virtud, el heroísmo, la magnanimidad, la *piedad* y la virtud del héroe o semidiós, se han transmutado por efecto de la reacción lenta y continuada del tiempo y de los hechos acumulados; y los más bajos móviles y las más feas deformidades morales, toman forma, lugar y resplandor de las más altas virtudes, y de las más puras bellezas.

II

EL VOTO SOBERANO Y LA CONSAGRACIÓN MÍSTICA

Reproducimos aquí, para conocimiento de los futuros tiempos, el voto, mandato o ley soberana, dictado por la sala legislativa de la provincia de la Rioja, tal cual se halla en el original, sin alteración de una letra ni un detalle, para que el lector tenga una visión más clara y directa del documento; y crea al fin en la alta protección del numen tutelar que durante la década del año XL, velaba, al parecer, más por la vida e integridad de las posiciones concedidas a los enemigos de la patria, que por las de los infortunados conspiradores que lucharon por la liberación del pueblo argentino. Esa pieza histórica, hoy por primera vez dada a la publicidad, y salvada de los estragos de la polilla, — implacable destructora de lo que se tiene ocioso, inactivo y estéril — ha suscitado en el autor de estas líneas las más extrañas cavilaciones y conjeturas, no sólo por la atrevida concepción de transformar una enorme montaña en el más hiperbólico de los homenajes ideados por la mente humana, a no ser la transformación de los hombres en dioses, sino por el misterioso sentido de la intención. Porque, todo lo que rebalsa y desborda de los límites naturales, invita a la desconfianza sobre el móvil, y la irrealidad y la desproporción de las medidas inspira la posibilidad de la fábula o la burla.

Conocedores y copartícipes en cierto grado de las cualidades de nuestro pueblo provinciano, y lector insistente de antiguallas ancestrales, no disimulamos la sospecha de cierta vis maliciosa en la monstruosa magnitud de la idea, y, en el más sincero de los casos, en una artimaña defensiva de la pobre comuna riojana de aquellos días aciagos, contra la invasión avasalladora e incontenida de la bárbara y sangrienta tiranía, que el nuevo Héroe, Restaurador y Gran America-

no disfrazaba debajo de su poncho criollo, plebiscitante y democrático.

¿Antiguallas? Llamemos así a los agudos dichos y ciertas filosofías de nuestros ingenios, que tomaron a ciertos maestros latinos el precioso conceptismo que Góngora, Gracián y Quevedo llevaron a una sutil y admirable perfección: “Toda escasez en materia de aplauso es hidalga, dice el autor del *Criticón*; y al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio. La admiración es comúnmente sobrescrito de la ignorancia: no nace tanto de la perfección de los objetos, cuanto de la imperfección de los conceptos.” Así, nada más pertinente que el ejemplo histórico demostrativo del precepto: “Comenzó Nerón con aplausos de fénix, y acabó con desprecios de basilisco.” Entendido que la admiración del ignorante es más bien estallido de miedo, defensa de impotencia o estupefacción, que comprensión y aquilatamiento de grandeza o hermosura.

Los déspotas son formas de magnificación del instinto de mandar. De aquí pueden y deben surgir los locos del Poder, como personificaciones de la manía de las grandezas. Por eso su mejor tónico es la alabanza, y su delirio divino la prosternación de la multitud; porque el humo y el olor sensual del incienso no le dejan percibir el matiz entre la sinceridad y la mofa. “Sienten algunos, — habla otra vez el autor de *El Héroe*, — que el que no excede en alabar, vitupera. Yo diría que las sobras de alabanza son menguas de la capacidad, y que el que alaba sobrado, o se burla de sí o de los otros.” Y como es escasa cualidad la de la ironía contra sí propio, mejor será inclinarse a creer que en todo desmedido elogio, o consagración u homenaje, hay algo de esa “metafísica ponzoña” de las intenciones, observada por el “Padre de la Victoria” de Lérida.

Al leer los conceptos, veladas imágenes y lenguaje anticastizo, — a tal extremo que más parece una gimnasia de barbarismos o un malabarismo de errores gramaticales que una ignorancia sincera, como quien se propusiese construir

un mosaico de piedritas brutas elegidas entre los montones del arroyo seco, — nos damos a pensar en que los legisladores riojanos de 1842 hubiesen querido decir a la posteridad: “He ahí un enigma que os legamos. Adivinad en esa ley, entre el pensamiento y la forma, dónde está la verdad de la intención.” Y cuando recordamos los sabios preceptos de los filósofos, y la práctica del hermetismo, el simbolismo y las abracadabras de los tiempos de terror, para entenderse y salvarse los débiles e indefensos, no se puede menos de pensar que en esa estupenda ley hay un ardid sumo, una “metafísica ponzoña” que dejaba a la Legislatura bien con el tirano y con la conciencia; lo primero porque él no distinguiría la intención, mareado por el hisopazo del homenaje, y lo segundo porque, según todas las leyes mundanas, *ad impossibilia nulla obligatio*, y la promesa de una cosa irreal o inaccesible, se considera de cualquier manera menos en la forma de un deber exigible en justicia.

Los tiranos tienen en estas formas de la adulación colectiva su mayor castigo y su red más segura; porque cuando no hay fuerza, hay astucia, y la sobra del elogio es la forma negativa de la censura y del desprecio públicos. ¿Cuántas veces ha ocurrido entre corifeos y turiferarios, oficiantes de zahumadores en procesiones triunfales de reyes, generales o papas, el decirse uno a otro, — “¡adulador!”; — y responderle — “¡calla, tonto, estoy en el secreto!”?

Mas ya tarda presentar al lector el texto de esta ley extraordinaria, superior por el ingenio, el disfraz y la exquisitez del arte adulatorio, a cuanto provocaron Nerón y Calígula, inventaron los artistas florentinos, o contienen las recopilaciones y mensajes propiciatorios de las Legislaturas rioplatenses de la década magna de la Dictadura argentina.

El texto de la Ley

Nº 9. Ley por la cual se ordena que al Serro denominado Famatina se le llame en adelante el Serro del Gral. Rosas

por los eroicos serbicios prestados a la probincia a la causa de la humanidad y de la cibilización:

¡Viva la Confederación Argentina!
¡Mueran los salbajes unitarios!!

Cesión 13. Sala de secciones, Rioja 28 de noviembre de 1842. Año 33 de la libertad, 27 de la Independencia, y 13 de la Confederación Argentina.

Al poder ejecutivo de la Provincia, etc., etc., etc.

A. 1º El Serro más elebado de esta Probinia de minerales de oro y plata, que por su elebada altura se dibisa de todos los departamentos de esta Provincia y de las demás limítrofes denominado de Famatina se llamará en adelante el Serro del Gral. Rosas.

2º Comuníquese al poder ejecutivo de la Provincia para que mande publicar y ponga en conocimiento de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, heroe del desierto, defensor heroico de la Independencia Americana, Brigadier Gral. D. Juan Manuel de Rosas.

Con lo que terminó esta ceción en Sala plena.

Lorenzo Pizarro, P. — Francisco Herrera, V. P. — Mgl. Geronº Ballejo. — Manl. Ortiz. — Francisco Solano Granillo, Secr.

III

COMENTO FILOSÓFICO E HISTÓRICO

Alguna vez hemos dicho y probado con nuestra Historia, que los pueblos son los creadores de sus tiranos, como los forjadores de sus cadenas de toda otra clase; lo uno por el miedo o el egoísmo trocados en arte de adular, y lo otro por la ignorancia y la dureza para comprender su interés y ver las vías de su liberación. Por eso las clases oprimidas de todo el mundo, al amparo de la inercia de los menos oprimidos,

pero no menos desgraciados, de la zona media, adelantan camino, se extienden como la mancha de aceite, y halagan las esperanzas de los hermanos de situación, y van convirtiendo sus revoluciones esporádicas de otro tiempo, en estado permanente y en método de acción, escapado ya de los alcances de la ley penal.

Después de siglos de tiranías de hecho, absolutistas y sangrientas, soportadas por las numerosas y dispersas democracias helénicas, la tiranía se erigió en sistema de gobierno; y hubo los tiranos buenos y los malos tiranos y una época se llama de los *treinta*. Las libérrimas instituciones modernas dejan siempre, bajo el nombre de “estado de sitio”, “suspensión de garantías”, “poderes excepcionales”, o en forma de tácita renuncia a la facultad de control de los otros — parlamentario o judicial — un resquicio, una válvula, una ventanilla por donde se escapa el aire comprimido por las fórmulas inflexibles.

Así como la buena fe es la levadura de todas las transacciones humanas, la honradez política es la de todo el funcionamiento de las instituciones escritas y no escritas. Hay un margen de tolerancia en homenaje a la libertad de movimientos de la masa social, y de la imprevisión humana. El abuso de la tolerancia de arriba engendra la rebelión, y en casos interesados, la anarquía; el abuso de la tolerancia del pueblo crea fatalmente la centralización, la dictadura, la tiranía. Y una vez fundada y en función, no puede retroceder, por ley de su propia inercia dinámica, y su tendencia es hacia su mayor amplitud y vigor.

En el mundo moderno ya no es posible el buen tirano, sino el bueno y honrado estadista. El pueblo comprende cuando un poder ha sido excedido para bien y para mal. Pero no puede llegar legítimamente el caso de que el móvil personal justifique ningún exceso ni abuso sin complicidad colectiva. En Mitilene, la gloriosa ciudad de Sappho, gobernó por diez años uno de los Siete Sabios, con la investidura de tirano; su máxima directiva era: — “más vale perdonar que

vengar". La de los mil y un sabios que gobiernan hoy las Mitilenes más grandes, es: — "La venganza es el deleite supremo del odio". Hemos progresado, a no dudarlo.

No hay déspota contemporáneo, ni siquiera los de lanza y cuchillo como los nuestros, que no se deje manejar con las riendas de seda de la adulación; y se agotan los vocabularios y los registros de las odas y de los himnos; y la vanidad no revienta, sin embargo. Los que revientan son los sopladores del instrumento o los agitadores del fuelle. Comienzan por los cumplimientos de protocolo; gustan, y en seguida se vuelven hábito y manjar predilectos. El magnate pronto no se satisface con eso, y como los bebedores de alcohol, acaba por exigir el de la lámpara del Santuario; y se lo sirven; y ya es dios, porque lo han reemplazado en el homenaje divino. El hisopo y el incensario reemplazarán al consejo y a la corrección; y de tanto aspergeo llegan a creerse "algo de dioses" ellos también. Y resulta una sensualidad el adular, más, acaso, el recibir la ofrenda. Al fin y al cabo el autócrata se acostumbra a despreciar a los serviles turiferarios, y estos nunca dejan de gozar con el oficio, por las migajas y los rozamientos que le tocan del glorificado; y tal vez compran de ese modo la paz que reina en sus corazones... y en sus establos.

La receta casera pronto cunde, y no tarda en ser panacea. Las chusmas siempre creen en los mediums y santones de voz hueca y maneras misteriosas. Tienen algo del otro mundo; y como la paz y la comodidad son, al fin, una suprema aspiración de esta vida, las compran a tan vil precio, pues no habrá moneda más vil que la de la adulación, para el que la ofrece y para el que la acepta en pago de sus favores.

Es esto tan cierto, que la moneda verdadera que en la ciudad de la Rioja se acuñaba, con metales de sus minas del Famatina, quedó desvalorizada en 1836, por la magnánima negativa del Restaurador a permitir que se cambiase el tipo corriente en la Provincia por otro que llevase en el anverso el busto del Héroe del Desierto, con la sola leyenda "Rosas"

a su pie, y en el reverso el gran sello con los trofeos militares, y en circunferencia la inscripción: "Por la Liga litoral será feliz". "La ley será de once dineros", dice el artículo 2º, que por suerte no la fijó en treinta.

Además de los motivos en que se fundaba la ley de la Sala bonaerense, de 6 de junio de 1834, para donar al ilustre Restaurador la isla de Choele-Choel "para él, sus hijos y sucesores", y disponer que se la llamase en adelante "Isla del General Rosas" —art. 2º—, "por los heroicos servicios prestados a la Provincia, a la causa de la humanidad y de la civilización, en la memorable expedición al desierto de 1833", el Gobierno riojano expone una razón exclusiva suya, de propia vindicta, por "la parte tan activa como honrosa que ha tomado en la vindicación de la muerte de nuestro jefe y general brigadier don Juan Facundo Quiroga, su Gobernador"; y agrega la sugestiva y propiciatoria declaración en favor del "protector militar, general Brizuela", de que éste "es el autor privativo de este documento", el cual tendría su recompensa como en el Evangelio; y adorna el párrafo con este requiebro alusivo a la figura del Restaurador en la pieza de plata: "los habitantes de la Provincia esperan por momentos ver en la circulación al vengador de la muerte de su Ilustre Jefe, y los ciudadanos del pueblo se agolpan a grupos a la casa de la monedación, a conocer al Héroe que por tantos títulos es acreedor a su eterna gratitud."

Pero el Héroe declina, según su hábito diplomático, tan insigne honor; insiste la Sala en su ley de 19 de enero de 1837, fundando en cinco formidables considerandos, todos ellos desbordantes de justicia histórica, los méritos del ofrendado y su valerosa actitud. Nueva renuncia del Magnánimo, hasta que la Sala cede a la súplica, no sin ordenar, por su ley de 19 de junio de 1837, y para mortificación de la modestia del Héroe, que la moneda llevase en su reverso la inscripción: "Eterno loor al Restaurador Rosas".

En cinco años de remordimiento de aquel acto de energía suprema, trabajó el ánimo de legisladores y funcionarios

ejecutivos y militares, buscando un substitutivo digno de tanta grandeza, al fracasado homenaje de la moneda; a punto de que, tras tanto cavilar por expresar sus sesos en ideas, con el consiguiente desmedro de la salud, y crisis gubernativa y ortográfica, se llega, por el sistema del *ars magna*, a la concepción del plan del monumento granítico de eterna nieve, como símbolo de paz perpetua, que otra Sala renovada sanciona con fuerza de ley, para dar a la eterna Gloria del Héroe un pebetero digno de ella, y un pedestal inconmovible por los terremotos, si bien pudiera borrarlo de un soplo la instable afección, o un instante de inspirada voluntad de los hombres.

La heroica puja de honores, títulos, panegíricos y recompensas sostenida por casi todas las Legislaturas de Provincia en el ciclo imperecedero a que hace núcleo el año 1842, concluye, sin duda alguna, con el triunfo del ingenio riojano, como en un inmenso certamen poético, musical y pantomímico, con la dedicación del coloso del Famatina, el cual, asentado sobre bases de oro y plata, y otros muchos metales preciosos, alza sus cumbres coronadas de nieves insolubles al sol y al rayo, para conservarse como incólume santuario, o morada, u olímpico trono, de aquel que, “elevándose a una altura superior a las ideas y a los sentimientos del hombre”, — como afirma el historiador oficial del homenaje de 1842, — en dios queda convertido, pues encima de la región donde alcanzan los más atrevidos vuelos de la inteligencia humana, sólo puede planear la omnipotencia divina.

XII

LAS GRANDES FUERZAS HISTORICAS

MEDITACIÓN SOBRE UN ANIVERSARIO

11 de noviembre de 1859

LAS GRANDES FUERZAS HISTORICAS

MEDITACIÓN SOBRE UN ANIVERSARIO

11 de noviembre de 1859

Entre los nuevos conceptos históricos nacidos con la evolución de la democracia, como hecho social y como principio político, debe consignarse uno que hace tiempo preocupa a algunos espíritus observadores: es el que reconoce la existencia de un patriotismo cívico, acaso más hondo, como generador del otro, del que sólo se refiere a la Nación en su aspecto externo o con relación a los demás. El primero es más fundamental, pues nace y tiene vida en la esencial relación con la existencia, conservación y desarrollo de la Nación, en sus mejores condiciones de vida. La Historia recuerda e inmortaliza los hombres que se consagraron con mayor abnegación personal al servicio de su país, comprendiendo en este concepto, dada la natural solidaridad entre todos en el seno de la común civilización, el "servicio a la humanidad". En este sentido, nada de violencia, y sí mucho de lógica, hay en formular este postulado: "morir por la patria es morir por el género humano". Luego, la idea más alta de lo que se llama un gran ciudadano es la del que vivió y concluyó sus días consagrado a la misión de hacer la mejor patria posible, la más conforme a las condiciones de la felicidad humana, con sus elementos de libertad, dignidad, justicia y cultivo de un ideal superior.

Sin duda alguna, vamos alejándonos del tiempo de predominio del criterio combativo en la crítica histórica; así

sobre sucesos colectivos, como sobre hombres o caracteres en particular, el valor y las demás cualidades morales que lo califican o sustentan, van cediendo su lugar en la conciencia general del mundo a elementos más éticos, aunque no menos positivos. La mayor grandeza moral corresponde entonces, antes como ahora, — ya se juzgue a los pasados como a los contemporáneos — a aquellos que entre los móviles interiores de sus acciones, obedecieron a los más altos, a los más impersonales, a los menos egoístas, y, para mantenernos en el tono de nuestro postulado anterior, tuvieron menos en cuenta el efecto inmediato o sensual de las acciones, que el absoluto y permanente resultado de ellas en la suerte y condición moral de su pueblo. He ahí la regla menos frágil de apreciación de los hechos personales o conjuntos del pasado, como de la actualidad, y también explicado el secreto de las aparentes contradicciones, y aun regresiones, que suelen presentar a la crítica los más probados caracteres, los personajes más prominentes en el drama histórico real de todos los tiempos y sociedades. La verdadera eurística — o ciencia de la interpretación de documentos sobre el pasado — consiste, pues, en saber orientarse en el laberinto, y no dejarse atemorizar, ni marear, ni extraviar por los ruidos, los aullidos, las oposiciones, las manos crispadas, los puñales ensangrentados, las invectivas airadas, las amenazas de hecho, y todo ese tumulto dantesco que se ofrece al viajero hacia el subterráneo, para hacerle perder el rumbo marcado por ese invisible hilo de Ariadna, que vive siempre en la mente de todo genial y certero investigador de las cosas de otros tiempos.

Y como no son las fechas conmemorativas, ni el limitado espacio de un diario, los más a propósito para ahondar problemas de esta naturaleza, que ya tendrán su análisis en el libro, digamos, ya, que pocos pueblos tienen una historia más característica que la del nuestro, desde el punto de vista de las ideas expuestas. Aun se ha dicho que esa Historia carecía de los elementos teatrales que en otras comunican al lector o espectador un interés más vivo, más novelesco,

más épico, si se quiere, ya que ese afán de interesar suele conducir a los narradores en prosa o verso, a extremos tan bellos como falsos, y aun a inventar una historia, donde la realidad no ofrecía recursos emocionales suficientes para el fin artístico de la Historia o la epopeya. Y es que, como el concepto inicial de la Historia misma ha cambiado, con la socialización de todos los conceptos clásicos, con la transformación más ideal y el mayor valor efectivo que ha alcanzado el elemento *democracia*, y la creciente y cada vez más honda influencia de los agentes psíquicos en la corporización de las ideas colectivas — morales, religiosas y factores étnicos — muchos de los juicios formados en la mente de nuestro pueblo por la difusión didáctica de los hechos hasta ahora conocidos y escritos, habrán de modificarse en el grado y medida del progreso que las ideas superiores de ética y justicia sociales realicen en el alma colectiva. Y nadie duda que lo que primero cede su lugar es lo relativo al valor de los sucesos y hazañas militares, en el determinismo histórico. Primero, por genialidad de raza, heroica y romancesca por definición; luego, por sedimentación literaria secular, el caso es que nuestro criterio habitual, y aun en altas esferas culturales, nos conduce siempre a subordinar el juicio moral o político al brillo o vigor de la acción heroica o del rasgo varonil o dominador, y, en suma, al éxito liso y llano.

Bien; ya no es tiempo de pensar así; nos lo veda el progreso ideal de la humanidad, y nos lo veda la conciencia misma que hemos adquirido por acción del ambiente y por acción directa y hereditaria de nuestros antepasados — héroes, estadistas, maestros, pensadores — sobre el verdadero valor de los postulados directivos de la conducta en la vida privada y pública. Así se irá depurando nuestra Historia por acción recíproca y constante del medio sobre la conciencia y de la conciencia sobre el medio. Acaso muchas figuras cambiarán de lugar; muchos cimientos serán substituídos por otros materiales de mayor resistencia; muchos juicios pasarán a prejuicios, y muchas simples sensaciones pasarán al

rango de verdades positivas. No perderán por eso su interés emotivo o admirativo las efigies o acontecimientos desplazados, sino que pasarán a ser vistos y admirados bajo nuevos rayos de luz: y acaso resulten más bellos e interesantes en sus nuevas posiciones, no sólo en nuestro propio escenario nacional, sino en el de toda América y del mundo.

Desde los sucesos iniciales de la era de la Independencia, y consideradas como accidentes de la prolongada guerra de liberación las diversas desmembraciones del territorio virreynal, la conciencia del pueblo comprendió que se había llegado a un *no más allá*, en ese proceso convulsivo que concluyó en la fijación de los límites más o menos incommovibles dentro de los cuales ha quedado unificado el cuerpo territorial de la Nación. El *alma argentina* se había revestido de su cuerpo, suficiente para vivir su vida actual y futura dentro de lo perceptible: se había dicho, sin duda, después de la última separación, la de 1834, *no más allá*. La integridad territorial de la Nación quedaba definida con sus catorce provincias más sus dominios territoriales fluviales y marítimos, que dan a su mapa actual su figura característica, como parte principal del Continente y sus proyecciones naturales. Dentro de ese marco y de ese ciclo histórico, se concretó a forjar y a vivir su vida, y a elaborar un tipo social propio, dentro de una forma de Gobierno que mejor se prestase a desenvolver una democracia liberal, representativa, capaz de mantener en unión y dar su expansión inevitable a las varias regiones de su extenso legado territorial y étnico.

El elemento espiritual de la nacionalidad quedó fijado, y dentro de todas las diferencias locales, una superior convicción había resuelto considerar la agrupación de las provincias litorales, centrales, occidentales y septentrionales, como la expresión irrevocable e indestructible de la entidad social y política de la "Nación Argentina". Era lo que Lincoln había definido como una "unión indestructible de estados

indestructibles". Si aquí no se pronunció la frase, se la escribió en la conciencia con la vida, con la sangre, con los hechos consumados en las instituciones fundamentales. Por eso la persistente lucha interior de los partidos — los llamaremos así — durante las épocas inorgánicas, si bien llegó a envenenar los tejidos esenciales del organismo hasta ponerlo a veces en inminente peligro de disolución, no llegó hasta la consumación del hecho; porque las voluntades representativas de la alta y definitiva conciencia de la unidad, se sentían ya inspiradas e impulsadas por el mandato interior de conservarla y hacerla vivir, venciendo todos los obstáculos. El proceso disolutivo se precipita con caracteres violentos y alarmantes durante las décadas de 1820 a 1860; se oyen ya hasta los estrépitos de las dislocaciones de fragmentos íntegros; se sienten expresiones de conciencia que parecen anunciar un hecho político consumado; pero todo es apariencia y confusión, y en el fondo, personificada en características representativas de fuerzas inmortales, circula, anima y se corporiza en hechos inequívocos la "voluntad de ser y de vivir", de una nacionalidad que se sentía formada y definida en esencia y en verdad. No fué destruída por el caos del año XX al XXVIII; no fué aniquilada por la tiranía hasta 1851; y Caseros es la demostración científica de que la Nación con todos sus elementos ético-sociales se hallaba fundida en su crisol y en su molde imperecedero.

Contemplamos ahora el escenario donde los hombres-fuerzas desempeñan su parte en el gran drama. En un libro de hace una década enunciamos con aparente sencillez una ley histórica que cada día se nos ofrece más profunda y verdadera: "la unidad político-territorial de la Nación se afirma o se debilita según que predominen en sus respectivas épocas las conjunciones de fuerzas rurales, o la discordia, la anarquía o el odio entre las regiones y sus partidos, fracciones o grupos de hombres, que las representaba". El triunfo de 1828 sobre el Brasil no fué completo, porque no fué total la concordia de las fuerzas nacionales concurrentes a la

lucha; la solución de 1834 sobre la región del norte no fué completa por la misma causa; las dificultades y prolongación de la guerra de 1865 se debieron a las resistencias creadas o alimentadas por la discordia interior; en cambio, y en felicísima compensación, — para no ahondar más ahora en un surco lleno de amarguras, — cada vez que se realizan las grandes conciliaciones de los fieros antagonismos sectarios o partidistas, se realizan las más grandes soluciones vitales para la afirmación y perpetuidad de los destinos de la Nación Argentina: así en Caseros, así en el ciclo orgánico que tiene por nudo la batalla de Pavón, y que desatan los convenios de 11 de noviembre de 1859 y 6 de junio de 1860, y la adopción efectiva de la Constitución de 1853, reformada en 1860.

Dentro de nuestros problemas históricos internos, ninguno, acaso, ofrece interés ni complejidades mayores que éste, desde los primeros sucesos de 1810; ninguno ha despertado mayores torrentes ni violencias de crítica y polémica, enconada y llameante, ni que posea mayor virtud de reviviscencia hasta en nuestro días; ninguno, después de la era de la Independencia, ha puesto de relieve caracteres morales tan altos, tan netos, tan robustos, tan dignos de estudio y de imitación, como los que conducen, inspiran y cooperan en primer plano a la solución de la magna crisis en que se debate la vida o la muerte de la patria argentina. ¿Era posible constituir una nación respetable — la Nación de los autores de 1810 — con Buenos Aires sin las provincias, o con las provincias sin Buenos Aires? Van a chocarse en los campos de batalla — y en los, acaso, no menos dolorosos de las querellas escritas o habladas — las fuerzas de la vida y las de la muerte, y a ponerse a prueba la energía inicial de la nueva nación, para lanzarse a la lucha de la vida universal con seguridad de vencer. Como en todas las soluciones vitales de la historia de los grandes pueblos, triunfaron las fuerzas morales, se impusieron las armas de la razón y del sentimiento, brillaron con toda la luz de su esencia inmortal,

las virtudes íntimas del carácter que, fundidas en una sola, hemos denominado *patriotismo cívico*.

Sobre el luminoso grupo de varones ilustres que — como los que el vidente de la *Divina Comedia* agrupa bajo el ambiente paradisiaco del primer círculo — se dividen por afinidades profundas, y forman los que ya se inmortalizan con las designaciones de “hombres de Buenos Aires” y “hombres de la Confederación”; se apartan delante, en calidad de conductores y ejecutores de los propios y compartidos designios e inspiraciones, dos figuras singulares sobre las que el reflector de la posteridad fija hoy su haz deslumbrante. En torno de uno y otro, una condensación de nubes alternativamente iluminadas por el sol, la luna, y conmovidas por el vendaval o incendiadas por el rayo, se agita un mundo de pasiones, odios, entusiasmos, ya fríos, ya razonadores, ya cálidos y desbordantes, los cuales, sobreviviendo para su propia potencia ingénita llegan hasta nosotros y nos arrastran, como en las emociones de una tragedia en campo abierto, en pos de unos u otros, como actualizando lo pasado, como renovando por el recuerdo las conmociones palpitantes de la lucha. ¡Oh, y qué formidable, a veces, se presenta la violencia de la discusión pública, en tribunas y prensa, según la esgrimen Sarmiento, López, Vélez, Alberdi, Alsina, Mármol, Elizalde y tantos otros, hasta el grado de perturbar y conmover las conciencias más nutridas de ciencia y de información! Pero, al mismo tiempo, en medio del tumulto, como el canto del vigía entre el fragor de las olas en la noche, se percibe la palabra serena, mesurada, imperturbable, guiadora, armónica, confortante de los dos capitanes que, sin perderse de vista en medio de las tinieblas, se dicen y dicen a sus gentes: “valor, constancia, llegaremos; la costa se avecina y la fe en el destino nos salvará.”

No han faltado espíritus embebidos en la unción tradicional de aquella fe y de aquella inspiración, que no se

han dejado turbar por el odio, ni por la desconfianza, ni por el interés, ni por un mal comprendido espíritu de consecuencia con hechos muertos o substituídos por la evolución progresiva de todas las cosas e ideas; y esos son los que —ahondando el estudio de la copiosa correspondencia privada y pública mantenida entre los generales Mitre y Urquiza, durante la crisis de 1859 y 1862, y aun en el torbellino de la polémica parlamentaria, periodística o libresca— han podido mantener su criterio tranquilo y ecuánime, no sólo para juzgar a los dos hombres más representativos de aquella noble y sagrada pugna por salvar la integridad nacional, sino para encontrar la luz permanente a que obedecieron los sucesos, se subordinaron los hombres y se miden las magnitudes y valores de los caracteres. Y como creemos que la Historia, si no ha de ser ejemplo, no vale la pena de escribirla, es forzoso que esa ley sea extraída de la confusión de los sucesos, para escribirla, no ya sólo en el pedestal de las estatuas erigidas o a erigirse, sino como piedra angular del edificio de la nacionalidad misma. De esa lectura, razonadamente realizada, con ánimo de fundar cosas imperecederas, se desprende la convicción de que la patria había sido conducida y cuidada para salvarla del naufragio por dos hombres excepcionales, que en el momento supremo de la crisis tuvieron las virtudes, la entereza de ánimo, la superioridad personal necesaria para la magnitud de la acción; y esa grandeza se mide por la extensión del sacrificio personal, por el poder de renunciamiento de sí mismos en aras del bien común, la energía para vencer la presión del círculo y hacer surgir la luz de la propia inspiración, contra el ofuscamiento del detalle erigido en norma rígida de moral o de imperio, que tanto a uno como a otro de los directores a veces estorba, detiene, perturba y prolonga la acción decisiva.

Alta e insubstituible lección de virtud democrática sería la selección y entrega a las escuelas y a la fácil información popular —en esta época de dispersión de conceptos primarios sobre la nacionalidad y su esencia ética indudable— de esa

correspondencia, en cuyas varias incidencias se revela con toda claridad la íntima consonancia de ideales y propósitos de los dos conductores de los Partidos en lucha, sobre la salvación de la unidad nacional, la consolidación de un régimen constitucional de libertad, de justicia y armonía regional; y por encima de todo esto, de suyo tan primordial, se respira una intensa corriente de sinceridad y de amor a la patria, que a veces conmueve y sume el ánimo en la contemplación de cosas superiores. Mitre y Urquiza, viniendo cada uno de distintas corrientes históricas, y fundidos en moldes mentales diferentes, llegan a realizar una verdadera conjunción astral, en que dos masas destinadas por la atracción ambiente, a unirse, luchan todavía un tiempo para romper las adherencias de la nebulosa originaria. No hay cuestión de predominio ni de vanagloria individuales en ninguno de los dos capitanes, como con notoria injusticia lo han proclamado los adversarios de uno y otro; Buenos Aires era una entidad política de valor específico más que suficiente para equilibrar la totalidad representativa de la Confederación; sus grupos de hombres intelectuales, formados en centros universitarios equivalentes, y en medios sociales de igual valor ancestral o cultural, no se hallaban tan separados o tan excluyentes, que pudieran decirse inconciliables; y es conocida la simpatía y tendencia *provinciana* de varios *porteños* ilustres, como la de algunos provincianos que nunca creyeron ni procedieron con el criterio de tales diferencias, como Sarmiento y Vélez Sársfield, para sólo citar dos de los más destacados.

Tanto Mitre como Urquiza se conducían movidos por el mismo ideal paralelamente desenvuelto. Ambos querían la unión a todo trance, la organización constitucional, la paz laboriosa y justiciera, y la firme entrada de la patria en el concierto de las naciones civilizadas; ambos buscaban la muerte de la anarquía y de la guerra civil; y ambos aceptaron la lucha armada, sólo como medio de ajustar o eliminar los últimos fragmentos de la maquinaria, que impedían su nor-

mal funcionamiento. Ni Cepeda desmedra en lo más mínimo la figura bizarra y tribunicia de Mitre, ni Pavón quita un matiz de gloria al vencedor de Caseros y de la tiranía; en todo caso, a los ojos de la vana multitud y de los secuaces celosos del prestigio externo de sus jefes, las dos batallas son una compensación; para sus autores y consejeros, y para la madeja trágica de los sucesos antecedentes, eran factores finales de la solución común. ¿Qué motivo diferencial existió entre los conceptos de cada uno respecto de la forma de gobierno o de su aplicación práctica? Acaso pudiera decirse que en Mitre hubiera una mayor intensidad en la idea democrática, penetrado de la mayor vitalidad colectiva del pueblo de Buenos Aires; pero la verdad última, en nuestro parecer, es que tal diferencia es más sutil que real —pues ambos aceptaron, y el primero fué coautor de las reformas de 1860— y que tanto Mitre como Urquiza anhelaban la aplicación de la Constitución en su integridad formal y doctrinaria, y dejar a los pueblos y a los Partidos la acentuación de sus caracteres diferenciales en la vida cívica.

Urquiza, después de leída la aludida correspondencia —como lo dijo con conmovida elocuencia en la sesión de la Cámara de Diputados de 21 de setiembre de 1907, Emilio Mitre— aparece engrandecido en su figura histórica, “porque le comunica contornos serenos y lo revela como una de esas entidades a que los pueblos bien pueden rendir un homenaje en los campos de la Historia”, y agregaba, para sellar una reconciliación póstuma, acaso tan ejemplar como la oficial de 1862, y refiriéndose siempre a la correspondencia: “dominan en ella sentimientos tan levantados, una consideración recíproca tan mantenida, aun en las horas que precedieron a los conflictos armados, un sentimiento tan claro de amistad, no de banal amistad, sino de esa comunidad que buscan los hombres cuando se preocupan de los altos intereses públicos, que es imposible leer esos documentos sin emoción... He comprendido que mi padre, en las horas crueles en que todo

lo impulsaba por la vía de la violencia, encontró en aquel hombre un colaborador sincero, un espíritu animado de la necesidad imperiosa de la paz, como necesidad suprema de la existencia misma de la Nación". ¿Cómo no había de ser así, cuando le asediaba el horror de la guerra civil, y tal vez un hondo y secreto designio de borrar con un lampo de gloria pura todo su pasado anterior a 1850? "Desgraciados somos los argentinos desde hace cincuenta años, —dice Urquiza al gobernador delegado de Entre Ríos, después de Pavón— porque luchamos sin fin, despedazándonos por las conveniencias de las formas políticas, en que somos inhábiles, precisamente porque nos hemos achicado con nuestras reyertas incesantes, y luchamos en ellas con el entusiasmo que sólo merecería una guerra extranjera... ¡Basta ya de sacrificios estériles y nunca compensados! En cuanto a mí, disminuiré el número de los que lisonjean mi prestigio... yo cambio ese canto de gloria por... los halagos de la prosperidad de la industria y del comercio, con que la paz podrá poner a nuestro pueblo en la verdadera condición de un pueblo libre". Ahí está, tanto en Urquiza como en Mitre, el fruto de la siembra sagrada de las grandes abnegaciones a lo San Martín y a lo Belgrano, que si no perpetúan coros de alabanzas hasta el fastidio, fecundan la sangre de las generaciones y las hacen revivir más sanas y virtuosas en los tiempos más remotos. "En este día memorable de nuestra victoria —dice en 1863 el presidente Mitre al vencedor de Caseros en el aniversario de la batalla— en que se abrió una nueva era de paz para los pueblos argentinos, me hallé por primera vez a las órdenes de V. E. combatiendo por la causa de la libertad, me hago un deber en felicitar a vuestra excelencia por la gloria que alcanzó en aquel día, derribando la más sangrienta de las tiranías... No podría dejar de hacerlo hoy, en que V. E. coopera tan eficaz y lealmente a la reorganización de la República Argentina, comenzada en Caseros, y a la que felizmente hemos arribado, a pesar de las contradicciones de los tiempos, y que hemos de consolidar con la

buena fe y la buena voluntad de todos los hijos de esta patria”.

“Cara me es la justicia —contesta el general Urquiza— que recibo de V. E., colocado honrosa y dignamente a la cabeza de la República, con la misión de dar cima a esa revolución magnífica, reconociendo el mérito de Caseros, hoy que, cooperando desde nuestra modesta esfera a la reorganización del país, no se ha entibiado mi fe...”; y después de hacer votos por el éxito completo de la constitución del país “en toda su integridad, y la extirpación de las viejas pasiones que han puesto obstáculos a la idea que fué el canto del triunfo en Caseros, en que a V. E. cupo tan honrosa parte”. Y decía bien el orador de 1907 al terminar su impresionante discurso: “esas cartas son un símbolo; parecen dos grandes manos entrelazadas a través del tiempo...”. Son un símbolo de una eterna ley cuya elusión arrastrará a la República a nuevas y violentas crisis. La reviviscencia del espíritu de odio e irreconciliable separación en las luchas de los Partidos, y el olvido de los nobles ejemplos de alta abnegación y razonada tolerancia entre conciudadanos, haciendo carne y conciencia, cada día en mayor extensión, en el alma de las nuevas generaciones, nos hará volver los ojos a los aniversarios como el de hoy, en los cuales se condensan los principios esenciales de ética política, que al inmortalizar los hombres que los encarnaron, en realidad, echaron los cimientos de una nacionalidad imperecedera.

Alcense las justicieras estatuas en las márgenes de nuestros grandes ríos, en las llanuras antes desoladas y hoy doradas de mieses, en las plazas desbordantes de una fuerte y jubilosa democracia, pero no se descuide la siembra inmortal de los ideales y virtudes a cuyo calor brotaron y fructificaron los primeros, los que llevaban en germen una nación libre, autónoma de cuerpo y de alma, y abierta a todas las comuniones de la cultura y de la energía eternamente renovadora de las naciones.

11 de noviembre de 1920.

XIII

EL R. P. FRAY RAMON DE LA QUINTANA

EL R. P. FRAY RAMON DE LA QUINTANA

I

ORIGEN DE LA PRESENTE HISTORIA

Era yo todavía un niño, y estudiaba Derecho en Córdoba, cuando ocurrió uno de los sucesos más conmovedores que he presenciado en mi vida: la llegada de la comitiva del obispo fray Mamerto Esquiú, fallecido de manera inesperada en una posta del camino de Recreo a la Rioja, y cuyos restos habían sido sepultados con rara e indisculpable precipitación en la estación intermedia de Avellaneda, a tres horas, entonces, de la Capital. Púsose en viva actualidad la persona, méritos, estudios y peregrinaciones del más grande de los frailes argentinos, y entre varios escritos de literatos y políticos eminentes, estremeció las almas el que le consagró el doctor Nicolás Avellaneda, con unción, con belleza, con justicia verdaderas.

Su maestro de latinidad, en que el ilustre obispo brillaba con luz extraordinaria, había sido aquel otro religioso de la orden de San Francisco, fray Ramón Quintana, presentado a la generación de ese tiempo por el estudio biográfico del ex presidente, quien abrió una ancha claraboya a la luz de la investigación sobre cosas olvidadas o desconocidas, y entre éstas, la historia de aquel convento de recoletos de Catamarca. Después escribieron otros; y los recuerdos y homenajes de sus discípulos sobrevivientes tejieron, en realidad, la corona de gloria que en los oscuros días de su muerte

acaso le faltaron, por la dispersión que la tiranía hiciera de todos ellos.

Tuve yo en aquellos días, la suerte de cultivar la más afectuosa y grata de las relaciones con uno de los más destacados en la vida pública, como publicista y parlamentario, el señor Ramón Gil Navarro, hijo de la ilustre familia de este nombre en Catamarca y vinculado por el matrimonio con la de Ocampo; de secular abolengo colonial y eminentes servicios a la República desde 1810, y luego a Córdoba y la Rioja, pues miembro troncal de ella fué aquel soldado a quien se le llamó el primer general de la patria, y cuyo nombre, por el desprendimiento de sus bienes en favor de la guerra de liberación, y por sus sentimientos piadosos, debe ocupar un sitio en la primera grada del templo de los inmortales.

El señor Navarro, que había sido discípulo del padre Quintana, y tenía esa facultad preciosa de la conversación y la anécdota, se deleitaba en el recuerdo de sus años de estudio en la escuela de los recoletos franciscanos; y a los que hayan leído las referencias contradictorias de algunos libros aun frescos, sobre la historia de la enseñanza conventual antes y después de la Revolución, les interesará conocer la impresión y relatos de aquel esclarecido espíritu, que secundó la política de la organización federativa con Urquiza y la época subsiguiente, y ocupó por mucho tiempo en la prensa de Córdoba un puesto arriesgado de combate en las filas del que podría llamarse el Partido liberal moderado.

Y bien; de las confidencias de este atractivo conversador, obtuve las convicciones que hoy abrigo respecto de aquel punto histórico, las cuales contrarían las versiones extremistas de los que quisieran hallar motivo de censura en la pobreza y limitación de los estudios de aquella memorable y venerable escuela, y en la crueldad del régimen penitenciario empleado con los alumnos, hasta culpar a los maestros de usar el azote —y otras penas corporales condenadas por la civilización,— aun para las faltas de asistencia. La emoción

filial y religiosa con que los discípulos del padre Quintana recuerdan su persona y sus enseñanzas, son un elocuente testimonio contra aquellas afirmaciones; y si se leen hasta el fin estas líneas, acaso logre convencer a los lectores de la verdad de mi impresión propia, adquirida a través de reminiscencias del señor Navarro, que recuerdo como si fuesen transmitidas hoy mismo.

Yo comenzaba a ocupar espacio en la prensa del día con mis ensayos literarios, cuya repercusión se reducía a los claustros de mi querida Universidad; y en aquellos momentos tracé unos párrafos anecdóticos que quiero reproducir ahora con otro estilo y otra emoción, para contar la leyenda, o historia real, sobre los móviles de la vocación del padre Quintana, por la vida religiosa bajo la regla seráfica.

Júzguese de mi solemnidad literaria de aquella primavera, por este párrafo que parece anunciar la enfermedad filosófica de este invierno: “Hay hombres, decía yo en 1884, que llevan en su cerebro un mundo superior a aquel en el cual se desenvuelve su personalidad; marchan con la inteligencia por los senderos del porvenir, aunque su existencia real sigue el movimiento general de la humanidad”. Y todo este empaque de historiador clásico, para comenzar el relato de la causa por la cual el padre Quintana se consagró a la religión.

A pesar de la aseveración de uno de sus críticos, de haber sido duro, terco y cruel con sus discípulos, y autoritario hasta en la forma de su enseñanza, mi impresión coincide con la del reverendo padre Reinoso, quien dice que “en su trato familiar fuera del aula, era muy amable, no obstante su franqueza habitual, que lo hacía aparecer algunas veces en contradicción con aquella cualidad”. Y si hemos de dar crédito a mi respetable informante, quien refleja el sentir de todos sus condiscípulos, no sólo con sus alumnos, sino con sus amigos de la sociedad profana, era expansivo, confiado, espiritual y tolerante con las opiniones ajenas.

Sería lo que hoy llamamos *un fraile liberal*, sin afectar

en nada su decoro religioso, pues se llega a decir que a veces hablaba de cosas que causaban viva sorpresa y alarma a los espíritus pacatos y gazmoños, contra quienes esgrimía el arma incontrarrestable de la ironía y la burla. Se agrega que no ocultaba del todo algo como una pena íntima por su condición, que limitaba el vuelo de sus ideas. Por eso refirió la historia de su voto, que cuento aquí como me la contaron, y yo escribí en mi mamarracho literario de 1884.

II

EL VOTO FRANCISCANO

De niño vivía en el seno de su familia, en un pueblo de la provincia de Santander, de España, sin contratiempo alguno notable, hasta que un día le sobrevino un ataque de catalepsia, que lo dejó en absoluta insensibilidad como la de la muerte; y aunque he leído en Spencer que el enfermo al restablecerse “no recuerda nada de lo ocurrido durante el acceso”, lo cierto parece que el padre Quintana refería con emoción y certidumbre los mayores detalles de los pequeños sucesos del hogar, ocurridos durante su inmovilidad.

Pasado un día entero, sin revelar signo alguno de vida, los suyos perdieron toda esperanza de salvarlo; sentía él todos los trajines y agitación circundante; oía los sollozos de su madre, parientes y amigos de la casa, las disposiciones relativas a su cuerpo, y, por fin, la sentencia legal pronunciada por su médico: “el niño ya no existe”. La convicción de ser enterrado vivo si una reacción no se producía pronto, le causó una conmoción moral tan honda, que creyó morir de veras. Y luego percibió con toda claridad los acomodos para la velación, su cuerpo en el féretro, los cirios encendidos, los rezos de sacerdotes y asistentes; ¡y vendrían pronto los clavos, el martillo y... la sepultura!

La desesperación le inspiró un recurso extremo: un milagro; y desde el fondo de su angustia recordó al santo de

su casa, de los suyos, tenido por infalible salvador de afligidos. "Sálvame, y juro consagrarme a tu servicio; vestiré toda la vida tu santo hábito, y seré tu esclavo".

Su profunda súplica le trajo un leve alivio; no tardó en sentir el comienzo de la reacción; las puntas de los dedos hicieron un casi imperceptible movimiento; éste se hizo después más extenso; los labios se entreabrieron y un ligero suspiro fué el anuncio jubiloso de la resurrección.

La corriente hacia América, el Río de la Plata, Buenos Aires, atrajo a sus padres, quienes le enviaron aquí todavía adolescente; y preguntado por la carrera de su preferencia, no vaciló en cumplir su sagrada promesa. Acaso en el primer año del siglo de la Independencia pisó playa argentina, para ingresar en el colegio de recoletos de Nuestra Señora del Pilar, de Buenos Aires. Aquí hizo su profesión religiosa en la orden franciscana, para enseñar gramática latina, retórica y filosofía desde 1805 a 1810, en que fué promovido a guardián de la Recoleta de Catamarca, de donde no salió nunca más hasta su muerte, el 9 de octubre de 1851.

El venerable y austero ciudadano, señor Pedro Agote, ha contribuído con su memoria y su pluma a hacer vivir la historia real de este benemérito, de este preclaro maestro de varias generaciones, las cuales se hallarían destinadas a recorrer las décadas gloriosas, amargas y sangrientas de 1810, 1820 y 1840 a 50, y a regar con su sangre, y ungir con su palabra o sus enseñanzas la tierra donde debían brotar las libertades argentinas; y es asombroso notar como, entre los discípulos del padre Quintana, aun los que fueron obispos, y con más razón los que siguieron sendas civiles, se advierte una visible tendencia hacia la independencia espiritual, si quiera la hubiesen ahogado más tarde, sacrificándola a un misticismo exaltado, que a su vez conduce a otra forma de liberación.

¿Era el alma del maestro superviviente en la de sus alumnos? ¿Era el prestigio expansivo y evocador de la vieja escuela clásica? Avellaneda contesta, en su bello estudio

sobre Esquiú: “El padre Quintana, enseñando latín y haciendo respirar el aire de la antigüedad a sus discípulos, había formado héroes y mártires”.

III

UN EDUCADOR SOCRÁTICO

Agote, Avellaneda, Reinoso y otros biógrafos, han enunciado los nombres de los alumnos del colegio que dirigiera y llenara de su verbo y de su sentimiento el padre fray Ramón Quintana: Marco Avellaneda, Amancio Alcorta, Salustiano Zavalía, Wenceslao Achával, José Cubas, Guillermo Dávila, Mamerto Esquiú, Samuel Molina, Octaviano, Darío, Samuel y Ramón Gil Navarro, y otros más, obispos, abogados, gobernadores, parlamentarios, periodistas, tribunos y generales... ¿Se quiere más todavía, para ilustrar los anales de una escuela e inmortalizar un nombre?

El último de aquella luminosa constelación es el personaje central en el relato siguiente, en el cual se demostrará el espíritu de la enseñanza del famoso recoleto, y en la cual se transmuta, acaso a través de veintidós siglos, el alma de la Academia helénica, que legó los diálogos de Platón y los encantadores relatos sobre Sócrates. Vestidos con su hábito franciscano, seguían a su maestro durante muchas tardes, de esas sólo concebibles por los poetas de las montañas andinas, en paseos tan amables como provechosos, porque, vagando entre los callejones de las quintas y chacras de la ascética ciudad de Ambato, los divertía con afectuosos juegos y travesuras, y les conversaba paternalmente y en el más sencillo estilo, sobre las altas doctrinas filosóficas, les recitaba y explicaba las bellezas de trozos poéticos inmortales, y en presencia de la Naturaleza, ellos hacían brotar en aquellas almitas ávidas de cosas superiores y henchidas de sensaciones nativas, verdaderas surgentes de bellezas ingénitas, gérmenes de virtudes esenciales, y anhelos de grandezas indefinibles.

Era, sin duda, un cuadro evocador de las más puras emociones del arte antiguo, ver aquel austero sacerdote jugueteando con los niños, asimilándose la paternal función evangélica y franciscana, y suprimiendo toda distancia en una santa comunión de ciencia y amor. Como en las relaciones sobre la educación espartana, a veces se antoja creer que en el fondo de ese espíritu había el creador de una patria nueva, había la nostalgia de un gran destino político truncado, el ensueño de una grandeza que habría sido posible fuera del reino definido por el hábito de la humildad y la pobreza.

Fué en la estación de las frutas, cuando las quintas excitan la codicia y la gula de los transeuntes, con sus gajos tronchados inclinados hasta sobre la calle, por el peso de los duraznos, higos y ciruelas, desbordantes de color y de jugo. El buen maestro y guardián comprende el estado de ánimo de su gente, y se dispone a una bella lección práctica de sutil moraleja:

—A ver, muchachos, quién se atreve a montar sobre esa higuera y cosechar para todos.

—Yo, padre, yo, yo... contestaron casi todos.

—Bueno, bueno; pero no pueden subir todos a un tiempo. Que vaya uno a cortar para todos. Vamos, tú Ramoncito, trépatte tú, y si te dejas sorprender por el dueño de la huerta, te doy encima un coscorrón.

Dicho y hecho: el niño se puso en dos o tres saltos encima de la higuera de blancos *cuellos de dama*, y empezó a llenar con ellos las mangas, sobrado anchas del hábito, mientras el maestro y los demás compañeros lo seguían con ojos ávidos.

—¡Eh, ladronzuelo, no te vayas a talar el árbol, — gritaba el buen fraile, — ya basta!

Entretanto, el propietario del huerto, otro reverendo, íntimo amigo y compañero de enseñanza del padre Quintana, que a esas horas vagaba con su breviario, o su libro de estudio, debajo de los frondosos ramajes, sin ser visto se había

colocado oculto cerca del teatro del suceso, resuelto a secundar la aventura.

Cuando el improvisado Caco se halló al pie del árbol, y mientras buscaba un portillo por donde escapar, sintió una mano que, entre dura y cuidadosa, le asía de una oreja, y una voz hueca y cómicamente indignada le dice, mientras lo conducía hacia las habitaciones de la quinta:

—¡Hola, caballerito, conque esas tenemos! Ahora vamos a casa a arreglar cuentas, ¡eh!

Mientras tanto, los compañeros agazapados, se escondían, como protegidos por la capa del padre guardián, detrás del cerco, por cuyos intersticios miraban la escena. El niño, apriornado, cuidaba de no perder la fruta que llenaba sus mangas, a pesar de todas las violencias de sus movimientos.

—Bueno, siéntese usted ahí, — dijo el padre, señalándole una silla de baqueta negra y claveteada, de su escritorio, — y confiese con qué derecho ha escalado usted mi cerco, y se apodera de mi fruta, y daña mi propiedad.

El muchacho, entonces, toma un aspecto de acusado en un juicio verbal, o de simple examinando del aula, y alzando el índice de la mano derecha, todo lo que el peso de los higos le permitía, e imitando visiblemente el tono y metal de voz *del juez*, contestó con esta máxima:

—*Nemo tenetur se ipsum prodere*: esto es, “nadie está obligado a declarar en daño de sí mismo”.

El buen padre no pudo ya contener la risa y el impulso cariñoso, y soltó una carcajada franca y abierta que reanimó del todo al muchacho; le dió un abrazo y unas cuantas palmaditas en las mejillas, y agregando al costal de higos de la *cosecha* otros regalos de dulces, lo despachó con este mensaje:

—Al padre Ramón que te mande a cortar todas las frutas que quiera; y que yo te perdono por el latín que te ha enseñado.

Cuando el señor Ramón Gil Navarro, en sus conversaciones tan confidenciales como afectuosas, después de cerca

de cuarenta años de este suceso, lo contaba a otro estudiante moderno y laico, en Córdoba, se conmovía hasta las lágrimas, y decía que el padre Quintana era para él como una sombra sagrada que le llamaba al camino del deber, y fortalecía su alma en los rudos combates que hubo de sostener en su azarosa vida.

XIV

FRAY MAMERTO ESQUIU

FRAY MAMERTO ESQUIÚ *

PROYECTO DE LEY

Artículo 1º — El Poder Ejecutivo nacional pondrá la suma de 20.000 pesos moneda nacional a disposición de la Comisión popular pro estatua del obispo Esquiú, de Catamarca, y con el objeto de integrar la suma requerida para adquirir y erigir el mencionado monumento en la plazuela de San Francisco de aquella capital.

Art. 2º — El gasto se hará de rentas generales con imputación a la presente ley.

Art. 3º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Joaquín V. González. — Pedro A. Garrero. — Pedro Llanos. — Pedro N. Soto. — Luis Linares. — M. I. Esteves. — Octavio Iturbe.

Sr. González. — Pido la palabra.

Estoy seguro, señor presidente, de que, si la provincia de Catamarca tuviese en este momento sus representantes en el honorable Senado, hubieran propuesto, sin duda, alguna forma de concurrencia de este cuerpo a la celebración de la fecha de hoy, en que esa provincia cumple el primer centenario de vida autonómica.

Los que hemos subscripto el proyecto que acaba de leerse, hemos tenido en cuenta esa circunstancia, pensando que no habría manera mejor de cooperar a este movimiento social y popular de la provincia de Catamarca, que asociarse

* Discurso pronunciado en el Senado de la Nación, el 25 de agosto de 1921.

en la forma que se proyecta, y contribuyendo con la suma necesaria para integrar aquella en que está calculado el costo definitivo y total de la estatua al obispo Esquiú, obra contratada con un reputado escultor argentino de esta capital y que, según parece, está retenida por falta de fondos.

Ya haré brevemente la historia de este asunto, para que el honorable Senado sepa con cuánta diligencia y probidad la Comisión popular de Catamarca ha dirigido su acción, de manera que no puede imputársele el déficit a falta de administración o de actividad.

Creo, señor presidente, que, tratándose de un personaje como el padre Esquiú, del valor que él tiene como representativo de la mentalidad, de la cultura y de la civilización que ha alcanzado esa provincia, no podría haber un homenaje mejor que el que el Senado realizaría si prestase su aprobación al proyecto presentado.

El padre Esquiú, en el consenso de la crítica histórica y política del país, enunciada por sus hombres más eminentes, ha salido del círculo de la Orden a que él perteneció. No se trata ya de un sacerdote más o menos prestigioso dentro de su religión. Si fuera esto sólo, quizá yo mismo no habría sido el intérprete de este propósito: si bien no desconozco que, en las altas regiones del pensamiento y de las ideas, el misticismo puede llegar a conciliar las más extrañas y divergentes doctrinas religiosas.

No es este el propósito de mis palabras; procedemos como hombres políticos, recordando que el padre Esquiú ha sido designado, — desde el primer día en que apareció en público con su famosísimo sermón durante las ceremonias religiosas con que en Catamarca se celebrara la jura de la Constitución de 1853, — fué saludado como “el orador de la Constitución”; y este carácter lo ha conservado hasta los últimos días de su fecunda vida de pensamiento, de predicación y de ejemplo.

Los sermones que han contribuído a darle estos títulos son el del 9 de julio de 1853, en el acto que he recordado;

el de 28 de marzo de 1854, cuando se celebraba la instalación de las primeras autoridades nacionales de la Confederación; el pronunciado el 27 de octubre de 1861 por la paz de la República, después de Pavón; el de 24 de octubre de 1875, con motivo de la reforma de la Constitución provincial, y el de 8 de diciembre de 1880, pronunciado en la iglesia metropolitana de esta capital, en celebración de la paz, después de las cruentas jornadas del 80, en las que quedó consolidada la República, con la ciudad de Buenos Aires como su capital histórica.

De ese sermón, y de este acto del padre Esquiú, se ocuparon las primeras inteligencias del país: el doctor Pedro Goyena escribió su estudio sobre Esquiú, orador, tomando como base la magnífica oración religioso-política, en homenaje a la última etapa de la organización constitucional de la Nación Argentina.

Cuando el padre Esquiú pronunció su primer sermón en la iglesia matriz de Catamarca, celebrando la jura de la Constitución del 53, fué saludada — verdad es que un poco tardíamente, porque en aquellos tiempos las comunicaciones no eran tan rápidas y las noticias llegaban a conocimiento del Gobierno federal y de la prensa de Buenos Aires, muy lentamente; — pero, cuando los sermones impresos llegaron al Paraná, a la sede del Gobierno, que entonces se hallaba, por ausencia del general Urquiza a cargo del vicepresidente, doctor Salvador María del Carril y fueron leídos en reunión privada de algunas de las personas del Gobierno, fué tal la impresión de asombro, de admiración y de entusiasmo suscitada por la lectura, que se ha dado el caso de uno de los decretos más extraordinarios en los anales de nuestro Gobierno, el decreto que, si no fué escrito por el mismo doctor del Carril, se debe a la clásica pluma del doctor Juan María Gutiérrez.

Vale la pena, señor presidente, de recordar en este momento los términos de ese inspirado decreto, el cual demuestra el verdadero valor que para los hombres de aquel tiempo tu-

vo la aparición de este portento, diré así, de la elocuencia argentina.

Pido disculpa a la honorable Cámara si me permito leer íntegramente este memorable documento, el cual dice así:

Decreto del 2 de mayo de 1854

EL VICEPRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA:

Considerando, que las oraciones pronunciadas en la iglesia matriz de Catamarca por el reverendo padre lector fray Mamerto Esquiú, de la Orden de San Francisco, con motivo de la jura de la Constitución, el 9 de julio del año próximo pasado, y de la inauguración de las autoridades constitucionales, el 28 de marzo de este año, están marcadas por la majestad del lenguaje y la gravedad del pensamiento de Bossuet, y la filosofía y los encantos oratorios de Lacordaire;

Considerando que el orador de la Constitución de mayo ha bebido abundantemente en la santidad de las Escrituras, y en el estudio profundo de la Historia, el conocimiento de los destinos de la humanidad y de los arcanos sociales; y que las revelaciones tomadas en tan altas fuentes por la vasta inteligencia del orador, han sido puestas al servicio de la organización nacional, con felicidad y acierto;

Considerando que importa al crédito moral y literario de las provincias argentinas, que las revelaciones de la doctrina del padre Esquiú alcancen una grande circulación, con el objeto de uniformar las creencias políticas y religiosas de un país que debe tantas desgracias al error, ha acordado y decreta:

Artículo 1º — Hágase con esmerada corrección y limpieza una impresión separada de los dos predichos discursos, y remítanse en número suficiente al autor y a todas las autoridades civiles y eclesiásticas de la Confederación.

Art. 2º — Pídase al orador Esquiú un ejemplar autógrafo de los dos discursos, y depositense en el Archivo nacional.

Art. 3º — Solicítese igualmente del Gobierno de Catamarca una noticia autobiográfica del reverendo padre fray Mamerto Esquiú, y felicítesele por el venero de purísimo oro descubierto en la potente inteligencia de un miembro ignorado del humilde claustro de San Francisco en aquella provincia; porque el gobierno como la Confederación, pueden decir también con este motivo *Laetamur de Gloria vestra*.

Estas últimas palabras en latín sirven de tema a la oración patriótica.

El doctor Vélez Sársfield, redactor entonces de *El Nacional*, tuvo esta exclamación repentina, que recuerda un poco las grandes palabras antiguas: “¿De dónde nos ha venido esta gran voz?” Y en su diario escribió esta nota: “Elocuencia sagrada. — Tenemos el placer y también el honor, como argentinos, de publicar en nuestra primera página la oración que pronunció en la Matriz de Catamarca el padre Esquiú, el 9 de julio del año pdo., con motivo de la jura de la Constitución de las 13 Provincias. El lector verá que en un rincón de la República aparece un grande sacerdote, nuevo Bossuet, nuevo Lamennais, que fijos sus ojos en el cielo, y no valorando en mucho la Independencia del 25 de mayo, nos advierte con su *os magna senatorum* que esos grandes hechos nada valen, nada son, sin el orden y la constitución de las sociedades. El padre Esquiú, el primero entre los oradores sagrados enseña al mundo que las leyes políticas son también leyes divinas en cuanto conducen a los pueblos por el camino del orden y de la civilización. Si recuerda nuestras desgracias es con un dolor profundo que revela todo el amor que el orador profesa a su patria. No se ve en su discurso ninguna lisonja, ni a los hombres ni a sus pequeños hechos. Sólo es grande el pueblo conducido por la religión y por las leyes que armonicen los Poderes públicos. Predica la obediencia a la Constitución que se juraba, no creyéndola buena en sus relaciones con la Iglesia, como aquel santo padre que enseñaba a los cristianos que en ningún caso la religión autorizaba revoluciones, ni aun contra el tirano que daba los edictos de persecución”.

Y concluía con estas palabras: “Cuando en un pueblo aparece un orador de la altura del padre Esquiú; cuando él es comprendido y se sabe valorar su mérito, ese pueblo es un pueblo civilizado, aunque sus casas sean chozas”.

Era que el predicador franciscano expresaba el más hondo anhelo del alma argentina por la fundación del orden constitucional, después de la anarquía del año 1820, y de la dictadura derrocada en Caseros; y al llamar a los pue-

blos a la obediencia, cerraba los oídos a los más íntimos reclamos de su conciencia religiosa, inspirado por el no menos santo amor de la paz y de la concordia de los argentinos. “Obedeced, señores, — concluía la arrebatada peroración: — sin sumisión no hay ley; sin leyes no hay patria; ni hay verdadera libertad; existen sólo pasiones, desorden, anarquía, disolución, guerra, y males de que Dios libre eternamente a la Nación Argentina”.

Poco después la Legislatura de Catamarca dictó una ley votando algunos fondos para costear estudios de perfeccionamiento del padre Esquiú en Europa, y el doctor Frías, católico tan bien inspirado como estadista eminente, saludando también la aparición del padre Esquiú en la escena de la elocuencia argentina, tuvo palabras de felicitación calurosas para la Provincia de Catamarca, que había dado tan precioso fruto intelectual.

Aparte de este aspecto de su oratoria político-religiosa, con que el padre Esquiú se incorpora triunfalmente a la más elevada intelectualidad del país, la acción que él desarrolló después, no hizo sino confirmar las sólidas profecías que su primer discurso arrancó a tan eminente hombre público. Después, en su vida sacerdotal, que es necesario señalar también, — dado que el alto ejemplo privado es una de las más meritorias acciones en la vida civil — el padre Esquiú reveló las condiciones ingénitas para el sacerdocio. Si alguna vez esa cualidad puede determinar la consagración de una vida, esa ha sido la del padre Esquiú.

Nació al pie de la peña escueta de sus sierras nativas, marcado con el sello de la predestinación para las grandes luchas del pensamiento. Perteneció a la familia mística pura, que tantos bellos espíritus reviven hoy representados por los grandes inspirados, y entre todos por San Francisco de Asís, de quien puede decirse que ha realizado esa unidad indisoluble entre la naturaleza y el espíritu, que ha hecho de su poesía, como el inmortal *Himno al Sol*, — que seguramente los señores senadores conocen, — la más alta expre-

sión de la belleza y el arrebató lírico a que puede llegar la mente humana.

La escuela de San Francisco de Asís, que dió en su tiempo aquel gran poeta que se llamó Jacopone da Todi, autor presunto del *Stabat Mater Dolorosa*, y otros himnos en lengua vulgar, con los cuales anticipó en un siglo el idioma en que Dante escribiría *La Divina Comedia*, como aquel que empieza:

*Amor di povertate,
regno di tranquillitate...*

y el otro himno:

*Amor di caritate,
perchè m'hai sí ferito?...*

Y otro de sus discípulos y compañeros, fray Tomás de Celano, fué el autor del celebradísimo himno o secuencia fúnebre de la iglesia, el *Dies irae*, que, sin duda, resuena también en los oídos de todos los señores senadores, y de la no menos inolvidable *Vita Secunda de San Francisco de Asís*, del mismo santo, escrita en un latín tan puro, que recuerda a los grandes clásicos antiguos.

No continuaré refiriendo la sucesión que tuvo esta escuela en Europa, pero sí he de decir que en América, ella tuvo dos representantes, genuinos, dignos hermanos de aquellos de la primera hora; uno que ha sido motivo en estos momentos de conmemoraciones especiales en la provincia de La Rioja, donde estuvo en misión de catequismo y evangelización. Hablo de San Francisco Solano, cuya acción de misionero en América ha de ocupar algún día, más que la atención de los autores de novenarios y de rezos, la del historiador y del sociólogo, para destacar lo que corresponde a la pura consagración religiosa, de la acción social, la acción civilizadora, la acción heroica del misionero, que por su sola acción personal, recorriendo a pie las distancias más largas, y las sendas más escabrosas, va a instalarse en Santiago del Estero, y pasa luego a la ciudad recientemente fundada, la

ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja, donde también instaló una ermita, como célula originaria de aquella “conquista espiritual”, como había de calificarla más tarde el padre Ruíz de Montoya. Allí, con el auxilio irresistible de su violín rústico, construído por sus propias manos, — renovando con él la seráfica *pazzia* del santo de Asís, — realizaba la conversión y el catequismo de los bravos indios diaguitas, que después evangelizaba con su palabra, expresada en el lenguaje propio de la región que en breve tiempo aprendiera.

Fray Mamerto Esquiú, a quien no es aventurado pronosticar la santificación a su tiempo, — dado que ya, según versiones, en las mismas antesalas del Vaticano se había hablado de esa posibilidad, — es el representante más alto de la escuela mística del fundador. Puedo afirmarlo así, porque he estudiado su vida íntima, pública y mental, sus obras y sus actos; he oído algunas veces su palabra siempre ungida e inspirada; he presenciado de cerca actos de su humildad y abnegación que lo elevan sobre el nivel común del sacerdocio; y aunque he disentido desde muy joven con las ideas dogmáticas de su credo, para afiliarme a la política liberal y amplia de la Constitución, a la que él mismo nos incitaba a obedecer, he sentido la impresión profunda e indeleble de su elocuencia cuyos acentos nunca pueden olvidarse, si se ha tenido la suerte de escucharlos. De manera que, si se pudiera definir su elocuencia en una forma exacta, se podría decir que Esquiú la poseía por revelación de la Naturaleza misma en cuyo seno ha nacido. Estas cualidades impresas por el ambiente en un temperamento de selección, dieron a su voz esa vibración única, que sólo los que hemos tenido la felicidad de oírla podemos apreciar en su valor emocional; una vibración de honda melancolía y suave ritmo que penetraba en las fibras de todos los oyentes, aun cuando expresase los conceptos más sencillos de la vida vulgar. Es, sin duda, ése el secreto principal de los grandes oradores, la atracción natural de la voz; y cuando Vélez Sársfield exclamaba en el entusiasmo de la primera oración patriótica de

Esquiú: “¿De dónde nos ha venido esta gran voz?”, pudo habersele contestado: de un oscuro valle de la Provincia de Catamarca, pobre, acaso, de vegetación, pero dotado de esas grandes piedras, que como procesiones de colosos antiguos parecen deslizarse al pie de las montañas de aquellas regiones andinas.

El padre Esquiú, tuvo la gran inspiración de agregar a las condiciones naturales de su talento y de su espíritu artístico, la gran instrucción en las antiguas escrituras. Difícilmente ha habido un hombre de nuestro clero, que haya dominado más a fondo a punto de convertirlas como en su propio lenguaje, las letras bíblicas y los escritos de los santos padres en la gran época, cuando todavía la Iglesia no se había erigido en una potencia política combatiente y producido las divergencias y rivalidades con otras confesiones derivadas del Cristianismo. Pertenecía, pues, por el espíritu, a la más gloriosa época del Cristianismo, en la cual todavía vibraba en el ambiente del mundo el prestigio de los grandes martirios, que le dieron su mayor fuerza de conquista y penetración.

El padre Esquiú tenía la obsesión del sacrificio y del martirio; y eso explica muchos de los actos de su vida, que algunos escritores irreverentes o escépticos calificaron de cobardía, de ignorancia o inocencia. Fué un verdadero héroe y un mártir de su vocación religiosa y de su acendrado amor de la humanidad, que lo ha conducido hasta las soledades del centro de América, a exponerse en las matanzas de cristianos en el Asia Menor, y en las arduas expediciones de sus visitas pastorales o misioneras, como la que le costó la vida. Cuando, más tarde, alguien despojado de prejuicios religiosos o antirreligiosos, escriba la vida anecdótica del padre Esquiú, dejará en la conciencia de todo lector, la convicción indestructible de que por la impecable conducta y la abnegada consagración al bien de sus semejantes, la Iglesia y la Nación Argentina tuvieron en él un héroe, un mártir y un santo.

Debo recordar, desde este punto de vista, que huyendo de los honores con que tantas veces lo ha perseguido la celebridad, declinó dos veces la dignidad episcopal y una vez el Arzobispado de Buenos Aires, huyendo, — se puede decir así, — de la vanidad y de la fama, hacia la soledad de su querido convento de Tarija, no a esconderse ni a eludir los azares de la lucha, sino a sublimar su espíritu en la meditación y el estudio, a expedicionar hacia los desiertos y los bosques, a catequizar a los indios, a aliviar la miseria moral de las poblaciones nativas; y, sólo por obediencia, por orden directa del Papa León XIII, aceptó el Obispado de Córdoba, como un mensajero de concordia después de las graves agitaciones interiores porque pasó aquel clero durante la década anterior al año 1881.

Desde este momento la figura del padre Esquiú toma un relieve nuevo, como educador, como pastor, como reformador y moralizador del clero, por medio de su vigilancia, de su consagración y de su enseñanza, en cortas pastorales que harían la gloria de los más célebres prelados de la Iglesia.

Son de notar especialmente aquellas dos que llevan por lema: la del 7 de marzo de 1831, *Omnia vestra in charitate fiant*, es decir “todo cuanto hacéis, hacedlo en la divina caridad”, y la del 25 de mayo del mismo año, *In fide stabiles*, es decir, “firmes en la fe”.

Antes de terminar debo hacer mención, ya que me he tomado la libertad de extenderme un poco más de lo usual en estos fundamentos, de la formación espiritual del padre Esquiú; y esto tendrá importancia especial para los que se dedican a la misión tan delicada de la enseñanza del sacerdocio. Y será así mientras rija en la Nación una Constitución como la nuestra, en cuyas cláusulas se declara el culto católico como culto sostenido por el Estado, aunque sin menoscabo de la libertad religiosa, y de los demás cultos o confesiones existentes.

Como liberal, me interesa que el clero católico no abandone la norma de la Constitución, y que la enseñanza del

clero se realice en condiciones tales, que no haga de él una casta separada y divergente del resto de la sociedad argentina, como si se hallase sujeta a otro gobierno y a otra comunidad política; y que se incorpore más bien a su vida y aporte una colaboración espiritual, de manera que no se produzca en este país esa calamidad insuperable, quizá como ninguna otra calamidad: la de las luchas religiosas en el seno de una sociedad democrática.

El padre Esquiú fué educado en el célebre convento de Recoletos de Catamarca, bajo la dirección de otro grande hombre que España envió al de Buenos Aires en los primeros años del siglo diecinueve: el padre fray Ramón de la Quintana, de quien dijo el presidente Avellaneda en su estudio sobre el padre Esquiú, que “el padre Quintana, enseñando latín, y haciendo respirar el aire de la antigüedad a sus discípulos, había formado héroes y mártires”. Y lo decía en memoria de la gran catástrofe del año 40, en la que fueron inmoladas por la barbarie y la tiranía, tantas vidas ilustres, que agregan nuevo timbre de gloria sobre los anales catamarqueños. El padre Esquiú se formó en la modesta escuela del convento San Francisco, bajo la dirección del padre Quintana y enseñanza de otro ilustre, el padre fray Wenceslao Achával, que fué después obispo de Cuyo, quienes lo declararon desde los primeros años eximio alumno, irreprochable por su conducta, y admirable por su talento precoz, y la decisión de su vocación religiosa. Formado, como decía, en las inspiraciones de la Orden franciscana, hizo voto y misión genial de la pobreza y la abnegación personal, sin abandonar el estudio de las ciencias sagradas y profanas, que tanta riqueza dieron a su elocuencia. Se apartaba, con esto, de esa mala tendencia en cierta parte del clero católico, de repudiar las ciencias como enemigas de la religión, ignorando muchos de ellos que acaso, — como creo haber leído en la obra de un prominente político inglés, a la vez filósofo y sabio, — que allá, en las superiores regiones del espíritu, donde la ciencia no ha alcanzado y acaso jamás

alcance, la metafísica le sirva de guía e inspiración, y se encuentren al fin en el punto de la conciliación suprema.

El clero fanático y el liberalismo fanático son los principales enemigos de esta conciliación, y de la paz social, la que no podrá fundarse en la vida real mientras no se funde en los espíritus o en las conciencias. No ha de olvidarse jamás por quienes lo oyeran, y lo leyeran, el panegírico pronunciado en la iglesia de la Compañía de Jesús, de Córdoba, de fray Fernando de Trejo y Sanabria, fundador de la secular Universidad, en presencia del cuerpo de profesores nacionales y extranjeros, católicos y protestantes de la Academia y Facultad de ciencias naturales. El soplo de amor humano y de sabiduría técnica que respira aquella oración incomparable, llenó de asombro a los sabios, y yo tuve la suerte de escuchar las exclamaciones de aquellos hombres, que todo lo creían posible bajo la palabra sabia e inspirada de semejante orador y prelado. El había tenido períodos de honda penetración y espíritu científico, y había dicho: "Yo debo confesaros que soy un bárbaro, un extraño en casi todas las ciencias que profesáis; pero las nociones generales en que todas ellas se fundan no son privilegio de los sabios, sino herencia común de todo entendimiento, de la razón humana, hermoso destello de la razón eterna. Valiéndome, pues, de las nociones que nos pertenecen a todos, yo podría hacer que se sienta el grito sublime que da cada una de vuestras ciencias: *¡Deus, ecce Deus!*" Y la agria lucha religiosa que agitaba a Córdoba y al país en aquellos días aciagos, tuvo con esta oración una tregua fecunda en soluciones definitivas.

Tal fué la filiación del hombre cuya estatua trata de elevarse en la ciudad de Catamarca, estatua que, seguramente, algún día se elevará en otras regiones del país, cuando los altos estudios se generalicen tanto, que todos puedan aquilatar el valor de estos productos de la Naturaleza y de la cultura, que alejen de las discordias banderistas, y hagan ver el río puro de las verdades espirituales. Desde mi posición de liberal irreductible, dentro del amplio concepto de la Cons-

titución, me son permitidos los criterios de conciliación, impuestos por la naturaleza de las cosas y de las ideas; y así, no puedo ver sino con profunda simpatía la esencia de la doctrina que la vida de predicación y de lucha del padre Esquiú, desprende para enseñanza de las generaciones posteriores. Toda ella se condensa en estas dos palabras: *Religión* y *Patria*. Las polémicas más ardientes que el padre Esquiú ha mantenido por la prensa, han versado sobre la conciliación de esos dos conceptos, a pesar de que pareciera existir aspectos bajo los cuales las dos ideas se excluyen. En las altas regiones de las ideas puras, donde las religiones se espiritualizan y se independizan de su formulismo dogmático, acaso los dos conceptos y sentimientos de religión y patria, se confundan en uno solo, de tal modo encarnados en la naturaleza y la conciencia humanas, que revelen los mismos caracteres intrínsecos y expansivos, o comunicantes, como dice un escritor inglés; de manera que no habría religión excluyente, como no hay patria excluyente; y el espíritu de nuestras instituciones contempla esa idea de la patria expansiva en la tierra, como la patria ideal del espíritu.

Esta ha sido la personificación ideal del padre Esquiú en sus largas predicaciones, en las piezas magistrales que ha legado a la cultura argentina, y que le han valido en su vida pública intermitente y agitada a veces, momentos muy amargos. No obstante, señor presidente, esas polémicas han pasado, no han dejado rastro alguno indeleble; y aun muchos de sus contendores en ellas, convencidos después de los grandes valores intrínsecos del padre Esquiú, como filósofo, como orador, como sacerdote y hombre íntimo, han acabado por ser sus mejores biógrafos, y este libro que tengo sobre mi banca es una prueba de ello; él está escrito por uno de los hombres más distinguidos de Catamarca, el doctor Félix Avellaneda, quien confiesa noble y valientemente su nuevo concepto del grande hombre, cuya vida ha trazado con tanto amor y admiración. No es él el único, por cierto, porque el padre Esquiú ha merecido igual e intensa atención de

otros altos exponentes de las letras argentinas, quienes han legado a las generaciones actuales un tesoro de observaciones históricas, que no he de referir para no ocupar mayor tiempo; pero me basta señalar los nombres del padre fray Mamerto González, de la Orden de San Francisco, del doctor Nicolás Avellaneda, doctor Miguel Navarro Viola, doctor Félix Frías, y muchos otros, quienes nos demuestran que no se trata ya de un simple y modesto fraile de convento, sino de una de las figuras más ilustres que la cultura argentina puede ostentar ante el mundo, y que, — es mi más profunda convicción, fuera de todo dogmatismo religioso y de toda preocupación de escuela, — la República Argentina se honra a sí misma elevando a este ilustre compatriota a la altura de sus más grandes próceres, ya que algún día han de valer más las hazañas intelectuales que las hazañas simples de la espada; porque si éstas no llevan por guía un alto ideal democrático y humano, aquéllas se sobrepondrán en todo tiempo, porque llevan en sí una fuerza moral tan grande, que la espada es incapaz de destruir.

Y volviendo a la idea práctica de este proyecto, debo informar a la honorable Cámara que la Comisión popular pro estatua al obispo Esquiú, fué constituída el 16 de julio de 1913 en Catamarca, presidida actualmente por un hombre cuyo recuerdo es muy grato para esta Cámara — me refiero al doctor Julio Herrera — que ha representado con brillo a su provincia en este recinto.

El 27 de marzo de 1916 se examinaron los proyectos de varios escultores de Buenos Aires, y se aceptó el del señor Hernán Cullen, cuyas obras le han acreditado como uno de los principales y más distinguidos artistas de nuestro país. La obra ha sido proyectada en bronce, sobre base de piedra. Aceptada ésta por la Comisión popular, fué presupuesta en 35.000 pesos pagaderos en la siguiente forma: la primera cuota de 10.000 al firmar el contrato, la segunda, de 15.000, al concluir los modelos en yeso y la última, también de 10.000, al entregar y colocar el monumento en su sitio;

o sea, el total de pesos 35.000 que he manifestado. Pero, tengo entendido, que el presupuesto debe haber experimentado alguna disminución, pues para la primera cuota se entregaron 8.000 pesos el año 1916, y que están depositados en el Banco de la Nación pesos 7.676,90. De manera que faltaría alrededor de 20.000 pesos, para completar la suma total para que la obra quede realizada y pueda colocarse la estatua en su sitio.

Con estos breves datos, creo que habré informado bien a la Cámara, a la que pido perdón, si le he quitado más tiempo del que podía concederme; pero creo que podemos aspirar a que se sancione este proyecto por el honorable Senado, en homenaje a la fecha que celebra hoy el pueblo de Catamarca; y seguro de que sus representantes habrían pedido esto mismo, yo voy a terminar estas palabras solicitando el apoyo del honorable Senado para que este asunto sea tratado sobre tablas.

(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos).

XV

EL DOCTOR DALMACIO VELEZ SARSFIELD

EL DOCTOR DALMACIO VELEZ SARSFIELD

Para la revista juvenil
José Manuel Estrada.

Nuestra Revista consagra este número al homenaje de la gran figura argentina que es el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, cuyo recuerdo ha ocupado y ocupará por dos años la atención pública, por el cincuentenario de la ley y de la vigencia del Código Civil, su obra culminante.

Pero es bueno salir del terreno restringido de un libro, para recorrer y resumir una vasta y fecunda vida, que abarca también otro medio siglo.

Dos universidades nacionales, las de Córdoba y Buenos Aires, le dedican el tributo de una edición de sus obras. Es, sin duda, el mejor, porque lo presentarán de nuevo en lo que tiene más digno de la inmortalidad, a la admiración de las nuevas generaciones.

Si es verdad que al doctor Vélez Sársfield se le conoce y venera como un eminente estadista y jurisconsulto, puede decirse que ese justo sentimiento se apoya más en la leyenda que en el conocimiento de su labor escrita; y quien sabe estas cosas puede afirmar que al ser publicada y difundida, el pedestal de su gloria se reforzará en sus cimientos, y por mucho que hubiera pretendido socavarla el encono y la incompreensión de su tiempo, no prevalecerán éstos ante la evidencia deslumbradora, ante la irrecusable prueba, nunca expuesta en su plenitud, que importa el conjunto de sus escritos, discursos y libros y la exhibición de sus actos de gobierno.

Vélez ha sido un estudioso, en toda la amplitud de la palabra; y aunque restringida su labor a la ciencia jurídica, no le fueron indiferentes los encantos de las letras clásicas y los atractivos irresistibles de la palabra hablada, hasta el punto que Sarmiento no le llama *un orador*, sino “el orador”. Era, según él, la oratoria misma, y la oratoria hecha de saber, de convicción y de ejemplo, las tres virtudes cardinales del divino arte de Demóstenes, “el león” de Esquines. Estudió para completar y perfeccionar su latín, toda la juventud y edad madura, en libros inmortales de Historia, Filosofía y Poesía, hasta traducir la *Eneida* y penetrar en las más sutiles intimidades del Derecho romano antiguo. Este mismo trato con los clásicos le dió, o mejor, le afinó su nativo aticismo, con el que fué terror de oradores noveles que le salían al paso en los debates de todas las asambleas.

Muchas cuestiones históricas, e histórico-filosóficas surgirán durante la lectura y contemplación de esta vida activa de medio siglo, cuyo orto se mide desde 1852 a 1869, en que vienen el ocaso y la noche. Pero se oculta dejando la bóveda sembrada de luces que si tardan en llegar hasta nosotros, no han de desaparecer nunca más del cielo de la ciencia, de la justicia y de la libertad. Esas luces serán sus libros que, por el cuidado de las dos universidades más antiguas de la Nación, serán puestos en breve al alcance de todos, y en primer lugar, de los más interesados en su posesión: los que enseñan y los que estudian.

Un nuevo y riquísimo caudal de información tendrán nuestras cátedras, y los jóvenes de hoy, y de mañana y de siempre, un inagotable ejemplo de saber, de virtud y de consagración al servicio de su patria.

XVI

LAS OBRAS DEL DOCTOR JUAN B. ALBERDI

LAS OBRAS DEL DOCTOR JUAN B. ALBERDI *

I

Era tiempo, y todos los hombres de algún juicio lo reclamaban, de realizar lo que el reputado editor señor Juan Roldán ha llevado a cabo con otros escritores de grande aliento entre nosotros, esto es, ofrecer una edición definitiva de las obras de Alberdi, clasificadas, depuradas y cuidadas de manera que resultasen, no sólo un homenaje digno del autor y del hombre público, sino una contribución al mejoramiento cualitativo de nuestro patrimonio intelectual.

No creemos inferir agravio alguno, pues no es tal el propósito de estas líneas, al consignar aquí la general aspiración de ver la vasta labor del célebre publicista reducida a sus verdaderas proporciones y a una ley de fino más alta y más neta; y aunque en la selección hecha en la presente edición no se ha ido acaso tan hondo como hubiera podido ser, no creo haber incurrido en el mismo error que trátase de reparar al haber dejado en la recopilación no pocos materiales que, con un criterio más estricto, acaso habrían desaparecido de esta edición.

Un hombre de la talla de Alberdi, cuya justa fama ha reflejado sobre su país un vivo resplandor de gloria, ha debido tener desde la primera compilación impresa de sus escritos, toda la atención, toda la prolijidad y la más rigurosa

* Introducción a la edición de las *Obras Selectas* del doctor Juan B. Alberdi, ordenada y revisada por Joaquín V. González. Librería "La Facultad", de Juan Roldán, Buenos Aires, 1920.

crítica en la elección de los que debían permanecer; y más aún, ha debido tener el cuidado material de la impresión para que la forma no dañase al fondo, y el vulgo y la opinión no creyeran en un espíritu destituído de toda serenidad o de la más sencilla y primitiva lógica. Porque si se reflexiona un instante sólo, sobre la accidentada y combatida existencia de Alberdi como polemista, como propagador de ideas y como político, y se echa una mirada de conjunto sobre su obra reunida, no dejará de comprenderse cómo respecto de ella, más que de la de cualquier otro, aquel trabajo de revisión, de eliminación y selección debiera considerarse indispensable.

Se necesita no haber pasado jamás en forma alguna por la situación de periodista ni tomado la menor parte en la vida pública, para no darse cuenta de cómo se va produciendo la labor literaria o literario-científica de hombres de aquella condición, de los que la República Argentina puede ofrecer tantos ejemplos. Desde los comienzos de nuestra vida independiente los hemos tenido, obligados a dar a luz entre los humazos de batallas improvisadas, y por eso inorgánicas, o entre las vicisitudes inenarrables de las persecuciones facciosas o personales durante esa era que, a veces, se nos antoja no concluída, de la organización de la Nación bajo un régimen de gobierno medianamente estable.

Cuando se tienen en cuenta estas circunstancias, la misión del compilador póstumo, de épocas más frías que las vividas por el autor, aparece como un trasunto de la posteridad misma; el criterio de aquél debe amoldarse al del historiador, no en el sentido de los textos clásicos, sino en el de la ciencia de la vida y de la evolución de las ideas y de las cosas, y colocarse en el tono medio, de manera de poder percibir y dar su valor real a los más confusos y desacordes sonidos, de debajo y de encima de la pauta, dentro de la cual se agitan, se combinan y se destruyen o neutralizan las pasiones desencadenadas durante la lucha activa. Y sólo así será posible después, cuando llega el momento de dar a la

obra intelectual de un hombre de aquellos su definitivo lugar en la biblioteca ideal de la posteridad, atribuirle su definitivo carácter, ley de unidad y armonía interior, y su valor representativo entre las fuerzas morales que labraron una civilización y una cultura.

Es natural que existen por centenares escritores que llevaron una vida pacífica, ordenada, normal y cuya labor nunca fué interrumpida por los golpes intempestivos o desazonantes de la violencia, el odio o la agresión exteriores, y tuvieron tiempo y calma para desarrollar su plan desde un cabo al otro sin faltar una línea; pero esos casos no pueden ser aún frecuentes en nuestra América del Sur, y los Sarmiento y los Alberdi sólo son los tipos representativos de la evolución político-social del Continente. Para convencerse de esta verdad, basta recordar por un momento la situación del doctor Vélez Sársfield ante la crítica, por el hecho de haber atravesado el período de la tiranía de Rosas en una quietud aparente que le permitió legar un patrimonio jurídico-político más uniforme, más homogéneo y erudito que el de sus contemporáneos.

Pienso yo como algunos de los míos, que las ediciones de obras como las de esos autores que vivieron aquellas vidas, deben ser depuradas de todo aquello que sólo fué circunstancial, originado por la pasión o la necesidad de un instante, y elaborado con el barro de la refriega, sin relación alguna ni con la continuidad de ideas del escritor ni con las exigencias permanentes o prospectivas de las causas públicas debatidas. Y luego las ediciones póstumas o las definitivas que los gobiernos, academias o sociedades culturales resuelven de sus grandes escritores, tienen ya otro fin que el de renovar los odios de los hechos pasados, y es el de convertirlas en fuente de educación futura y de construcción histórica e intelectual de las nuevas generaciones, tomadas en el sentido de su perpetuación en la vida del mundo. No se entra en el famoso templo de la inmortalidad sin cierta corrección del traje con que se arrostraron los penosos días de

la existencia terrena, o sin verse a las veces forzado a vestir la simple túnica blanca de los seres incorpóreos.

Y no es solamente en defensa de la integridad moral de las nuevas capas sociales incorporadas a la vida a través de la escuela, que tales escrutinios deben realizarse en su hora, sino en defensa de la nacionalidad misma; porque los émulo, los rivales o los enemigos de ésta, no hallan mejor argumento que esgrimir contra ella, que los *juicios* de sus propios escritores, no importa para el caso que éstos hubiesen dicho aquellas cosas con injusticia o con inexactitud, movidos sólo por pasiones de luchas incomprensibles las más veces, de lectores o críticos de épocas y de países lejanos. Ocurre esto con el propio Alberdi en la aun vibrante campaña bolivarista de un compacto y laborioso grupo de publicistas del Norte de Sudamérica, esparcidos también por la Europa occidental, el cual se ha propuesto resoplar las cenizas del ya fallado pleito que tiene su arranque en la entrevista de Guayaquil, y debajo de las cuales se siente el calor de una brasa nueva, y es la injustificada intención de apagar los resplandores de una gloria como la de San Martín, cada vez más alta cuanto más intensa va siendo la cultura de los medios vinculados en su acción histórica.

Pues bien, Alberdi, llevado del vértigo de su pasión y de la lógica de sus temas de polemista, aun sin enemigo visible al frente, llega hasta vulgarizar y comparar a San Martín con los caudillos vulgares del sable, y atribuirle intenciones y tendencias militaristas, siendo evidente, aun para él mismo y en vida de ambos, que si hubo militares *civiles* por excelencia en las guerras emancipadoras de América, esos no fueron más que dos: Jorge Wáshington y José de San Martín (1), sin que ningún hecho de la vida pública ni privada del segundo hubiera motivado una opinión semejante, a no ser las expresadas por algunos afiliados a la escuela de

(1) ELIHU ROOT, *The citizen's part in government*, págs. 72 y 73.

los chismes históricos o de las no menos estériles propagandas contemporáneas.

Conocidos como son los defectos de las dos ediciones de Alberdi publicadas con ayuda oficial, la de 1886, titulada *Obras completas*, en 8 volúmenes, y las *Póstumas* en 16 más, y en particular el abandono y desorden de esa segunda serie, sólo hay muy pocas opiniones, y entre éstas las de algunos escandalistas y otros partidarios *à outrance* del hombre como escritor político, en el sentido de mantener en su absoluta integridad el material incluido en las llamadas *Póstumas*. En cambio, abundan las de los que — entre ellos el autor de estas líneas — piensan que ha llegado el momento de hacer a Alberdi y a su vasta y valiosa labor escrita, el homenaje de una edición selectiva, en lo posible en nuestro medio, y esto teniendo en vista el mayor honor para el autor en todo tiempo, y prestigio reflejo sobre la tierra de su nacimiento. Y no es otro el pensamiento que ha presidido en la presente edición, cuyas eliminaciones por una parte, y su ordenación y clasificación por otra, recaen sobre la responsabilidad del autor de estas páginas, quien debe declarar, no obstante, que no ha suprimido todo lo que habría valido la pena de suprimir, por creerse en el deber de conciliar en algo con el sentir de una gran masa de argentinos, que juzgan del mérito del autor por la virulencia del ataque, como seguirían a un caudillo o jefe valiente por el solo hecho de serlo, sin averiguar mayormente el objetivo o fin de la expedición.

II

La extensión de la obra del doctor Alberdi, desarrollada en dos ediciones, la oficial de 1886 y las *Póstumas* de 1895, ha hecho que se pierda de vista el valor del conjunto, y se condense la atención en sólo algunas de las más celebradas, por su espíritu crítico, por su influencia institucional o docente, o por el sentido profético de sus doctrinas, juicios u

observaciones. Tal ocurre con sus *Cartas sobre la prensa*, *La peregrinación de Luz del día*, *las Bases*, y *Sistema económico y rentístico*, *El crimen de la guerra*, y algunas otras de mayor o menor resonancia, si bien poco leídas unas y otras. En estas páginas, en las cuales nosotros no nos proponemos hacer crítica, sino una exposición de los motivos y propósitos de la edición, no se hallará el debate que cada día más apasionadamente parece destinada a suscitar la obra alberdiana; pero sí es oportuno presentar una como vista sinóptica de su contenido. El lector puede abarcarla de un solo golpe, con recorrer la enunciación de sus títulos.

Se ha dividido todo el material bajo un doble criterio, en lo conciliable, el de materias y el cronológico, pero dando preferencia al primero. Así, los trabajos de naturaleza más literaria que jurídica, ocupan el primer grupo, bajo las denominaciones de *Páginas literarias*, *Memorias e impresiones y recuerdos de viaje*, *Biografías y autobiografía*; el segundo, lo constituye ese enorme capital de escritos sueltos de mayor o menor extensión y valor específico, en los cuales, durante una larga época de su vida examinó con criterio diverso de polemista, de político, de diplomático, de simple crítica, todos los asuntos contemporáneos, y que después habrían de constituir, como en la *Historia de Inglaterra*, de Macaulay, los materiales siempre palpitantes de las luchas del pasado. Estos se dividen claramente en dos secciones, de carácter interno la una, de naturaleza internacional la otra: son los volúmenes que hemos clasificado para la mejor guía del lector, *Discusión histórica y política* y *Diplomacia argentina y americana*. Así, el estudioso que deseara conocer o releer tal cual famoso opúsculo o estudio, abreviará su tarea por las indicaciones genéricas de los tomos respectivos.

La segunda gran división contiene, — con excepción del volumen de *Escritos jurídicos*, — lo que puede llamarse la producción orgánica y concluída del fecundo autor, aquella en la cual hizo labor coherente y propiamente científica, de-

terminada ya por la unidad preestablecida de las materias, ya por la concurrencia directa de los temas a un solo o determinado fin político o económico. Casi creemos innecesario enunciarlos aquí, de tan conocidos; pero diremos que ellos contienen el libro de las *Bases* y los estudios anteriores o posteriores correlativos, y que, naturalmente, en una edición definitiva deben incorporarse a su masa principal. Así, el volumen VII comprende como materia fundamental las *Bases*, y como adherencias histórico-jurídicas los estudios concordantes que analizan los sucesos relacionados con la política de la reconstrucción de la Nación, el Acuerdo de San Nicolás, los *Estudios sobre la Constitución de 1853*, las *Reformas de 1860* y otros; esto es, toda la discusión y colaboración que concurre a ese gran hecho político de la definitiva organización constitucional de la República.

Por el mismo método debía agruparse el material del volumen VIII, titulado *Derecho público provincial argentino*, el cual contiene como centro el libro así titulado por el autor, con su proyecto experimental de Constitución para la provincia de Mendoza, que ha dado base a la asignatura hoy adoptada en todas las universidades argentinas, y como materias concurrentes y afines, los estudios sobre la política separatista de Buenos Aires, desde 1852 a 1862, y los análisis dedicados al proyecto y texto de la Constitución del Estado de Buenos Aires, de 1854, así como a los instrumentos convencionales que condujeron a la "unión y consolidación" de 1862. A este núcleo debía seguir por razón de estricta lógica jurídica e histórica, el libro tan discutido en su tiempo, *La República Argentina consolidada en 1880*, tomo IX de esta edición, que marca el último período de la evolución orgánica de la Nación, pues él resuelve el único problema dejado sin ajuste en las crisis antecedentes, — el de la designación de la ciudad de Buenos Aires, como capital constitucional de la República, — la cual costó como en 1852 y como en 1859, otra sangrienta colisión entre las fuerzas de la Nación, y las de la provincia de Buenos Aires, llegada por fin, a su

vez, a su final etapa orgánica, con la cesión de Buenos Aires y fundación de su nueva Capital, la ciudad de La Plata.

La materia política en la obra fundamental del doctor Alberdi, se completa con uno de los libros de más vastas proporciones que se hayan concebido sobre el Gobierno, aplicado a sociedades o pueblos nuevos, como los de América: su título es de los más comprensivos, empleados por el autor: *Del Gobierno en Sud América según las miras de su revolución fundamental*, y que tomamos íntegramente del tomo IV de las *Póstumas*, tal como lo dió su editor. Salía de los propósitos de la presente edición una revisión minuciosa que habría exigido algunos años, a ser practicada en todos los volúmenes; pero debe advertirse que muchos de los trabajos sueltos eliminados de otros volúmenes de las *Póstumas*, se hallan comprendidos en éste, por aquella circunstancia expresada por el autor mismo, de no ser éste un libro definitivo, sino una sistematización de muchas de sus ideas dispersas y enunciación de otras nuevas, según que iban apareciendo durante sus meditaciones y lecturas, al parecer no muy ordenadas, durante sus largos ostracismos.

En suma, para el autor de estas líneas, éste como algunos otros libros del doctor Alberdi, como las series denominadas en las *Póstumas*, "América" y "Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud América", pueden ser considerados como un vasto *idearium*, en el cual, como las corrientes o avenidas de un gran río, van afluyendo a la mente del autor durante sus meditaciones sin límites prefijados, y de cuyo caudal inexhausto todos los investigadores de ideas irán a buscar observaciones, datos, guías, antecedentes, para sus construcciones futuras. Puede agregarse que ellos contienen más que los libros de Tocqueville y Laboulaye, y últimamente, de Noailles, Bryce y otros, porque el pensador argentino ve y juzga las cosas con un criterio más inmediato del punto de vista americano, y más general en cuanto a los alcances de la crítica. Con todo, sería difícil encontrar un libro en que se contuviese mayor y más libre caudal de ob-

servación humana, y más amplia libertad de criterio, como si se lanzase la idea, suelta de toda traba, tal un potro en la inmensa llanura, a correr y vagar a su capricho.

Aquellos espíritus limitados que viven sujetos a todas las comodidades del riel o del *trolley* de dogmas o postulados tenidos por inmovibles, se alarman ante lo que se llama *cambio de opinión*, sin distinguir ni comprender la infinita variedad de las fases que al pensamiento presentan las cosas en el campo de la meditación sin fronteras ni puntos cardinales, ni dimensiones consagradas. “No niego, — dice el mismo autor, — que muchas de las ideas de este libro están en oposición con las que he tenido antes de ahora sobre los mismos objetos. Puede ser que en los actuales esté yo equivocado, y no en los pasados. Pero dudo que se aleje de la verdad a medida que más estudia, que más vive, que más observa, que más experimenta, y que menos interés personal tiene en las reformas. De lo que respondo al lector, es que todo el interés del cambio reside en el interés exclusivo de la verdad”.

Si fuera a aquilatarse la obra de un escritor cuyo ciclo de vida se marca por una íntima correlación entre la idea y la acción, por las contradicciones literales y aun fundamentales entre los juicios de una época con los de otra posterior, desconoceríamos las leyes de la vida misma, y no acertaríamos jamás con el camino de la verdad, la cual se parece a un hito colocado en terreno movedizo, y por tanto, siempre se lo hallaría, en cierta medida, más allá o más acá del punto en el cual fuera enclavado. Y nada hay más digno de observar que las contradicciones de Alberdi, de ese género, y la sutileza con que las explica y la claridad con que las concilia en el tiempo y en la diferenciación específica de las ideas y de los hechos de referencia; pero también nada hay de más admirable que la profunda permanencia de ciertos principios y conceptos suyos sobre las leyes generales del gobierno humano. “La política que sirve para nacer y crecer, — dice por ahí, — no es la misma que sirve para con-

servar su existencia: es Montesquieu quien lo demuestra con el espectáculo de Roma, creciendo al favor de ciertas máximas, y sucumbiendo por no haber sabido cambiarlas por las que exigía la conservación de lo adquirido”.

El fondo más esencial de este libro está en el estudio de la forma de Gobierno que más conviene a las sociedades americanas de origen español, surgidas del movimiento emancipador de 1810; es decir, “según las miras de la revolución política”. Plantea la cuestión más escabrosa de las que perturban el pensar y sentir del vulgo en orden a estas materias: ¿Se puede pensar, sin incurrir en traición a los manes revolucionarios, en la posibilidad de hallar formas de Gobierno mejores que la República, tal como ha sido adoptada por todas las naciones de Sudamérica? Si la disposición de espíritu para contestar esta pregunta era difícil durante el ciclo de la guerra y aparejada a todo género de desconfianzas, preciso es admitir una tolerancia mayor con el pobre pensamiento humano cuando ya los entusiasmos e intransigencias de la época bélica están lejanos. No creemos que se llamase traidor a la causa de la Independencia a uno que plantease el problema que se abocaron ya los directores de la guerra, San Martín, Belgrano, Pueyrredón y tantos otros fuera de nuestro país, ni que se asombrase ni escandalizase al oír a un profesor desde su cátedra exponer como duda el postulado que San Martín afirmaba en su carta a don Vicente López y Planes, de que el mal anárquico argentino de 1820 adelante, debía verse, no en los hombres, sino en las instituciones.

Y bien; Alberdi puede decir esta vez, con verdad, que en esta campaña — la del libro que comentamos, — trabaja con los muertos, y que sus compañeros de armas son Bolívar, Belgrano, San Martín, Sucre, “porque no hago sino asimilarme sus ideas, cumplir su pensamiento, obedecer sus órdenes”, y así en el § XI de su capítulo II comienza diciendo que “en nuestras Repúblicas de Sud América las *instituciones* son las malas, no las *gentes*; a las instituciones pertenecen

los vicios que atribuimos a los que mandan y a los que obedecen. Con otras instituciones no habría caudillos, ni tiranos, ni demagogos, ni esclavos. Todas estas entidades son frutos de la República, tal cual hoy se halla organizada en Sud América." En suma, trátase de un libro de alta ideación sobre los principios naturales y permanentes, digamos sociológicos, que deben regir el gobierno de las distintas comunidades humanas, tomada la sociedad sudamericana como ejemplo experimental. Acaso la mejor comparación —ya que esto parece indispensable en achaques de crítica,— entre esta obra de nuestro compatriota con otros célebres escritores extranjeros, sea la del autor del *Espíritu de las leyes*, si bien nos inclinaríamos a colocarlo entre los más modernos sociólogos, como el mismo Spencer, con quien un jurisconsulto inglés, Mr. Th. Baty, lo asimila con ventaja en su prólogo al *Crimen de la guerra*.

Dentro del plan integral de la organización política de su país y de los demás de la América latina, la idea económica ocupa un plano como de cimiento de toda la fábrica institucional. Basta para comprender su pensamiento el postulado que Baty toma del *Crimen de la guerra*: "Una Nación que se propone vivir por la guerra, y no por la industria, está en el camino de su ruina". El libro titulado *Estudios económicos*, que se reproduce aquí según el texto del tomo I de las *Póstumas*, es un estudio general de las condiciones económico-financieras de los gobiernos salidos de la Revolución de Mayo, y en particular de las crisis a que se hallan sujetos por causa de los conflictos entre su pasado y sus hábitos y las exigencias de la moderna vida civilizada del mundo al cual se incorporaron: contiene los principios permanentes derivados de su naturaleza, su carácter, sus instituciones, su educación y los consejos extraídos de las mismas fuentes originarias y experimentales. "Todo el arte de enriquecer a Sud América consiste en poner su suelo a la disposición de un pueblo rico en la inteligencia y costumbre del trabajo, en los hábitos del ahorro y del orden...

La gran función de un Gobierno serio a este respecto consistiría en dar con un sistema por el cual se deje al pueblo, el capital y el trabajo europeos, hagan producir al suelo de Sud América toda la riqueza de que es capaz, no en perjuicio, sino en provecho de su independencia". No ha de obtenerse este resultado por simples decretos ni por copias de leyes o sistemas para que obren por la sola virtud de su letra, sino preparando por la Educación el espíritu de la sociedad soberana que habita y posee su propio territorio. "La tierra no tiene allí (en Estados Unidos) esa virtud y fuerzas de poblar, sino porque el terreno moral e inteligente de la sociedad que lo ocupa está fecundado y enriquecido con el trabajo de un pueblo inteligente y con las garantías de un gobierno libre". Luego el concepto económico de Alberdi no es el del simple enriquecimiento material y egoísta dirigido al goce y a la dominación por el dinero, sino el de una fortaleza formada de un poder físico y de una virtud psíquica tan íntimamente compenetrados, que realicen el ideal ético más alto de la potencia nacional.

Dentro de estas normas generales traza su plan complementario de las *Bases de la Constitución en el Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, y su apéndice, comprendido en la edición oficial de 1886, al cual hemos agregado un estudio sobre el Banco de la Provincia, que figura en el tomo XI de las *Póstumas*, el cual, aunque escrito en el lenguaje de sus más agrias polémicas sobre la política separatista de Buenos Aires, constituye un capítulo de interés indudable para el lector estudioso de hoy día, pues, ya podrá apartar la cizaña del buen grano y aportar útiles elementos de juicio para apreciar el verdadero valor económico de la gran fundación organizada por Vélez Sársfield. Con estos dos volúmenes se abarca todo el *Sistema económico y rentístico* de todo gobierno que se cree y organice en América, dentro de la vasta herencia geográfica de España, sin que esto signifique desconocer la influencia permanente y progresiva de la ciencia econó-

mica europea y americana, sino como una fuente inagotable de observaciones y datos para el hombre de Gobierno que se preocupe de fundar ese equilibrio imprescindible entre la constitución de la economía o del trabajo y la producción nacionales, con las formas políticas, destinadas, en suma, a hacer surgir, desarrollar y garantizar la libre y ordenada expansión de los primeros. Y en cuanto atañe al estudio y comentario de la Constitución desde el punto de vista económico y financiero propio de la modalidad americana y argentina, los dos libros contenidos en los volúmenes XI y XII de esta edición serán en todo tiempo la fuente de consulta más rica y auténtica a que pueda acudir, en cuanto al espíritu de las instituciones en que haya de modelarse su legislación y su jurisprudencia.

Para quien juzgue de las obras de un escritor de filosofía política con espíritu de ciencia y no de secta o regionalismo, esto es, con criterio universal y humano, la obra del doctor Alberdi titulada *El crimen de la guerra* tendrá que ser colocada en la categoría de esos libros liminares que marcan etapas en la evolución del espíritu de las instituciones. Inspirado en ideales de esa magnitud, sin miramientos a Partidos o tendencias internos ni a intereses de pueblos determinados, debería ser clasificado y juzgado entre los que han concurrido a hacer progresar el Derecho internacional en sus ideales más altos y más puros. Aunque no puedan sus principios fundamentales ser considerados como novedades o invenciones de nuestro autor, nadie que lo estudiara con desapasionada atención podría desconocer su valor como precursor o impulsor de las más avanzadas doctrinas a que la idea de la sociedad de naciones ha dado lugar, desde la abstracta y poco eficaz *Comitas gentium* de los romanos hasta la novísima Liga de las Naciones de la enunciación wilsoniana. En todo tiempo los más grandes filósofos de la política han expresado su ideal de una organización mundial de las naciones fundada en la asociación, en la igualdad y en la justicia, como único medio de resolver las dificultades y con-

flictos de hecho y de derecho entre los miembros de la gran comunidad de los Estados. ¿A qué consignar aquí las tentativas de los irenistas de Emeric Crucé, que refiere y estudia Ernest Nys, ni los proyectos de Enrique IV, Saint Pierre, los planes de Kant, Bentham y Gregoire, relatados y apoyados por todos los tratadistas, entre ellos el mismo Grotius, si son el pan cotidiano de los estudiantes de Derecho internacional y Diplomacia? Durante el último siglo esa utopía famosa fué reemplazada por la institución del arbitraje, el cual ha ido llegando a líneas tan generales y con su carácter amplio y obligatorio, que se consideró hasta 1912 como la base de una inminente constitución jurídica de la gran sociedad de naciones. El propósito era evitar los casos de guerra, o dificultarlos de tal manera que la solución violenta sólo pudiera adoptarse como una excepción especialísima.

Y bien; mucho antes que el arbitraje llegase a pretender los honores de una carta constitutiva de la vasta comunidad de los Estados, pues que el desarrollo de ese principio comienza casi en el año en que fuera escrito *El crimen de la guerra*, ya Alberdi había escrito su libro, el cual, a haberlo sido en idioma y país más difundidos, habría alcanzado, sin duda, una universal celebridad y autoridad. Porque es necesario leer con atención y precisión jurídicas las catorce o veintisiete proposiciones del presidente Wilson, para darse cuenta de cómo el pensador argentino ha concebido y expuesto su sistema jurídico, como un verdadero y orgánico sistema de gobierno de la gran sociedad de naciones. Sobre la base del concepto de la guerra como un crimen ante la conciencia, la moral y la ley de la humanidad civilizada, se desprende una serie armónica de instituciones, modeladas en la forma de una República representativa y federativa, con sus Poderes propios, encargados de formar la conciencia de la paz en la justicia y en la fraternidad de los pueblos, de dictar o reconocer la ley internacional y humana de civilización y cultura, de encauzar las corrientes económicas y sociales que forman la comunidad efectiva de esa república

universal, crean y hacen funcionar los tribunales de justicia que juzgan y aplican la ley internacional y la fuerza común encargada de darle cumplimiento.

Si Mr. Baty, antes de publicar su precioso libro *International law*, hubiese conocido *El crimen de la guerra*, de Alberdi, habría avanzado un poco más en sus proyecciones de la idea del arbitraje y de la constitución de la sociedad de naciones sobre bases más jurídicas e integrales. No obstante, su simpatía con nuestro Alberdi estaba latente en su espíritu, y debía manifestarse apenas cayese bajo sus ojos el libro conductor de la corriente sintónica. Esta les puso en contacto, y nació su idea de la versión y anotación de *El crimen de la guerra*, con observaciones que le dan un doble valor y autoridad en el mundo de la ciencia internacional. La presente edición traslada del texto inglés al castellano todas las notas —salvo algunas inútiles para el lector argentino— con que el reputado internacionalista ha enriquecido el original; y ha agrupado en torno del libro, otros estudios y reflexiones del doctor Alberdi sobre la guerra, que dan al volumen una unidad general de doctrina; y todas extraídas de los 24 volúmenes en que se hallan dispersas todas sus obras.

III

Y bien; después de esta rápida revisión de sus libros más completos y mejores, nos queda todavía el deber de decir algo sobre el resto de las obras que entran a formar parte de esta recopilación. ¿Extrañará el lector la supresión de toda la producción literaria juvenil publicada en diarios y periódicos de la época y que ocupan el primer tomo de las *Obras completas*? Creemos que si considera el carácter de esta edición que no aspira a ese arriesgado título, sino al otro modesto de *Obras del doctor Juan B. Alberdi*, nos hallará razón al haber eliminado a título de selección todo aquello que por su escaso o ningún valor intrínseco, o por

ser obra exclusiva de la circunstancia o de un *modus vivendi* honesto y sencillo para un joven principiante, sólo aumentan el contenido cuantitativo y obstruyen el fácil y cómodo camino que el lector debe hacer a través del campo de la labor conjunta. Esto no impide, como se verá en la edición, volumen I, que figuren en ella todos aquellos escritos que tienen su significado histórico más o menos valioso en nuestra evolución intelectual, como los relacionados con la Asociación de Mayo y el Dogma Socialista, y los que, como *La Revolución de Mayo*, *El gigante Amapolas*, *Tobías*, *El Edén* y *Peregrinación de Luz del día*, han señalado una cualidad concreta del pensamiento literario del autor, han demostrado una viva penetración crítica o humorística, o han merecido de reputados autores de Historia o crítica literaria argentina, como Estrada, García Merou y Rojas, los honores de un análisis o la franca expresión de un elogio, como el del primero, cuya austera conciencia de pensador político y de filósofo historiador, le dan su alto relieve, cuando dice a propósito de *Luz del día*, tras de la cual “hay no sólo un artista: hay un pensador. Hay también un carácter. Su pensamiento íntimo, tan adusto y mortificante como sea, estalla en palabras vibrantes que no lo atenúan sino en cuanto la cultura y el arte del estilo modifican las explosiones de franqueza del que ha quemado las naves. Así, este libro es, a la vez, hecho profundo y animoso”. Martín García Merou, hablando de *Tobías, o la Cárcel a la vela*, lo considera “uno de los más interesantes escritos de Alberdi, una de esas obras de amena y plácida lectura, uno de esos libros de *coin de feu*, de que habla De Maistre”; y “al recorrer esas páginas en que la extrema sencillez alterna con la extrema elegancia, dos nombres ocurren a la memoria, los de Sterne y De Maistre”; y en suma, generaliza su juicio diciendo hallarnos “en presencia de un verdadero humorista, que se nos revela con caracteres de un mérito excepcional”.

Tanto estos trabajos como los otros, de más aparente que real incoherencia, de los tres primeros volúmenes, si no

ofrecen todos un modelo de buena literatura, como otros pueblos tienen la dicha de poder legar a sus descendientes o a otros distintos, serán siempre una excelente muestra de un ingenio que en su juventud se orientó hacia los mejores rumbos accesibles, y de la influencia permanente que ejercieron para formar y transformar el patrimonio espiritual heredado, los escritores de otros países, que sólo después de pasado el ciclo revolucionario y entrados en plena era expansiva, pudieron nuestros antepasados conocer y frecuentar. Habría hambre y sed de estas comunicaciones e intimidades con el alma de otras razas y culturas, y es indudable que, fuera del influjo directo de España, por la lengua, Francia e Italia e Inglaterra por segundas manos, han sido las que más contribuyeron a aquella educación de nuestros escritores literarios, desde la era rivadaviana, así en el romance, en la literatura confidencial o emocional, y en la poesía, como en la oratoria religiosa y profana, y en la Política y la Historia. Y es evidente que entre todos, si se exceptúa Sarmiento, son escasos los que hayan manifestado mayor impulso y vuelo intelectual, imaginativo o filosófico, y más conocimiento de guías extrañas que Alberdi. Porque Echeverría y Juan María Gutiérrez limitaron sus meditaciones y trabajos al campo de la poesía o de la crítica e historia literarias; y sea cualquiera la razón, no recorrieron tanto territorio o espacio como sus compatriotas Sarmiento y Alberdi, que legan un acervo intelectual cuantitativo difícil de superar sino por muy contados y excepcionales productores extranjeros.

Al menos en el sentir del autor de estas líneas, las relaciones autobiográficas o memorias íntimas, las cartas confidenciales y las impresiones de viaje sobre la naturaleza, o las obras de la civilización, y sobre las costumbres y hombres de otros pueblos, son las más atractivas formas del pensamiento escrito, sin duda por lo directo y personal, y por lo tanto, humano y sincero que se muestra el espíritu del autor, y por aquello de que no hay drama ni romance, ni

poema más interesante al hombre que el hombre mismo. Y Alberdi, como Sarmiento, se han visto atraídos por el género, si bien no hayan alcanzado la altura y valor específicos de otros posteriores en nuestro mismo país. Y así, aunque en la *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, de 1837, se limitó a tan breve programa, es indudable que el autor tuvo otro propósito, más amplio y más personal, como lo hace suponer el prólogo, en el cual tiene confidencias sentimentales, al par de inocentes, como el pensar que Tucumán tiene enemigos, sin duda para disculpar el que él no pintase sino sus bellezas. “Se me objetará también, dice, que yo no veo en Tucumán más que hermosuras. Contestaré que yo no he querido ver otra cosa... Los que piensen que este escrito no es más que un trozo de imaginación que me ha hecho producir el deseo de aplausos, tienen que corregir su juicio. Es demasíadamente hermoso Tucumán para que necesite del auxilio de mi triste ingenio. No es el amor a la gloria, sino el amor a la patria, el padre de esta publicación, porque mi objeto es extender el nombre de Tucumán y no el mío”. ¡Qué dolor el no haberse detenido más sobre tan bello tema, es decir, no haber tenido más años, más serena vida, y entonces, más abierto horizonte mental y caudal literario! Porque hay momentos de inspiración intensa y pura, y la más anecdótica que habría sido un encanto explayarla, como lo hace gustar y desear este episodio, que evoca el recuerdo de los viejos historiadores griegos:

“Presenciaba el general Belgrano el ejercicio de tiro de cañón, y reparó que un foso de una vara de hondura, abierto al pie del blanco, estaba lleno de muchachos reunidos para recoger las balas. Viendo que aquellos insensatos, lejos de esconderse a la señal de fuego, esperaban la bala con un desprecio espantoso, el general, incomodado y asombrado, llamó a un edecán y le dijo: “Vaya usted y arrójeme a palos a esos héroes; que se dignen por piedad, a lo menos, hacer caso de las balas”.

En sus páginas de viaje, a no mencionar como tales las

meditaciones del *Edén* y del *Tobías*, contemplativas las primeras y críticas las segundas, las relativas a Génova y a Londres, más atención presta el autor, ya hondamente entrado en años y en experiencias de la vida, al elemento autobiográfico y político, lo que, si por una parte da valor histórico a ciertos pasajes, su ligereza y vaguedad de toques y trazos, les quita ese interés íntimo, poético o pictórico, propio del género que en Chateaubriand y Lamartine llega a la pura emoción, y en otros, como Stendhal y Sterne, a la más aguda y fina espiritualidad. Aquí Lucio López y Eduardo Wilde aparecen como reflejos vivos de aquellos claros modelos.

Más intensa, y ya trascendental, como casi toda su obra, es su labor biográfica, que tendría sus más acabadas expresiones en las vidas del general Bulnes, de Wheelwright, y de don Juan María Gutiérrez; pues, si bien colocamos bajo la misma clasificación de *Biográficas* y *Autobiográficas*, del tomo III, las páginas dedicadas al general San Martín, a Washington y Belgrano, y a su propia vida, aquellas dos, la segunda y tercera nombradas, solamente, alcanzan a los caracteres completos de vidas o biografías. Una idea directriz, o un *leit motiv* bien perceptible dominan en una y otra: en Wheelwright, el empresario extranjero de raza fuerte y culta, soñado por el escritor de las *Bases* y de la propaganda político-económica de la población, los caminos de hierro y la industria moderna; y en Gutiérrez, ungido todo el escrito por el fuego de una amistad del alma, admirativa y consagrante de un gran espíritu, se ve el símbolo del hombre público argentino por él deseado, culto, laborioso, probo y amante de las instituciones libres de la patria y del mundo. Exagerado o no el retrato, como un agudo crítico lo da a entender, presta valor intenso a este escrito la altura y persistencia de los sentimientos generadores, dos sentimientos por sí solos capaces de salvar una vida y acrisolar un alma: la amistad y la admiración. Y luego, Gutiérrez, visto en la acción gubernativa, en la tarea legislativa o constituyente, en la labor de alta docencia o en la investigación histórico-crí-

tica de nuestro pasado nacional o intelectual, obliga a detener el paso, y sin mirar modelos comparativos extraños, mayores o menores, nos aparece digno de la vibrante pasión que en su biografía pone Alberdi, como puso para otros su odio o su censura.

Por lo que respecta a su autobiografía, si se exceptúan las pocas y sencillas páginas del tomo XV de las *Póstumas*, limitadas en su primera parte a la vida de joven estudiante y aspirante, y en su segunda a la participación que tuvo en los sucesos de 1839 y 1840, casi todos los soliloquios contenidos en los volúmenes desordenados y a veces *inordenables* de las *Póstumas*, son, en resumen, y en el fondo de todas las meditaciones, una continua alusión a sí mismo, ya a los motivos de sus escritos, ya a la justificación y explicación de su conducta, en sucesos que le valieron la censura o las acusaciones de sus adversarios. Pero aquellos en los cuales a designio hace autobiografía, como todos los de su género en hombres de su valer, tienen interés y movimiento. Habría valido la pena de detenerse a trazar un cuadro más completo de su propia vida o acción durante acontecimientos de tanta importancia para nuestra Historia interior. Entre tanto, ya que no es posible reproducir *in extenso* todos los volúmenes de las *Póstumas*, quedarán ahí a manera de archivo para que los investigadores de mañana, atraídos por el asunto de esta agitada y combatida existencia, vayan a aumentar el caudal de datos con que habrán de tejerla. Así, también faltan los elementos suficientes para formar un epistolario completo de Alberdi, una de las publicaciones futuras que mayor interés deberán despertar; porque si bien en las *Póstumas* se insertan algunas cartas dirigidas al general Lavallè y a otros personajes, se sabe que hay archivos privados donde existe abundante correspondencia mantenida por nuestro autor desde Europa o dentro del país, durante diversas épocas.

Con estos materiales, con los relatos ya conocidos y con un poco más de tiempo caído sobre su memoria a manera de

estrato aislador del ambiente de odios y contradicciones suscitados por su pluma implacable de polemista o censor público, habrá de escribirse la futura vida y juicio de Alberdi y sus obras, estudiados en relación con los hechos más palpitantes de nuestra Historia constitucional, de nuestras querellas intestinas y de no poca parte de nuestra política externa dentro y fuera del Continente.

Hoy nadie puede emprender esa tarea sin exponerse a caer en los defectos de mil espejismos y extravíos, procedentes de la pasión de ambos lados de la contienda de los bandos: o los enemigos de Alberdi o los panegiristas de Alberdi, ambos extremistas, obcecados, excitados todavía por el calor de un combate que tarda en cesar para dar lugar al raciocinio sereno y buen consejero. Entre nosotros todavía no se puede hacer crítica sin el riesgo de caer en uno de los campos adversos en toda discusión sobre sucesos o personajes de actuación prominente; y esto se debe, sin duda, a dos causas principales: al temperamento estimulado por una deficiente y errada educación del juicio público, y a la supervivencia y actuación no sólo de muchos individuos que fueron actores o testigos de los acontecimientos referidos, sino de la primera y segunda generación derivada de aquellos cercanos troncos ancestrales. ¿Qué es un siglo en la vida de una nación? Y si esta vida, en relación con los personajes más combatidos aludidos en estos escritos, aun no ha llegado a la mitad del siglo, ¿cómo es posible pretender desprenderse de la atmósfera cálida o saturada con las pasiones de las luchas en que aquéllos se vieron envueltos? Por eso sobre Alberdi tenemos o impugnadores o panegiristas sin término medio, y por eso si un crítico extranjero, colocado en el justo equilibrio, lo estudia con espíritu de censura de lo que haya en él de censurable, se dirá que hay prejuicio antiargentino o contaminación con los odios del bando adverso; y si, por el contrario, se inclina a la admiración y al elogio, se dirá que es obra de parientes, o de tendencias contrarias al círculo enemigo. Esta es la razón por la cual el

autor de estas líneas, al hablar y recomendar a los jóvenes la lectura de las obras polémicas de Alberdi, les ha advertido siempre del peligro y en esta edición ha aconsejado eliminar mucho de aquello que sólo el crisol del tiempo, como definidor supremo, vendrá a colocar en su verdadero y justo quicio.

Porque una de las observaciones imposibles de omitir, desde luego, sobre el conjunto de la obra alberdiana, es la de sus desigualdades, incoherencias, contradicciones, repeticiones de los mismos temas hasta el exceso, como de persona que divaga y recorre muchas veces el mismo camino, unas veces deteniéndose con honda y profética meditación sobre casos de alto valor social, político o económico; otras, como persona cansada, volviendo olvidado a los mismos motivos ya tratados, sin agregar mayor novedad a lo ya dicho. Entre aquéllas, existen algunas que le darían el lugar de un verdadero y genial precursor, o de un profundo sociólogo, o de un iluminado ordenador de todo un Continente. Sus vistas, expuestas en su disertación de 1844 sobre el Congreso americano, correlacionada con los estudios sobre reconstrucción geográfica de la América del Sud, y sobre límites territoriales, lo acercan a los hombres que crearon y ensancharon la política panamericana de Estados Unidos desde la iniciativa de Blaine de 1881; pues, sin pretender insinuar la posibilidad de una reproducción de las ideas de Alberdi de 1844, no se puede dejar de notar la coincidencia de los puntos capitales del programa panamericanista de 1889 adelante, con el trazado en aquel memorable documento, que contiene un vasto plan de acción constructiva y civilizadora en nuestro Continente, y cuyos principales tópicos son los que alimentan las discusiones, no siempre eficaces, de los sucesivos Congresos panamericanos hasta el de 1910, de Buenos Aires. Su ideal permanente es la creación de un estado de paz general en América, que le permita dedicarse a la actividad moral y material de su cultura y civilización, y así preconiza no sólo una política de reconstrucción más equitativa de

los territorios de las naciones, aquí formados, sino crear entre ellos los vínculos permanentes del comercio y la producción, y asentar sobre bases de justicia la ordenación de sus relaciones internacionales. Y extendiendo su raciocinio a la Europa y al mundo, llega al tema favorito en *El crimen de la guerra*, en una de sus meditaciones de 1872, bajo el tópico de la sociedad de naciones, ya definida en aquel libro digno de admiración, y acentuada en esta nota: "Esa sociedad internacional, existe ya formada instintivamente como la de cada Estado, y ejerce su autoridad moral universal en el hecho de dirigirse a ella en solicitud de su sanción y justificación todo Estado que declara la guerra a otro Estado. *Hay una opinión pública de las Naciones, como hay una opinión pública de cada Estado. Esa opinión es una ley, una autoridad, una magistratura.* La guerra universal o pública, es decir, de la Sociedad de todas las Naciones contra una sola Nación culpable, se haría local en el sentido que toda su acción vendría a tener por objeto pasivo a un solo Estado, hecho responsable de un ataque o reclamo injusto por la opinión pública de las Naciones".

Cuando se releen las proposiciones del presidente Wilson y los artículos correlativos del Tratado de paz de Versalles, de 28 de junio de 1919, se ve hasta qué punto se ha anticipado, y aun más allá todavía, al plan del famoso documento que ha echado las bases de la liga de naciones. Si nuestro país hubiera podido tener una voz, un asiento, un eco en el Congreso de la paz de 1919, y ese representante hubiese dispuesto de suficiente información sobre nuestra literatura política, no haya duda que la Sociedad o Liga de naciones tan tímidamente diseñada en el Tratado de paz, habría alcanzado a una completa integral organización, sin más trabajo que reducir a unos pocos artículos la doctrina de *El crimen de la guerra*, en el cual se hallan contenidas todas las que darán más tarde las bases para la constitución completa de esa especie de Estado Universal, que ya no es una utopía, ni un ensueño filosófico, ni un propósito descabe-

llado, sino un hecho concluído en el concepto de la humanidad civilizada, al que sólo le falta un instante de concordanza, de buen sentido, de inspiración cordial por los intereses colectivos para ser una realidad política. Y este momento no está lejos, y no creemos que se necesite otra guerra como la de 1914-18 para llevarla a término. En el tantas veces citado libro de Alberdi, se hallan resueltas las cuestiones jurídicas esenciales a esa fundación: definición del Derecho penal internacional, de la jurisdicción, de la justicia, de la potestad ejecutiva, de la sanción fiscal de la opinión o voluntad del gran pueblo-mundo. En el tratado de Versalles se da un paso más hacia la organización de esa vasta entidad mundial; en *El crimen de la guerra*, se halla concluído y de pie, el gran boceto de la obra a la cual habrá de llegarse un día, ya no muy lejano, para bien de la humanidad y justo regocijo de nuestra patria, que por el pensamiento de uno de sus hijos más esclarecidos habría contribuído a darle su estatuto constitucional escrito. Así, Alberdi, que con sus *Bases* y otros escritos concurrentes contribuyó a la definitiva organización de la Nación Argentina, por este otro libro habrá de ser el precursor más concreto de la organización jurídica de la Paz del mundo.

IV

Se ha dicho por todos los biógrafos y críticos del doctor Alberdi, la suma de razones que le mantuvieron alejado de su país, y de la acción directa en los sucesos políticos de su Historia: él mismo relata por qué emigró la primera vez, negándose a suscribir una formalidad humillante impuesta por la tiranía, —“Mi vida privada”, en *Póstumas*, tomo XV, página 293.— En Montevideo y en Chile combate la monstruosa obra de Rosas, con el pensamiento y con la acción al lado de todos los patriotas, y escribe el libro que le ha dado más fama como organizador constitucional de la Nación, y consciente de una patria unida, íntegra por la unión de to-

das sus entidades provinciales, apenas iniciados los sucesos de 1852, que se definen por la segregación de Buenos Aires, comienza para él ese período acaso más amargo de su vida, el del exilio voluntario, por no poder desde su país y dentro de su país, dar a su espíritu y a su acción el libre vuelo de sus potentes alas. El triunfo de sus adversarios en las grandes polémicas de la organización, llevadas al grado más rojo de la incandescencia, encendidos hasta desprender del fondo de las conciencias las más recónditas y feroces pasiones, en particular con respecto a Sarmiento, le llevó de nuevo al extranjero, antes por colaborar en la diplomacia de la Confederación en Europa, y después de 1862, por el predominio continuado en la política argentina de sus dos contendores más poderosos: Mitre y Sarmiento.

Es esta la época más agria y, si se quiere, la más fecunda y vigorosa de su acción de publicista político. Siempre en seguimiento de su ideal de integridad nacional, de autodeterminación en su política interna y externa, concebida a su manera, y de formación democrática al modo de los grandes ejemplos angloamericanos y de otras altas culturas, dió en esa lucha de ideas el máximo de su potencia productiva intelectual y de su pasión, y cediendo muchas veces al influjo irresistible de su pasión y su temperamento combativo, no es extraño que hubiera saltado las barreras de la ecuanimidad, de la contención y del equilibrio, para subordinarlo todo, a veces las más extrañas ideaciones, al tema personal y a la táctica defensiva u ofensiva de la lucha empeñada. Con golpes de maza formidables, con crujidos de látigo, con chisporroteo de incendios, o rugidos de fiera acorralada, muchas veces el público espectador grita desde las galerías: —“¡basta, basta!”—pero los luchadores se levantan de nuevo, y la escena se transfiere para otro día y sitio, siempre con la misma trágica emoción.

De ese fecundo período proviene la más vibrante porción de su obra; la polémica, escrita en libros, folletos y artículos sobre todos los asuntos más prominentes de la polí-

tica gubernativa, y de allí las célebres *Cartas sobre la prensa*, llamadas “quillotanas”, por ser escritas desde Chile; los opúsculos sobre la unión y consolidación de la República Argentina, sobre la Constitución de Buenos Aires de 1854 y reformas de 1860; sus críticas a la política electoral de los Gobiernos de 1862 a 1874, que llenan de un inmenso caudal, no siempre transparente, el accidentado cauce de su producción literaria, consignada en todos los volúmenes de las dos ediciones complementarias de sus obras hasta ahora publicadas. A esta época pertenecen las mayores excelencias y más altos anales de su inventiva, su inspiración y su estilo incisivo y punzante, vibrátil y arrebatador, ágil y contagioso, que tiene la propiedad de actualizar y calentar las brasas de fuegos apagados y mantuvo así sobre su memoria inextinguibles rencores y represalias. Y el fenómeno está lejos de ser ajeno a la humana condición. Y es que Alberdi, movido por sus violentas energías interiores, no siempre fué acertado, ni justo, ni siempre contenido dentro de los límites del Código del duelo.

Así, si hemos de ser sinceros, a nuestra vez diremos que sus errores capitales estribaron precisamente en su impotencia para separar, durante la polémica, el carácter personal del público en la apreciación de los hechos contemporáneos o históricos, ni se detuvo en aprovechar aún los más venerables nombres del pasado para ponerlos como temas demostrativos de sus tesis llevadas a sus términos más extremos de exaltación imaginativa o de imprevisión patriótica. Sus juicios sobre San Martín y Belgrano, al ser reunidos en un solo bloque, extraídos de toda su obra desde 1837, cuando la visita al solitario de Grand Bourg, nos darían el caso del más asombroso galimatías que un escritor puede presentar, y su error básico consiste en la falta de una justa apreciación de los personajes en sus medios históricos y de concurrencia de elementos sincrónicos para lograr esa justicia. Arrastrado por la pasión contra el militarismo atribuido a sus contendores del día, historiadores y polemistas a su vez,

va hasta falsear el carácter de los dos únicos militares de la Revolución a quienes no puede llamarse militaristas, y en este vértigo incontenible es injusto hasta acusar a San Martín de haber sido soldado al servicio de España y no haber encendido la guerra contra Bolívar, y otros problemas ya resueltos, y cuya solución su ceguera de combatiente no le permitió prever, ni siquiera pensar al exteriorizar juicios semejantes, que las diversas naciones surgidas de la acción concurrente de los dos grandes libertadores del Norte y del Sud habían de ser algún día divididas por inevitables emulaciones, o rivalidades, o celos, o antagonismos, y que él sembraba, por tal modo, semillas que habrían de dar amargos frutos para su propio país.

Entretanto, estamos lejos de pensar, ni a este respecto, ni en lo relativo a la guerra del Paraguay, en un preconcepto de su parte, que lo pusiera, ni siquiera en hipótesis, dentro del nimbo de una conspiración, mucho menos del de una traición abstracta o teórica contra su patria, porque comprendemos el origen de sus actitudes y palabras y porque su espíritu analítico y expansivo sin fronteras, lo conduce a mirar el mundo entero como un solo organismo, o como un solo cuerpo experimental de sus ideas, o raciocinios o sistemas. Y esta observación explica casi toda la labor que pudo ser calificada de *antipatriótica* en el doctor Alberdi, y que algunos de sus adversarios llegaron hasta calificarla de *traición* efectiva con todas sus condiciones y agravantes de premeditación, dolo e interés pecuniario. Nada más absurdo que todo este delirio acusador tan censurable como los arrebatos e incontinencias del presunto reo. Un filósofo no puede detener su pensamiento en una frontera material, aunque todo ciudadano deba detener su acción en la frontera territorial de su patria. De otro modo no habrían existido las obras conductoras de la filosofía política a través de las edades, ni Aristóteles, ni Platón, ni Cicerón, ni Montesquieu, ni Rousseau, ni Locke, ni otro alguno habrían podido formular postulados generales para la dirección y perfecciona-

miento de la sociedad humana como una sola familia y un solo ideal civilizador.

Juzgado Alberdi como un tipo intelectual humano, y leído en sus propias defensas de tales acusaciones, tan excesivas aquéllas como éstas, se obtiene la convicción de que en sus construcciones ideales no entra esa forma de patriotismo que llamaremos *territorial* y que se traduce en la práctica civil, en las mil limitaciones de espacio y alcance moral hasta donde va el imperio de las leyes de cada nación. A éstas nunca las desconoció Alberdi, y al contrario, son numerosos los pasajes de sus obras en que las define, las explica y las justifica y proclama a su respecto. Pero su patriotismo ideal, mental, sentimental, constructivo y expansivo es tan indudable como grande y sincero, aunque a veces, como ocurre con todos los espíritus libres, su vuelo les lleve a regiones confusas por la distancia o la altura en que se alejan o elevan sus especulaciones ideológicas.

Su actitud con respecto a la política del Gobierno argentino que condujo a la guerra contra el tirano del Paraguay —según la fórmula actual y más exacta, sin duda, — es la más escabrosa y difícil que a ningún ciudadano consciente le tocó asumir y a ningún publicista le tocó afrontar. Ella procedía de otro error o inexperiencia del criterio de Alberdi sobre la política que llamaremos de la *región platense*, comprendida la que riega el gran río con todos sus afluentes, y ese error consistía en el exagerado valor que él atribuía al hecho del Gobierno monárquico brasileño, y, por consiguiente, a la diplomacia que de él surgía hacia los demás Estados vecinos; y consistía también en su desconfianza o poca fe en el porvenir o fuerza de la idea republicana y democrática en las demás naciones de América, y aun de la del Norte, porque el temor de la expansión de Estados Unidos se convierte en una obsesión de su espíritu, hasta cegarle las perspectivas del porvenir. Y los hechos contemporáneos nos dan la razón; la República que cercaba al Brasil por todos lados acabó por fundirlo en su esencia, y la expan-

sión imperialista norteamericana se detiene en la frontera política trazada desde antes de Monroe para convertirse primero en una fuerza tutelar incontrarrestable para la seguridad de todas las naciones de la supuesta amenaza, y, segundo, en un seguro de vida y expansión de la democracia continental y universal dentro de un vasto espacio libre de pasadas, aunque no olvidadas tentativas colonizadoras o imperialistas del otro Continente. Arrastrado por su misma pasión y furor de combatiente, Alberdi cierra los ojos a la fe en la democracia, en el crecimiento, en la educación y acierto de los hombres de Estado de su país, en quienes no ve más que adversarios y maquinaciones, o ardides agresivos o interesados; y desconoce la fuerza de la lógica en la política exterior, la cual, habiendo nacido de una revolución emancipadora contra monarquías, autocracias y teocracias, no habría de consentir en regresiones felices contra ese principio cardinal de la propia vida de la Nación. Lo demostraban a las claras el fracaso del plan de Bolívar en 1826, de la tentativa del Brasil imperial en 1827 y 1828 contra el Estado Oriental, la resistencia y el triunfo de la libertad contra Rosas en 1852, y con todas sus imperfecciones y desgarramientos, el resultado definitivo de la misma política de la Triple Alianza de 1865, la cual está muy lejos, por cierto y por suerte, de destruir el equilibrio ríoplatense, el cual se funda en leyes histórico-sociales mucho más fuertes que las maquinaciones y maquiavelismos de la más quintaesenciada diplomacia. Y todo hace pensar que, a despecho de todos los errores presentes y futuros de la política oficial argentina, no existe la fuerza capaz de desviar la corriente fundamental de la diplomacia que nos ha labrado nuestra actual posición en el concierto de las naciones.

No menor fué el error de concepto que presidió a su campaña contra la política oficial, respecto del Paraguay en 1865, inspirada a su vez por los antecedentes prejuicios respecto del Brasil y de las personas dirigentes de la conducta argentina en esa grave emergencia. La más alta moral no

excluye la libertad de juicio de un ciudadano y de un escritor, estadista, orador o parlamentario, para oponerse y hacer propaganda contra tal programa de acción externa, cuando la considera ruinoso o perjudicial para el país, en contra de las vistas o pareceres de su Gobierno. Pero esa libertad desaparece para convertirse, por lo menos, en una pasiva prescindencia, cuando el conflicto ha estallado en forma violenta y la guerra ha sido declarada. Sean cualesquiera las consideraciones de historia, de inequidad, de inconveniencia que nos harían opinar contra la justicia de una guerra, la entrada del país en ella significa la conjuración de todos los peligros contra su existencia, su independencia y su dignidad; y entonces la razón natural y la razón moral exigen un sometimiento pasivo, a lo menos, a la ley de la suprema seguridad colectiva. Y la conducta contraria, no obstante, en el caso de altos y soberanos pensadores, se explica por un simple proceso psicológico.

Así como la exaltación del sentimiento del Poder lleva a la fórmula "el Estado soy yo", la exaltación de la independencia y soberanía individuales conducen a la fórmula contraria, "el pueblo soy yo". Ambas conducen a un despotismo semejante en puntos opuestos, y ambas significan la negación de ese equilibrio de fuerzas que constituye un orden social o legal, y ambas significan una rebelión contra la carta constitutiva del Estado, por embrionario que sea. Abundan las explicaciones de Alberdi sobre sus móviles de la campaña que tanta duda ha concitado sobre su conducta hasta hace poco: sus doctrinas tomadas del espíritu y la letra de la Constitución sobre el concepto de traición a la patria, son indiscutibles; admisibles aunque erróneas y visiblemente exageradas las razones de orden diplomático o político que lo inspiraron; indudable también es el fallo absolutorio de la opinión y sentimiento de la Nación de hoy respecto de la honradez de su actitud, con excepción de las de sus propios acusadores; pero en nuestro sentir, con obedecer aquélla a su concepto inmaterial y extrajurídico del patriotismo, y a

una suprema sublimación del yo más imperativo, no alcanzan tales razones a recomendar como un ejemplo para las generaciones del porvenir aquel proceder, tanto menos cada día que vivimos, porque cada día se acentúa el predominio de los valores morales sobre los materiales, y las fuerzas de combate van siendo cada día más coercitivas cuanto más afectan el corazón o la mente de los pueblos beligerantes: religión, necesidad, subsistencia, interés, ambiente de simpatía, son de hoy en adelante armas de guerra más eficaces, porque atacan el alma o el secreto de la fuerza del soldado-ciudadano, vinculado por la ley de la solidaridad social interna e internacional, a las demás de otros pueblos o naciones, aun los enemigos de hecho. Así, aunque la Constitución diga que “la traición contra la Nación consistirá únicamente en tomar las armas contra ella, o en unirse a sus enemigos prestándoles ayuda y socorro”, en el nuevo estado del espíritu de los pueblos esa ayuda puede ser a veces más eficaz en el sentido moral que en el de la fuerza mecánica.

En la situación de los pueblos del Plata durante la década de la guerra del Paraguay y de su diplomacia anterior o posterior, ha influído, sin duda, en el ánimo de Alberdi, una consideración que acaso persiste hoy en otros espíritus ilustrados: la de no juzgar las repúblicas que se desprendieron políticamente del seno común del Virreinato como entidades extranjeras en el absoluto sentido de la palabra, sino como hermanas, ligadas por vínculos indestructibles de sangre y espíritu. Sólo el tiempo y la consolidación de la independencia y soberanía efectiva de ellos por su propia acción, les irá dando cada vez más en la conciencia general de la nación materna, el carácter completo de su extranjería jurídica y política. Y por otra parte, la característica del delito de traición como de cualquier otro, es el móvil interesado o doloso de la acción; y sobre este punto —sin aludir a las repetidas protestas del polemista acusado, que bien merecen, por ser quien es, ser tenidas en cuenta— no se ha exhibido prueba alguna convincente, y en cambio lo

han sido las piezas de descargo, las cuales han concluído por hacer la convicción de la honestidad, la probidad, el desinterés y el solo entusiasmo teórico de un alma en favor de un pueblo que creía injustamente agredido por una mala y temeraria política del Gobierno nacional. Juicio erróneo, diremos otra vez, porque si bien pudiera haberse atraído de otra manera, y acaso con mayor acierto y conveniencia para los intereses argentinos, no puede dudarse que hubo acierto y previsión en realizar una alianza, precisamente entre los Estados cuyos disentimientos pudieran traer una situación mucho más peligrosa y duradera que la creada por la coalición, y en nombre de un principio democrático que venía inspirando la diplomacia argentina desde Rivadavia. En cambio, "probidad y talento", dice Paul Groussac, en su estudio sobre las *Bases*, de Alberdi; esto no ha sido nunca puesto en duda sino por los más encarnizados adversarios, y en las horas de injusticia que señalaron sus peores ataques a la honradez del escritor. Son éstas las iniquidades casi inconscientes de la polémica, y ante la crítica imparcial, creo que nada debe subsistir de tales imputaciones. Nadie pretenderá que el alma de Alberdi fuera de temple heroico ni propiamente austero y capaz de resistir al amago del peligro o al halago del poder; pero no admito que la venalidad haya inspirado los ácidos panfletos del destierro, ni que la mano que los escribió recibiera en oro el precio de tamañas inconsecuencias y extravíos.

Diciembre de 1919.

XVII

CIEN AÑOS DE AMISTAD

LA LECCIÓN DEL CENTENARIO BRASILEÑO

1822 - 1922

CIEN AÑOS DE AMISTAD

LA LECCIÓN DEL CENTENARIO BRASILEÑO

1822 - 1922

La nación que hoy lleva en nuestra América el nombre auspicioso de Estados Unidos del Brasil, una de las de más vasta y continuada influencia en el Continente, va a celebrar en este año el centenario de su Independencia. Nacida como las de origen español, del mismo movimiento colonizador del siglo XVI, como consecuencia de la primera ruta abierta por el navegante genovés, en realidad, su primer ciclo histórico poco se diferencia en sus líneas generales del de aquéllas, salvo en algunas modalidades hijas del medio geográfico, de los rasgos distintivos de las razas autóctonas en un territorio y clima dominados por poderosos factores naturales, como sus gigantescos ríos, bosques y montañas, que dan a la región su inmenso valor económico, y su belleza insuperable entre todas las de la tierra. Así, su período colonial bajo la soberanía portuguesa no puede tener para nosotros, del punto de vista de la formación celular de las instituciones políticas, que el que nos ofrecen las colonias de nuestro propio origen, sometidas a las más imponentes fuerzas de modelación de la época: la monarquía absoluta como forma de Gobierno, la religión católica como regulador moral y espiritual, y los monopolios y los contrabandos como fórmula inevitable de manifestación de las energías oprimidas de la vida económica natural, siempre que un bosquejo de organización, presente las líneas primarias de un Estado político.

Por grande que sea la evolución de una sociedad con referencia a sus primitivos núcleos, y por heterogéneos que sean los elementos de la mezcla de razas, nunca o rara vez se pierde el carácter del núcleo originario, tanto menos cuanto que una acción persistente de éste sobre aquéllos, se esfuerze por conservar la impresión vital del primero sobre los segundos. Así en sus cuatro siglos de existencia como núcleo socio-político, si bien el Brasil es desde sus principios una fusión étnica, en la cual cuantitativamente predominan las sangres indígenas, es indudable, como asegura uno de sus historiadores y lo ha comprobado su Historia, que “en todo caso y cualitativamente, el elemento blanco tiende a predominar con la internación y la eliminación progresivas del indio, con la extinción del tráfico de africanos, y con la inmigración europea que promete continuar”. Lo cierto es que, establecidas las primeras poblaciones a la orilla del mar, y avanzando resueltas hacia las selvas, los llanos y las montañas llenas de riquezas naturales, los colonizadores portugueses, favorecidos como los de España en el Sud por un sistema semejante de concesiones, mercedes y privilegios, crean su vida en torno de una doble lucha: contra la Naturaleza y población autóctona, que someten a su potencia superior, y contra el desierto virgen que, erigido en propiedad de los señores, constituye el latifundio, que persistió, como persiste aún en las provincias argentinas, en mayor o menor grado de improductividad e indivisión.

De todos modos, y para no detenernos en un estudio que no cabe en los propósitos de estas líneas, el hecho preponderante en el desarrollo de la civilización del Brasil, el cual explica su valor específico y potencial, es la influencia cada vez más visible y ponderable del elemento europeo, que ha logrado imprimir, como tenía que ser, su ritmo efectivo al resto de las poblaciones nativas. Esta forma de crecimiento de la población y en presencia de los fenómenos de la desigualdad social heredada de la Colonia, que hizo decir a un historiador que en sus comienzos toda la población se dividió

en dos clases —señores y esclavos— y que esa era “una tierra sin pueblo en el alto sentido de la palabra”, puede afirmarse que desde la iniciación de la monarquía independiente y acaso desde antes de esa fecha, se ha venido realizando la tarea orgánica de la elaboración de una clase social poseída del más vivo sentimiento y conciencia de la nacionalidad, esto es, como el mismo escritor lo deseaba en su ilustrado patriotismo, “dando incremento a las clases productoras, preparando un mayor número de ciudadanos aptos para la vida de los tiempos modernos, formando, en fin, *nuestro pueblo*”.

Pero es que no se puede aplicar ese criterio a la vida de las naciones coloniales, cuyo impulso dinámico les viene desde afuera, desde sus metrópolis, y cuya clase gobernante —por lo menos hasta el inevitable momento de la condensación de un *pueblo*, por efecto de su propia ley biológica—, es la única que dirige, encauza y caracteriza los movimientos de la masa subordinada por la contrata, la inferioridad social o económica, o la forzada servidumbre. Tanto Portugal como España, no hicieron más que transplantar al suelo de América sus ansias de expansión, de dominio, de riqueza, o de catequismo religioso, así como sus viejas rencillas domésticas, y aun sus grandes rivalidades de predominio, o sus mal veladas aspiraciones de revancha. Y cuando se recuerda que una y otra vivieron la vida de su tiempo, participando en primera línea de las ideas y fervores corrientes en lo moral y político, no puede exigirse a ninguna de ellas, ni hacérseles capítulo de acusación, que erigiesen en sus nuevos dominios escuelas de democracia, cuyas nociones, no obstante sus Cabildos e instituciones municipales, se hallaban muy lejos de la mente colectiva de las clases gobernantes. Así, sólo en molde esquemático y forzoso, la informe vida municipal de estas colonias iba revelándose apenas rudimentaria, y siempre bajo la férula militar o administrativa, o bajo la del *fazendeiro* o del encomendero, en el centro y en el Sur. De las clases serviles del indio, del negro, o de sus mezclas inferiores, no podía surgir entonces, bajo ese régimen de fuerza,

la verdadera concreción social que se denomina un *pueblo*. Sólo causas políticas y económicas de índole muy diversa, e influencias lentas de la penetración civilizadora de Europa, desde las clases superiores hacia las inferiores, y acaso una influencia difusa de la doctrina religiosa, inculcada por el ejemplo de heroicos misioneros, pudieron despertar desde los comienzos hasta casi el final del siglo XIX, la conciencia social y política de estas antiguas colonias, e incorporarlas al grandioso surgimiento de las nuevas nacionalidades, hijas de los períodos revolucionarios inglés, americano y francés.

Lo que para las demás del Continente sudamericano fuera acaso una causa de retardo en su definitiva constitución y asiento de su propia vida orgánica, — esto es, sus revoluciones y agitaciones sangrientas iniciales, — su ausencia en la Historia del Brasil fuera, por un efecto contrario, causa de demora en la iniciación de su vida republicana y democrática. “Nuestra Independencia —dice el historiador brasileño antes citado—, siendo un hecho histórico de alcance casi nulo, no habiendo tenido aquí una revolución que ahogase los viejos preconceptos, no nos abrió una era de autonomía y liberalismo... Una revolución es uno de los procesos indispensables en la marcha de las naciones. Si nosotros la hubiésemos realizado, no nos hallaríamos hoy casi en las mismas condiciones del régimen colonial anterior a 1822”. Pero, sin llegar al pesimismo excesivo del fogoso publicista, y con la serenidad del observador científico, puede y debe apuntarse el hecho antes esbozado: que si las revoluciones y tiranías sangrientas retardaron la definitiva formación de las democracias hispano-americanas, en cambio, — y así son las fecundas lecciones de la desgracia, — esas violentas luchas de emancipación, al mismo tiempo que les permitieron desarraigar de cuajo vetustas costumbres inhumanas, dieron a esas sociedades nacientes una conciencia más inmediata de sus destinos colectivos, y entrenaron sus fuerzas y energías para las arduas luchas de la vida, cuando llegó la hora de

vivir la propia en medio del vértigo de la civilización contemporánea.

La nación brasileña no ha pasado, es cierto, por esas dolorosas alternativas que tanto han perturbado la infancia y juventud de sus hermanas de América; y si la lenta sucesión de sus regímenes colonial, real, imperial y republicano, ha podido ralentar el ritmo de su crecimiento y caracterización democráticos, en cambio ha tenido la suerte de realizar su evolución económica y cultural bajo los auspicios de una paz inalterable, sabiamente mantenida por una clase gobernante ilustrada y patriota, no obstante la persistencia de instituciones regresivas como la esclavitud y las mismas formas monárquicas, hasta muy avanzado el siglo XIX, el de las conquistas democráticas. No obstante, es digno de admirar el acierto con que sus estadistas han conducido la marcha general, hasta la hora de las definitivas fundaciones de la libertad civil y política, salvando a la Nación de los más grandes y peligrosos escollos, apartándola con tiempo de las vías erradas o aventuradas, en las que se internaba, impulsada por las obsesiones de una educación hereditaria, hija de la vieja monarquía portuguesa en sus tenaces porfías y rivalidades con España, y luego continuada en mayor grado de intensidad bajo el Imperio. En aquellos tiempos y bajo tal forma de Gobierno, toda realeza tendía al Imperio, como todo Imperio llevaba consigo la idea, la pasión y la fiebre de la conquista; y ésta había de realizarse por la diplomacia o por la fuerza, o por ambas a la vez. Y la diplomacia y la fuerza son las dos formas que asume la lucha secular entre Portugal y España, impelidas por rara coincidencia de aspiraciones hacia la cuenca del Río de la Plata.

II

Sólo esta que volvemos a llamar obsesión monárquica e imperialista, puede explicar la insistencia con que la política portuguesa primero, e imperial brasileña después,

persistía en su sueño de dominación de la margen oriental del estuario platense, apartando la mirada de las inmensas soledades desiertas que la conquista le había dado en patrimonio hacia el Occidente, hacia el Norte, en la vasta zona ribereña, y aun hacia el Sur hasta el límite de las posesiones españolas. Así, los descendientes de una y otra nacionalidad, al heredar sus ambiciones, sus conceptos de grandeza territorial, y los odios que la lucha por sí engendra, llegaron a ser víctimas de la misma enfermedad paterna, que los domina durante toda su adolescencia y juventud, hasta que los propios progresos, y las corrientes etnográficas, y la influencia guiadora de sus estadistas, educados en las nuevas ideas, o por las nobles intuiciones del patriotismo americano, si así puede decirse, va aclarando las tinieblas, desvaneciendo los prejuicios, y abriendo las rutas propias por donde cada nación labraría su engrandecimiento sin necesidad del territorio vecino. Cuando la colonia se transforma en reino, "se localiza en la historia de nuestra tierra, —dice Helio Lobo,— ese período de expansión consciente tan usado en el lenguaje de nuestros limítrofes. No era ya el duelo con la fiera bruta, ni la defensa del terreno ganado a la vida salvaje... Era la conquista sobre el vecino, bien concertada y mantenida. Así ocupamos Cayena, y así anexamos la Cisplatina. Pero no pudimos conservar ni la una ni la otra. Eran demasiado amplios los horizontes natales para que se soñase con el despojo ajeno. Repelidos por el espíritu de nacionalidad, desinteresado y probo, aquellos asaltos expresaban más, de parte del rey, un desahogo en tierras americanas, de agravios europeos, que, de parte del país, el ánimo frío de la conquista". Ahí tenemos explicado el origen de esa otra obsesión que ha obscurecido el juicio de más de un escritor y político del Río de la Plata; si bien, en presencia de las agresiones continuas desde la era colonial, durante la Independencia, y prolongada en forma diplomática hasta la segunda época imperial, la preocupación ríoplatense aparece más justificada, en la mente popular, al menos, hasta el punto de con-

vertirse en un sentir colectivo, la existencia de un enemigo internacional en el Brasil y de una cuestión peligrosa en la jurisdicción sobre las aguas del Río de la Plata; hasta el grado de que un publicista, comenzando por declarar que mira las cosas de su país, desde una larga ausencia en Europa, impresionado por el estallido de la guerra balcánica, concluye su interesante libro diciendo: "porque su cuestión de los Balkanes la tiene Sud América en el Río de la Plata, atada a sus principales afluentes. El Paraguay y el Uruguay son la Serbia y la Bulgaria del Continente, y de sus entrañas podrá salir en el futuro, como ya ha salido en el pasado, la chispa de la gran guerra". Y bien, ni Balcanes, ni precedentes que valgan; y sí sólo, como ya ocurriera a algunos de nuestros más geniales polemistas, el alejamiento de la patria y un exagerado amor por las comparaciones históricas, les perturbaban el criterio, haciéndoles perder el sentido de las íntimas realidades, y reemplazar, por un insensible efecto de óptica, el paisaje nativo por el del asilo y la residencia del ostracismo voluntario. Y esa aberración es a veces tan honda, que les impide ver los fenómenos más sencillos en su verdadera luz.

Quien estas líneas escribe tuvo la suerte de entrar en el estudio de estos problemas por la puerta de la ciencia histórica, hecha de leyes inmutables y de experiencias acumuladas, de otros hombres y generaciones de estadistas, los que lucharon cuerpo a cuerpo con las dificultades de toda hora, y dominaron las crisis más agudas del crecimiento, en contacto permanente con la realidad. De esa observación resulta y resultará siempre la convicción, en cuanto alcanza la comprensión humana, de que las causas de enemistad entre las naciones vinculadas a la cuenca platense, nunca fueron sustanciales ni esenciales a su vida y desarrollo progresivo, sino accidentales, ocasionales, sujetas a la evolución histórica que transforma las causas mismas, y da nacimiento a nuevos puntos de vista, que sólo son nuevas y más sólidas bases de convivencia, de inteligencia y solidaridad de los presuntos enemigos. Así, en el paralelismo evolucionar del Brasil

y la República Argentina, se nota con toda claridad esta doble trayectoria: una de disidencias que tiende a desaparecer en el vacío, y otra de coincidencias que tiende a acercarse hasta marcar una sola dirección inconfundible en el tiempo futuro.

A las disidencias, no imputables a ninguna de las dos naciones, procedentes de la ya mencionada rivalidad hispano-lusitana, de razas europeas y dinásticas, podrían sumarse las que tuvieron por efecto la anexión de la provincia cisplatina al Brasil, y su consecuencia más espectacular, en la guerra de liberación del Estado Oriental. Los propios historiadores brasileños y no pocos argentinos convienen en que dicha guerra, herencia del mismo pasado descripto, sostenida a desgano y en impulsos intermitentes por uno y otro beligerante, si bien nos dió la victoria material de las armas, sólo tuvo dos saludables resultados: afirmar la independencia de la provincia cautiva, arrebatada a la política anexionista del Imperio, y revelar para los dos adversarios las dos fecundas verdades: 1ª, que no existía verdadero antagonismo entre ellas, pues cedía ante la mediación extranjera y ante la vigorosa brega de un nuevo pueblo a quien las fatalidades de la Historia y de la Naturaleza destinaban a ser libre e independiente; 2ª, que tanto uno como otro contendiente, pero en mayor grado el de este lado del Río de la Plata, hallábanse trabajados por poderosas fuerzas internas de disgregación y de aniquilamiento, mucho más urgentes de atender y corregir que el de lanzarse a los azares de una guerra en la cual, si el uno cedía a la impulsión incontenible de la tendencia imperialista colonial, el otro concurría movido por su viejo ideal libertador que le llevó al Paraguay en 1811, a Chile y Perú en 1817 a 1822, y que le impulsaba, por fin, a sellar la soberanía de otro pueblo hermano, y cuya solidaridad fatal con el nuestro, no hay razón histórica que pueda romper. “La impotencia material en que se hallaban para continuar la guerra, —dice un historiador argentino,— había inducido a los adversarios a diligenciar la paz; cediendo, pues, a la imperiosa ley de la necesidad, promovieron la

mediación británica, y debido a la intercesión de los ministros Gordon y Ponsomby se acordó el envío de la misión García sobre la base de la "devolución de la Provincia Oriental", o la erección y reconocimiento de dicho territorio en un Estado separado, libre e independiente". Lo cierto es, en definitiva, que aquel episodio, por magnificado que se halle en la literatura patriótica corriente, no ha dejado en el alma de los dos pueblos ese profundo resentimiento característico de las viejas reivindicaciones, como las de Alsacia-Lorena, o las provincias cautivas del Adriático italiano. Por eso decimos que la guerra argentino-brasileña de 1825-1828, no fué más que una etapa de la liquidación secular del pleito hispano-lusitano, y cuando ambos contendores comenzaban a ver con mayor atención sus más vitales problemas internos.

El intenso desarrollo cultural de la nación brasileña, acelerado sin duda desde su emancipación, en constante y vivo contacto con las fuentes morales y espirituales de la vieja Europa, y la afluencia de mayor población laboriosa y civilizada en su vasto litoral marítimo y en sus provincias meridionales, fué elaborando una nueva conciencia social democrática, que contagia hasta su clase aristocrática y realista, representada por monarcas como don Pedro II, a quien se ha comparado hasta con los emperadores del tipo de Marco Aurelio, y cuyo prestigio en Sud América, y más por su cercanía en el Río de la Plata, atraía hacia el Brasil las simpatías y las miradas atentas de todos o sus mejores estadistas. No era extraño, así, que se presentase ante sus ojos la paradoja, que tanto eclipsó la mente de uno de nuestros grandes publicistas, expresada en esta síntesis: pues que existe un Imperio monárquico en medio de un gran núcleo de Repúblicas democráticas, era evidente el peligro de monarquización para éstas, y en mayor grado para las más próximas como son las del Río de la Plata. Desconocían esos cavilosos escritores las leyes históricas más firmes: 1ª, la mayor potencia en el mayor número y en la mayor masa para absorber o influir sobre los menos numerosos, y 2ª, el creciente des-

arrollo del espíritu democrático en la civilización contemporánea, que marcaba ya su influencia en los espíritus de las clases gobernantes del mundo, y penetraba en el de los pueblos, según señales tan evidentes como las revoluciones europeas y americanas de la primera mitad del siglo XIX.

Todo lo que puede llamarse una fuerza dinámica en la política de la época, en esta parte del Continente, inclinaba a las jóvenes sociedades del Río de la Plata hacia una gran coincidencia y armonía de intereses; y los hechos posteriores, casi inmediatos, —ya que ese poder de las leyes históricas llamado *fatalidad* parece incontrastable,— vinieron a comprobar la verdad de aquella proposición. Era el poder oculto del espíritu democrático, el que trabajaba en el fondo de estas nacionalidades, impidiéndoles admitir imposiciones despóticas o autocráticas, como la de Bolívar en 1826, la de Rosas de 1829 a 1851, la de López de 1864 a 1868; y aunque la fuerza las hubiese mantenido por períodos más o menos largos en diversos países de América, es evidente que no fué con el consentimiento de los pueblos, sino de su inconsciencia ignorante, o por el solo poder bruto de las conspiraciones de la fuerza. Y la era de las fecundas coincidencias entre la política brasileña y la rioplatense, comenzada en la común y tácita defensa, que reúne en una sola actitud a los más destacados, ante el Congreso de Panamá, tiene su voto magnífico en las dos alianzas de 1861 y 1865, las cuales, sean cuales fueren las imperfecciones y desórdenes internos, significaron dos sanciones inapelables y definitivas sobre la decisión de las naciones más cultas de esta región sudamericana, de no consentir en su suelo el entronizamiento de dictaduras, ni personalismos, ni autocracias regresivas, contra el pensamiento inicial de sus revoluciones emancipadoras, que tarde o temprano tendrían su triunfo y su irrevocable realización en los hechos: así en 1852-1862 para el Río de la Plata, y 1889 para el Brasil.

Pasado el período de las polémicas ardorosas, de las recriminaciones, imputaciones y acusaciones recíprocas, hijas

siempre del prejuicio heredado y del temperamento racial, y concretados por la diplomacia los resultados de largos y agitados debates, todos los fantasmas imperialistas del lado del Brasil y reconstructivos del Virreinato, del lado del Plata, quedan reducidos a la deposición de los tiranos que usurparon las libertades constitucionales de dos pueblos hermanos en 1851 y 1865, sin que ninguno de los aliados vencedores, hubiese reclamado para sí ni un palmo de territorio como consecuencia de la guerra. El uno renovaba por la pluma de uno de sus diplomáticos aunque sin plena autoridad gubernativa, la declaración del Congreso constituyente de 1819, de que “ni la victoria ni la fuerza dan derecho”, y el otro, por boca de uno de sus oradores afirmaba en pleno parlamento, en 1868, que el Brasil no quiere del Paraguay un solo palmo de tierra, porque “la idea de la conquista está lejos de su pensamiento”. Así, lo que tantos espíritus alarmistas o prevenidos han considerado como una prueba de inconciliables malquerencias, —la discusión de los tratados de paz después de la guerra de la Triple Alianza,— se resuelve en los más animados, fecundos e ilustrados debates diplomáticos que haya presenciado Sudamérica, para llegar a la fórmula ideal de la justicia internacional, la del arbitraje fundado en las reglas y principios eternos de la justicia: actitud o aspiración en que las dos naciones han coincidido notablemente desde muy temprano en su historia política, hasta hacer de ella la conducta invariable en la solución de los litigios fronterizos legados por sus respectivos antecesores coloniales, y adquirir el derecho a presentarse ante el mundo, en congresos y convenciones múltiples o duales, como verdaderos *leaders* de la doctrina jurídica, que tiende a erigirse hoy día en norma permanente de vida de la humanidad.

¿Puede alguien formular con frialdad de criterio, ante la naturaleza de las cosas y ante la Historia, que hay una cuestión balcánica en el Río de la Plata? Ante la razón política hecha de ciencia y de experiencia, aquella proposición es absurda; y así lo han probado los que más intensamente

estudiaron esta faz de nuestra Historia. Si la crisis brasileño-oriental, complicada en todo el Río de la Plata, de 1864, obtuvo para las tres naciones interesadas la solución del pacto Saraiva-Elizalde de 22 de agosto, que reafirma la inmunidad del Tratado de 1828, y erige la soberanía de la República Oriental en un punto de honra irrevocable para los contratantes de ese año; si, como lo han demostrado los nuevos estadistas argentinos en sesiones memorables de nuestro parlamento, y entre ellos con elocuencia y ciencia indestructibles Emilio Mitre, en su famoso discurso de 1910, y lo confirman los de la nueva generación brasileña de la actual República, fuerza es confesar que sólo la cavilación, y la terquedad de no rendirse a la evidencia, pudiera seguir inspirando en Río de Janeiro como en Buenos Aires, manifestaciones como aquella transcripta más arriba, y que no dejará, acaso, de tener su reflejo en algunos espíritus similares de nuestro país, pero sin eco en la legítima opinión pública de unos y otros.

III

Bien, pues; esta accidentada y, en la imaginación de las décadas pasadas, trágica cuestión rioplatense, quedó virtual y realmente sepultada en la inmortal conferencia del emperador Pedro II con el general Mitre, de 17 de noviembre de 1872, protocolizada por uno de nuestros más informados historiadores. Las declaraciones de uno y otro estadista, fundadas en las más hondas leyes naturales e históricas, quedaron como la fórmula lapidaria de las relaciones internacionales de esta región del Continente. El emperador, estimulado por la clara visión y la indudable autoridad representativa del demócrata argentino, tiene la magna visión sobre el futuro de su país, y la nueva orientación de su política para siempre, cuando expresó que “el Brasil es demasiado grande en extensión territorial, y lo que le falta es poblar sus vastos desiertos, teniendo dentro de sus límites un campo vasto para ejercitar la ambición y actividad del patriotismo en bien

propio y sin herir el derecho de sus limítrofes. La República Argentina se halla en las mismas condiciones..." Con las palabras de respuesta del ex presidente y ex general en jefe del ejército aliado y del actual embajador, deja de haber dudas fundadas sobre el porvenir de la amistad argentino-brasileña, así como sobre la seguridad de cada una de las naciones más pequeñas de la vecindad de una y otra. El criterio más simplista o empírico no dejará de ver la inconcusa verdad de aquellas conclusiones. Ellas están confirmadas, además, por los hechos históricos.

Entradas en el *plano inclinado* de las coincidencias y armonías, las dos naciones no tardan en sentir los saludables efectos de aquella gran política. Tanto la una como la otra dirigen sus energías a despertar sus riquezas internas, a aumentar sus caudales étnicos y económicos y aprovechar con el mayor beneficio posible los dones de la paz externa e interior, si bien el Brasil, desde este punto de vista, tiene más suerte que la Argentina. Allí, el proceso orgánico de su democracia se desarrolla evolutivamente, mientras que entre nosotros va avanzando de revolución en revolución, de violencia en violencia, sin que aun podamos arrojar sobre el futuro un juicio certero respecto del porvenir de nuestra democracia. La revolución que echaba de menos el antes citado historiador brasileño, que tanto mal ha hecho a la Argentina, ¿habría sido, en verdad, un bien para el Brasil? Contesta otro de los más jóvenes y vigorosos pensadores políticos fluminenses, aludiendo a ese proceso evolutivo: "Nosotros no soportamos la herencia opresiva de un pasado tenaz de guerras. Sólo conocemos las deudas reproductivas de la paz y del trabajo... El Brasil no contenía, hace 50 años, más de 12 millones de almas: hoy lo habitan 25 millones... Fué bajo ese aspecto de su engrandecimiento y de su labor, que la República vino al encuentro del Brasil. Ella estaba en los ensueños de la juventud, en los arrojos de la palabra propagandista, en la recta del destino que a todos nos aguarda, hombres y pueblos, aquí en la tierra. Estudiando la evo-

lución de nuestros mayores, deberá verse que entra en ella, como elemento seguro, ese plano inclinado que la condujo a la democracia republicana”.

La actual grandeza y prestigio moral de la república brasileña, es un justo y lógico premio de su pasado. Su conducta política ante las naciones europeas y americanas, se ajustó al concepto más completo del derecho y los ideales de las épocas que le tocó vivir, anticipándose más bien a las nuevas ideas de hoy con su amor a la paz, a las tranquilas discusiones del derecho y a las formas menos agresivas de la convivencia humana. Cuando se examina con algún detalle su historia diplomática, volvemos a entrar en la corriente de las coincidencias con la del Río de la Plata. Sin salir de un discreto y prudente *americanismo*, al que la geografía, la etnografía y la historia inmediata ligan a todos los Estados del continente, nunca se interrumpió por uno ni otro la más activa correspondencia y cooperación con la Europa, a la que deben su existencia, la segura posesión de sus libertades colectivas, y la fuente más fecunda de sus progresos espirituales y económicos; no hay un solo paso adelante en la evolución del derecho internacional que no tenga la colaboración o aceptación del Brasil y de la República Argentina; y si durante un largo período de alarmas, reales o imaginativas, respecto de intervenciones europeas, pudieron ser consideradas por las demás, del lado del Pacífico, como desviadas de la familia interamericana, los tiempos sucesivos han probado que el Consejo de Wáshington, ampliado hacia Sudamérica, sobre las alianzas innecesarias, prematuras o aventuradas, lejos de ser un bien sólo traen aparejadas estériles complicaciones y violencias, que retardarían por mucho tiempo las definitivas fundaciones institucionales comunes a todos los pueblos. La actitud de ambos países ante las iniciativas sudamericanas de 1826, 1864 y 1880 y algunas otras, les muestra animados de ideales semejantes, y colocados por sus estadistas en el justo fiel de la balanza, que había de habilitarles más tarde para asumir el más alto papel de

árbitros, de consejeros, de ejemplos silenciosos de cordura y buen juicio. No es extraño, por tanto, que esas mismas naciones, así como las más avanzadas de Europa, llamasen a Cortes, ya como consejeros, ya como árbitros, a diversos estadistas brasileños y argentinos.

Nadie ignora en América, por otra parte, el alto prestigio adquirido por la cancillería de Río de Janeiro, la cual, gracias a la constancia y prudencia con que supo mantener su paz interior y externa, pudo organizar sus servicios diplomáticos con raro acierto y sabiduría, a punto de que, si sus ansias de conquistas de otrora pudieron llegar a la invasión armada o a la intervención en la vecindad, desde la primera década de su Independencia, y con las solas excepciones, para nosotros bien conocidas, de 1851 y 1865, todas sus adquisiciones territoriales son debidas a sus propios progresos en la cultura jurídica, puesta al servicio de una diplomacia experta, ilustrada, vigilante y continuada: cualidades que faltaron a muchas de las otras naciones con quienes el Brasil mantuvo litigios de límites o de soberanía bajo otros conceptos. Así sus historiógrafos pueden citar con legítimo orgullo los nombres que dominan largos períodos diplomáticos: Uruguay, Paraná, Abaeté, Abrantes, Wenderley, Saraiva, Penedo, Carvalho Borjes, Souza Correa, Amaral, Nabuco, Ruy Barbosa y singularizarse como en una constelación dual, con los nombres de Rio Branco padre, y Rio Branco hijo, reconocidos como los más altos representantes de la sabia diplomacia, a la cual se atribuyen los mayores triunfos y prestigios en el Brasil. “No se puede hablar de ese nombre tan grande—dice Helio Lobo— sin pensar con conmovida admiración, en lo que significó como vigilia afanosa, esfuerzo inteligente y celo extremo en bien del Brasil. En la casa de Itamaraty, retiro silencioso donde vela noche y día por nuestra grandeza exterior, han quedado fijas estas palabras de su sucesor: “Bendito sea ese nombre de Rio Branco, raza de hombres que aumentaron por ley y por sentencias arbitrales, con el

padre el número de ciudadanos para el territorio, y con el hijo la extensión del territorio para sus ciudadanos”.

Durante una buena parte de la historia reciente de las relaciones internacionales interamericanas e intercontinentales, hemos tenido la feliz oportunidad de seguir de cerca, ya en los consejos gubernativos, ya en las deliberaciones parlamentarias, y aun en las reuniones diplomáticas, la marcha de la política americana. Hemos tratado personalmente a los hombres más representativos de la nueva nación brasileña, así en sus intereses diplomáticos como en sus más elevados y abstractos de su cultura intelectual; y de unos y otros hemos adquirido la profunda convicción, exteriorizada por compatriotas eminentes, de que el Brasil de hoy, y en una gran medida el Brasil de todos los tiempos, ha sido y es una nación conductora, inspiradora de nobles acciones colectivas, y de fe y confianza en la solidaridad que trae el culto de la justicia y de la equidad en las relaciones con grandes y pequeños. Hemos demostrado que ni el pasado ni el presente autorizan a ninguno de sus vecinos a considerarlo como una amenaza, ni siquiera como una causa de inquietud. Así lo hemos podido ver en los congresos panamericanos desde 1889 a 1910, colaborar con toda el alma en las iniciativas jurídicas o económicas de interés general para América, sin sombra de exclusividad o egoísmo; reconocer en los demás sus propios méritos o ventajas específicas, o prioridades honrosas; asociarse a cuanta idea se consideró apropiada para fijar una conquista de la civilización, o una seguridad moral de libertades y garantías para los Estados más pequeños, de suyo suspicaces y desconfiados; y cuando la política preventiva o pacifista, de hace 10 años, partió de la Casa Blanca hacia Europa y Sudamérica, precursora de la humanitaria y justiciera de Wilson, ya se encuentra en plano superior la que había sido habitual en algunas de esta región meridional. Tuvieron la Argentina y Chile la franca adhesión de la cancillería brasileña, cuyo jefe, de visita en Buenos Aires, al subscribir el convenio llamado del A. B. C., comunicaba a

su presidente la íntima satisfacción de haber ligado su nombre a una obra solidaria de paz y justicia, que, por otra parte, sólo era un paso más en la política del arbitraje y de las soluciones jurídicas o amistosas. No importa que la suspicacia o la aguzada perspicacia que perturba todavía muchos ilustrados criterios en Sudamérica, hubiera encontrado reparos en los términos del Convenio, fundados sólo en insostenibles suposiciones y conjeturas, sobre imaginarios peligros para éste o aquel país; aquella idea, extensiva y confirmativa de los tratados vigentes, sobre arbitraje amplio y obligatorio ya suscriptos, y precursores de los más comprensivos de las actuales ligas de naciones o cortes internacionales de justicia, quedará como un documento comprobatorio del espíritu solidario y progresivo de las naciones sudamericanas, y de la ausencia de egoísmo o afán de superioridad que por tanto tiempo se atribuyera a la diplomacia fluminense de los tiempos pasados.

IV

La última y más íntima de las coincidencias y armonías que la nación brasileña manifiesta con relación a sus vecinas y hermanas de América, es la adopción de su nueva forma de Gobierno, que marca la tercera época de su historia: después de su Independencia, la abolición de la esclavitud, y después de ésta la república democrática, en su Constitución del 24 de febrero de 1891. Respecto de la supresión de la servidumbre legal, se ha dicho que ella fué en el Brasil una *fusión de razas*, mientras que en otras naciones del continente, fué una *guerra de razas*. La misma conquista que en Estados Unidos, pone a prueba la existencia de la Unión y cuesta la vida del más grande de los demócratas, en el Brasil es el resultado lógico, aunque tardío de la *evolución*, que caracteriza la trayectoria histórica de la nación entera. “Era necesario preparar la reforma con prudencia, —dijera don Pedro II, según cita de Helio Lobo,— y con prudencia se

hizo, primero con una extinción del tráfico, después por la liberación de los nacidos, y por fin, con la redención general". La reforma democrática comenzaba, pues, por la base humana de la igualdad de los hombres en la gran comunidad de los derechos civiles y políticos: lo demás era una consecuencia, y ella no se hizo esperar. Se había improvisado de pronto en toda su integridad un pueblo para una Constitución, y se respondía a la larga, a la exigencia de los que aseguraban que el Brasil era un territorio sin pueblo. El advenimiento franco de la democracia en la nación amiga, inaugura una nueva era de brillo para su nombre y crédito extraordinario para sus grandes empresas civilizadoras. Toda la labor cultural, científica, literaria, artística, filosófica, jurídica, de las épocas anteriores, fundida como en un solo crisol en el molde amplio y flexible de su Constitución republicano-federativa, se iluminan de pronto como al paso de un astro nuevo sobre su cielo antiguo, y cobran lucimiento y prestigio desconocidos ante la humanidad contemporánea, que si bien se hallaba habituada a la presencia de un Brasil monárquico o imperial, y así emparentado con vetustas dinastías europeas, realzada hoy con la potencia juvenil de una poderosa democracia, es ya un apoyo más para el prestigio de América en las asambleas del viejo continente, donde sus jurisconsultos como Ruy Barbosa, Costas da Cunha, Rodrigo Octavio, confirman su reputación y la exhiben como una potencia moral digna de las más altas funciones en los consejos de la nueva humanidad surgida de las cenizas de la gran guerra. En esta grave emergencia, en que, después de un siglo se renueva el duelo entre autocracia y democracia, sigue el buen consejo de la lógica política, abrazando la causa de la libertad y de la justicia, reivindicando para América el credo de la emancipación republicana, que la Santa Alianza y el Congreso de Verona quisieron ahogar en sangre en 1822.

Al recorrer las cláusulas de la Constitución brasileña de 1891, se advierte el designio de sus autores de incorporarse al régimen uniforme en toda la América no europea,

—de las libertades republicanas y representativas,— unificando así, junto con las formas institucionales internas, el espíritu democrático de la diplomacia, o sea, el de la igualdad y justicia en las relaciones con los demás pueblos. La nación brasileña ha arrojado al fin a tierra sus viejas vestiduras que mal velaban sus líneas de una estatuaría robusta, armónica y bella; y al esperar esta hora suprema de la gloriosa transfiguración, ha querido ofrecer al mundo el ejemplo de una labor inteligente, orgánica, continua, para llegar a su meta integralmente construída, y con todas las perspectivas de una existencia fecunda para su propio pueblo y para los demás del mundo civilizado, que tendrán en su suelo las mismas ventajas y posibilidades que los nativos. Como garantía de paz y engrandecimiento para todas las naciones de su medio geográfico, sean cuales fueren los indicativos de un pasado muerto en las sanciones de la Historia, ofrece, además del inmenso patrimonio acumulado por su propia labor de cultura y de civilización espiritual y material, la mayor prenda de seguridad para el futuro, en la creación de una democracia gradualmente elaborada, sancionada en las fórmulas escritas de su avanzada Carta constitucional, la que, al mismo tiempo que la coloca al nivel de las más perfectas, le permite desenvolver con amplitud sus cualidades intrínsecas, hasta llegar a formar una masa social compacta y coherente, dueña de un pensamiento, de un sentimiento y de una voluntad, sin los cuales la *democracia* es sólo una palabra, o cuando más, una promesa.

Para nosotros los argentinos, a quienes un vasto y flexible paralelismo evolucionar nos acerca cada vez más al destino de la gran nación amiga, la adopción por el Brasil de la Constitución republicano-democrática, con visibles mejoras sobre sus modelos y similares, significa solidarizarnos aún más en la realización de los ideales que un siglo de historia común ha convertido en positivas realidades del progreso moral y político de Sudamérica, borrando para siempre, aun de los espacios de la imaginación, toda sombra en la

amistad y en la solidaridad de las dos naciones. El más grande de los ciudadanos, verdadero padre de la patria y guía de su pueblo y de gran parte de los de América, Ruy Barbosa, proclamó la verdadera doctrina moderna y futura, desde una cátedra argentina, al decir que “no son los gobiernos democratizados los que perturban la paz del mundo. Los pueblos aman el trabajo, anhelan la justicia, confían en la palabra, tienen en el más alto grado el instinto de la moralidad, aborrecen las instituciones opresivas y simpatizan con el derecho de los débiles. La democracia y la libertad, son pacíficas y conservadoras”. El Brasil, al adoptar las formas democráticas y federativas para su vida interior, ha cerrado con llave de oro el primer ciclo de su grande Historia, asegura a todas las naciones de su medio geográfico una amistad y cooperación indestructibles en el tiempo, y un nuevo y vasto seno de reposo y de paz para la humanidad civilizada.

BOSQUEJOS DE CONFERENCIAS

1912 - 1921

Los planes que se publican a continuación, corresponden a *conversaciones* y conferencias pronunciadas por el doctor Joaquín V. González en diversas oportunidades y de las cuales, con excepción de la titulada *El silencio de San Martín*, no se ha tomado versión alguna. Se los incluye en sus *Obras completas* en la misma forma y distribución que tienen en los manuscritos, transcribiendo en letra bastardilla aquellas palabras que su autor subrayó.

I

SAN MARTIN

EL SOLDADO - CIUDADANO

1

San Martín - El soldado-ciudadano
Conferencia en el Colegio Militar - Sábado 13 Julio 1912

- I. Introducción - a) anti (no dases de hablar en este colegio - Mi patria y enseñanza patriótica y cívica. Faltaba un complemento a mi tarea.)
b) Valor nacional y patriotismo de la Escuela - (San Martín y Bolívar) Nueva educación del estado Argentino.
c) No hacer crítica, ni crítica, ni libro - Los maestros especiales los habían hablado de esto - San Martín, tipo definido y perfecto del soldado-ciudadano.
d) Hablaré confidencialmente, sin retórica!

II. Nuevos documentos, nuevos puntos de vista

- a) San Martín y la historia y la crítica existente dentro y fuera de la República - Chile - Perú - Venezuela -
- La crítica apasionada - adversa - los facciones, argentinos y peruanos. Disparatados, equivocados y falsos - apasionada favorable - la exaltación del patriotismo - la leyenda épica - la poesía - el culto de los héroes y la fuerza nacional.
C.A. Villaverde y San Martín
b) San Martín y su gran historietas, (mitos) - valor constructivo de la hist. de San Martín - Hay creación de un tipo y de una nación - la admiración y la imparcialidad del historiador - Sinceridad y no inprociabilidad.
c) de crítica moderna - 1. Sociológica - 2. Documental - 3. Extranjera -

SAN MARTIN

EL SOLDADO - CIUDADANO *

I. INTRODUCCION.

- a) Antiguo deseo de hablar en este Colegio. Mi prédica y enseñanza patrióticas y cívicas. Faltaba este complemento a mi tarea.
- b) Valor nacional y patriótico de la Escuela. (San Martín y Belgrano). Nueva educación del soldado argentino.
- c) No haré milicia, ni crítica militar. Los maestros especiales les habrán hablado de ésto. San Martín, tipo definido y perfecto del soldado-ciudadano.
- d) Hablaré confidencialmente, sin retórica.

II. NUEVOS DOCUMENTOS, NUEVOS PUNTOS DE VISTA.

- a) *San Martín* y la *historia* y la crítica existente dentro y fuera de la República. Chile. Perú. Venezuela.
La crítica apasionada — adversa —
las facciones argentinas y peruanas.

* Conferencia en el Colegio Militar, el sábado 13 de julio de 1912.

—Odios supervivientes,—*aquí y allí*.
C. A. Villanueva "B. y San Martín".
La crítica apasionada—favorable.—
 La exaltación del patriotismo. — La
 leyenda épica —la poesía.—El culto
 de los héroes y la fuerza nacional.

b) *San Martín y su gran historiador*
 (Mitre). — Valor constructivo de la
 Hist. de San Martín. — Hay *creación*
de un tipo y de una nación. — La
 admiración y la imparcialidad del
 historiador. — Sinceridad y no im-
 parcialidad.

c) *La crítica moderna*: { 1. Sociológica.
 2. Documental.
 3. Extranjera.

III. EL HOMBRE.

a) *Raza* — familia — suelo nativo —
 (Yapeyú) — Vigor del criollo sobre
 el europeo puro.

b) *Educación* — Estudios en España.
 — Lo que era el Colegio de Nobles
 — *Plan*.

I. *Lenguas*. — *Francés, latín, cas-*
tellano.

II. *Retórica y poética*.

III. *Metafísica y filosofía moral*,
 (vacantes).

IV. *Matemáticas, historia nacional*,
 (nocións empíricas) y *geogra-*
fía. — *Dibujo*.

V. *Violín, piano y baile*. — *Esgri-*
ma. — *Equitación*.

Mitre afirma que San Martín sólo estuvo *dos* años en el Colegio y sólo adquirió *algunos rudimentos de matemáticas y dibujo*.

- c) *Educación libre*. — En las filas y en la lectura. — La ruda lección de la milicia como todos los grandes capitanes antiguos. — *Alejandro* viajaba con *La Iliada*, — *San Martín* con la *Historia*.

La doctrina de (OSTWALD, *Les grands hommes*, p. 5): “Los estudiantes excepcionalmente bien dotados jamás están satisfechos con lo que les ofrece la enseñanza ordinaria”. *San Martín sería el tipo representativo de la formación libre de un gran espíritu, en la acción militar, inspirada por una intensa ambición de servir a su patria y a la libertad*.

- d) *Resultados de su auto-educación*. —

1. *Cultura intelectual escasa*. — Su lenguaje. — Sus cartas. — El viejo molde español. — Alambicamiento propio de la época. — Pulimento posterior.

Lectura privada, — abundante.

2. *Sencillez primitiva*. — Concreción de su espíritu. — La ecuación primaria $a + b = 0$.

(!)

Nitidez de su juicio debido talvez a la feliz ausencia de la *metafísica y filosofía* que ahogó en *nebulosas insalvables* toda la generación del siglo XVIII al XX.

Tuvo sus grandes palabras, cuando expresó sus grandes sentimientos y abnegaciones. — “Grandes hechos dictan grandes palabras”. (Menéndez Pelayo sobre *Colón*)

3. *Firmeza, severidad, dureza, crueldad, agresividad.* — Resultados de la educación de 22 años de campamentos y combates desde niño —*contra las faltas a la disciplina— a la lealtad, al honor militar, a la majestad del mando, a la virtud cívica.*

4. *Virtudes íntimas.*

—*Sentimientos domésticos.* — Su amor por su hija. — Su educación, — sus máximas, — casamiento de ésta.

Lear!

—*Cordelia de su vejez enfermiza y desgraciada —contra la ingratitud de sus hijos, — las naciones que liberta en América — pudo cerrar sus párpados fatigados y sus pupilas opacas con el amoroso beso filial que reconcilia con la vida en el dintel de la muerte.*

—*Amistades intensas.* — Pueyrredón, Belgrano, O’Higgins, Godoy Cruz. — ¿Sus odios? *Personales* no; a los hombres representativos de los vicios y tendencias contrarios a su ideal de vida. — La independencia, la libertad y la sana dedicación a la Patria.

Violencias:
contra *Brayer—*
contra *Riva*
Agüero.

5. *Honradez ingénita.* — Su *pobreza final.* — Su *indigencia.* — Su heroísmo en la miseria. — Acusaciones en Lima. — La comprobación de la posteridad — sobre la calumnia.

IV. FASES DE LA VIDA MILITAR.

Síntesis. —

1ª *Educación y formación* — de 1788-1812.

2ª *Del Retiro a Mendoza* — 1812-1816.

3ª *Los Andes y Chile* — 1817-1820.

4ª *De Lima a Guayaquil* — 1820-1822.

A. — a) **ESPÍRITU MILITAR** — en las campañas de Europa y Africa.

“Veintidós años hacía que San Martín acompañaba a la Madre Patria en sus triunfos y reveses, sin desampararla un solo día. En este lapso de tiempo había combatido bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses, por mar y por tierra, a pie y a caballo, en campo abierto y dentro de murallas. Conocía prácticamente la estrategia de los grandes generales, el modo de combatir de todas las naciones de Europa, la táctica de todas las armas, la fuerza irresistible de las guerras nacionales, y los elementos de que podía disponer España en una insurrección de sus colonias: el discípulo era un maestro...”

Mitre, p. 140.

b) *La unción del Genio de la Guerra.* — La adivinación de Napoleón. — La mirada del Aguila. — Es una *profecía genial.* — Fe en los resultados de la educación militar. — Sus *escuelas* del Retiro y de Mendoza. — “Granaderos a caballo”.

B. — EL PERÍODO DE LA OBSERVACIÓN.—

—En la política de Buenos Aires — y en el ejército del Norte. — *S. M. y Belgrano.* — La anarquía en el ejército. — La ruta del Norte de la Revolución. — La *via scelerata* o *dolorosa* de la Revn. — *Derrotas y desmembraciones.*—Tucumán (1812) y Salta (1813). — Güemes, el Pelayo de la cruzada. — El Alto Perú perdido. — Las fronteras marcadas por el límite de expansión de las armas argentinas. — (Cochabamba). —El año fatal, 1815. — La visión de San Martín. — Los *Andes*, el *Pacífico* y *Lima.* — La gran epopeya.

C. — a) LA ESCUELA DE MENDOZA. — Nuevas cualidades manifestadas por S. M. en el Gobierno de Mendoza. — Las virtudes cívicas y militares al servicio de un gran ideal.

b) *San Martín penetrando el alma de su ejército.* — *Amor y admiración.* — *Respeto y confianza.* — Cualidades de un gran caudillo. — (Alejandro). — Contra la diatriba de *C. A. Villanueva.*

- c) *La educación e instrucción del soldado. — La máquina consciente es invencible — la inconsciente es insegura — y aleatoria. — El ejército republicano es consciente. — El ciudadano militar de la Constitución. — El servicio obligatorio — gran escuela.*

D. — EL PASO DE LOS ANDES.—

- a) *El gran suceso estratégico de América. — Su discusión y juicio por la técnica militar — en América y Europa.*
- b) *Los grandes pasos históricos. — Aníbal y Napoleón. — San Martín y Bolívar.*

Mitre, p. 550-51.

“Fué la renovación de la campaña de Aníbal con las mismas proyecciones continentales, a través de las montañas de tres naciones, surcando mares como Alejandro y venciendo mayores dificultades en su largo trayecto. Fué, con más método y seguridad, la renovación del famoso paso del *Saint Jean* por Bonaparte. Sin pretender comparar el genio inspirado y enciclopédico del primer capitán del siglo, con el genio concreto del primer capitán americano, debe decirse la verdad, que teniendo el de San Martín todas sus previsiones, sus aciertos y su completo éxito final, no cometió ninguno de los errores técnicos, estratégicos o tácticos

del gran maestro, ni en los medios de conducción de su material, ni en el paso de la montaña, ni en la distribución o concentración de sus tropas... Y si se comparan los medios de que uno y otro disponían, justo es dar la prioridad de las dificultades vencidas, al que con menos hombres y menos recursos supo allanarlas en la región andina y predecir con más certidumbre el día y el sitio de la victoria, dejando de ello pruebas irrecusables, de más valor histórico que la anécdota dudosa y la tradición complaciente han prestado como falsa hoja de laurel de la corona napoleónica, en contradicción con las peripecias de la campaña alpina no previstas...”

- c) *Estudio geográfico de la cordillera.* — La *topografía* auxiliar de la estrategia sutil y aguda del General. — La *Geografía*, ciencia militar por excelencia. — La mejor ocupación de un ejército moderno debe ser la *exploración permanente del territorio* y el estudio de todos sus recursos y caracteres estratégicos. — Chacabuco y Maipú son las soluciones definitivas e irrevocables de la gran ecuación del Paso de los Andes. — La libertad de Chile.
- d) *Los grandes obstáculos de la campaña.*

- 1º *Terreno abrupto y desierto* — y tropas novicias y no habituadas a las operaciones regulares y técnicas. — Tropas de llanura. El enemigo en el camino.
 - 2º *La resistencia política* del lado de Chile, por los bandos revolucionarios y nacionalistas (Los Carrera).
 - 3º Los recelos internacionales, inherentes a toda invasión de territorio. — Ejemplo del *Paraguay*. — Chile en la Colonia. — Susceptibilidad patriótica contrarrestada por
 - a) la *declaración* del Gob. Arg. en las instrucs. de Pueyrredón.
 - b) la *alianza abierta* entre Chile y la Argentina para la conquista del Perú o su liberación.
 - 4º *La desconfianza* en el apoyo del propio gobierno argentino por causa de la anarquía y los partidos.
 - 5º *Las dificultades financieras* para salvar la campaña. — Empréstito fracasado. — Recursos extraordinarios de San Martín.
- x) El *Paso de los Andes*, como operación militar, como plan político revela la culminación del genio de San Martín.

E. — A LIMA Y GUAYAQUIL.

Cockrane y el
nacionalismo
chileno. — Sus
planes
descabellados.

a) *Nuevo género de guerra y de obstáculos.* — El transporte naval y el apoyo de la escuadra. — Otras *rivalidades (Cockrane)* y *hostilidades*. San Martín lo salva de la destitución y de la vergüenza, pidiendo que se lo conservase al mando de la escuadra. — Su enemigo implacable! *Cockrane en el Perú.*

b) *La oposición política* de los anárquicos y facciosos del *Perú.* — Adhesión y veneración de las altas clases y del pueblo.

La oposición engendrada por la irrupción de *Bolívar* y *sus hombres.*

— Supervivencia de estos odios. No se puede ensalzar a Bolívar sin deprimir a San Martín. — Es que la grandeza de éste los eclipsa y necesitan destruirla.

Teoría del equilibrio continental y político.

c) *Guayaquil* y el término de la expansión militar argentino-chilena. — *Como las cuencas de los grandes ríos interiores que van a perderse en el corazón de los continentes, al llegar al límite de otros grandes ríos.* — *El nivel continental marcado en la zona boliviana.* — Bolívar al Sud. — San Martín al Norte.

d) *Guayaquil.* — *Marca la culminación de la grandeza moral de San Martín.*

—*La diatriba y la historia.*

—La *facción* sobreviviente, y la *posteridad*.

»»»→ x C. A. Villanueva llama “el *desastre de San Martín*” a su retiro y ostracismo. — El juicio de la historia.

e) El *delirio de la grandeza* en Bolívar. — La *sencilla y estoica grandeza* prospectiva de San Martín.

V. SAN MARTIN Y LA POLITICA INTERIOR DE LOS PAISES LIBERTADOS POR EL.

Discordia inicial.

1. *La discordia latente desde 1810.* — Herencia colonial. — Antagonismos geográficos y sociales. — Dinámicos. *Revoluciones dentro de la Revolución.*

—*Las divergencias de fondo.* — Demócratas y conservadores.

—Las ambiciones personales.

—Los odios de partido.

—*La anarquía en el ejército del Norte.* — *Arequito* y 1820.

Anarquía política.

2. *La anarquía política.* — *Obstáculo principal contra la independencia.* Convicción de San Martín, conductora de su acción.

Son dos normas:

1ª *Consecución de la independencia.*

2ª *Abstención de toda ingerencia política.*

La *primera* como objetivo principal de la Revolución. — La 2ª como consecuencia y fuerza concurrente a la 1ª y a la *futura organización* de los Estados.

3. *La guerra civil y la guerra continental.*

a) Trabajos para *retener y utilizar* el ejército de San Martín en las guerras internas, — en la *Argentina* y el *Perú*.

b) *Resistencias heroicas de San Martín*. — Salvar la fuerza redentora. — Expulsar al dominador extranjero y después entregar los gobiernos a los pueblos.

!! 4. LA GRAN DESOBEDIENCIA. — *Acusaciones de políticos e historiadores nacionales y extranjeros*. — V. F. López. — *Villanueva* (C. A.).

*

b) *Antipatriotismo*. — Ante la amenaza de la invasión española desde Cádiz.

1. *Valor de este argumento*. — Era un *fantasma* (Mitre). — Situación de España en 1820. — La Santa Alianza y las colonias españolas. — *Canning* y *Mettich*. — Inglaterra contra la Europa absolutista y fanática. La monarquía española. — *Guerra civil* en el interior, *guerra de defensa* contra los enemigos extranjeros. — Situación inestable de Fernando VII.

* Faltan aquí dos páginas del manuscrito, sobre la *desobediencia*, que el doctor González ha incorporado como punto D, a la IV conferencia titulada *Concepto histórico sobre San Martín*.

Guerra de la España liberal contra la España absolutista y retrógrada. — La Constitución de 1812 y *Riego*.

Sublevación del ejército español en *León* (Isla de).

2. *Primeras tentativas de San Martín para repasar los Andes* e ir a preparar la defensa de B. A. — Planes de tierra. — Plan naval. — Las escuadras de Chile y Argentina combinadas atacarían en el mar la expedición española.

3. *Patriotismo americano* de S. M. — La época. — La vinculación de la obra. — La guerra.

4. El juicio definitivo. — La gran resolución. — *La quema de las naves*. — Estos momentos son siempre compensados por el éxito.

c) *Antirrepublicanismo*. — Los trabajos por la *monarquía* en América.

a) *Valor actual del argumento*. — La forma del gobierno es cuestión social y étnica. — La ciencia de San Martín y el futuro.

b) *Su fé republicana* — íntima. — *Ideas de gobierno*. — *Carta de San Martín al Sr. Vicente López*. (12 de mayo de 1830. Bruselas). La experiencia de los desastres y guerras civiles.

P. 121. *Antimilitarismo*.

P. 122. *Instituciones armónicas* con el carácter y necesidades de los pueblos.

No es un monárquico. — Es un positivista y un transicionista.

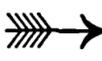
Quid? Podemos afirmar ésto en 50 años de vida ordenada? Problemas para el futuro.

d) *Resumen sobre la "desobediencia".*

a) Suma de cualidades concurrentes para mantener un ejército en tierra extranjera. — *Las pasiones de San Martín.* — Su violencia y dureza pro-disciplina. — *Única fuerza de cohesión* de un ejército expedicionario.

b) Sin esa suma de grandes condiciones de caudillo no habría conducido su ejército.

c) *Falsos juicios de C. A. Villanueva.*

P. 164  Desmentidos por los hechos.

d) Abnegaciones y renunciaciones.—“La renunciación es una ascensión”. R. Tagore.

1. *Renuncia al mando civil* y al poder — contra la imputación de sus enemigos (de 1812 a 1816).

2. *Renuncia a su omnipotencia* en Chile — contra su enemigo Cockrane.

3. *La gran abnegación de Guayaquil pro-Bolívar.*

e) *Lord Haldane (La vida consagrada)*, pág. 96:

“Aquel que se proponga realizar alguna cosa debe empezar por limitarse a sí mismo. *El hombre que quiera conducir a otros hombres, debe ser capaz de renuncia.* No es en *un mundo aparte*, sino en éste y en actualidad, en el deber siquiera sea humilde, que reside cerca de nosotros, *donde se halla la realización del más alto yo, el yo que tiende a divinizarse* — el que puede ser buscado”. No puede imponer a otros sacrificios, si no comienza por sacrificarse a sí mismo.

- f) *La vida de San Martín es la glorificación por el sacrificio y la renuncia* — voluntaria, deliberada, dolorosa, suicida a veces. — *Pasiones, ambiciones, venganzas y revanchas* — renunciadas — *en aras de su gran ideal y definitivo propósito* — *la Libertad de América.*
- g) *Su amor y sostén de la disciplina.*
1. *Acusaciones de C. A. Villanueva.* — Falsas. — *La disciplina por la instrucción y la moral del soldado* — el fondo del carácter militar.
 2. *La disciplina y el honor militar en el campo de batalla o en operaciones de guerra.*
— El episodio de Brayer. — *Defección en marcha.* — *Exaltación extrema* de San Martín. — *Justificada.*

VI. COMPARACIONES.

San Martín es un primitivo, — no imita: es como es.

1. La escuela de los *paralelos* y las *comparaciones*, desde *Plutarco*.

—La *enseñanza* de la historia y la *imitación*.

El paralelo toma los caracteres como se han producido y los pesa en la balanza de la crítica.

2. *Hábito de comparar* — en los escritores americanos. — La *escuela* y el *partido* de *Bolívar*. — El era un imitador consciente de modelos históricos más en las *palabras* que en los *hechos*.

—El libro del Sr. *C. A. Villanueva*: es una continua *comparación* o *antítesis*, más bien dicho, entre Bolívar y San Martín — para exaltar al primero a expensas del segundo.

3. *La fantasía histórica*.

Los pueblos nuevos necesitan *crear los tipos representativos* de su vida o aspiraciones nacionales — cuando no los tienen indisputables. — Acomodado histórico para esta necesidad. *Riqueza de la Historia Argentina* en héroes y próceres. — La crítica puede penetrar hondo: podrá destruir muchos, pero quedarán siempre columnas para sustentar la gloria nacional.

4. *Bolívar y Napoleón y Wáshington*. — El *fetiquismo* americano por Bolívar ha llevado a esta comparación:

—No juzgaré yo: lo hará un reciente escritor: “*el único digno de ser nombrado al par de Wáshington como ejemplo o inspiración de patriotismo, — fué el modesto soldado que cuidó más su causa que su empleo, y que no aspiró al poder por el poder, sino que lo creó y elevó para el bien de la patria*”.

—*Los héroes griegos* — hijos de la cultura moral y de la alta filosofía.

VII. CONCLUSION.

Y bien, señores, cuando una nación puede ostentar esta ejecutoria de nobleza en su heráldica, debe afirmarse en la convicción de su destino, representado por el hombre que más alto levantó su ideal colectivo y su timbre moral. Y si los futuros conductores de nuestros ejércitos de tierra y de mar, se inspiran en estos ejemplos inmortales de virtud y selección — y comprenden que la milicia no es un fin sino un medio en la creación y engrandecimiento de los Estados, haciendo escuela permanente de las altas e inmarcesibles cualidades de sus fundadores, podemos mirar con menos pesimismo nuestro presente, y esperar confiados para el porvenir una Patria intangible, respetable y respetada, por su cultura, su fuerza educada y fecunda y su fé inquebrantable en los ideales eternos.

II

SAN MARTIN

LA PSICOLOGÍA DE UN GRANDE HOMBRE

SAN MARTIN

LA PSICOLOGÍA DE UN GRANDE HOMBRE *

I. INTRODUCCION.

Reminiscencia de la anterior. *Hace un año!* Saludo y agradecimiento al Director Coronel Gutiérrez. Su cultura, corrección y alto espíritu militar. Porvenir de la generación que hoy se educa bajo su dirección. Sus viajes por Europa y el desarrollo del Colegio Militar.

a) *Resumen* de la anterior. — San Martín hombre público. — Los problemas, más *histórico-políticos*, que *histórico-psicológicos*.

—*Diversas fases del grande hombre*. Su aspecto *público y objetivo*. Su aspecto privado y subjetivo. *La nueva crítica*. El hombre, actor en un intenso drama de *intereses y pasiones*. Fuerzas *externas y colectivas* y fuerzas *internas e individuales*.

b) Trataremos aun dos temas políticos:
1º *La desobediencia*,
2º *Aspectos de la Campaña al Perú*.

* Segunda conferencia en el Colegio Militar, el miércoles 30 de julio de 1913.

- b') *La moral del ejército de los Andes.*
— *La levadura del Retiro. Lima. Junín. Ayacucho.* Su vuelta a la guerra del Brasil. Lavalle y Dorrego. Exponentes de la política *nacionalista*. La guerra civil y el gran fratricidio de Navarro, que trajo a Rozas. *La gran enseñanza de la disciplina y moral de San Martín en su ejército.*
- c) *General insurrecto en país extranjero* (C. A. Villanueva).
- 1º *Auspicios de los gobiernos de Chile y el Perú.*
El acta de Rancagua (2 de abril de 1820).
Los jefes de los Andes siguen a San Martín.
- 2º *El Senado y gobierno de Chile.*
- 3º *El éxito del plan, a costa del sacrificio político y militar de San Martín.*
- d) *El repaso de los Andes.* Tentativas de San Martín para ir a preparar la *defensa de Buenos Aires.*
Las escuadras combinadas de Chile y Argentina atacarían en el mar la expedición española.
San Martín en Buenos Aires (1820).
Furia y rencor de las facciones. *El horror de la situación.* La muerte de *Belgrano.* La anarquía. San Martín *quema las naves.* El gran momento de todo hombre público!
- e) *Antirrepublicanismo de San Martín.*
El gran pecado de sus acusadores!

Belgrano. Pueyrredón. Alvear. Rivadavia. El Congreso de 1816. La carta de San Martín a López (Vicente), en 1830. No era un *monárquico* sino un positivista, un evolucionista.

—*Antimilitarismo* de San Martín.

—La mano en la conciencia! La *Nación* antes que la forma de gobierno.

III. A LIMA Y GUAYAQUIL.

1. *Nuevo género de guerra* y obstáculos. Transporte naval y apoyo de la escuadra. Cockrane y el partido nacionalista de Chile.

2. a) *Cockrane*. La *amistad* y la ayuda de San Martín. Lo salva de la destitución y la vergüenza. Renor oculo. La adulación en las cartas. El corsario y el pirata. Los caudales.

b) *Cockrane*. La enemistad y las calumnias. Intrigas en Chile. El partido *nacionalista* o carrerista.

2½. Honestidad de San Martín. Las cuentas del gran Capitán. La *miseria* final. Los gastos del ejército.

3. *La oposición de los anárquicos y facciosos del Perú*. Adhesión y veneración de las clases populares. La lucha por la absorción partidista se renueva en Lima. Carácter transitorio del Protectorado. Su renuncia en favor de la *soberanía del pueblo*.

Cuestión de dinero!

IV. CARACTER PRIVADO DE SAN MARTÍN.

1. Su *mentalidad*. Estudios limitados. La gran enseñanza de la guerra. En campaña 22 años en *Europa y África*. 10 años en América. Autodidacta. Lectura constante de los grandes capitanes (Federico el Grande). El estudio y la vida militar. *San Martín, Paz, Mitre*.
2. *Carácter*.
 - a) *Astucia* natural. *Ardid* para los conflictos personales y políticos y para la guerra. *Maquiavelismo* atribuído. *El golpe de vista* en la acción, — genio militar.
 - b) *Energía*. Resultado de la vida de *comando y obediencia*: acción simultánea de ambas cosas. *La orden y su ejecución*. Base de toda disciplina. *Violencia y sequedad* de lenguaje. Amor y estimación por el soldado y la carrera.
 - c) *Actividad sin superior*. Rapidez en la concepción; serenidad en el plan; energía inquebrantable en la realización. San Lorenzo. Cancha Rayada.
 - d) *Frugalidad y modestia* en la vida militar. “Un jefe debe dormir vestido”. Influencia en el soldado, y en el subalterno.
3. *Continencia en la victoria*. Equilibrio moral.

A] ANÉCDOTAS.

1ª *El Padre Pata*. (Sarmiento, Mitre y otros historiadores. Ricardo Palma lo cuenta como ocurrido en Chancay. M. R. Martínez, página 152).

➤ Véase *Sarmiento*, pág. 296.

2ª El “*mujeriego*”. O’Brien.
M. R. Martínez, pp. 111 y 119.

3ª La “*espada*” y la “*blanca mano*” del Virrey Marcó del Pont. Después de Maipú.

Afeminamiento de éste.

Deme esa *blanca mano*!

—Y para qué quiero yo ese pinche?

La espadita dorada y nacarada del Virrey que adornaría mejor el sombrero de una dama.

B] MODESTIA EN EL PODER. Incógnito, sin honores y séquito.

1. *La entrada en Lima*. Las damas y la corona de laurel.

San Martín la retira ruborizado y da un beso *paternal* a la niña.

2. *Acusaciones de molicie y abandono*. Lima en esa época. Roma, Capua. El *clima* y las *costumbres*. El *descanso* del Héroe. Campañas y estrategias. *El estado del ejército*. La falta de recursos.

El opio y sus dolencias físicas.

3. *La acción más grande y enérgica de la vida.* Desmiente la decadencia. Influencia y daltonismo del medio. Su vuelta de Guayaquil.
Sarmiento, p. 294 (!)

4. *Razón moral y política de la abdicación.*

Psicología de los dos héroes. Bolívar y su altanería, insolencia y brusquedad. El choque inevitable. La pérdida de la causa americana.

—*San Martín piensa y salva* la América y su nombre.

—*Bolívar atropella* y crea la dictadura y hunde en la anarquía los pueblos y prepara su caída.

➤➤➤→ *El Brindis memorable.* M. R. M., p. 158-159.

5. *Carácter y odios de Bolívar.*

1. *Su juventud y su maestro.* Moral dudosa de éste. La opulencia, la viudez, la *educación retórica.* Un retórico de Bizancio con energías de actor. Histrionismo y sensualismo.

1½. *Hipocresía.* No mirar de frente. No dar la mano. Mal efecto en San Martín.

Anécdotas:

2. *Su vanidad y concupiscencia.*

a) *La entrada en Huaylos.* M. R. M., p. 170 ➤➤➤→

b) *Los etcéteras!!* id., id., p. 177 ➤➤➤→

3. *Odio a los oficiales de San Martín* y sus ambiciones sobre Buenos Aires y la Argentina.

a) *Bolívar y el coronel Rojas*.
M. R. M., pp. 149 y 150 ➤

b) *El último banquete*.

M. R. M., pp. 154-155.

4. *Bolívar y Rivadavia*.

Fracaso de la Confederación Colombiana. El partido del Sud o la libertad sudamericana.

V. LOS GRANDES HOMBRES EN EL OCASO Y EN LA MUERTE.

a) *Las grandes comparaciones*. — La grandeza en la caída. La belleza de los crepúsculos.

➤ — *Napoleón*. — El pensador, — la gloria, — el león encadenado, — sueños e impulsos. — Se desmorona una vida y un imperio, — pero flota una gran aureola de gloria, — el genio de la guerra.

➤ — *Wáshington*. — Su retiro, — su despedida (farewell address). — Mount Vernon. La tercera presidencia. — 1º en la paz. — La muerte apacible del justo.

➤ — *Bolívar*.

a) *Su retiro del ejército*. Sucre en el ejército. Ayacucho. Paez en el gobierno. Extrañamiento de Bolívar.

b) *Su vuelta a la política*. — Ambición insaciable. — El desprestigio y el escarnio. — Comediante inhábil.

- c) La revolución del 25 de setiembre de 1828.

M. R. M., p. 183.

Actitud de Manuela Sáenz.
Teodora y Justiniano?

VI. OSTRACISMO, VEJEZ Y MUERTE DE SAN MARTÍN.

Mendoza.

1. *Abdicación y vuelta a la Patria.*
En Chile y Mendoza. Persecuciones del gobierno unitario. Temores pueriles. Espionaje. Calumnias y vejámenes. *Cartas de San Martín.*
2. *En Europa.*
Su amigo Aguado. Su chacra de Grand Bourg. Agricultor como Wáshington. La religión y la *consagración* del silencio. Ni una queja, ni recriminación, ni vindicación. *Sus memorias?* (Sarmiento y Alberdi lo visitan).
3. *La gran ingratitud de la Patria.* Su viaje al Río de la Plata en 1829. El letrero ignominioso. 12 de febrero. "Ambigüedades".
"El general San Martín ha vuelto a su país a los cinco años de ausencia, pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil".
4. *Los últimos años.*
 - a) La lucha por la vida, la miseria y la muerte. *Boulogne-sur-Mer.*
 - b) La *nobleza y fortaleza* ante el abandono de la Patria.

—Los cuidados de su hija. Cordelia!

c) *La espada para Rozas!* El gran crimen! Invasión extranjera. 1845 1849. El gran problema histórico. Las banderas de Obligado en París y la “Rue Obligado”. Oh! alma incomprendida de San Martín, acaso hablarás un día del futuro remoto!

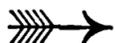
d) La muerte:

1º “Deseo que mi corazón descanse en Buenos Aires”.

2º *C'est l'orage qui mène au port*”.

3º “Esta es la fatiga de la muerte”. (17 agosto 1850).

e) *Semejanza con la muerte de Wáshington*. Oigamos un testigo presencial: el leal coronel Lear. — *Diálogo* con sus médicos.



Ultimas palabras

4 p.m.

“Arreglo de cartas y cuentas”.

5 p.m.

—“Siento que me voy: gracias por sus atenciones; pero les ruego que no se tomen más molestias por mí; déjenme marcharme tranquilamente; no puedo durar ya más...”

10 p.m.

—“Me voy. Entiérrenme decentemente. No dejen que me pongan en el panteón antes de tres días del de mi muerte”.

Hice señal de asentimiento. El me miró y me dijo:

—“¿Me ha entendido?”

—“Sí, le respondí”.

—“Está bien”. Y no habló más hasta las 11 en que la última despedida fué, por fin, un apretón de manos al amigo fiel de la cabecera”.

f) *Bolívar!* Agitación y delirios.

a) “La perdono (a la Patria) si mi muerte puede apaciguar los ánimos y evitar la guerra civil, muero feliz”.

Y alguien le oyó murmurar al concluir: “Creo que los dos majaderos más grandes de la humanidad hemos sido Don Quijote y Yo...”

VII. EL SILENCIO Y EL DOLOR DE SAN MARTÍN.

a) Las grandes causas secretas o íntimas de las acciones humanas.

—El corazón en la vida pública.

—El móvil ideal de los grandes hechos.

Ostwald!

—El coeficiente femenino en los grandes hombres.

—*El amor*, — esposa, madre, hijos...

—*El interés*, — conquistadores, descubridores. Los autores del Imperio Británico. Los conquist. españoles.

—*La gloria*, — Napoleón, — y dominio del mundo.

—*El bien y grandeza de la Patria*. San Martín y Wáshington.

b) *Ausencia del hogar*. Su esposa y su hija.

—Soledad del alma y frialdad del corazón. Necesidad de los grandes amores para alimentar la energía.

—*El reposo en el amor, la amistad y el hogar*. Los grandes desalientos, de los grandes sacrificios (Jesús). “Las raposas tienen cuevas, etc...”

—*San Martín* en Guayaquil y en 1829...!

¿Quién ha recibido jamás la sublime confianza?

—*La sublimidad del silencio*.

La roca de los Andes. — El cóndor soberano. El alma de la posteridad que leerá en sí misma la confesión del Héroe, cuando la luz de la estrella desaparecida llegue hasta el fondo de su conciencia iluminada por la cultura y la virtud.

VIII.

Ejemplo a los jóvenes militares, del que fué modelo del soldado-ciudadano y aunó como ningún héroe ni grande de la tierra, la virtud privada del hombre con la grandeza moral del soldado, que juntos forman la más firme base de la inmortalidad de una nación.

—Hombres representativos de Emerson.

—San Martín según Root, al igual de Wáshington.

“La abnegación por la Patria y la libertad de sus conciudadanos”.

III

SAN MARTIN

SUS DETRACTORES Y SU GLORIA

SAN MARTIN

SUS DETRACTORES Y SU GLORIA *

I. INTRODUCCION.

- a) Invitación y agradecimiento. Disculpa por la postergación. Mi enfermedad.
- b) Carácter *confidencial* de esta conversación. Mi preocupación del asunto, como *cuestión histórica* y como *vocación patriótica*, de todo hombre de educación y del pueblo.
- c) *Los detractores de* { Bolívar
adentro y de afuera. } San Martín

1. *Los de afuera.* — *La herencia de Bolívar.* Los odios,—históricos. ¿Por qué si Bolívar venció y aniquiló a San Martín se levanta esta legión de glorificadores y detractores póstumos?

“Sobrepasó a Alejandro, a Aníbal, a César...” Bl. Fomb.

2. *La glorificación de Bolívar.* La literatura tropical. El contagio de la locura y la *megalomanía*. Comparaciones hiperbólicas. Bolívar con César, con Napoleón, con Wáshington, con Carlos XII, con Federico el Grande... pura literatura!

* Conversación en la Escuela Normal de Maestros de La Rioja, el 29 de julio de 1915.

—“Dios y Bolívar”, sacaron el mundo de la Nada.

—“Dios es Dios y Luis XIV, su imagen en la tierra!”

3. *El libro de “Renacimiento”*.—Montalvo, G. Calderón, Martí, Urrutia, Blanco Fombona (!).

J. E. Rodó, y otros. — *La apología y el ditirambo*.

—*C. A. Villanueva*. Libros históricos.

—“*Hispania*”. El mismo grupo.

—*La Bibliografía de Bolívar, y el patriotismo de sus descendientes*.

“Simón Bolívar el Libertador”, 1910.

4. El libro de *Lorraine Petre* *. La imparcialidad y la crítica y diatriba del anotador Blanco Fombona! Desentono de alabanzas.

—*Juicios y comparaciones y realidades*. (Cap. XIV y XXII).

5. *Los juicios argentinos*. López, V. F. Hist. de la R. A. “La desobediencia”.

—*La escuela de Alberdi*. — *Sus pasiones y sus libros*.

—El eterno abastecedor de argumentos contra los hombres y los intereses y el carácter argentinos.

Alberdi.

6. El espíritu *romántico y bravío* de la raza, y su *predominio* en la historia. Contagio en nuestro ambiente. Se aviene con el genio de Bolívar.

—*Las herencias y persistencias invisibles* de las pasiones anárquicas en el espíritu argentino. Su supervivencia actual.

7. *San Martín* no es tipo de *aventura*, de romance, ni de *quijotada* (Unamuno). Es un *genio militar y político* del futuro.

d) *El Patriotismo.*

1) Verdadero. *La pasión de lo mejor* para su país. *La ascensión efectiva* en la escala de la civilización.

2) *Períodos.*

1º *Formación.* Heroes, aedos, conductores, etc. *La gestación, la crianza.*

2º *Acción.* Nación *adulta, obrera;* expansión, vitalidad, conquista.

3º *Humanización.* (*La depuración, el análisis, la cultura, la espiritualización, la difusión universal, la cima* de la cultura.

3) *La crítica histórica.*

La crítica <i>constructiva</i>	}	Brahma
La crítica <i>conservativa</i>		Siva
La crítica <i>destruktiva</i>		Vichnouû

—Nuestro problema. *La crítica plena, a una obra o un país en formación.*

—Llamamiento al juicio.

—La idea y el sentimiento nacionalista en la actualidad.

e) *Las acusaciones.*

1. Militarismo (Alberdi).

2. *Dureza, terquedad, antipatía* entre sus subordinados.

3. Antipatriotismo (americanismo) (Alberdi).

4. *Corrupción (Brayer y Cockrane)*
 Dos extranjeros (Un *cobarde* y un *pirata*).

II. SAN MARTIN.

Héroe, aedo, patricio, fundador. Esqueleto de la nacionalidad, comprendida en su doble destino, interno y externo.

1. *Su grandeza moral.* La más alta cualidad: la *renunciación*, heroísmo psíquico que crea en el alma la naturaleza heroica, el *estado heroico*.
2. *La grandeza cívica.* La *renuncia de todo* en homenaje a su patria.
 —*Hogar, placer, fortuna, poder, fama póstuma.*
3. *La desobediencia.* Juicios acerbos. La anarquía. Los partidos y caudillos. El ejército de los Andes. Qué fortuna para la facción gobernante! Su *debilidad* habría muerto la causa de la independencia.
4. *Documentos de la desobediencia.*
 - a) *Renuncia del mando* (26 marzo 1820).
 - b) *El acta de Rancagua* (2 abril 1820).
 - c) *La despedida de San Martín* (22 de julio 1820).

(El párrafo justificativo (x)).

(La proclama de 22 de julio 1820).

—“El General San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América”.

—*La sanción de esta promesa.*

- a) En Chile. Renuncia el mando.
 b) En el Perú. Carta a *Riva* (Pruvonema Agüero. } Detractor
 c) En la Argentina.

—*La herencia del odio*, de la *desunión*, la *malevolencia*, en la Rep. Arg. de las antiguas facciones!

Problema profundo! y permanente.

—*Misión de la Escuela*. Crear el *amor* y la *solidaridad* internos. Ejemplo de la Francia de hoy.

5. Comparaciones.

Alejandro, en *Oriente*.

San Martín, en el *Pacífico*.

(Análisis y ventajas)

Alejandro es un Emperador que conduce su propio ejército en *guerra de conquista*, — *movil*: vanidad e interés.

San Martín es un General que conduce un ejército voluntario, *contra la voluntad* de su gobierno, en *guerra de libertad*, — *movil*: libertad, humanitarismo, desinterés.

—*Antítesis*, la anterior.

—*Semejanzas*. Tipo moral, *concepto ético* de la guerra, formas humanitarias de la misma, *generosidad* y *austeridad* en la victoria.

Final de Alejandro. — La corrupción y la muerte.

Final de San Martín. — La sublimación en el destierro y la santidad de la muerte.

General en territorio extraño. — Abandono de su gobierno. — *Resistencia* en

Chile. Los partidarios de *Carrera*, y la ambición de *Cockrane*.

6. *Los Carrera.—Cockrane* (Supervivencia) Cariño excepcional por Chile, y respeto de su independencia.

III. LA PASION. (Martirologio del Héroe).

- a. *Abandono del hogar*. — La fuerza moral. — La frialdad de la vida. — Napoleón y Josefina. — Las cartas de amor sobre el tambor. — Las expediciones a los campos de batalla.
—*Comparaciones* entre Europa y América. Imposible para una dama americana.
- b. *Enfermedades*. — Dolores neurálgicos al estómago. Los *anestésicos* y *narcóticos*. La calumnia (embriaguez) Irritación y crueldad.
- c. *Los demagogos*. — Las tentaciones. Los halagos de la soberanía.

IV. SAN MARTIN Y BOLIVAR.

- Petre*, p. 440
(x-x)
1. El *gran problema* histórico. El gran debate. Las comparaciones. *El paso de los Andes*. Análisis de *Mitre*. El paso de los Andes del Ecuador. Juicio de *Mitre* y de *Petre*.
2. La conducta de ambos en *Guayaquil*.
La *arrogancia* y la modestia.
La *vanidad* y la austeridad.
La *insolencia* y la *dignidad*.
La victoria-desastre y la derrota victoriosa.

- El final político de Bolívar (Las guerras y dictadura).
 El final de San Martín (Ostracismo).
- 2 bis Cuadro comparativo del grupo de naciones fundadas por *Bolívar*.
- a. *Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia*.
- b. Argentina, Chile, Perú.
- Progresos morales, institucionales, económicos.
- 2 ter. *Efectos morales* de la conducta ulterior de *Bolívar*. La anarquía, la revolución, el desprestigio. La dignidad del héroe y del prócer. (Rev. de 1828) *Rojas y Petre*.
- Inmoralidad privada. Imitación de Bonaparte. Sus excesos.
 —*San Martín*. La renuncia, el silencio, la sanción de su propósito (Sarmiento). *Purificación, glorificación*.
- 2 4º Las ideas *panamericanas* de Bolívar.
- a) *El Congreso de Panamá*. Su verdadero propósito.
 Defensa contra quién? No había anulado a España?
 Conducta de los Estados Unidos.
 Imperio republicano bajo Bolívar.
 Actitud de las repúblicas *Argentina, Chile, Perú*.
- b) El *panamericanismo* posterior. *Alberdi, Blaine*. La herencia de Washington.
- 2 5º *El tipo educativo de San Martín*. (Los textos escolares).

- a) *El ambiente ético*, dentro de la verdad histórica.
 - b) *Soldado civil*. El soldado ideal de una democracia moderna.
 - c) *La guerra al servicio de una idea*. No de la ambición.
 - d) *Humanitarismo en la guerra*

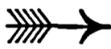
}	Belgrano
}	San Martín
}	Las Heras
}	Alvear
 - e) *Unión y solidaridad nacional y continental*. El verdadero panamericanismo.
 - f) *Abnegación, desinterés, patriotismo*. — *Liga, inteligencia, concierto* entre los maestros y profesores argentinos.
3. *Los muertos ilustres*. Comparaciones de Bolívar.
- a) Napoleón. Sueños gloriosos. La escena de una tragedia.
 - b) Wáshington. El farmer.
 - c) San Martín. El filósofo y el ciudadano.
 - d) Bolívar. El loco, el Quijote. Inmortalidad y tiranía.
- 3 a) Comp. Petre, p. 438.
Bolívar, Napoleón.
Bolívar, Wáshington.
4. *Los últimos años de San Martín*. El amigo Aguado.
La quinta de Grand Bourg (Las flores y las frutas). El amor filial.

(*L'orage qui mène au port!*) “Mi corazón a Buenos Aires!”

{ La guerra del
 Brasil y el
 insulto.
 Coriolano.
 Escipion.
 (Contrastes).

V. EL SILENCIO DEL GENIO.

- a) En Guayaquil. *Unidad admirable de conducta*)
- b) En el *ostracismo*. (Santidad de la vida).
 —El Cóndor que no quiso hablar. *
 —El Genio. **

Lectura 

* Véase *Fábulas Nativas*, volumen XX, pág. 587, de estas *Obras Completas*.

** Véase *Bronce y Lienzo*, volumen XIX, pág. 448 de estas *Obras Completas*.

IV

CONCEPTO HISTORICO SOBRE SAN MARTIN

CONCEPTO HISTORICO SOBRE SAN MARTIN *

I. INTRODUCCION.

1. *Mi presentación* a la Junta como miembro de ella. Excusas y respetos. Su obra patriótica y cultural. Fuentes de estudio e información de nuestro pasado.
2. *Carácter de esta exposición. Ni conferencia, ni apología, ni defensa, ni polémica:* es una *conversación* sobre un asunto del cual puede derivarse algo útil: más es un sentido *educador* que crítico-histórico.
- 2 b. *Nada nuevo*, sino observaciones sobre datos conocidos.
3. *Origen de mi preocupación:*

*En Europa
y América*

1. La campaña *anti-argentina* de un grupo de Venezuela, Colombia y otros países:
 - Carlos A. Villanueva*. Sus obras.
 - Blanco Fombona*. — Sus obras y escritos sueltos.
 - El libro *Bolívar* de “Renacimiento” y la opinión de América intelectual. La Rep. Oriental del Uruguay.

* Conversación en la Junta de Historia y Numismática Americana, el 18 de junio de 1916.

—Opiniones de argentinos: Alberdi, López, Mitre.

2. *Móvil y aspecto aparente de la propaganda.* Es *pro Bolívar* en la forma; es *antiargentina* en el fondo.

—El *contagio de la literatura* y de la exaltación sentimental de Bolívar: la creación fantástica. El *Quijote. Bolívar* de Unamuno. (Opinión patriótica por el origen en Bilbao).

3. Silencio en las filas históricas y literarias de la República Argentina. *Contra:* a) el ejemplo de Alberdi, b) la calumnia y diatriba de enemigos de la época (Cockrane y Riva Agüero), c) la indiferencia de nuestra crítica y su desorientación.

Nuestros
clásicos
historiadores.

4. *Falta de renovación* de nuestro material histórico. Las obras de López y Mitre, *deficientes* y limitadas en su concepto y elementos. Son *crystalizaciones*, por no tener continuadores.

Los nuevos rumbos de la crítica y conceptos nuevos de *moral* social-humana y *eficiencia* política.

5. *Misión superior de la Junta de Historia y Numismática.*

a) *Hacer, restaurar y construir* la historia.

b) Dar a la historia un sentido filosófico-político y una *orientación nacional*.

- c) *Poner de relieve los hombres representativos y simbólicos de la Nación, como cimientos indestructibles y columnas directivas. Unidad del sentimiento patrio.*
- d) *Ofrecer no tanto a los adultos como a los niños y jóvenes estudiantes un concepto de unidad y personalidad que corrija la dispersión reinante. Reverencia por los hombres fundadores de la Nación.*

II. SITUACION POLITICA ACTUAL DE LAS NACIONES DE SUD AMERICA.

1. *Desigual índice de cultura de los Estados Sud Americanos. Regiones y naciones. —El Panamericanismo y el individualismo, grupos afines.*
 - a) *El Mar Caribe (México, C. Am. Cuba, Panamá).*
 - b) *La gran Colombia. Venez. Col. Ecuador (Perú y Bolivia?).*
 - c) *La región andino-platense, o meridional. Argentina, Brasil, Chile, República Oriental, Paraguay.*
2. *Crecimiento diferencial. — Geográfico:*
 - a) *(Atlántico y Europa).*
 - b) *Razas blancas puras.*
 - b') *Opinión sobre la República Argentina de Bryce, p. 338.*

»→ “En este inmenso país, fértil y templado, con seis habitantes escasos por milla cuadrada, qué límites podemos fi-

Los indios
desaparecidos.

jar a su progreso, riqueza y población?... Dentro de cincuenta años puede aproximarse a Francia o Inglaterra, aun cuando se redujese la actual proporción de su crecimiento. Puede ser un día el más numeroso de los pueblos que hablan una lengua de origen latino, como los Estados Unidos son ya los más numerosos de los que hablan una lengua teutónica. Muchas cosas pueden suceder, que cambien su carácter actual... Ningún otro Estado hispano-americano, excepto el Uruguay tiene un *stock* de población tan predominantemente europea... Tenemos, pues, en el hecho, una nación de pura sangre europea meridional, cuyas diferencias con el *stock* consanguíneo o ancestral, son debidas, no a la infusión de elementos nativos, sino a causas locales e históricas”.

¿Consecuencia inmediata? Su espíritu de progreso y civilización.

←≡≡≡ P. 346: ≡≡≡→

“Bolivia sugiere el siglo XVII, Perú el XVIII y Chile, aun en su energía, presenta algún aire del tiempo antiguo. *Pero aquí todo es siglo XX con sugerencias del XXI... Ellos han dejado de ser españoles sin haber llegado a ser algo nuevo y exclusivo.* Parecen ser una nación en formación, no hecha todavía...”

c) Deducción: 1ª Que esta posición es excepcional en el Continente Sud Ame-

ricano. — 2ª Que no podemos todavía considerarnos una nación en el sentido *étnico y social* de la palabra. — Estamos en formación!

3. *Política o conducta derivada de estos hechos.*

a) Emulación y esfuerzos de los demás por igualarla o superarla en prestigio y valimiento internacional. *Propaganda en Europa, sistemada, tenaz, excluyente de la Rep. Arg.* Abandono argentino de esta política — proverbial indiferencia.

b) *Propaganda indirecta* en América por medio de sus escritos sobre sus hombres y cosas.

Bolívar.

Bolívar, como tipo *moral, heroico, simbólico* del genio de América, lleva el foco de la atención hacia el Norte.

!

← Villanueva lo compara a *Napoleón* y a *Wáshington*.

← Blanco Fombona dice: “Sobrepasó a Alejandro, a Anibal y a César...”

← Villanueva, agrega que anticipó a Canning, a *Monroe* y a *Wáshington* en sus ideas de panamericanismo, y precursoró el arbitraje, etc.

c) *Trascendencia de esta emulación al campo internacional.* — Contagios fáciles en otros países amigos. La labor oculta de la *araña diplomática*. Los celos, resentimientos y ambiciones halagados. — *José Enrique Rodó* en la Rep. Oriental. — “La cuestión balcánica” del Sud de América en el Río

de la Plata, según *Luis A. de Herrera. La diplomacia argentina y la colaboración social e intelectual de las clases superiores y letradas.*

III. EL PATRIOTISMO EN LA HISTORIA.

1. *Definición positiva* del patriotismo. a) La *pasión de lo mejor* para su propio país. b) La *ascensión efectiva* en la escala de la civilización. c) La *gloria moral más pura*. (Grecia).

2. *Períodos.*

1º *Nacimiento y formación.* — *Semi-dioses, aedos, héroes*, la gesta, la crianza, la leyenda.

2º La *acción*, o crecimiento, desarrollo, expansión. Nación adulta, obrera, conquistadora. *Fenómenos de vitalidad y de fuerza.*

3º *Humanización.* La depuración, el análisis, la cultura, la espiritualización y la difusión del espíritu. (Ciencias y artes). La *selección* y la reproducción.

3. *La crítica histórica.*

I. La crítica constructiva. {

La crítica conservativa	Brahma
La crítica destructiva, o	Siva
eliminativa, o selectiva	Vichnou

II. *Nuestro problema.* — La crítica plena o absoluta y la formación. Crítica docente, educativa, constructiva. Llamamiento al juicio y a la discreción.

La idea y sentimiento de la nacionalidad en la hora presente.

III. *Corporización del patriotismo en las grandes naciones modernas.*

- a) *Misticismo imperial en Japón.*
- b) *Misticismo y providencialismo en Alemania y Austria.*
- c) *Personificación de unidad y conservación del patriotismo en Gran Bretaña.*
- d) *Concreción del sentimiento y continuidad ancestral en los latinos (Francia-Italia).*

—*La idea de unidad nacional personificada en un hombre —símbolo, fuerza, consagración.*

IV. *La crítica absoluta en el primer período, destruye lo hecho, impide la concreción de elementos de juicio, estorba la formación de un criterio colectivo.*

—*Debe ser constructiva, formar la conciencia y el sentimiento nacionales del futuro sobre el pasado.*

IV. *SAN MARTIN Y SUS CRITICOS.*

A. *Los críticos argentinos. López.*

- a) *La desobediencia.*
 - 1º *Abandono de su país en manos de las facciones y la anarquía.*
 - 2º *Abandono de la frontera Norte — en manos de un enemigo triunfante (Alberdi).*

b) *Alberdi. Sus pasiones.* — Sus libros orgánicos de ciencia. Sus panfletos y diatribas. Su espíritu creador y sembrador de ideas. Su espíritu crítico, escolástico —gimnasia crítica. *El espíritu del instante.* Enorme labor constructiva y destructiva. Su contradicción permanente. Su falta de visión conjunta.

—Su noción de patriotismo no es integral, ni es altruista. No es territorial, es *egocentrista.*

—*Abastecedor de argumentos* contra los hombres, cosas y altos intereses de la República Argentina.

3º *Militarismo.* Ambición, dureza, terquedad. *Antipatía entre subordinados.*

4º *Antipatriotismo.* Americanismo. Ausencia de su país. “Sólo ocho años a su país” en 72 años! *No libertó a su país* sino a Chile y Perú.

¿Es ignorancia en Alberdi? No! Es explosión de ira por la *fiesta del Centenario.* (V. t. 11, p. 38 y t. 10 contra su estatua. *Póstumas*). Crítica de actualidad contra Mitre, Sarmiento y Avellaneda.

5º *Corrupción.* Acusaciones de un *co-barde* y de un *pirata y aventurero,* como Breyer y Cockrane.

Historias íntimas, de *Vic. Mackenna,* de *Frías,* de *Sarmiento,* de *Miller,* *Hall* y otros.

—*El alcohol! Las mujeres! El dinero! El mando!* Comprobaciones por Mitre, contrarias e indiscutibles.

6º *Fusilamiento de los Carrera*. Acusación política de los carreristas chilenos contra O'Higgins.

Fregeiro en su *Vida de Monteagudo* no ha dejado dudas sobre este punto. Y aun en el supuesto, no está probado que hubiera sido un sacrificio estéril.

B. *Los críticos de afuera.*

a) *Breyer, Cockrane y Pruvonema*. Réplicas de San Martín y Mitre, inconcusas.

b) *Villanueva*, p. 164. Pintura de San Martín.

←☞ *Contra* (Hall, trad. Aldao, pág. 8).

c) Los autores del libro *Bolívar*, concurren a exaltar a éste sobre San Martín, o cuando más, lo ponen a su lado. La propaganda ha tenido éxito.

V. SAN MARTIN.

A] EL HOMBRE.

1. *Origen*, — español, — criollo.

2. *Educación*. Noble, caballeresca, militar, — en las filas y en la lectura, su pasión dominante en su retiro.

—*Ausencia de retórica y erudición ampulosa* que le permitió no copiar modelos históricos.

—*Espíritu* claro, concreto, sincero y valiente.

3. *Energía y firmeza.* — Resultado de la vida militar en 22 años de campamentos y guerras. Rigor contra la *indisciplina* y el *deshonor militar*, — y la *lealtad*, etc.

— Benignidad y magnanimidad en la victoria, familiaridad y cariño con los oficiales.

Anécdotas de Mitre y de Hall (O'Brien y otros).

4. Sentimientos domésticos. *Amor paternal.*

Su hija, sus amigos, Pueyrredón, Belgrano, O'Higgins, Godoy Cruz, y otros.

¿Sus odios? Personales, *nó*, pero *sí* contra los vicios y tendencias contrarias a su misión y virtudes esenciales.

— *Breyer, Riva Agüero*, — excesiva violencia, — sus enfermedades neurálgicas. Pequeñas causas grandes efectos.

B] EL SOLDADO.

1. *Su aprendizaje* en España. *Crítica pueril de Alberdi*. Servidor del Rey. Venido como aventurero a América. 22 años de combates. La mejor escuela.

2. *Trasplante* de la disciplina europea a su patria, en el ejército. Mejora en la educación de las tropas.

— *El Retiro* { Escuelas de táctica
— *Mendoza* { y moral militar.

3. *Cualidades militares insuperadas* en América. El *soldado-ciudadano*. La disciplina consciente. Compenetración del *alma de su ejército*. *Admiración y amor* de sus inferiores. (Alejandro).

C] EL PASO DE LOS ANDES.

1. El punto *científico culminante*. Los pasos históricos. *Aníbal y Napoleón*, — Bolívar y San Martín. *Gral. Mitre*, pp. 550 y 551. Otros tradistas.

2. *Petre*, “Simón Bolívar el Libertador”, p. 440:

“El paso de los Andes ha sido comparado con los de los Alpes, por Aníbal y Napoleón. Sus dificultades físicas fueron más grandes que las que éstos encontraron; pero debe recordarse que éstos condujeron grandes ejércitos de tropas disciplinadas; la fuerza de Bolívar no fué mayor de 2500 hombres disciplinados a medias, con los cuales alcanzó las altiplanicies, sin un sólo caballo ni un cañón, y con sus tropas en un estado tal de desorganización, que las habría hecho fácil presa de los españoles, si éstos las hubiesen alcanzado en los primeros días. *La empresa de Bolívar, fué, sin duda, grande, pero difícilmente más que la de San Martín en los Andes chilenos*”.

—Importancia del estudio previo de la *geografía militar*, — y continua exploración de los territorios de probable ocupación.

3. *Los grandes obstáculos*.

a) *Terreno abrupto y desierto*. — Tropas novicias, habituadas a la llanura y sin educación técnica, con el enemigo en el camino.

- b) *La resistencia política y recelos patrióticos del lado de Chile.*
 - c) *La desconfianza en la plenitud del apoyo argentino, para la campaña, y de los bandos políticos internos.*
 - d) *Dificultades financieras, conocidas.*
4. *Campaña por mar a Lima.*
- a) Oposición del partido nacionalista chileno.
—Ambiciones y ambigua conducta de Cockrane, el futuro enemigo.
 - b) Los *anárquicos y facciosos* del Perú.
 - c) *Bolívar*, su ejército y su ambición. Guayaquil, término de la expansión de las armas argentinas hacia el norte.

D] LA GRAN DESOBEDIENCIA. — Su filosofía y resultados.

- a) *Anticivismo.* — Por dejar a su país entregado a las facciones y los horrores de la guerra civil.
1. La defensa y la explicación de Mitre, irrefutables. La permanencia del ejército en la República era estéril, — se perdía él y la causa de la libertad. Las sublevaciones en Mendoza, — el 1º de “Cazadores de los Andes”.
 2. *El pretorianismo* en Buenos Aires.
—La disolución y derrotas sucesivas del ejército argentino en el interior.
 - 3. *La despedida desde Valparaíso.* 22 jul. 1820.

Convicción de
San Martín

“Compatriotas: Yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias: vosotros me habeis recriminado aun de no haber contribuído a aumentarlas, porque éste habría sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas: *mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden.* En tal caso era preciso renunciar a la empresa de libertar al Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, *yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No; el General San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la Independencia de Sud América*”.

—Palabras cumplidas a costa de inmensos y aun no comprendidos sacrificios, — en *Buenos Aires*, en *Chile*, en el *Perú*, en el *ostracismo*.

4. *Comprobación de la conducta de San Martín.*

En la guerra del Brasil de 1827. La conspiración en el ejército argentino, en territorio enemigo.

Los restos gloriosos del ejército de San Martín. Lavalle y Dorrego. La Revolución de 1828. Muerte de Dorrego. Rozas. 20 años de tiranía.

5. *General insurrecto en país extranjero.*
(Villanueva).

a) Significado del *Acta de Rancuaga* (2 de abril de 1820). El ejército expedicionario bajo los auspicios de Chile y Perú, y las tropas más aguerridas de la Rep. Arg.

—El *Gobierno y Senado de Chile*.

b) *Expansión de las armas argentinas en el continente.*

Plan de Moreno
de reconquistar
Río Grande.

a) Expedición *Ceballos* hasta Santa Catalina del Brasil y Río Grande do Sul.

b) La expedición libertadora del Perú (San Martín) 1820.

c) La guerra del Brasil y campaña de Ituzaingó (1827).

El juicio de entonces y la gloria de hoy.

c) *Exito del plan de San Martín.* La libertad del Perú fué la libertad del Río de la Plata.

➤➤➤ *Junín y Ayacucho.*

E] CONDUCTA MAGNÁNIMA Y HEROICA DE SAN MARTÍN EN SU EXPEDICIÓN A LIMA.

1. *Desprendimiento político, en Chile.* Entrega del gobierno al pueblo liberado, contra sus adversarios y la ambición de Cockrane.

←➤➤➤ 2. *La entrada en Lima,* narrada por Hall, p... Nobleza y caballería.

←➤➤➤ 3. Su conducta moral. — *Hall.* — Comparece Bolívar.

4. *Prescendencia del Gobierno*. La independencia del Perú. Los *facciosos*. Tentaciones para la anarquía como en la Rep. Arg. (Riva Agüero).
5. *Su abdicación*, — definitiva.
—Principio de gobierno que abarca todo el porvenir de la democracia en América.
“*La espada es para libertar, pero no para oprimir a los pueblos*”. Verdadero fundador de pueblos libres.
Su *antimilitarismo*. Escuela del *soldado-ciudadano*, argentino y americano. Mitre, Urquiza, Roca, etc. (El desmentido a Alberdi).

Antimilitarismo.

VI. LAS COMPARACIONES.

1. Mi criterio. Comparar no es deprimir. *El paralelo histórico* desde Plutarco. La escuela de los *bolivarianistas*,—exaltar a Bolívar en mengua de San Martín. *Herencia de un pleito de odios* regionales y personales.
2. Riqueza de la Historia Argentina en Héroes y Próceres. Labor comparativa y diferencial de la crítica.
3. Bolívar, Napoleón, Wáshington. Loraine Petre, “Simón Bolívar, El Libertador”, p. 438:
“Bolívar ha sido comparado con Wáshington y con Napoleón y aun Larrazabal lo pondría por encima del héroe norteamericano. Una y otra comparación nos parece inapropiada. Si se pudiera decir que

Bolívar se hallaba en el mismo nivel que Napoleón respecto del *medio* en que se desarrolló su acción, podría haber algún sentido en el paralelo. Pero entonces tendríamos que recordar el enorme abismo existente entre Sud América y Europa, en civilización, cultura y en casi todas las demás condiciones. *El Libertador no tenía ciertamente ni el talento militar ni el político del gran corso, —y en el terreno de la moral y de otras cualidades, no es posible compararlo con Wáshington. ¿Es concebible imaginar a Wáshington declarando la guerra a muerte u ordenando la massacre de los 800 prisioneros de Caracas y la Guayra? ¿Y qué se diría al recordar las adulaciones del Perú y Bolivia? Tales cosas no son concebibles ni aun con respecto a Napoleón”.*

“La comparación de Bolívar con Napoleón como genio militar es un absurdo. El no tenía educación militar, ni práctica ni teórica... Mitre ha caracterizado su sistema de guerra como una especie de mezcla de indígena y europea. Conociendo muy poco de táctica y menos aun de estrategia, ganaba sus victorias por la audacia, por el ímpetu del ataque y por la firme constancia en la derrota... Los ejemplos de Bomboná y Junín bastan para demostrar que las nociones militares de Bolívar eran excesivamente crudas. El hecho es que toda su campaña rara vez pasó de ser una guerrilla, y es ridículo comparar a un conductor de guerrillas con Napoleón o con Wáshington...”

Wéllington se limita, en su explicable reserva, a hablar de Bolívar como de un “distinguido jefe”.

4. *San Martín y Bolívar.*

- a) *El gran debate.* La América dividida en dos bandos. Apasionamientos inútiles y extemporáneos. *La cuestión está ya resuelta* en el terreno de la
—*Virtud cívica* y política, y de la
—*Capacidad militar*,
irrevocablemente en favor de San Martín.
- b) *Carácter y condiciones personales de Bolívar.* Su educación *literaria*. Imitaciones de Napoleón. Lecturas de Chateaubriand. Su ambición de gloria, — la *pose* histórica. La *crónica propia* y la sugerida. El *canto* de Olmedo a *Junín*. Bolívar es poco menos que Dios.

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Proclaman a Bolívar en la tierra
Arbitro de la paz y de la guerra...

Sus proclamas napoleónicas, artificiales. Su delirio del *Chimborazo*, su salto en el *Tequendama*, parece querer realizar aquello del mismo Napoleón cuando decía que “*un general debe ser charlatán*”, —parecía escrito para él.
—*Desigualdades, intermitencias, puerilidades, locuras y caídas, desfallecimientos*, a punto de dar lugar a discutir el problema de su *cobardía per-*

sonal, como lo hace *Lorraine Petre*, p. 447.

Éxitos y caídas. No dejó nada detrás de sí, más que “*un siglo de revoluciones y anarquía*” (Petre).

- c) *Orgullo, vanidad, arrogancia, ambición* de Bolívar. Su *teatralidad y ostentación*. Contraste con la *serenidad, moderación y modestia* ingénita de San Martín.

—Los dos *entrados en Lima*. La ciudad de los espectáculos. La Roma y sus triunfadores, en la fantasía de Bolívar. — Imitando a Napoleón.

—*San Martín no imitaba a nadie*, por más que su cultura le permitía conocer los grandes modelos. Era el resultado de su vida exclusivamente militar. (22 años de combates en Africa y Europa, 10 años en América).

- d) *Unidad de vida y conducta de San Martín*, con relación a su gran propósito: *la independencia*.

Fué una “*vida consagrada*”:

* *Haldane*, pp. 96 y 97.

“Tener éxito es poner en la acción toda la fuerza propia... y la única vida que, para nosotros, seres humanos, puede ser perfecta, es la *vida consagrada*. Entiendo por la expresión “*vida consagrada*”, una vida que se halla, con toda su fuerza, concentrada en un alto propósito. El propósito, aunque grande, debe ser restringido. El fin puede no siempre ser alcanzado”.

e) *La eficacia de uno y otro.* Consiste la diferencia en que San Martín realiza la “vida consagrada” y *Bolívar, nó.* Este no tenía el espíritu de sacrificio ni de renuncia personal en aras de los demás.

—Obtuvo su *gloria militar*, y quiso aprovecharla para su poder y gloria política. Su constante ingerencia en las luchas de partidos. *Nada dejó organizado detrás de sí.* Todas sus combinaciones políticas fracasadas.

La censura
de Alberdi
a San Martín.

—La confederación granadina.
—El congreso de Panamá.
—La unión sudamericana.

VII. LA GRAN ABNEGACION.

a) *El misterio de Guayaquil.* Disolución del *binomio* sudamericano. La discusión de ideas de gobierno es ociosa e ineficaz. Lo que valía era la coexistencia de los dos *jefes o caudillos.*

b) *La conducta de Bolívar.* Agresiva, *excluyente*, desafiadora o *provocativa contra San Martín.* El choque de los dos era la destrucción de la *fuerza final* de la Revolución, en el *punto final* de su desarrollo militar.

—Casuística y cuestiones.

c) *La lógica de San Martín.* Salvar la causa de la Independencia a costa de su propia grandeza y gloria.

1º Ofrece *servir a sus órdenes*, —no es creído.

2º *Abdica el mando y el gobierno*, —y es atribuído a *derrota o impericia política*.

3º Soberana superioridad moral, —en el desprecio de la arrogancia.

d) *Síntesis y juicio de Mr. Elihu Root.*

➤ “San Martín ejecutó su designio (de libertar la América por la conquista del Perú) con audacia avasalladora, tenacidad de propósito, dominio sobre los hombres, talento organizador y abnegación personal. Venció obstáculos visiblemente insuperables, consumó uno de los movimientos militares y políticos de la historia, realmente grandes, y gobernó en Lima como “Fundador de la libertad del Perú”. Al mismo tiempo, Bolívar había conducido con éxito la revolución en Venezuela y Colombia, y la *unión de las fuerzas patriotas del Norte y del Sud*, parecía que debía completar la extirpación del poder español en el continente meridional”.

“El carácter y conducta de Bolívar pronto dejaron ver que miraba a San Martín como rival, que no cooperarían ambos, y que la continuación de ambos comandos, entrañaría la lucha por el predominio personal de los dos jefes, esto es, *la pérdida de la causa patriota. Entonces San Martín dió un ejemplo de sacrificio personal más admirable que sus victorias y su estrategia*. Para que un ejército patriota unido, pudiese oponerse a las fuerzas españolas, se eliminó a sí mismo, declinó su mando, sus títulos, sus dignidades

y su poder,... y abandonó la escena de sus grandes azañas, para no volver jamás”. “Envió a Bolívar sus pistolas y su caballo de guerra, con esta carta: *Reciba, General, este recuerdo del primero de sus admiradores, con la expresión de mi sincero deseo de que usted pueda tener la gloria de concluir la guerra por la independencia de América*”.

“San Martín murió sin ser comprendido, y en el ostracismo. A los generales y políticos, —que mantuvieron a las repúblicas sudamericanas en continua efusión de sangre por sus ambiciones personales, y a sus secuaces,— el espíritu de propia seguridad que exige poder y gloria, les parecía admirable, y el espíritu de abnegación personal les parecía debilidad.

“Pero a medida que la gente de estos países se ha elevado a una conciencia más alta del deber y del honor, *ha llegado a ser un hecho que el Gran Sudamericano — el único digno de ser nombrado al par de Wáshington, como ejemplo o inspiración de patriotismo, — fué el modesto soldado que cuidó más su causa que su empleo, y que no aspiró el poder por el poder, sino que lo creó y dignificó para el bien de su patria*”.

- e) *Lord Haldane (La vida consagrada)* p. 96: “Aquel que se proponga realizar alguna cosa, debe empezar por limitarse a sí mismo. *El hombre que quiera conducir a otros hombres debe ser capaz de renuncia.* No es en un mundo aparte, sino en éste, y en actualidad, en el deber siquiera sea

humilde, de cerca de nosotros, *donde se halla la realización del más alto yo, el yo que tiende a divinizarse...* y donde debe ser buscado”.

- f) “*La renunciación*, —según Rabindranath Tagore,— *Sadhana*, p. 151. Esencia de la más pura moral conocida, —es la más pura realidad del alma humana. Cuando el hombre dice de alguna cosa, “no la necesito porque estoy *más arriba que ella*, da existencia a la más alta verdad que reside en su alma”. Luego, renunciación significa elevación moral, selección, divinización.
- g) La vida de San Martín es la *glorificación de un carácter* por el sacrificio y la abnegación. Es el exponente supremo del genio y cualidades de su raza y de la humanidad.
- h) *Contraste de la vida de ambición, concupiscencia e inmoralidad de Bolívar*, hasta los últimos años. Libertador y dominador. La revolución del 25 de setiembre de 1828. Conducta indigna de Bolívar. La querida Manuela Sáenz.

VIII. OSTRACISMO, VEJEZ Y MUERTE DE SAN MARTÍN.

- A. GRANDEZA HISTÓRICA de la abdicación. Persecuciones pueriles y feroces, en Buenos Aires. Espionaje y calumnias. Vejámenes. —Retiro a Europa. Su vuelta a la patria, en 1829. El último golpe de la ingratitud y la perversidad. —*La religión del silencio* y la miseria imperturbable. El fallo de la posteridad.

—Todas las críticas, ofensas, calumnias y diatribas, refutadas por la alta serenidad de su ostracismo.

—*El pensamiento de la Patria.*

a) Su vuelta en 1829. b) Su envío de la espada en 1845. c) Sus cartas a sus amigos, y conversaciones con sus compatriotas visitantes.

—Un cuadro reciente, Alice.

B. SU MUERTE, comparable a la de Wáshington.

—La muerte de Bolívar. Agitaciones, delirios, —la de un histrión.

“Los tres más grandes majaderos de la historia, hemos sido Jesucristo, Don Quijote y... Yo!”

IX. CONCLUSION.

San Martín tipo representativo de las más altas virtudes civiles y militares que pueden adornar a un hombre, a un pueblo y a la humanidad.

—Fué un héroe, de una idea-fuerza, y de una gran síntesis de civilización, para una vasta porción del mundo, y su ejemplo e influencia moral serán tanto más efectivos cuanto más conocida sea nuestra historia, en América y Europa. Tiene todas las cualidades que hacen un *aedo*, un *patricio*, un cimiento y columna de nacionalidades, y un tipo insuperable de virtud y fortaleza de una raza, que puede ser representada en el futuro por la Nación Argentina.

Carácter

Es, en sentido más específico, un representativo de cualidades que nuestra sociabilidad nacional no ha comprendido aun, ni menos incorporado a su carácter colectivo, —el espíritu de armonía, unidad, cohesión y disciplina, que tan alto conducen a las naciones en la conquista como en la defensa; y que, ausente del espíritu de un pueblo, lo arrastra a las más grandes calamidades internas y exteriores, por la desunión, la discordia, el odio y la disolución nacional.

Y por el contrario, cuando una nación puede ostentar esta ejecutoria de nobleza en su heráldica, debe afirmarse en la convicción de su destino representado por el hombre que más alto levantó su ideal colectivo y su timbre moral. Y si los futuros conductores de nuestros ejércitos de tierra y de mar, se inspiran en estos ejemplos insuperados de virtud y selección, y comprenden que la milicia no es un fin, sino un medio en la creación y desarrollo de los pueblos, haciendo escuela de las más altas cualidades de sus fundadores, podemos mirar con menos pesimismo nuestro presente, y esperar confiados para el porvenir, una patria intangible, respetable y respetada, por su cultura, por su fuerza educada y fecunda, y su fe inquebrantable en los ideales eternos que guían y salvan a las naciones de las más terribles crisis de la historia.

Nuestra nacionalidad en formación, está minada todavía por los mismos gérmenes que perturbaron las primeras décadas de

su crecimiento, semillas aun no extirpadas de los viejos males de la discordia, la disociación, el odio y la indisciplina ingénita; no abandonemos, en toda nuestra labor constructiva del alma y de la conciencia argentinas, la guía suprema, el molde acabado y el tipo perfecto del hombre-acción, valor, abnegación y disciplina, con cuyas virtudes pudimos ser libres contra el poder de una vieja monarquía y contra el enorme cúmulo de obstáculos interiores, nacidos de nuestro territorio, de nuestro pasado inmediato y de los inevitables fallos de la naturaleza humana.

V

EL SILENCIO DE SAN MARTIN

EL SILENCIO DE SAN MARTIN *

I. INTRODUCCION.

- a) *Retribución al doctor Gallardo.* — El honor de la presentación. Su personalidad científica y social. Representación de la ciencia argentina.
- b) *Advertencia* sobre mis extensos estudios sobre San Martín, bajo todas sus fases. Temor de repetirme; pero aun así, es grato conversar sobre asunto como éste. Conferencia anterior bajo el mismo techo...
- c) *Oportunidad* del tema, por la intensificación de la propaganda antipatriótica difundida en el país por el comunismo anárquico, y por la valiente reacción iniciada en la enseñanza por el Consejo Nacional.
La resolución del 8 del corriente: su significado y valor específico como principio docente y como política nacional y humana.

➤➤➤➤➤ ➔ Párrafos 2, 3, 4.

* Conversación en el salón del Museo Escolar Sarmiento, del Consejo Nacional de Educación, el 13 de noviembre de 1920. Véase su texto en la pág. 37.

d) Coincidencia con el movimiento producido en toda la Europa occidental, Francia, Italia, Inglaterra. La gran demostración escolar en Inglaterra, con motivo de las primeras vacaciones del primer año escolar después de la guerra: oigamos al *Times*:

“Un nuevo espíritu, —el espíritu de ciudadanía,— ha surgido en las escuelas. Entre los mismos niños parece existir un general deseo de comprender los problemas sociales del día, las exigencias del trabajo, el mensaje del cristianismo al mundo moderno. Se muestran ansiosos por participar en la positiva labor de la vida y caracterizarse por haberla realizado”.

Señala la tendencia hacia una especialización mayor en materias más estrictamente prácticas, y agrega, concordante con el párrafo 5º de la resolución del Consejo Nacional:

“Pero hablar en los idiomas de todos los hombres y de los ángeles y comprender todos los conocimientos y todos los misterios, *aun los de la ciencia*, no es el total deber del hombre ni del niño...”

Concordancia general con la declaración del 6 de corriente, del 2º Congreso de estudiantes normalistas, sobre nacionalismo en la enseñanza.

e) *Elementos múltiples de la enseñanza nacional*: el suelo, la raza, la ciencia, los hombres *superiores*, los hombres

cuyo carácter es y puede ser *guía* o *modelo* de conducta moral, en cada país. El verdadero héroe es siempre un tipo *universal* y eterno, por la ética y la estética del sacrificio humano.

Patriotismo y *humanismo* son dos conceptos semejantes, concordantes, casi diríamos idénticos, porque ambos tienden a un mismo fin, a la exaltación de las virtudes fundamentales que van *unificando el código moral de la humanidad*.

II. EL CRITERIO MORAL SUDAMERICANO, y sus grandes figuras históricas.

- a) El temple *combativo* y *aventurero*, *heroico* y romanesco de la raza. Tendencia a la *personalización* de las cuestiones o motivos, “hay *duelos de hombres* y no *luchas de ideas*, ni problemas orgánicos”. El grado de cultura de un pueblo o de una época se mide por la comprensión de este dilema.
- b) *San Martín* y *Bolívar*. — El gran drama histórico. La independencia en sí pasa a un segundo plano; el primero es “quien de los dos va a quedar con la gloria y el prestigio de la total liberación”, cual de los dos va a ser el vencedor, no importa la moral del fondo ni de la forma: no hay para la opinión del día, —ni acaso para la de hoy,— una conjun-

ción o colisión de fuerzas representativas de dos corrientes históricas, sino un choque espectacular o teatral, de dos lidiadores que van a decidir como en un juicio de Dios, *quien va a quedar con el mando y con la gloria consiguiente.*

- 1) San Martín va con el *ideal* de su misión. Bolívar con la preocupación *ambiciosa de su triunfo* sobre un rival. El ambiente de uno y otro, favorece al segundo: es la comprensión media del ambiente.

La solución no era dudosa. El *ideal* de la independencia debía realizarse y San Martín se pone entero a su servicio. La *abdicación* era una lógica, y cuanto más absoluta, era más eficaz. De ahí el ostracismo "hasta la muerte".

- 2) *Bases del antagonismo.* Los caracteres opuestos, como *hombres*, como *militares*, como *Estadistas*.

San Martín. Sencillez, entereza, sinceridad, desprendimiento, modestia. *Bolívar.* Complejidad, doblez, ambición personal, vanidad.

- 3) *El coro histórico.* El *triunfo* de Bolívar. La *derrota* de San Martín. La *literatura Bolivarista*, rica, copiosa, lírica y apologética. La *idem argentina*, reservada, reticente, cuando no injusta, cruel e insidiosa.
- 4) *Las acusaciones argentinas contra San Martín*, hijas de la incompre-

sión y la obcecación pasional de la política. Tendencias Bolivaristas en la Argentina. *El tipo ético era superior a su medio.*

5) *Juicio extranjero.* Es una especie de posteridad. Mr. *Elihu Root.* Su libro. Lo repetiré mientras viva. Su profunda verdad.

→ “San Martín ejecutó su designio con audacia avasalladora, tenacidad de propósito, dominio sobre los hombres, talento organizador y abnegación personal. Venció obstáculos visiblemente insuperables, consumó uno de los movimientos políticos y militares de la historia, realmente grande, y gobernó en Lima como fundador de la libertad del Perú. Al mismo tiempo Bolívar había conducido con éxito la revolución en Venezuela y Colombia, y la *unión de las fuerzas patriotas del Norte y del Sud* parecía que debía completar la extirpación del poder español en el continente meridional.

“El carácter y conducta de Bolívar pronto dejaron ver que miraba a San Martín como un rival, que no cooperarían ambos y que la continuación de ambos comandos entrañaría la lucha por el predominio personal de los dos jefes, esto es, *la pérdida de la causa patriótica.* Entonces, San Martín dió un ejemplo de sacrificio personal más admirable que sus victorias y su estrategia. Pa-

ra que un ejército patriota unido pudiese oponerse a las fuerzas españolas, se eliminó a sí mismo, declinó su mando, sus títulos, sus dignidades y su poder... y abandonó la escena de sus hazañas para no volver jamás.

“Envió a Bolívar sus pistolas y su caballo de guerra, con esta carta: “Reciba, General, este recuerdo del primero de sus admiradores, con la expresión de mi sincero deseo de que usted pueda tener la gloria de concluir la guerra por la Independencia de América”.

“San Martín murió sin ser comprendido, y en el ostracismo. A los generales y políticos, —que mantuvieron a las repúblicas sudamericanas en continua efusión de sangre por sus ambiciones personales, y a sus secuaces—, el espíritu de propia seguridad que exigen el poder y la gloria, les parecía admirable, y el espíritu de abnegación personal les parecía debilidad. *Pero a medida que las gentes de estos países se han elevado a una conciencia más alta del deber y del honor, ha llegado a ser un hecho que el Gran Sudamericano —el único digno de ser nombrado al par de Wáshington, como ejemplo de inspiración patriótica—, fué el modesto soldado que cuidó más su causa que su empleo, y que no aspiró al poder por el poder, sino*

que él lo creó y lo dignificó para el bien de su patria”.

←≡≡≡ *Lord Haldane, La vida consagrada,* p. 96:

“Aquel que se proponga emprender alguna cosa, debe empezar por limitarse a sí mismo. *El hombre que quiera conducir a otros hombres, debe ser capaz de renunciación.* No es en un mundo aparte, sino en éste, y en la actualidad, en el deber siquiera sea humilde de nuestro medio, donde se halla la realización del más alto yo, el yo que tiende a divinizarse... y donde debe ser buscado”.

←≡≡≡ “¿Renunciación?” Oigamos al más alto profeta y bardo del día presente: (*Rabindranath Tagore*, en la página 151 de *Sādhana*:

“La renunciación es la más profunda realidad del alma humana. Cuando el hombre puede llegar a decir de alguna cosa —“no la necesito porque estoy más arriba que ella, da existencia a la más excelsa verdad que reside en su espíritu”.

- 6) *Las comparaciones.* Con Washington, Napoleón, etc., del ditirambo contemporáneo, las ha reducido a su valor real el inglés *Lorraine Petre*, en su libro *Simón Bolívar, el Libertador*, p. 438: (Antecedentes y estudios técnico-militares, y dice): “El Libertador no tenía, ciertamente, ni el talento militar, ni el polí-

San Martín soldado civil de la Constitución.

Educación militar, genio político.

tico del gran corso, y en el terreno de la moral y de otras cualidades, no es posible compararlo con Wáshington. ¿Es concebible imaginar a Wáshington declarando la guerra a muerte y ordenando la *massacre* de los 800 prisioneros de Caracas y de la Guayra? Y qué se diría al recordar las sumisiones del Perú y Bolivia? Tales cosas no son concebibles ni aun con respecto a Napoleón”.

“La comparación de Bolívar con Napoleón como genio militar es un absurdo. El no tenía educación militar, ni práctica, ni teórica. Conociendo muy poco de táctica y menos de estrategia, ganaba sus victorias por la audacia, por el ímpetu del ataque y por la firme constancia en la derrota... La verdad es que toda su campaña jamás pasó de ser una guerrilla, y es ridículo comparar a un conductor de guerrillas, con Napoleón o con Wáshington...

Wellington se limitaba a hablar de Bolívar como un distinguido jefe”. En la pág. 447 concluye su estudio comparativo de los pasos de los Andes del Ecuador y de Argentina y Chile, diciendo:

“La empresa de Bolívar fué grande, sin duda, pero difícilmente más que la de San Martín en los Andes chilenos”.

7) *Espíritu con que rememoro estos juicios, no anti-bolivaristas, sino de-*

mostrativos de la inútil exageración de cualidades de los hombres superiores, —porque falsean la moral, desvían la justicia y alejan el reinado de la paz entre hombres y naciones.

San Martín, soldado civil. (No derramó sangre inútil).

III. VALOR ETICO Y REPRESENTATIVO DE LA VIDA DE SAN MARTIN en su última faz. Estudio educativo.

a) *Vida consagrada*. Haldane, pp. 96 y 97:

←☛ “Triunfar es poner en la acción toda la fuerza propia... y la única vida, que, para nosotros, seres humanos, puede ser perfecta, es la “vida consagrada”. Entiendo por la expresión *vida consagrada*, una vida que se halla con toda su fuerza, concentrada en un alto designio. El designio, aunque grande, debe ser restringido... *El fin puede no siempre ser alcanzado...*”

b) *El ideal o designio* supremo de San Martín:

1º La independencia de la España y de la Europa (declaración de 9 de julio, 1816).

2º La libre y propia decisión de los Estados sudamericanos sobre sus propios destinos político-gubernativos.

(La frase célebre del Perú, — antimilitarista. Alberdi!)

3º Borrar por la educación y la acción política, los odios mortales y la tendencia a perpetuar las luchas intestinas, que consideraba *una reacción contra la idea de la independencia.*

- c) Explicación de la conducta prescindente en su país, en *Chile* y en *Perú*, y de la violencia en la condena-
ción de tentativas y calumnias en tal sentido. (Riva Agüero).

La persecución desconfiada, calumniosa y sospechosa en su patria. En Mendoza —en 1829—, en Europa mismo. La conducta privada, —y honestidad, etc. El juicio histórico.

IV. EL OSTRACISMO SILENCIOSO.

Es la consagración de la verdad de su ideal, y *el sello superior, ético, de toda su vida.*

- a. *Garantía material* de prescindencia político-militar en la lucha *fratricida.*
- b. *Garantía moral*, contra toda ingerencia indirecta ni directa en la política, —ni en perturbar el libre desarrollo de las democracias sud-americanas.
- c. La forma de gobierno, —¿monarquía? ¿república? No importa. No influyó en nada en su acción. *Injustas críticas* de *López* y *Alberdi*, —y otros contemporáneos, sobre su con-

ducta y enfriamiento patriótico. Si venía, era un *tirano*, si no venía era un *renegado*. El ostracismo y el silencio, única solución.

d. *La sublimación del carácter* por la *ausencia* y el *silencio*.

1. El *estudio*, la meditación, la contemplación y las virtudes domésticas. Su vida en Francia. Agricultor y educador.

2. *Silencio no es cobardía: es heroísmo de contención* de mil fuerzas disolventes y hostiles que amenazan la vida y la libertad de los pueblos, —tutelados. La libertad de los países sudamericanos.

3. *Silencio purificador*, si es contemplativo. “Haz el silencio en torno y dentro de ti mismo, si quieres oír el canto de tu alma” (Graf).

Error del criterio vulgar que considera a San Martín, duro, grosero, agresivo. Léase sus biógrafos y visitantes durante su ostracismo. En la ausencia y la meditación San Martín había *afinado* su espíritu al diapasón de las más puras concepciones ideales. El ambiente europeo y el calor ingénito de su corazón americano.

V. SAN MARTIN Y EL ARTE.

Hieratismo
falso.

- a) *Vulgaridad* del arte histórico, por lo convencional y extra-humano. El protocolo en el arte deshumaniza las figuras históricas, —las desequilibra y las destruye. El *teatro* histórico tiene el mismo defecto: *Shakespeare* hace de ellas hombres reales, no imágenes de academia.
La fantasía en la realidad.
La estatuaria militar.
El cuadro en lienzo, es más humano, abstracto y poético.
- b) *Realidad histórico-poética* del cuadro de Alice. Las descripciones de Alberdi y de Sarmiento. Lo pintan más o menos a los 65 años de edad, erguido, enérgico, jovial, animoso, hasta la ceguera final.
- c) *El sol poniente* y la sugestión poética: El gran misterio del silencio. ¿Cuál fué el pensamiento? La patria, “mi corazón a Buenos Aires”. Sea cualquiera el ideal humano de un espíritu, su idea final es: ¿“en qué suelo dormiré mi último sueño?”
Idea del *Hombre sin Patria* de Hare.
El último rayo rojo del sol poniente en las vísperas de Caseros, fué el anuncio de la liberación, fué el adiós definitivo de la patria?

VI

LA ESCUELA NUEVA Y LA ANTIGUA

LA ESCUELA NUEVA Y LA ANTIGUA *

I. INICIATIVA DE LA NUEVA DIRECCION Y CONSEJO.

Progresos
e impulso
recientes.

1. *Utilidad* de estas conferencias y reuniones realizadas con *espíritu libre*; cooperación y recíproca ayuda y control entre los maestros.
2. Colaboración de éstos en el *gobierno escolar*. “No hay buen gobierno escolar sin el maestro; no hay buena escuela sin el alumno”.
3. Ventajas para el legislador, por la experiencia y consejo de la acción.

II. EL CONFERENCIANTE.

1. *El orador*, —el *escritor*, —el *educador*. Fragilidad de estas condiciones. Nada de arte ni de *retórica*, ni de efecto. 1º la *sinceridad*, 2º la *buena doctrina*. La *retórica* antigua que odiaba Marco Aurelio y San Agustín, — es la *oratoria* moderna.
2. La edad y la experiencia van “apagando las luces del estilo”. Fray Mamerto Esquiú.

* Conferencia en la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, 23 de abril de 1913.

3. *La elocuencia de la acción.* La buena lección de la *realidad* sin vanas ostentaciones ni reclamos, etc., etc.

III. LA ESCUELA Y EL MAESTRO.

1. *La escuela y la sociedad moderna.* Mucho se ha *escrito y hablado* sobre esto, pero se ha *hecho poco.* La cuestión en *Europa*, —en *Norte América*, —en *Sud América.* Desarrollo relativo y diferencial. Influencia de las ideas, hábitos y prejuicios ancestrales y *tradicionales.*

Findlay, p. 114.

La religión. El sedimento aristocrático. (Inglaterra). La *libertad* sin reatos (Est. Unidos) Suecia y Alemania.

2. *Sud América.*

- a) El pasado. No hay discusión religiosa. Espíritu restrictivo de la Colonia. No hubo pensamiento educador por la *idea* sino por la *fuerza* y el *temor religioso.*
- b) *España* no se ocupó de crear un *espíritu* imperial, como Inglaterra y Austria. Ley histórica infalible. *Turquía*, disolución.
- c) *La escuela primaria* en la Colonia. Ardua tarea la de la Revolución (Belgrano) *Rivadavia.* Urquiza y la nueva era. Educar, educar, educar. Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca.

3. *Efectos fecundos de la escuela simple. Leer, escribir y contar. Expansión natural del espíritu. La larva y su evolución. Lección primaria al educador moderno. El poder sugestivo de la primera etapa.*

La generación de Mayo. Impotencia del residuo religioso, para vencer factores más esenciales.

4. *La escuela nueva argentina y la escuela nueva moderna.*

1. *Desarrollo desde 1853 a 1910.*

Valor de la obra realizada. Lo *cuantitativo* y lo *cualitativo*. La ley del progreso en educación es compleja. "Fórmula que se desarrolla en un medio que se desarrolla". Valor específico de lo *cualitativo*, y valor actual de lo *cuantitativo*. Hay *simultaneidad*.

2. Valor de los factores *religioso* y *político*. Desalojado el primero, el segundo se reduce al concepto *nacional* y *constitucional*. *Patria* y *gobierno*.

Lo *permanente* y lo *transitorio*. El hombre en la sociedad. La Nación en la humanidad. La *escuela* es el germen de una y otra, —hace al hombre y a la Nación. La *esencia* no puede ser *transitoria* ni *variable*, sino *substancial* y *evolutiva*. La ciencia del hombre y la sociedad.

3. *La escuela moderna y la experiencia humana.*

➤ Réclus, *L'homme et la terre*, página 439:

“Algunos educadores comienzan ya a comprender que su objetivo debe ser el de ayudar al niño a desarrollarse conforme a la lógica de su naturaleza: no puede ser otro su fin que hacer “abrir” (éclore) en su joven inteligencia lo que posee ya en forma inconsciente, y secundar cuidadosamente su trabajo interior, sin prisa, sin conclusiones prematuras. Hay que guardarse tomar la flor para hacerla abrirse por fuerza, indigestar (gaver) la planta o el animal dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancioso. El niño debe ser sostenido en su estudio por la pasión... Como los pueblos nacientes, los niños tienen que recorrer su carrera normal representada por la gimnasia, los trabajos manuales, la observación, las primeras experiencias. Las generalizaciones vienen mucho más tarde. Si no, hay que temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades mentales, y que se les vuelva excépticos y cansados, lo cual, entre todas las desgracias, sería la más grande”.

Findlay,
p. 67, 69.

4. *Valor de la ciencia de observación y experiencia en la escuela moderna.*

a) *La escuela y el niño*, éste es la escuela. Esta se funda en la naturaleza de su inteligencia y afectividad. El maestro es el jefe o director de un laboratorio de experiencias *psico-físicas* más o menos perfectas, sino, no es escuela racional ni científica.

b) *La memoria y la experiencia.* Prueba en *una clase* en que hay experiencia, —ningún niño atenderá su libro sino la mesa del operador.

—*En el campo*, el niño no atiende a la madre, institutriz o maestro, si ve un nido, un pájaro, una flor.

—*Interés inmenso del idilio, poema o drama* de la naturaleza. *Valor* educativo de la *observación* del mundo físico, de la fábula o apólogo en la escuela moderna. La curiosidad y el ansia de *verdad y realidad.*

—No hay fuente más fecunda de emociones que la verdad y la vida.

“La antigua escuela *velaba* la vida en homenaje a ideas tradicionales: la escuela nueva *devela* la vida, en apoyo, desarrollo y embellecimiento de la vida misma”.

—La excursión, la lectura, la geografía.

c) *La moral de la verdad y la ciencia*. La gran cuestión. Síntesis en las palabras “*et veritas liberabit vos*”. Libertad humana, física, política, religiosa, mental, todo. Sólo la *ciencia* puede llegar a la verdad. La *metafísica* y su valor, —auxiliar. En el terreno de las hipótesis, anterior y posterior.

Balfour.—Shaefer.

“No hay moral sin espíritu de veracidad; no hay veracidad sin realidad. “*Verum est id quod est*”. La observación, —la ciencia.

IV. EL MAESTRO, EL NIÑO Y LA ESCUELA.

1. *La antigua fórmula*. — “La letra con sangre entra”. La palmeta. El deber de enseñar. (Anécdota de la Sra. Lea! Patas arriba!) El maestro despota, el niño esclavo. Escuelas de ignorancia. *No para desasnar, sino para adiestrar el asno*. Sor Inés de la Cruz?

2. *El maestro en la escuela moderna*. *Maestro de ciencia, conductor de almas, en busca de la verdad*. Caudal que debe reunir.

»»»→ *Réclus*, id. p. 439:

“El amor y el respeto del maestro por el niño deberían prohibirle em-

plear en su trabajo de tutela y de enseñanza el procedimiento sumario de los antiguos déspotas, —la amenaza y el terror: no tiene a su disposición otra fuerza que la superioridad natural asegurada al educador por el ascendiente de su figura, su fuerza, su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Es mucho con tal que el niño guarde el pleno dominio de sus facultades y no se disminuya por el exceso de trabajo”. “Dado que la educación es una colaboración entre el alumno que se presenta con su carácter propio, sus hábitos y costumbres particulares, su vocación especial, y el profesor que quiere utilizar estos elementos para la obra de desarrollo moral e intelectual que emprende, éste debe conocer a fondo a cada discípulo, y al practicar la más equitativa imparcialidad, proceder diferencialmente con cada individuo. Su clase no podrá contener, pues, demasiados alumnos”, etc.

3. *Elemento afectivo y emocional. El alma del maestro. Su ciencia. Su cultura. Su corrección. La conquista espontánea por el prestigio de la persona.*

—Adivinación de la inteligencia del niño, sobre la capacidad del maestro. Poder de la *sensibilidad virginal* del niño. La *clase* y su *timbre ético* y

afectivo, dependen de éstas calidades reunidas.

3a. Formación científica del maestro.
Las escuelas normales de profesores.
Las *Facultades* de educación.

4. *La formación moral* (no enseñanza de la moral) *del niño*, es un resultado de la *ciencia* y el grado que su espíritu haya penetrado en él, —y el alma e influencia del maestro, —la 1ª es convicción y tendencia a la verdad, el 2º es sentimiento y tendencia al amor del prójimo y de la humanidad.

5. *Posición social y oficial del maestro*. Independencia y decoro. Libertad y respeto. Seguridad de la vida. Salud y alegría moral. Su hogar y su medio. Progreso intelectual y moral.

—*Los gobiernos y los maestros*. Estado actual. Horror al intelecto.

a) El nombramiento. El sueldo. La seguridad de su cátedra o escuela.

b) La cátedra no es *empleo*. Es su ministerio, su función social. Su vacación. El maestro no debe pedirla; la ley debe dársela como un derecho.

c) Deber de los *funcionarios* del gobierno.

1. En el *presupuesto*, en la *ley*, en el *tratamiento*.

Suficiencia

Seguridad

Justicia.

(!) 2. En la conducta *estímulo* y atención. El *valor del servicio* y el valor del estímulo.

d) *Ejemplos de políticos* ingleses.

—El Rey Eduardo. Los ministros y políticos. Balfour. Roseberry. Avellaneda. Sarmiento.

—*La autoridad escolar*. Semi tutelar.

—*La inspección docente* y estimulante. No jueces sino cooperadores.

V. LA ESCUELA DE LA PATRIA.

1. La escuela es la Patria misma. La *nacionalidad* y la *Humanidad*. El hombre y la sociedad. Conciliación entre el *nacionalismo* y el *humanismo*.
2. *La escuela científica*, es la mejor escuela de la *Patria*. La hace conocer y por consiguiente, amar. El amor obligatorio del viejo sistema, es odio espontáneo. “*Tu debes querer*”.
3. *Escuelas nacionales y provinciales*. Son una misma en cooperación. Rivalidades y competencias. Coordinación necesaria. La Provincia Estado. El Estado Nación.
4. *La Provincia de Buenos Aires*, el modelo histórico y su deber de marchar a la cabeza. La Plata *foco científico, nacional*. La gran obra patriótica.

VII

IDEAS MODERNAS SOBRE LA ESCUELA PRIMARIA

IDEAS MODERNAS SOBRE LA ESCUELA PRIMARIA *

I. INTRODUCCION.

- a) El orador y su origen. Chilecito como centro de cultura, —anterior. Transformación, 1º por los progresos generales del país, 2º por la educación.
- b) *La Escuela Normal* y su misión de cultura en el oeste riojano.
- c) Otros institutos de instrucción especial. Minería nacional, agricultura intensiva.

II. EL ORADOR Y LA ESCUELA.

Vocación conocida. Profesor desde 1884 (Córd.) 1894 (Bs. As.) 1906 (La Plata). Gobierno de la enseñanza. — Consejo Nacional (1896-1901) Ministerio (1901-1906).

—Experiencia y ciencia. Cierta autoridad para hablar a maestros.

* Conferencia en la Escuela Normal de Chilecito (La Rioja) el 6 de noviembre de 1913.

III. VICIOS, DEFECTOS Y RUTINAS del sistema docente argentino.

a) La *rutina* mecánica. Impuesta por los primeros maestros norteamericanos. El buen lodo (la disciplina). El maestro mal pago, —malhumorado. Falta de estudio y espíritu de progreso. Influencia opresora del *medio* tradicional. La escolástica y el prejuicio. Ausencia del espíritu científico.

b) “El niño es malo”, —y la escuela corrige y castiga. El sistema penitenciario del período colonial, religioso. “Sólo el maestro es capaz y omnisciente”.

La *ciencia del prejuicio*, —sin estudio científico del niño.

—El viejo sistema colonial, eclesiástico, monárquico.

“El asno para la servidumbre”, pero no el hombre para la libertad. La educación en tiempo de la Colonia. (Cabrera, Cappa). Elogios. Su crítica.

Pastorales y catecismo cívico del P. San Alberto. (Rutina y pobreza).

IV. LA NUEVA ESCUELA.

Pedagogía científica. *El estudio del niño*, es su base. El *método* es el procedimiento. La observación constante del aula y el gabinete. Psico-fisiología. Sistema nervioso. La estadística gráfica de

la escuela. La experiencia de La Plata. —*Antes* la escuela era el *Maestro* y las *reglas*. Hoy la escuela es el *niño* y la observación científica. Dogmatismo y libertad.

V. EL NIÑO Y LA ESCUELA.

a) El estudio del niño es base de todo el nuevo sistema. Valor *humano* y *nacional* del mismo. 1ª El *hombre* para la humanidad; 2ª el *ciudadano* para la Patria; 3ª el *obrero* para el *bienestar material* y moral de la sociedad.

b) El *niño* padre del hombre. La naturaleza del niño. Es *originariamente bueno*. (Holmes, p. 70-71). *La corriente pura en su origen y envenenada en su curso*. El estudio del niño no es posible sin *libertad*, *amor* y *armonía* congénita.

c) El *encanto* del *maestro*, en el estudio del niño.

La *gracia*, —la chispa inicial, — el descubrimiento, —el amor del niño al maestro. La *maestra*, —la hermana y la madre del niño.

—*La imagen de Lord Roseberry* del jardinero y el brote, —y la flor. El cultivo de las *flores* y el de las *almas*. El niño en libertad es una fuente perenne de enseñanzas para el maestro, —como en la naturaleza la observación de los organismos físicos. La escuela *Montessori* de Roma.

VI. *EL NIÑO Y EL ESTADO.*

- a) *Puericultura y Eugénica.* El cultivo del niño y la ciencia de la raza. Las nuevas tendencias. Esparta. La academia. El nuevo Congreso Eugénico de Londres de 1912. "El niño, Padre del hombre" (Salomón). La escuela no es "puericultura", pero recibe su influencia. La *Universidad* es la llamada a realizarla. El laboratorio y la alta psicología. Las leyes de la vida (Biología).
- b) *La escuela de la verdad.* Formación del espíritu científico. Ciencias de observación. La definición de San Agustín confirmada por la ciencia. "Verum est id quod est". La naturaleza y sus encantos, poéticos y reales. El drama de la vida en los seres orgánicos más interesantes que las invenciones novelescas. (Maeterlinck. *Las abejas, Las flores*). La poesía de la realidad, y la de la imaginación. (Rien n'est beau que le vrai).
- c) *Valor nacional de este objetivo.* La base de las desgracias nacionales es esta triple:
 - a) *Educación secular en el prejuicio religioso.* El prejuicio metafísico, escolástico, teológico, como origen de todo conocimiento.
 - b) *La ignorancia y el odio* recíprocos en las relaciones privadas y públicas.

c) *La mentira, la simulación y el fraude* como fondo de la vida nacional.

—*La ciencia es el único remedio* para todos estos males, porque

1º *Crea y hace la conciencia de la realidad* de todas las cosas de la vida, moral y física.

2º *Engendra el amor* por la *admiración*, la conciencia del error y las comunes deficiencias. (*Conocer es amar, ignorar es odiar*) (Leonardo da Vinci) *Asquith* entre naciones y partidos.

3º *Suprime de raíz todo germen de falsía* por la formación del espíritu de verdad *científica* en la conciencia social y nacional.

d) *La escuela y la moral privada y cívica.*

1º grado,
sentido

1º Resumen de lo anterior. La ciencia y la verdad. *Unidad indisoluble* de la moral. Una sola *moral*, una sola *conducta*. El estoicismo antiguo y la moral científica moderna.

2º grado,
sentimiento

2º *La fábula y la imaginación.* La fábula fundada en el estudio de los caracteres animales, — plantas o abstracciones.

3º grado,
conciencia

3º *La historia y su enseñanza.* *Caracteres, hechos, leyes históricas.* Concepto educativo de la historia. El *concepto bélico* y el

concepto social. Las guerras y el odio. El falso patriotismo y el exagerado nacionalismo. El egoísmo nacional. Las usurpaciones y fuerzas.

—La *historia* debe conducir a la formación del concepto universal de la vida civilizada, — y su destino permanente.

—La *geografía.* Lugar y misión del hombre en el mundo. (Geológica, atmosférica, cosmológica).

—Las leyes y principios de la Constitución. Las normas prácticas del gobierno. La práctica de la moral *humana* y cívica en la vida escolar.

VII: CONCLUSION.

- a) La escuela de Chilecito. Su prestigio merecido. Iniciativas y éxitos.
- b) Irradiación de su influencia en mayor espacio. Reconstrucción y creación de un gran Estado.
- c) Contribución al engrandecimiento nacional.

VIII

LA BIBLIOTECA Y EL AULA

LA BIBLIOTECA Y EL AULA *

I. INTRODUCCION.

- a) Agradecimiento a la Directora, por mi designación para la fiesta.
- b) Condiciones de mi aceptación, —ni *discurso*, ni *conferencia*, —una simple *conversación* amistosa y confidencial sobre libros y bibliotecas, “et quibusdam alliis”.

II. LA INICIATIVA DE LAS BIBLIOTECAS DEL AULA.

- a) Su importancia como preocupación docente, —y como *reforma* o *adelanto* en los medios didácticos.
- b) El *actual estado* de la preparación metodológica del profesorado argentino. El *progreso realizado*, —*lo que falta*. Formación del profesor: *altos estudios* pedagógicos universitarios, —el laboratorio y el estudio directo.
- c) *La clase es el profesor*. Influencia de la convicción del saber. El *halo* invisible pero sensible que rodea a la ciencia, como a las personas más-

* Conversación en la Escuela Normal de Profesoras N° 1 de la Capital, el 21 de julio de 1914.

ticas: el *halo* de la ciencia. El *perfume* de la sabiduría, —el *olor* de santidad. “La santidad puede ser una sabiduría de la vida, como la sabiduría puede ser la santidad de la inteligencia”. Neoplatonismo: la sabiduría es la penetración en la infinitud divina.

- d) *El profesor sabio y como enseña sin darse cuenta, sin esfuerzo.*

III. LA CLASE MODERNA.

- a) El trabajo en común. La conversación, —la confianza recíproca. La investigación conjunta. “El profesor que lo sabe todo, y el que ignora algo y tiene la sabiduría de confesarlo”.

(Sor Juana Ines de la Cruz)

- b) El profesor que sabe, abre el corazón y conquista almas, —el ignorante aleja y su vanidad crea enemigos.
- c) *El verdadero método consistirá en conquistar el corazón para llegar a la inteligencia,* —como los sabios antiguos. “La bondad es la llave de oro para abrir las puertas de la sabiduría”.
- d) *Los libros en la clase.*
1. El libro como único recurso *en el profesor.* (El maestro antiguo)
Mi anécdota del profesor de física, en Córdoba.

- * 2. El libro en manos del alumno. El *memorista*, el *repetidor* o el *recitador*.
(Vanidad del *profesor-autor* que oye recitar su obra).
- * 3. *El libro como auxiliar de trabajo*. En el sistema de investigación conjunta. En *ciencias de observación*, (geografía, geología, botánica, etc.) La química, la biología y la física.
- * 4. *El aula laboratorio*, —el seminario, —el anfiteatro. Es la última palabra.
—La conferencia puede ser explicativa y de síntesis.

IV. LA BIBLIOTECA Y LA ESCUELA.

- 1º a) *Enunciación del problema*. (Lord Roseberry y la donación Goldmith a la Universidad de Londres).
“La biblioteca es la escuela, colegio o universidad”. No.—Hacinamiento de libros.

(Roseberry)

“Una verdadera Universidad es una colección de libros! Cómo! Vosotros podriais decir del mismo modo que un verdadero regimiento es el despacho del carnicero, porque es evidente que los soldados bien alimentados pelean mejor que los mal alimentados... No hay duda que un estudiante debe ser alimentado por los libros; es imposible que él pueda

“output”

andar lejos sin esta ayuda... pero quiero insistir en que *el solo* hábito de leer, y aun leer copiosamente, sin un ejercicio o guías para su aprovechamiento, es más bien dañoso que benéfico al espíritu, porque puede causar debilidad, si no parálisis mental. Y estoy seguro de ésto: que si vuestro espíritu sólo está en condiciones de recibir importación, y nada de exportación, ésta sería una situación desastrosa para el progreso intelectual...”

2º

b) *El profesor y la biblioteca.* La biblioteca no puede ser esto, —porque entonces *el verdadero profesor sería el bibliotecario.* Ventaja sintética del profesor, —ahorra tiempo, esfuerzo y vacilación y rectificación.

➤➤➤→ *Misión del profesor moderno.*

1. Difundir amor al estudio.
2. Guiar en el estudio útil (experiencia).
3. Rectificar el trabajo del discípulo. Comparación con el maestro de taller, en la carpintería, herrería, tornería, etc.
4. Mostrar *horizontes* al espíritu.
5. *Conducir al alumno a través de la Biblioteca.* (“Tu, duca, tu, signore, tu, maestro”).

c) *La biblioteca y el alumno.*

- 1º El libro en manos del alumno.
Tendencia al uso de la *memoria*,

—más corto, más fácil, la frase hecha, el principio formulado, el *dogma, magister dixit, ex auctoritate, etc.* El peor camino.

2º Debe ser un *instrumento* en un taller, bajo la dirección de un maestro, —hasta que el aprendiz es maestro a su vez. *Domina el instrumento, domina el arte.* La música, la pintura y otros.

V. EL LIBRO Y LA AUTODIDACTICA.

1. *Observación* de Lord *Roseberry*. Los grandes hombres y la casualidad. “Estoy convencido de que muchos hombres eminentes debieron su éxito a la casualidad de leer en bibliotecas domésticas, pero debo también decir que esos hombres realizaron esas lecturas voraces y desordenadas en un período temprano de su vida, y que si la hubieran continuado hasta una edad más avanzada, no habrían llegado a ser grandes hombres”.
2. *Las lecturas libres* y la influencia en la vida. Naturaleza imaginativa del niño. La mujer, vocaciones prematuras, erradas, desviadas o acentuadas, según el acierto o la casualidad. —Los autodidactos argentinos, Mitre y Sarmiento.
3. *La biblioteca popular*. La ignorancia popular y el libro. Aforismos cono-

cidos. *Mi primera biblioteca**. Mis otras bibliotecas. La Rioja. Chuquis. Chilecito. La Plata. A más ignorancia, más libros. *Mi vocación final*, educar, educar, educar!

4. Las bibliotecas populares de Sarmiento y Avellaneda. Su destino vario, etc.

VI. LOS HOMBRES DE LIBROS.

a) El bibliófilo { libros *raros*
libros *antiguos*
libros *de lujo* } sic vos
non vobis...

b) El bibliómano { enfermedad
ociosidad
exterioridad
vicio o locura

c) El *charlatán* o *simulador* de erudición. Eruditos de *catálogos*, de *vidriera*, o de *índices*. (La biblioteca incendiada y la erudición de sobrantes).

d) *Los hombres políticos y los libros*.

Idea general. El libro solo.

La acción sola.

El libro-acción. Es la vida moderna.

e) *Un paralelo nunca hecho*.

Gladstone y Mitre.

—Gladstone y las *librerías de Londres*; caricatura.

* Véase *Mi primera biblioteca*, volumen XVIII, pág. 47 de estas *Obras Completas*.

- Gladstone y sus estudios bibliográficos.
„ y sus traducciones de Homero y Horacio.
„ y sus caprichos históricos (Dante y Oxford).
- Mitre y las librerías de Buenos Aires.
„ y sus estudios bibliográficos. { cronista de indios
idiomas antiguos
lectura de todo
„ y sus traducciones de Horacio y Dante.
„ y su estudio de los *bibliófagos*, en la Asunción del Paraguay.
- El insecto-animal*, y el *insecto-hombre*. La polilla y la ociosidad.

VII. CONCLUSION.

El verdadero guía y conductor del alma e inteligencia del niño, en la vida, es el maestro.

“Alma de la humanidad, de la patria y del hombre privado”.

—Votos por la prosperidad de la idea de las bibliotecas del aula y de la escuela en general.

IX

LA ESCUELA CIENTIFICA Y LA SELECCION SOCIAL

EDUCACIÓN Y EUGÉNICA

LA ESCUELA CIENTIFICA Y LA SELECCION SOCIAL

EDUCACIÓN Y EUGÉNICA *

I. INTRODUCCION.

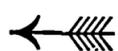
1. *Palabras de agradecimiento. Indulgencia* para el conferenciante. Sus intenciones: hablar la verdad y comunicar *sentimientos y opiniones* sinceras. *No soy un técnico*, sino un *sociólogo* y educador público. *Política intensiva de la educación pública.*

2. *Estado actual del sentimiento universal.*

a) *La guerra europea* y los tipos de educación, enseñanza y cultura. *Alemania. Disciplina* militar, personal, teocrática.

Inglaterra. Moralidad.

Francia, Bélgica. Idealidad y sentimiento.



*El verso de Stephen Phillips:
The hush.*

“Los compactos batallones se desvanecerán como los mitos; lucharán en vano si antes el sentimiento no calentó sus corazones”.

* Conferencia en la Escuela Mitre, de la Capital Federal, el 28 de setiembre de 1914.

- Oxford y el imperio.
- Napoleón III y las universidades.
- La Inglaterra y el Oriente.
- b) *La escuela, instrumento de preparación bélica.*
Alemania de 1808 a 1870. Alemania y Francia de 1870-1914.
—*La escuela, instrumento de odio y hostilidad no puede ser escuela humanista.*
—*Fin restringido.*
- c) *La prueba suprema en los resultados de la guerra actual. Los tres métodos en pugna.*
- d) *Expectativa del mundo. América, Norte y Sud.*
Los discípulos de la Europa.
- e) *Necesidad de hacer un examen de propia conciencia. ¿Qué debemos hacer los educadores y docentes?*

II. NUESTRO EXAMEN DE CONCIENCIA.

3. *La conciencia nacional sobre nuestro propio valer.*
- a) *Verdadera importancia de nuestro país en América y en el mundo. (Valor cuantitativo). Económico.*
- b) *Introspección sobre nuestro valer intrínseco. Regla de apreciación: aptitud para la vida, progresión, moralidad.*
—*Caracteres sociales derivados de la historia.*
1. *Los antecedentes de educación, contrastando con las cualidades óptimas de la raza.*

—Medio *misoneista* de formación del carácter sudamericano. La *xenofobia* y el encierro. El espíritu *fiscal* y el espíritu *monacal* o *clerical*.

- α) *Trabajar para el gobierno.*
- β) *Para que el gobierno haga todo.*
Supresión de la individualidad *moral*.
Supresión de la individualidad *económica o social*.

2. La *desunión*, la *discordia*, el *odio*.

- a) La *ley de disgregación atómica* lleva a la disolución social y política.
(Peligros en una organización federativa).

- b) La *ley de la discordia* lleva a la guerra civil y al *atraso* y a la *miseria*, —ley regresiva.

- c) La *ley del odio*, conduce a la separación e independencia de los núcleos, — a la guerra a muerte, —a la disolución política, —a la regresión institucional, —tiranías. Sometimiento al extranjero.

3. *Dañinos efectos* de la rivalidad y el antagonismo personales en las cosas de la enseñanza y la cultura públicas.

- a) *Movilidad e inestabilidad de lo orgánico.*

El factor nacional. (El fracasado, la lucha por imponerse).

Desmembración territorial.

La prueba personal.
El desafío del fracaso.

El factor político. (El *complot*, la *conspiración*, el *aplauzo*, la *recompensa*).

b) *La falta de cooperación* para la obra común.

El estorbo, la resistencia, la oposición.

El *palito* o la *trampa*. La sorna, la caída, el placer felino de la maldad.

c) *Retardo de nuestros progresos nacionales* por estas leyes combinadas.

—La *depuración* de nuestros viejos hábitos, sociales y políticos.

—La *formación* de un concepto positivo de *civismo* y *patriotismo*.

—La *definición* de un *carácter nacional*, de un espíritu nacional.

d) *Valor de los caracteres de selección* en nuestra historia.

1. *La época de la Independencia.*

Influencia de las batallas y heroísmo militar. *Belgrano*, *San Martín*, *Pueyrredón*, *Las Heras*. La crítica histórica y la pasión contemporánea. Bolívar y San Martín.

2. *La segunda época. Anarquía.*

Rivadavia. Los círculos y los caudillos. Su caída y ostracismo.

3. *Los modernos. Mitre*, *Sarmiento*,

Avellaneda. La política de hecho: entre tanto: *Educar, educar, educar*.

(!!!)

III. LA ESCUELA ARGENTINA.

4. *La antigua y la nueva.*

a) *Breve reseña histórica: Colonia. Religiosa. Independencia. Rutina. Constitución. Ensayos.*

Progresos y miserias en el interior.

b) *La escuela actual: Ecléctica. Mezcla y diversidad. Tanteos científicos.*

c) *La escuela deseada. Del mañana, del porvenir, la que hacemos todos los días. La orientación más certera.*

—La ciencia, y valor de los estudios científicos en esta materia.

5. *La ciencia y la escuela. Diversos órdenes de elementos.*

Resumen.

a) *El niño, sujeto de la escuela.*

b) *El maestro, artífice y autor y conductor.*

c) *El procedimiento educador. (Métodos y materias).*

d) *El medio escolar. (Eugénica. Higiénica. Arte).*

6. *La escuela y el niño. (El gran problema).*

a) *Ideas antiguas. El niño malo. La rutina eclesiástica y la oficial y la dogmática.*

b) *“El niño es malo”, luego, la escuela es una corrección. La enseñanza y el aprendizaje una obligación penosa, y la disciplina un*

castigo. Sistema *penitenciario*: Colonial. Sarmiento. (Vélez Sársfield).

—“Sólo el maestro es capaz y omnisciente”. *Pastorales, catecismo cívico*. La escuela del rey (P. San Alberto). “Adiestrar el asno

→ para la servidumbre, pero no desasnar el asno”.

c) *El niño en la nueva escuela*. La escuela científica. El niño, *sujeto, objeto y fin* de la escuela.

Ed. Holmes,
Tragedy of educ.

1º “*El niño es bueno*”. “Sería extraño que el hombre sólo entre las cosas vivientes, hubiese *nacido malo*, y al ver que todos los demás animales y plantas han *nacido buenos*, siendo que él tiene en sí mismo todas las potencialidades para llegar a una última perfección, la perfección de su propio tipo y naturaleza”. “... Decir que, porque existan hombres y mujeres que se conducen mal o son malos, el hombre ha nacido malo, es como condenar a la naturaleza por la impureza de un río contaminado, olvidando que había surgido puro, y siempre correría puro desde su fuente. *Si queremos conocer qué somos por la naturaleza, debemos acercarnos a la fuente: debemos estudiar al niño*”.

“Existen escuelas en las cuales es posible el estudio del niño; y desde que es posible, ello conduce a la

conclusión de que la corriente de la vida humana se desliza pura, desde que comienza a descender en cada individuo, desde su fuente original”.

Mr. Holmes refiere de una escritora americana que “habiendo sido enseñada a creer en el *pecado* y *estupidez* originales del niño, se encontró sorprendida, cuando se le permitió desarrollarse en medios propicios, y encontrar que su naturaleza, a medida que se desplegaba, no ser ni *estúpida* ni *pecaminosa*, sino inteligente y buena...” “La deducción principal de esta experiencia... es que el niño es *nacido bueno*, en el más amplio y hondo sentido de la palabra, y que los frecuentes casos de *no crecer bueno*, se deben a hallarse sujeto a algunas influencias malignas, durante los años más tiernos de su vida. Pero hay una influencia que, debida a su fuerza, persistencia y ubicuidad, lo afecta para el bien o para el mal, más que todas las demás juntas, —la presión de la educación dogmática; y ya he dado mis razones para pensar que ésta es, en la mayor parte, una mala influencia en la vida”.

—Influencia del concepto tradicional formado en el ambiente dogmático. Tendencia a *divinizar* la idea en los hombres superiores. El Cristo. Ejemplo.

“Hay un Cristo potencial en todo niño recién nacido. Todo lo que nace, lleva en sí, en embrión, la perfectibilidad de su propia naturaleza genérica. Y la perfección de la naturaleza humana, —perfecta en su dominio de sí misma, en su emancipación del yo—, es, en una palabra, *divina*. Por consiguiente, en vez de ser nacido malo, el hombre es, en su cuna.

“un dios aunque en germen”.

Concepto *platónico y neoplatónico de divinidad*, ajeno a dogmas religiosos. Es lo superhumano, lo perfecto.

2º Findlay, *The School*, p. 43 (1913).

“El niño que espera un instituto educativo (la escuela) a toda edad, —desde los 3 años hasta los 23—, es un ser variable que sufre extrañas transformaciones, pasa por etapas o períodos, en cada uno de los cuales su relación con la experiencia, asume diferentes formas”.

Así, la “función propia del maestro profesional es *estudiar un organismo creciente*. La institución que él dirige no es un simple lugar de enseñanza instructiva, sino en el cual todos los recursos de la ciencia son aprovechados para resolver los problemas del crecimiento y la variabilidad.

3º Réclus, *L'homme et la terre*, página 439:

“Algunos educadores comienzan ya a comprender que su objetivo debe ser el de ayudar al niño a desarrollarse conforme a las leyes de su naturaleza: no puede ser otro su fin que hacer “abrir” (éclore) en su joven inteligencia lo que posee ya en forma inconsciente, y secundar con cuidado su trabajo interior, sin prisa, sin conclusiones prematuras. Hay que guardarse de tomar la flor para hacerla abrirse por la fuerza, o indigestar la planta o el animal dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancioso... Hay que temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades mentales, y que se les vuelva escépticos y cansados, lo cual, entre todas las desgracias, será la más grande”.

4º *Influencia de la herencia*. La lucha de la *educación* contra ella.

a) Cuidado del medio fisiológico donde ha de nacer el niño. (Atavismo?).

Eugénica. Definición, progresos, caracteres. Otro día hablaremos de ella.

b) *Puericultura* educativa. *Infantil primaria*. Resultados progresivos por el estudio *experimental* y *estadística* de los *fenómenos* personales.

c) Cultivo de la *aptitud mental*, como individuo y como *átomo de una masa social*.

A] EL MAESTRO.

1º El *antiguo tipo*. 2º El *moderno*.
3º El *deseado y futuro*.

Variedad de influencias argentinas.

1º El antiguo, —dómine, imperativo, disciplinante.

2º El moderno, —*dogmático*, y *enciclopédico*, *formulista*.

(a)
El maestro.

3º El *maestro científico*. Producto de las nuevas y prospectivas ideas y experiencias, fundadas en el estudio de la *naturaleza psico y fisiológica* del niño. Es el conductor, el guía, el director de la evolución individual del *niño*, y *social* de la Escuela, como *enjambre humano*.

(b)

← *Formación y educación del maestro futuro*. Ciencia de la fisiología y psicología. *Métodos* derivados y concordantes. *Cultura* típica moderna y correlativa con la universal más avanzada.

—Ciencias fundamentales y esenciales a la *vida civilizada*, y al destino de la *sociedad nacional*.

(c)

Los métodos científicos.

1º La *libertad*, la *salud* moral y física, la *alegría*, la *imaginación*, la *pasión* de las nobles cosas.

2º La *iniciativa*, el descubrimiento, el más allá, la deducción. Importancia de no decirlo ni enseñarlo todo.

(Findlay)

3º La *idea social, cooperación, solidaridad*. — Educación *corporativa*, en la edad primaria.

4º El *internado*, la *vida común* en la *adolescencia*. El *trabajo de investigación* colectivo en la *superior*. Aspecto *social* del sistema, y *político*. Solidaridad por la *confianza* y el *conocimiento* de los propios *defectos*. La *tolerancia* y la *ayuda* recíprocas.

—Ejemplos de Inglaterra. Ensayos en Francia. *Hogar, taller, no cuartel*.

5º Las *comunidades* de estudiantes de la *Edad Media* y *España*, y *Estados Unidos*, *Inglaterra*. — *Los pocos ejemplos nuestros*. *Córdoba, San Carlos, Uruguay*. Las “colonias” de La Plata.

B] EL “EXAMEN” Y LA MORAL SOCIAL Y POLÍTICA. *Escuela del fraude*.

1º Mis ideas sobre este tópico. Cuestión esencialmente argentina, siendo universal.

2º *Comprobaciones de la experiencia* y la ciencia. Un médico educador. *Saleeby*.

Parenthood and race culture. Lo compara con una *indigestión* y un

emético. Le culpa la mayoría de los defectos del sistema.

3º *Reacción en Inglaterra* contra el examen. La campaña reformista desde 1902. Los más grandes políticos.

—Curzon, Roseberry, Balfour, Asquith.

* *Opiniones*

➤➤➤➤➤ ➔ Véase

C] EL MEDIO ESCOLAR.

1º *Edificación, y emplazamiento*. El campo, las ciudades poco densas. Las grandes metrópolis no sirven para la tarea del estudio. Estados Unidos, Inglaterra.

Influencia de la naturaleza en la *mentalidad* y en el *proceso* del estudio.

IV. LOS REMEDIOS O SOLUCIONES.

7. *Organización de la enseñanza sobre base científica.*

A. *Historia y carácter*. Geografía y psicología nacionales.

B. *La ciencia del niño y de la sociedad*.

1º *Eugénica, Antropología, Biología, Psicología, Sociología. Métodos*. 2º Ciencias naturales conexas. 3º Literatura y arte.

2º *Los ciclos de enseñanza* y su correlación.

I.	{	Preconcepción Puericultura Infantil Primaria	}	0 - 14 años
II.	{	Secundaria Normal Técnica elemental Agrícola e industrial Comercial Manual	}	14 - 22
III.	{	Pre-universitaria Universitaria Superior (investig.)	}	15 - 22

3º *La organización de los estudios en La Plata.*

a) *El medio ambiente. Ciudad ideal.*

b) *La idea integral.*

I.	{	a. Escuela primaria		
		b. „ secundaria	{ varones mujeres }	{ Internado (!!)
		c. „ normal		

Escuela elemental técnica.

II.	{	Agricultura Industrias Comercio Artes gráficas Dibujo y arte
-----	---	--

Profesiones prácticas, ciclos intermedios.

III. Agrimensores, Peritos, Procuradores, Escribanos, etc.

Estudios superiores:

- IV. {
 Profesores
 Doctores
 Ingenieros

Correlación, interfacultativa. Las demás universidades, *Cord.*, *Bs. As.*

- V. Su gran valor educativo. Unificador del espíritu.

8. *Facultad de Ciencias de la Educación.*

a. *Tentativas* en Europa y América. Los grandes modelos.

b. Carácter de la Facultad platense.

a. *Filosofía-pedagógica*

b. Ciencias

c. Letras y artes

c. Concepto *integral* del maestro o profesor moderno. — *Saber*, — *saber enseñar*. Saber conducirse en su medio cultural. (Social y político).

9. *La enseñanza y la selección social.*

a. *Bases científicas. Escuela. Maestro. Procedimientos.*

b. Grados de la escala humana.

oclo {
 demo } *cracia*
 aristo {

c. La escuela, el colegio, la universidad van depurando sucesivamente las bajas esferas hasta las superiores.

(*La élite. Los mejores*)

Concepto *moderno* de aristocracia. *Sentido eugénico*. La *selección*.

- d. La escuela *descubre, aisla, individualiza y cultiva* el mejor producto. Lo toma donde se halla: *alta o baja clase*, y lo educa y lo convierte en una *individualidad, fuerza o agente selectivo* en la obra social.

Profesor
Schiller.
Congreso de
Eugénica de
Londres, 1912.

“La compleja maquinaria de la sociedad civilizada no marcha por sí sola: necesita hombres para manejarla, y si una sociedad no es capaz de proveer los hombres capaces de conducirla, solamente precipitará la ruina de la raza. Es más esencial ahora que nunca, que la sociedad coloque a su frente hombres capaces, habilitados para levantarse hasta la función directiva...” El éxito personal no debe ser aplastado por la destrucción o degeneración de la raza.

10. *Elementos de solución. Unificadora.*

Unificación

A. *Ciencia*. — *La ciencia de la naturaleza* en la base de todo sistema de estudios.

La verdad.

a. *Preparación científica* de los autores, artífices o maestros y dotación de medios.

Conocimiento
recíproco.

b. *Procedimientos adecuados*.

B. *Procedimientos* { Diferenciación en los medios, procedimientos y elementos. *Unidad en los fines sociales y humanos.*

C. *Moral* { 1º La moral de la ciencia. Por el *conocimiento*.
2º La *educación* y la depuración, de las *Facultades e Institutos*.
3º *Elevación mental* por la ciencia de lo *real* a lo *ideal*.

D. *Ética suprema* { Percepción de las verdades ocultas, o abstractas.
La gran unidad en el seno del *concepto ético supremo*.
La *infinitud*, la *perfección*, la *Belleza*.

La idea dominante, de Bauer. La moral.

El *anhelo de selección*, social y nacional.

La idea científica de *patriotismo* por la selección de lo mejor.

Trabajar en el propósito es realizar algo del ideal.

X

**EL INSTITUTO NACIONAL DE PROFESORADO
SECUNDARIO Y LA UNIVERSIDAD**

EL INSTITUTO NACIONAL DE PROFESORADO SECUNDARIO Y LA UNIVERSIDAD *

I. INTRODUCCION.

- a) **Disculpa.**
- b) **Familiaridad y no *conferencia*. Magnitud exagerada. Discusión abundante.**
- c) ***Mi punto de vista*. Hombre de gobierno y no un técnico. Criterio experimental y positivo.**

II. IDEAS ADMITIDAS POR TODOS.

- a) ***Formación de un profesorado técnico y científico. Superior al que producen las escuelas normales actuales.***
- b) **Estudios en *Universidad o Instituto* especial, de este carácter.**
- c) **Base indispensable de una ley que asegure.**
 - 1º ***La adquisición de la cátedra con preferencia y exclusión al no diplomado.***
 - 2º ***La inamovilidad de la cátedra y la jubilación y pensión subsiguientes.***

* Conversación en la Asociación Nacional del Profesorado, el sábado 7 de noviembre de 1914.

III. MIS IDEAS SOBRE PROFESORADO.

- a) Fundamentos del decreto de 16 de diciembre de 1904. Organización definitiva del Instituto **.
- b) Organización de la Sección Pedagógica de La Plata.
- c) Actual "Facultad de Ciencias de la Educación".

IV. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.

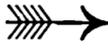
Sus fases:

- 1ª *Las cosas como están.*
- 2ª *Incorporación*, —administrativa.
- 3ª *Fusión orgánica*, o sea creación de una Facultad similar a la de La Plata.

Análisis.

1º *Las cosas como están.*

- a) *Doble función* preparatoria del profesorado, en la Facultad y en el Instituto.
- b) *Insuficiencia de la 1ª* como *seminario pedagógico*. Esta es una función accesoria.

Alta cultura.  —*Su misión principal* fué dar la alta cultura literaria, histórica, filosófica y artística a los egresados de la Universidad. Falta de idea orgánica y *correlación*. Las facultades profesionales y la *alta cultura moral*. Esta no existe. Es el gran problema. La Facultad de Le-

** Véase vol. XIV, pág. 432, de estas *Obras Completas*.

tras y Filosofía, es el fundente moral de todas las profesiones. Como ésto no puede hacerse por su número, se concentra esta labor en los profesores que difundirán esta influencia en todos los futuros alumnos de las universidades.

Conclusión.

—*De ahí la función esencialmente universitaria de la Pedagogía, o ciencia de la Educación.*

—Su acción va a la edad o grado en que se modela el futuro alumno, —el colegio preparatorio y secundario, —en el maestro y en el alumno.

c) *La Facultad sola, como está,* no puede dar bien ni la una ni la otra enseñanza. 1º Para la alta cultura sola no tiene interés ni ambiente, —para la 2ª (profesional pedagógica) no tiene suficientes elementos, y es incompleta. 2º *Falsa experimentación,* —trabajo de *laboratorio y clínica.* 3º *Forma profesores* que, unidos a los del Instituto y otras facultades y escuelas, sólo aumentan el número de los postulantes, sin éxito.

El Instituto.

d) *El Instituto solo,* vive y vivirá siempre vacilante, sin apoyo suficiente por su aislamiento orgánico de una universidad, sin dotación suficiente; o en caso contrario, se erigirá en una *verdadera Facultad independiente.*

d') *En ese caso,* la Facultad de Filosofía y Letras perecerá por inanición, por falta de ambiente intelectual y de conexión con las carreras superiores de otras ramas universitarias. Centro de corre-

!

lación de estudios y *fundente moral* de toda la Universidad.

d") *En ese caso*, la Facultad de Filosofía y Letras debe ser organizada completa e integralmente en correlación con las otras facultades, contribuyendo a este doble y gran fin:

1º *Crear el sentimiento de unidad moral de las generaciones que pasan por la Universidad*, la patria futura.

2º Dotar de una intensa y general cultura literaria y filosófica a los profesionales.

En resumen, realizar la gran función unificadora de la Universidad.

Resumen.

3º *Incorporación administrativa* a la Facultad.

a) (No conduce a nada ni vale la pena de discutir el punto, —sino a complicaciones y enredos y a disolución, como en 1907 (?)).

b) *Incorporación independiente* a la Universidad. Sería lo mismo que ahora. Recargar a ésta de una nueva dependencia sin mayor finalidad orgánica. (La dama de las alhajas!).

4º *Fusión orgánica.*

a) *Sus ventajas, sus dificultades.* Magnitud de la obra. Pero no imposible.

»→ b) *El tipo de La Plata.* (Ver resumen). Dificultad de adaptación absoluta. Tipos diferenciales, —“intereses creados”. *Tampoco imposible.* Magnitud del or-

ganismo universitario de la Capital. Exceso de Facultades. Dificultad de dar con un tipo razonable.

c) *Organismo dual.*

Facultad de *Filosofía, Letras y Pedagogía.*

Solución.

En *correlación y relativa independencia.* Cada una conservaría su propia personalidad, funcionando separadamente y en íntima cooperación.

Eliminación en la Facultad de enseñanzas comunes (pedagógicas) y *penetración* de los alumnos, maestros o profesores en la alta cultura *literaria, filosófica y artística.*

Pensilvania, Michigan, Columbia.

Kioto (Japón) ver. *Tendencia, no realidad.*

V. EL PROBLEMA A RESOLVER.

Formación del mejor profesor secundario y superior.

a) *Deficiencias del profesorado argentino secundario.* Su insuficiente preparación técnica en general. Falta de *hábitos de trabajo*, y amor a la investigación, —y atención a su cátedra, vicios tradicionales. *El laboratorio y su influencia.*

b) *Cultura deficiente*, en los altos ramos literarios históricos y filosóficos. Predominio en el medio de rutinas dogmáticas o pujos individualistas. Falta de

- Hanus,
A modern school (1904)
Pietro Romano
(Turin)
Claparède.
Inst. Ped.
Roossen
(Suiza)
- c) *Espíritu científico*, para
—*estudiar al niño*, como el sujeto de ciencia por excelencia, y base de todo organismo escolar.
—*Despojarse de prejuicios* morales, religiosos o políticos.
—*Abarcar la amplitud social y política* del problema educativo, —como problema nacional.
—*Renovar el ambiente* escolar de todo el país, por la penetración de ese espíritu científico.
—*Crear la clase gobernante, culta*, con unidad de miras y espíritu de continuidad e imprimir una tonalidad moral a la cultura y civilización argentinas.

XI

LA BIBLIOTECA Y EL MAESTRO

LA BIBLIOTECA Y EL MAESTRO *

A. INTRODUCCION Y TEMA.

1. Mis vinculaciones con la enseñanza comercial en el país. Esc. Sup. de Comercio de Rosario. Edificio de la Escuela Superior de Bs. As. Fundaciones de Concordia, *Bahía Blanca* y otras. Mi contribución a la creación de la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales de Bs. As.
2. Mi pasión pública definitiva: la educación pública. Problema vital. La más alta política. Mi renuncia a la pequeña política. El caso de las *joyas*; me quedo con la más preciosa e íntima: la escuela.

B. LA BIBLIOTECA.

1. El acontecimiento del día. Méritos y plácemes a sus fundadores.

* Conferencia en la Escuela Superior de Comercio del Rosario de Santa Fe, al inaugurarse su biblioteca, el sábado 26 de junio de 1915. Véase el resumen publicado en *La Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de Rosario, al cumplir veinticinco años, etc.* (opúsculo). Santa Fé, Imprenta de la Universidad, 1935.

2. *Los encantos del libro.* Las colecciones de libros. La *psicología* del libro. El alma de los muertos que nos habla. *Mis confidencias*: lo que debo en mi vida pública y privada al consuelo y a la soledad de la Biblioteca. (*Montesquieu*).

3. *La Biblioteca y el maestro.*

a) *La clase moderna.* *Confidencia* del maestro. *Trabajo* en común. *Fraternidad* de la labor solidaria (La fraternidad obrera). Participación en el esfuerzo y en la recompensa. (Ruskin) (Jesús y Proudhon) (*Confucio* y sus discípulos).

b) *El libro y el alumno.* Tipos morales de estudiante: el *memorista*, *repetidor* o *recitador*. La frase hecha. El postulado dogmático. La supresión del *yo* intelectual. El método teológico y escolástico. La vanidad y el lucimiento de por medio. La emulación mal entendida. El libro del profesor, su *eco*, su *reproducción*, su *vanidad*. El uno *no es estudiante*, el otro *no es profesor*. Sólo hay entre ellos una tácita comandita de vanidades.

c) *El libro "auxiliar" del trabajo y del pensamiento.*

La *investigación* del taller guiada por el libro. (El gabinete, el laboratorio, la información previa).

Valor en ciencias de observación (naturales).

d) El libro instrumento, u órgano supletorio del pensamiento - La sugerencia del libro que se da la lectura en la germinación de las ideas - los más desemejantes - Mi experiencia - Como un espejo

d) El libro y el maestro - Es un guía que ya conoce el camino, o tiene el secreto de la orientación - Conduce al alumno a través de la Biblioteca -

El maestro libro - a Sa. bio - Sirlam - Sorditas - Armonía - h. que - amir - "Hoy y más"

" Tu, deca, tu, figura - tu, maestro "

e) La lectura libre, el "auto-lector"

Lord Rosebery - la casualidad, autora de grandes hombres -

" Estoy convencido de que muchos ~~de~~ hombres eminentes debieron su éxito a la casualidad de leer en bibliotecas domésticas; pero debo también decir que esos hombres realizaron múltiples ^{impraus} ~~impraus~~ y desordenados, en un período de la vida; y que si la hubieran continuado así hasta una edad más avanzada, no habrían llegado a ser grandes hombres."

El lector egoísta la mala costumbre de decir que hay mucho que

(Don Quijote!)

4. El libro por el libro - o bibliofilia

a) Psicología del bibliófilo -

- El bibliófilo que sabe y ama la litografía - y la encuadernación y heráutica -
- El bibliófilo que no sabe, y ostenta las bellas encuadernaciones - es un simple vano, un ostentador ciego de modo -

b) El bibliómano - Impermanencia - vicio - ostentación - monomanía -

c) El exudito a la violeta -

- de catálogos -
 - índices -
 - de vitriera -
- } la ignorancia o la tolerancia del público

El *maestro-libro*.
El sabio. Sistema
socrático.

Avellaneda,
Esquiú "Héroes
y mártires".

El lector egoísta.
La mina oculta.
Se dice que hay
mucho oro!

d) *El libro instrumento, u órgano* supletorio del pensamiento. La sugestión del libro: efecto de la lectura en la germinación de las ideas, — las más desemejantes. Mi experiencia. Como un enjambre...

e) *El libro y el maestro*. Es un guía que ya *conoce el camino*, o tiene el secreto de la *orientación*. Conduce al alumno a través de la Biblioteca. "Tu, duca, tu, signore, tu, maestro".

f) *La lectura libre*, el "auto-lector". Lord Roseberry. La casualidad, autora de grandes hombres.

"Estoy convencido de que muchos hombre eminentes debieron su éxito a la casualidad de leer en bibliotecas domésticas; pero debo también decir que esos hombres realizaron sus lecturas, voraces y desordenadas, en un período temprano de la vida; y que si la hubieran continuado así hasta una edad más avanzada, no habrían llegado a ser grandes hombres".

(Don Quijote!)

4. *El libro por el libro, o bibliofilia.*

a) *Psicología del bibliófilo.*

—El bibliófilo que *sabe* y ama los libros bellos, y los cuida y hermosea.

—El bibliófilo que *no sabe* y ostenta las bellas encuadernaciones. Es un megalómano, un *rastaquouère* a su modo.

b) *El bibliómano*. Enfermedad, vicio, ostentación, monomanía.

c) El erudito “*a la violeta*”.

De catálogo	{ La ignorancia o la tolerancia del público.
Indices	
de vidriera!	

C. LA TRANSFORMACION DEL COMERCIO POR LA CIENCIA.

1. *La ilustración del comerciante* en las ciencias y letras conexas. Las fuentes naturales, —los productos y su comercialización y utilidad social.

La geografía del comercio. Las *corrientes* comerciales fundadas en las leyes de la naturaleza.

2. *La cultura necesaria*. Los *idiomas*, la *historia* y *sociología económica* de los pueblos. El comerciante ignorante y el educado.

—El *comercio-negocio* y el *comercio fuerza social* y política. El “*tendero*” antiguo, el “*dependiente*” mecánico y autómeta. Paralelo con el moderno, *educado e instruido*, *técnico*.

3. El comerciante *conquistador* y *civilizador*. La *lucha mundial*. Inglaterra y Alemania. *Estados Unidos* en *Sud América*. a) La *conquista* por el espíritu. b) La *conquista* por el producto. c) La *conquista* por la *comunicación* (el canal de Panamá). *Lucha* contra la Europa entera.

Ley natural
del *monopolio*.
La *lucha*.

D. *EL RIO DE LA PLATA* y el comercio universal.

- a) *Ojeada colonial*. La restricción, el monopolio. La ley fatal del *dinamismo* y la *inclinación* continental. El contrabando y la libertad del comercio. El Océano Atlántico y la España. El *Océano, propiedad del Rey*.
- b) *Ojeada geográfica*.
1. Llanos, mesopotamias, selvas, montañas y ríos y mares, —*fuentes de extracción*.
 2. Llanuras, ríos y mares, —*vías de transporte*.
- c) *Base u objeto de estudio* del comerciante argentino. Misión de las *escuelas, colegios y universidades*. El “Geological Survey” de Est. Unidos. La “exploración de los ríos, territorios y montañas” de la Constitución. El “carbón blanco” y el “carbón negro”, inexplorados.
- La *naturaleza mantiene* sus tesoros.
- La *escuela* hace el técnico, profesional (comercial o industrial).
- La *Universidad* abre horizontes y las rutas para la conquista del mundo, —para él y su patria.
- “Así como la bandera de la patria cubre la mercancía, la mercancía lleva consigo por todos los caminos de la tierra, la bandera de la patria”.

E. EL VALOR INDUSTRIAL Y COMERCIAL DEL PAÍS Y LA GUERRA EUROPEA.

- a) *Exposición del problema.* Los alcances de la guerra. La *zona de acción* y la *zona de influencia* de la guerra. La sombra y la penumbra.
- b) Las *naciones importadoras* y las *naciones compradoras* de nuestros productos. La *renta de aduanas*. La merma y carestía de los artículos de consumo y comercio. Las transacciones y el metálico.
- c) *Situación industrial del país.* Las obras de fomento de las industrias. Los *transportes* y *gavelas* fiscales. Desventajas y ruina del trabajo y el comercio nacional. Un país sitiado, subordinado, anulado por el factor extranjero.
- c') Las *fuentes* de la industria nativa, destruidas:
 - Minería. *R. Rojas*.
 - Tejidos.
 - Frutos, arroz.
 - Café, oliva.
 - Ganados. La centralización y la falta de una racional protección.
- d) Necesidad de abrir los ojos y reaccionar. Hacer la Nación *suficiente para sí misma*. Es un problema de alta política *defensiva, emancipadora, prospectiva*.
 - La independencia política y la independencia comercial y económica.

e) *La doctrina de Mr. Wilson. Concesiones, privilegios y preeminencias al capital extranjero.*

➤➤➤➤➤ (Discurso de *Mobile* (Alabama) 26 oct. 1913):

Bonilla, *Wilson doctrine*, p. 1.

Doctrina Drago, Doctrina Monroe

—*Los ferrocarriles de Méjico.* La readquisición por el Estado, su significación política. Enunciación del problema argentino. Hay un peligro extranjero?

f) *Estudio de las fuentes y estímulo a las industrias del suelo.* La única solución, el *trabajo nacional*. La nacionalización de las fuerzas productoras, sin rechazar al extranjero. *Invitar, no conceder. La cesión de soberanías.* Leyes-contratos. Personalidad del Estado, su responsabilidad internacional.

➤➤➤➤➤ Mr. Rowe, *La América y la guerra*, p. 47-48.

F. LA ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO Y LA FUTURA FACULTAD DE CIENCIAS COMERCIALES.

a) Expansión de los estudios comerciales en la República. La nueva Fac. de Bs. As. Consulados y propaganda ilustrada.

b) Unidad científica de los estudios. Bases experimentales. 1º Esc. Sup. de Com. 2º Escuelas industriales del Rosario y Santa Fe (?).

G. CONCLUSION.

La Biblioteca anticipación de la futura vida universitaria. La biblioteca no es la universidad, (Lord Roseberry) pero es su *camino*, su *guía*, y su *luz*.

—Augurios de agradecimiento para el Rosario, como capital económica y comercial de todo el interior de la Nación y foco de alta e intensa cultura para la gran lucha del porvenir.

XII

EL ROSARIO, CIUDAD UNIVERSITARIA

EL ROSARIO, CIUDAD UNIVERSITARIA *

I. *MI VINCULO BAPTISMAL CON LA BIBLIOTECA.*

Recuerdo de la benevolencia del público. — Mi impulsión a “derramar mi alma” en ella “como el óleo en los umbrales del Santuario” — del Salmista. — Ya que no “vida consagrada” de Lord Haldane, “dedicación irrevocable” a la lucha por la cultura.

Debía una *explicación de mi proyecto* — y es ésta:

II. *EL AMBIENTE SOCIAL PARA LA FUNDACION UNIVERSITARIA.*

Idea vulgarizada de su resistencia. *Coexistencia inconsciente* de sus elementos afines. — Manifestaciones del espíritu público pro-universidad. — No en las *aclamaciones callejeras*, — en las manifestaciones intelectuales de sus clases superiores. — El engrandecimiento material, — *producto de una fuerza moral colectiva.*

Caracteres del Rosario — como núcleo universitario.

* Conferencia en la “Biblioteca Argentina” del Rosario de Santa Fé, el 28 de junio de 1915.

- 1) *Aglomeración orgánica* espontánea de fuerzas sociales progresivas. (Resultados de una *evolución histórica* vigorosa).

La inmigración y su fundente.

- 2) El factor geográfico { *Situación frente al interior.*
El *Río Paraná* y el *Plata*, — y el mar.
La región del cereal.

- 3) *El factor económico y comercial.* La ciudad hecha por el trabajo, — hija de la producción. — Contraste con las viejas ciudades españolas. — La industria y el comercio dinámicos. — La ley científica y progresiva.

- 4) *El factor político.*

a) *La Ciudad - Estado* de Wilson. — Valor *político* del núcleo ya formado. — Las leyes de la masa. — La materia prima e indisciplinada del gobierno propio. — El fenómeno político en la aglomeración social. — La ley colectiva.

b) *Foco de convergencia* natural de corrientes sociales de todo el territorio. — Centro estratégico de la gran guerra económica de la producción.

— *Fenómenos políticos* divergentes del resto.

— *La heterogeneidad* aluvial — (transitorio).

5) *El factor social.*

- a) El Rosario y la *inmigración europea* de la Constitución. — La visión mental del Rosario en la Constitución de 1853. — La integración de 1860. — El *punte* entre la Confederación y Bs. As.
- b) Rosario ciudad de trabajo, fundente de nacionalidades. — Resultante étnico. — Tipo nacional. — Blanco europeo originario, — Criollo, cruza y renovación, — Fusión étnica de razas blancas. (*Bryce*, "Sud América" — Porvenir de la Argentina).
- c) La lucha internacional, — regional. — La *Argentina* ante la *Europa*. — Valor específico del núcleo selectivo formado, — tipo Rosario.

III. *LA UNIVERSIDAD Y SU MISIÓN.*

- a) Estudio de todo ese tesoro de elementos primarios y espontáneos. — Un principio de *regulación de encauzamiento y orientación* del dinamismo funcional.

La ley *científica* de la evolución. — La Universidad en su labor gradual, va disciplinando esas leyes y fuerzas convirtiéndolas en generadoras de nuevas energías.

- b) *La "civilización" y la "cultura"*. — Ensayo de una *definición diferencial*. — *Civilización* puede ser un resultado fatal de concurrencia de *fuerzas* nativas, *leyes fatales*, *medios* incontrolados. —

Rab. Tagore,
Sadhana.

“Cultura” es la *armonización y sublimación* de esos mismos factores, por una labor de estudio y de pulimiento ético.

“La *civilización culta, sería así una especie de molde que cada nación se preocupa de construir por sí misma, para modelar sus hombres y mujeres de acuerdo con su mejor ideal.* Todas sus instituciones, su legislación, su pauta de aprobación y reprobación, sus enseñanzas conscientes e inconscientes tienden a ese fin. La civilización moderna del Oeste (Europa), por todos sus esfuerzos organizados, está procurando llevar a sus hombres hacia la perfección y eficiencia física, intelectual y moral...”

—La *vida, el trabajo, la concurrencia universal, crean una civilización.* — Sólo el *estudio directo, y el cultivo de los ideales superiores, originan una cultura.*
—La Universidad elabora ese *tipo de ideal, que inspira el molde de la modelación de las generaciones.* — La ciencia, el arte, la armonía,—la *belleza.*

c) *Modelo y tipo de Universidad que conviene al Rosario.* — Unidad orgánica de caracteres. — Su rasgo dominante dentro del conjunto argentino.

—Hay un *carácter común.* — La Constitución nacional. — La nacionalidad. — *Variedades diferenciales específicas.*

1) *Estudio de las ciencias generales humanas.*

2) *Aplicación de los principios a las peculiaridades argentinas.*

- 3) *Localización y especialización* de una o más ramas de la ciencia dentro del plan común.
- 4) *Alta cultura* ética y estética — (el alma de la civilización).
- d) *Las nuevas universidades inglesas.*

- 1) *Londres, — Birmingham, — Manchester, — Liverpool, — Leeds, — Sheffield, — Bristol.*

Caracteres comunes y diferenciales. — De la *generalidad* a la *especialidad*, — de lo *concreto* a lo *abstracto* y vice-versa. Síntesis y análisis. — Siempre el principio cultural o ético, — en la base o en la cúspide. — Las universidades *industriales y comerciales.*

- 2) *Resistencias* de intereses y *pesimismo* del hábito — (Lord *Haldane*). Diferenciación y cooperación.

- 3) *Caracteres reconocidos* —después de ardua discusión:

1º “Fué aceptado el principio de
 ➤ que el número de las universidades inglesas debía ser aumentado, —y que su asiento debía estar en las ciudades”.

2º “Que tales universidades debían presuponer para su existencia, no sólo la simpatía, sino el entusiasmo de parte de los ciudadanos. Sin ese calor ellos no pueden crecer ni convertirse en una fuente de crédito y provecho mo-

ral, intelectual, o material, para la ciudad”.

3º “La otra cualidad necesaria es que la enseñanza dada debe ser del más alto nivel practicable: no debe ser simplemente técnica, o calculada como medio de alcanzar fines utilitarios”.

e) *Las universidades argentinas, — “viejas” y “nuevas”.*

1) —La clasificación inglesa, —en el debate.

—La *clasificación* de las argentinas por *Ricardo Rojas*: La tradicional y teológica (Córd.) —la reformista y política (B. A.) —La racional (La Plata). *Optemos por la clasificación inglesa.*

<i>Viejas</i>	{	Córdoba B. Aires	{	<i>Nuevas</i>	{	La Plata Tucumán
---------------	---	---------------------	---	---------------	---	---------------------

2) *Otro tipo de clasificación, —por su enseñanza o su método.*

Universidades tradicionales, o fines abstractos.

„ modernas, o fines concretos.

„	{	<i>Generales o humanistas.</i>
„	{	<i>Técnicas o especialistas.</i>

3) *Distingamos:*

a) No hay caracteres absolutos sino predominantes — *caracteres comunes*, ciencia tradicional,—nacionalismo, — humanismo.

Caracteres específicos, — diferenciaciones, especializaciones en materias o métodos.

- b) “Industrialismo y comercialismo no significan abandono de las ciencias generales y humanas. — La idea exclusiva está desacreditada ahora, dice *Lord Haldane*, — y el papel desempeñado por la ciencia y el saber general en la producción del tipo especialista industrial o comercial es mucho más considerable hoy que antes. La ciencia aplicada es, en su mejor forma, solamente posible sobre un amplio cimiento de ciencias generales. Y el más fecundo espíritu científico se desarrolla hoy día, sobre una base de alta cultura intelectual, cultura que sólo una Universidad plenamente desarrollada puede crear. Llegamos, pues, a reconocer cada vez más, que el mejor especialista es el que se forma después de una vasta preparación general... Nuestros ingenieros, nuestros abogados, nuestros médicos, nuestros administradores, nuestros inventores, no pueden llevar la ventaja en la carrera, ni mantenerse firmes en la rivalidad del talento, a menos que sus espíritus hayan sido ampliamente instruídos en los nuevos

problemas que las siempre crecientes complicaciones y especializaciones de la vida moderna les oponen a su paso...

f) *Solución* — La Univ. del Ros. será de tipo *científico*, — *concreta y nacionalista*.

1º *científica*, por sus métodos experimentales en todas las ciencias.

2º *concreta*, por la especialización industrial, comercial y profesional.

3º *nacionalista*, a) por la intensa elaboración de la *cultura espiritual* por la filosofía y el arte; b) por la formación del *profesor* de la *futura enseñanza argentina*; c) por la preferente dedicación al estudio de las fuentes históricas del país y de sus instituciones jurídicas y sociales.

IV. EXPOSICION SINTETICA DEL PLAN.

A

1º <i>Ciencias generales</i>	{ Naturales Matemáticas Físico-químicas	{ Derivaciones profesionales técnicas.
2º <i>Ciencias concretas profesionales</i>	{ Medicina Técnica industrial Agricultura y Ganadería	{ Profesiones y títulos
3º <i>Ciencias Sociales y Jurídicas</i>	{ Legislación y jurisprudencia Ciencias del comercio Ciencias económicas	{ Profesionales.

4º *Ciencias de la cultura*

}	Filosofía y ciencias morales
}	Ciencias políticas
}	Historia
}	Artes y literatura
}	Educación

B ELEMENTOS INTEGRALES Y EXPERIMENTALES

- a) Escuelas primarias anexas, — dos o más.
- b) Escuelas profesionales y técnicas.
 - 1. Industriales
 - 2. Comerciales
 - 3. Agrícolas y ganaderas
- c) Escuelas normales
- d) Colegios secundarios

Immensa ventaja de este *plan integral*. — Experiencia de La Plata. — La *unidad de sistema*, — la *continuidad científica*. — La constancia de la *ley pedagógica*. — La unidad del *tipo social* e intelectual. — La unidad del *tipo nacional*.

C ELEMENTO EDUCATIVO

- Síntesis* — 1º La influencia directa de las ciencias puras y de las ciencias morales, — y artísticas.
- ” 2º Influencia de la correlación constante de estudios y trabajos colectivos.
- ” 3º La *vida* universitaria.
- 4º El *maestro moderno y científico*.
- a) Formado en el *molde* moderno de la ciencia pedagógica. — Facultades de Educación.
 - b) El trabajo común y continuo de la clase, — taller, o gabinete.
 - c) El maestro *inspirador*, definido por *Haldane*:



—*Maestro y alumno*: “El espíritu de la Universidad está, así, en la cooperación entre profesor y alumno, en un común propósito de instrucción. Ambos son investigadores de la verdad, y el dominio de la letra sobre el espíritu debe hallarse muy remoto del ánimo de ambos”.

—*Personalidad inspiradora*: “Una Universidad es un sitio en el cual, el más valioso beneficio del estudiante consiste en su contacto con una personalidad inspiradora... El profesor debe inspirar. Su tarea debe ser de amor, si desea triunfar. Y si es un gran maestro, deberá modelar las vidas y gustos de sus mejores discípulos, para todo el resto de su existencia”.

d) El *Bushido*, — libro de la caballería japonesa, evangelio del *Samurai*.

“Cuando el carácter y no sólo la inteligencia,— cuando el alma y no la cabeza, son elegidos por el maestro por objeto de su trabajo, su vocación participa del género sagrado. El padre es quien me ha hecho nacer: el maestro es quien me ha hecho un hombre. El que despierte tal confianza y respeto en los jóvenes tiene que ser una personalidad superior, sin carecer de la suficiente erudición. Fué un padre para los huérfanos, y un guía para los extraviados. “Tu padre y tu madre, —“dice nuestra máxima— son como

“el cielo y la tierra; tu maestro y
 “tu Señor son como el Sol y como
 “la Luna”.

5º *La fraternidad, la caballería estudiantil.*
 —Vida universitaria. — Preparación de
 la vida social y nacional. — Las univer-
 sidades alemanas, inglesas y americanas.

1º *La compenetración y el trabajo co-
 mún* en las aulas de todos los gra-
 dos y facultades.

2º *La vida común* de la escuela, el co-
 legio (internado) — la compensa-
 ción de *defectos y cualidades*. Soli-
 daridad en el trabajo y en el es-
 fuerzo (confianza recíproca).

3º *La práctica de las leyes del honor,*
el valor y la hidalguía, — bajo el
 ejemplo conductor de las grandes
 personalidades.

—*Samurai* japonés.

—*Yeomanry, Knighthood,* ingle-
 ses.

—*Caballerosidad* (hidalgúa espa-
 ñola).

—*El espíritu de la patria* en el fon-
 do de todo ésto.

V. LA MISION DEL COMERCIO Y LA INDUSTRIA CIENTIFICOS EN LA VIDA MODERNA.

a) Distintivo de la civilización por el *co-
 mercio* y aporte de cada Nación al bien-
 estar colectivo.

b) *Finalidad comercial* de la política inter-
 nacional. — Las grandes potencias y su

expansión comercial. — *La guerra presente y la rivalidad germano-británica.*

c) *Europa y América.*

Rowe: p. 47 y 48.

d) *Norte y Sud América. — Solidaridad ante la Europa. — Renovación de la doctrina de Monroe. — La conquista comercial de Sud América por el espíritu,— y por el acercamiento mecánico. — El Canal de Suez.*

e) *Deber de propia defensa parcial o colectiva de los Estados Sud-Americanos. — Valor inicial del A. B. C. — Como una futura asociación exclusiva de intereses y afinidades propios. — Misión económica y comercial de la unión.*

f) *Misión de conquista para el comercio argentino. — “La bandera cubre la mercancía, pero la mercancía conduce a la bandera”. — La gran lucha pacífica de la civilización contemporánea.*

VI. CONCLUSION.

a) *Mi proyecto de Universidad para el Rosario.*

b) *La concurrencia de los poderes públicos.*

c) *El triunfo vendrá, si más tarde, más seguro. Entre tanto, — el Rosario se halla poseído ya de la fiebre de la alta cultura. — Es ya obtenida la mitad de la victoria. — Mérito de sus iniciadores y conductores de la campaña pro-universidad.*

e) *Mi agradecimiento por la cordial acogida a la sociedad del Rosario, — y votos por su tranquilidad y prosperidad sin límites.*

XIII

**EL COLEGIO NACIONAL Y EL SISTEMA EDUCATIVO
ARGENTINO**

EL COLEGIO NACIONAL Y EL SISTEMA EDUCATIVO ARGENTINO *

I. RAZON DE MI PRESENCIA.

Necesaria comunicación con los estudiantes del Colegio Nacional; futuros universitarios. Parte esencial del vasto laboratorio de ideas que es la ciudad del Rosario. — Su atracción sobre mi espíritu. — Fama justa de este Colegio. — La ciudad *cosmopolita*. — El *espíritu cívico* tradicional. — Educación del civismo.

II. EL COLEGIO NACIONAL CENTRO DEL SISTEMA EDUCATIVO ARGENTINO.

Posición en la escala de evolución de la cultura.—Idea constitucional, — “general”, — dudoso sentido.

- a) { La escuela primaria o común,
La escuela primaria anexa a las normales,
La escuela libre o particular.

Colegio Nacional

- b) { *Ampliación* de la escuela primaria. (*Hanus* (9 grados).
Preparación cultural libre sin finalidad universitaria.
Preparatorio de la Universidad.

* Conferencia en el Colegio Nacional del Rosario de Santa Fé, el 28 de junio de 1915.

c) *Universidad (preparatoria profesional)*

(College)

(Facultades.—Limitadas a carreras).

d) *Universidad superior*—. (Institutos).

Alta investigación.—Finalidad ilimitada de la ciencia. — La ciencia pura.

El Colegio, — se dirige a formar la conciencia social media o general. — El ciudadano. — La unidad atómica de la democracia.

III. SINTESIS MEDIA DE EXTENSION DE LA ESCUELA,

de anticipo de la *facultad*,— preparación para la *universidad*. Deben concurrir en él, las cualidades inherentes al *tipo de ciudadano* que se desea.

a) El *ciudadano* para la democracia. — El *hombre* para el conjunto social. — El *obrero* para la labor colectiva nacional, — es decir,

Civismo, — consagración al bien social.

Carácter, — voluntad y resistencia.

Aptitud, — dominio de un *medio* o instrumento de producción.

b) *La escuela del civismo*. — *Ciudadano y nacional*. — La Nación y la Patria = identidad positiva de estos dos conceptos. — *Elementos heterogéneos* de la Nación, — *elementos HOMOGÉNEOS de la patria*.

1. El *ciudadano* se hace con la instrucción en el *deber cívico*. (La Constitución y la ley).

2. El *nacional* (o patriota) por la cultura y asimilación del corazón y el espíritu (sentimiento y conciencia).

3. *El Estado, Nación, República, o Monarquía*. Por la reunión y armonía de vida de todos esos elementos reunidos.

(La *diversidad nacional* en la *unidad política*).

4. *El Imperio Británico*. — El Imperio Austro-Húngaro.

La política de *Unidad* y fusión nacional imperial en la Gran Bretaña. — La *disgregación* austro-húngara. — La *disolución* otomana.

5. Papel de las universidades británicas. — El Congreso de las *52 Universidades* en 1912. — El *día del imperio* (24 de Mayo).

6. *La Nación antigua* — (La Grecia). *Homogeneidad* étnica. — *Heterogeneidad política*. — Unidad indestructible de la *nacionalidad* helénica. — Deleznable unidad imperial de Alejandro.

—*Poder inmenso* de los *imperios* homogéneos. (Alemania).

—Atracción irresistible de los miembros dispersos de una *nacionalidad destruída*. — La *Italia medioeval*.

—Visión dantesca, — previsión de *Machiavelo*. — *Realización* moderna.

(1870) — La Grecia nueva.

•

IV. HACER PATRIA.

- 1 { a) La obra de la naturaleza y de la historia.
La *raza* y su *desarrollo* en el tiempo. —
Latinos, hispánicos, — argentinos.
- b) El *transformador* y el *fundente* del territorio y del clima. — La unción espiritual del *idioma*. — Tabernáculo del espíritu. — (El verbo transmisible y eterno).

c) *La obra de la educación*

—*Puericultura* — (eugénica) } *Selección*
—*Infancia* — } *psicofísica*
—Niñez
—Adolescencia

El niño-dios.

El niño hombre.

Lo perfecto en su fuente.

Lo impuro en su curso.

d) *La obra de la ciencia.*

—*Observación* de la naturaleza, — familiarización con ella.

—*Conocimiento* de la naturaleza. — Instrucción en sus leyes.

—*Dominio* de la naturaleza. — Posesión de los medios de investigación y descubrimiento.

Síntesis. — *El hombre, individuo, voluntad y espíritu de la naturaleza.* — Ella habla por su boca. — Siente con su corazón, — piensa con su cerebro.

(El hombre difundido en la naturaleza)

(Rab. Tagore)

V. ¿QUE ES LA PATRIA?

- a) “El resultado de ese grande y continuo experimento, que es la educación y la enseñanza que conducen a la penetración de las leyes de la vida”.

La verdad { *Sabiduría verdadera,*
Espíritu de verdad,
Anhelo de conocerla,
Impulsión de practicarla.

- b) *Efectos morales* de la ciencia — (La bondad, — la tolerancia, — la cooperación, — el amor.) *Suma:* la superioridad y el carácter.

(Berthelot) Filosofía griega. — Sencilla y purificadora. — *Soplo primaveral del paraíso budhista.* — Renovado en *Plotino.*

- c) *La filosofía en la realización de la vida.* Concepto sencillo de filosofía, — *amor de la verdad,* — *ciencia de la vida.*

— *Pitakos* — “Mas vale perdonar que vengar”.

— *Wáshington* — La consagración al bien colectivo.

{ *San Martín* — El heroísmo de la abnegación.

{ *Belgrano* — El heroísmo de la abnegación.

VI. DEDUCCIONES PRACTICAS.

- a) *La verdad amarga.* — Dispersión educativa argentina. — *Insuficiencia de educación.*

—Resultado = (discordia, —egoísmo,—hostilidad.)

Los odios históricos argentinos. — *En la cuna* de la libertad. — La anarquía, — la guerra civil, — la tiranía. — Rivalidades regionales. — Intransigencia de los partidos = la guerra a muerte.

- b) *Patriotismo y partidismo* — (Alberdi) p. 89 \rightsquigarrow Réplica sobre San Martín. — Injusticias ilógicas de Alberdi.

El libro de Root. — *San Martín y*

<i>Wáshington</i>	}	—San Martín y la guerra civil, — en <i>su país</i> .
		—San Martín en el Perú (Riva Agüero).
		—San Martín en el ostracismo.

- c) *Excesos criminales* de la pasión de partido.

Los odios y las divisiones irreparables. — La ayuda extranjera. — La traición a la patria. — Los *moros* en España.

—La injusticia política y los grandes caracteres. — La prueba del fuego. — Martirologio argentino. — Moreno, — Belgrano, — Saavedra, — Pueyrredón, — Rivadavia, — Dorrego, — *San Martín*. — Su grandeza de alma, — y ejemplar enseñanza.

VII. LA PATRIA QUE YO CONCIBO.

Política espiritual, p. 192*.

* *Obras Completas de Joaquín V. González*, vol. XV, pág. 154.

VIII. *CONCLUSION.*

- Exhortación a los jóvenes
 - Recomendación a los maestros
 - Gratitud al señor Rector y personal de la casa.
- Imitación
Estudio
Espíritu universitario.

XIV

ALEJANDRIA, CAPITAL DEL MUNDO

ALEJANDRIA, CAPITAL DEL MUNDO *

I. INTRODUCCION.

La promesa. — Una fantasía histórica. — Valor demostrativo de la antigüedad. — Importancia de la *Sincronía* en la historia. — Las leyes históricas. — La ley de *Vico* { diná-
La ley de Mougelle } mica

II. ALEJANDRO Y LA FUNDACION DE ALEJANDRIA.

1. a) El conquistador romántico. — Quintus Curtius.
- b) El pensamiento político. — La historia lo demuestra.

2. *El imperio de Alejandro* { *Grecia unificada*
La cuenca del Mar Negro y Danubio
Asia Menor { Armenia
Siria
Asiria
Arabia
Media
India
Egipto, — y Africa Norte

* Conversación en la Escuela Normal de La Rioja, el 5 de noviembre de 1915.

3. *Roma, — y sus conquistas.*
—Las dos fuerzas rivales. — Triunfo de Roma, la fuerza militar.
—Disolución del Imperio Romano.
4. *La fundación de Alejandría.* — Sus obras.
— Carácter intelectual. — La filosofía antigua. — Triunfo de *la fuerza natural.* — Ley histórica.

III. PERSONALIDAD MORAL DE ALEJANDRO.

- a—Su origen, — juventud, — enseñanza. { Leonatus
Lisimachus
Aristóteles
- b—Su carácter, — salud moral. — Pasión de heroísmo.
- c—El concepto político.
- d—La decadencia y muerte. — Disolución del Imperio.

Ptolomeo Lagus. — Los Lápidas.

IV. LOS TOLOMEOS Y LAGIDAS.

Historia trágica.

1. Tolomeo Filadelfo. — El gran rey de la cultura. — El *Museo* (Universidad). — La *Biblioteca* y el Serapeon.—700.000 v. El *Faro*. — El *Puerto*. — Los barrios. — Las carreteras. — La navegación.
2. Historia de los *manuscritos*: 600.000,—oro. (1.200.000 de nuestra moneda).
3. *La Biblioteca de Alejandría*, —y la barbarie política y fanática.
El Islam, — el bandolerismo.

V. ALEJANDRIA, CAPITAL DEL MUNDO.

- | | | |
|---|---|---|
| 1. <i>Idea de su fundación.</i> | } | El Mar Rojo.—Oriente.
El <i>Nilo</i> . — El <i>Africa</i> .
El Egipto Sagrado. —
El <i>Africa</i> . Puerto del
Mediterraneo (El
mundo) (El Dios <i>Serapis</i>). |
| 2. Fusión de religiones y filosofías.
Refugio del saber helénico en el siglo 1º, 2º y 3º.—Refugio del <i>cristianismo</i> . — San Clemente y otros.
La <i>Ciudad-refugio</i> . | } | Budismo. — La India.
Medos. — Zoroastro.
Cosmología de los Asirios.
Paganismo espiritual y cósmico de los Griegos.
Panteísmo idealista de los Egipcios.
El <i>cristianismo</i> en { Siria y
Palestina
(Antes y después de Cristo). |
| 3. <i>Equilibrio político entre el Oriente y el Occidente.—Alejandría.—Roma.</i> — Jaque a Roma.—Defensa del Mundo Oriental.
a) La <i>disolución del Imp. Alejandrino</i> . — Lucha probable con Roma. — <i>Probabilidad</i> ante la <i>supervivencia de Alejandro</i> . | | |

- | | | |
|--|---------------------------|---|
| Bouché-Leclercq }
Leval }
Sergeant }
Leval p. 149 | modernos }
CLEOPATRA } | b) <i>Resurrección con Cleopatra la Grande.</i>
La historia y el prejuicio. — La influencia del <i>sexo</i> , la belleza y los <i>episodios dramáticos</i> .
c) <i>Su primer matrimonio.</i>
1. Phiscon, — y su final trágico.
2. <i>Cleopatra y César.</i> — El Senado romano (!!)
3. <i>Cleopatra y Antonio.</i> — <i>El Amor predestinado.</i>
La muerte de César. — <i>Antonio y Crasso.</i>
La elección.
4. <i>Juicio sintético sobre el reino.</i> — Continuación del engrandecimiento de <i>Tolomeo Filopator.</i> |
|--|---------------------------|---|

VI. EL DINAMISMO UNIVERSAL DE LA CIVILIZACION.

1. Las *inclinaciones.* — Las corrientes de agua. — Las grandes cuencas.
 - a) *El Mediterráneo.* — *El Ródano.* — *El Danubio.* — *El Nilo.*
 - b) *El Missisipi.* — *El Amazonas.* — *El Plata.* (Visión del porvenir). — *El Mekong.* — *El Ganges.*
2. La *Cuenca del Mediterráneo* en la historia de la civilización. — De *Oriente a Occidente.* — El foco europeo.

Las corrientes de la civilización. — La dinámica del mundo.

(!!) *Análisis del Mapamundi.*

(La guerra actual). (Su tendencia hacia el mediterráneo).

VII. CONCLUSION.

Del mundo físico al mundo moral.

- Filosofía y religión
- a) *La unidad del pensamiento filosófico y religioso.*
 1. El *budismo* indio, 2, y el *cristianismo*.
 3. El *platonismo helénico*. — 4. El *idealismo egipcio*.
- b) *Conciliación y armonía* de las grandes filosofías. El anhelo de *paz universal*. — La Confederación de las naciones.
- c) El *reposo de los espíritus* en el seno de la *ciencia*, la *contemplación*, — y la *elevación del alma*.
La ciudad-refugio — (Alejandría)
 —El pensamiento helénico del siglo II y I a. de C.
 —El „ científico del Egipto antiguo.
 —El „ religioso del neo-cristianismo del siglo III al VI., E. Cr.

El Punto definitivo.

XV

LA ESCUELA EDUCADORA

LA ESCUELA EDUCADORA *

I. INTRODUCCION.

La iniciativa — Su importancia — Felicitaciones — Agradecimiento.

II. EL PROBLEMA DE LA EDUCACION EN LA ESCUELA ARGENTINA.

Instruir y educar — Gravedad y dificultades de la solución — Los prejuicios — y los snobismos que todo lo impiden.

III. EDUCACION Y CULTURA.

Problema intensivo y extensivo — o externo — Comparación con las plantas
1º *Cultura* — Cultivo.

2º Forma — Adorno.

Educación desde la base infantil.

El *maestro educado y culto* — (instruido y educado)

Es el alma y artífice de la escuela.

Estado actual de la cultura del Maestro argentino.

En el Litoral y en el Interior.

* Conferencia en la Escuela Normal de Chilecito (Rioja), en octubre de 1915.

IV. ELEMENTOS DE LA CULTURA DEL MAÉSTRO.

- 1 El estudio del aula — debe ser *suficiente*.
 - 2 Su instrucción en las *ciencias* que *debe enseñar*.
 - 3 Su adiestramiento en el *arte de enseñar*.
 - 4 Ciencia y método — La discusión universitaria.
 - 5 La *gran deficiencia* — La cultura literaria y artística — La estética.
 Los *planes de estudios* y la organización.
 Las ideas sobre la *misión democrática* de la escuela.
- Impedimentos { Los agentes externos — La *prensa* — el *club* — la *política* — el ambiente — las grandes ciudades.
 La pobreza.
 El *snobismo* intelectual — Amor a lo nuevo y a la celebridad.

V.—LA SOLUCION UNIVERSITARIA.

- En las universidades europeas — Ensayos.
- La solución de *La Plata* — La nueva Facultad — La unión de los estudios.
- Influencia recíproca de { Pedagógicas
 Literarias
 Filosóficas — sobre base de las científicas
- El maestro instruído y educado — *culto*.

VI. LA EDUCACION SOCIAL.

En la Universidad — en el colegio — en la escuela profesional — y en la primaria.

Influencias sucesivas y recíprocas del medio inmediato (hogar) y mediato (la calle y el club)

La experiencia del método en la educación.

Valor de la ciencia concreta y exacta — y de la disciplina pedagógica.

En el Liceo de La Plata — Educar sin dogma ni obligación — Sin sentir — Las dos señoras *Mendioroz* y *Carbó*.

Economía y educación doméstica — Es la ubicación escolar más adecuada en la actualidad — Elección de la maestra — es el todo.

VII. VALOR SOCIAL Y POLITICO DEL MEDIO CULTO.

Los hombres educados y los hombres *instruidos* — *Ventajas* de lo justo.

Peligros de lo excesivo.

a *Instruidos no educados* — *Burmeister Sarmiento* (?)

b *Educados no instruidos* — *Los formulistas* — los ridículos — los hipócritas — etc.

Parodia
de *Confucio*

Una instrucción sin educación es un peligro; una educación sin instrucción es una inutilidad.

c *La elegancia* — individual — La euryritmia social — *La civilidad*.

- 1º Graf “La *elegancia* es la comodidad de los espíritus delicados”.
Sentido práctico en la fortuna y en la pobreza.
El palacio *cursi* — y el rancho elegante.
El abuso — En Roma (Petronio) — en Alemania (*Marco Antonio y Cleopatra*).
Los *Amimetobioi*)
El justo medio — en la cultura interior — está la solución.
- 2º La *euritmia* es la ley de armonía, es la elegancia del conjunto.
- 3º La civilidad es la palabra que reúne todas las cualidades aplicadas a una nación entera.
Véase Graf
“Las cualidades de una verdadera civilidad son —“compostura, homogeneidad, euritmia, coherencia, animación interior”.
Agreguemos— “Tolerancia — benevolencia — cooperación—”

VIII. ESTADO ACTUAL DE LA CIVILIDAD ARGENTINA.

En la *Metrópoli* — La *mezcla*, el *aluvión* — la *prisa* y lucha de la vida — el residuo gaucho y la invasión extranjera — El engendro: el *compadre* — el *basilisco* de esa unión monstruosa.

IX. EDUCACION DE LA MUJER.

Es la *base de todo* — Es el *centro, medio y fin* de toda cultura.

La condición de la mujer *define* la *civilización* de un pueblo y de una época.

1º La mujer en el hogar — La *hija* y la *madre*.

2º La mujer en la Escuela — La *maestra* — (Educatriz del hogar y de la democracia)

3º La mujer en la Sociedad — (Impone su delicadeza — su tolerancia y su *euritmia*)

4º *La mujer en la política* — (Conciliación — neutralidad — armonía — *representa la unidad de la patria* ante la división de los partidos).

5º *La mujer escritora* — intelectual — (Mad. Sevigné) (Stael, Roland) (Sta. Teresa — y otras)
(Lo justo y lo ridículo)

6º *La mujer ignorante e inculta* — Es el *desorden social* y la lucha inconciliable — Destruye el *hogar* — la Sociedad y la patria.

En el *rancho del pobre* engendra el *crimen*.

En la casa modesta, impide la serenidad y el trabajo que sostiene la *aurea mediocritas*.

En el *palacio* y en la *Corte* es el desorden, la corrupción y la ruina.

Jesucristo + “La lucha del hombre es insostenible si carece de un hogar tranquilo”. *El grito más grande que han oído los siglos es el de Jesucristo*, cuando desconocido, perseguido, apedreado, vejado en su divina majestad por la plebe y la canalla, exclamó sentado sobre unas piedras del camino:

(!!) “Las raposas tienen cuevas, las aves del cielo nidos: solo el hijo del Hombre no tiene donde reposar su cabeza.”

X. CONCLUSION.

Programa práctico — Gradual y simultáneo.

1º *Cultura estética — Literaria, artística* sobre base de conocimientos científicos suficientes.

2º *Conferencias periódicas* sobre temas estéticos, audiciones musicales selectas, lecturas morales, culturales, estéticas en *clases de lectura*. (Cocquelin — Mad. Moreno — Sra. Paganó.)

3º *Asistencia constante* de maestros educados y bondadosos — *quasi mater familias* — en la vida de la escuela— (Compostura, traje, modales, palabras, juegos, relaciones con los compañeros, etc.)

(Así la escuela es un reflejo del hogar conveniente, y el hogar, a su vez, es una escuela)

4º *Las lecciones prácticas* — en las clases o fuera en forma de comedias — representaciones — escenas domésticas y sociales — actos públicos, etc.)

Mis votos finales — Si la Escuela Normal de Chilecito realiza su programa será un modelo digno de imitación en las demás provincias.

XVI

ORADORES MODERNOS

• *(Bosquejo de una conferencia no pronunciada)*

ORADORES MODERNOS

(Bosquejo de una conferencia no pronunciada)

1ª PARTE

I. INTRODUCCION.

La última conferencia. Honor extraordinario. Benevolencia descontada en favor del que habla.

Antecedentes de esta tribuna: Lugones, Alvarez, Altamira. Un poco de descanso. *Conversemos.*

II. EL QUE HABLA, COMO ORADOR.

Todos somos oradores cuando hablamos. Mi característica mental: afectiva, literaria, poética; las comparaciones y las digresiones, — la poesía, — la filosofía, — la política, y alguna que otra zambullida en las *ciencias*.

- a) Imposible hablar en metafísica.
- b) Imposible en estilo poético.
- c) Imposible en alto razonamiento político.
- d) Pretencioso y ridículo hablar en ciencia, *porque no sé bastante.*
- e) *Mi miedo al público, —mi cortedad provinciana.*

III. LA ORATORIA.

- a) *Evolución sensible* en contra de las formas clásicas en los pueblos más *cultos y fuertes*. (Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Alemania, Bismarck).
- b) *Persistencia de la oratoria clásica* en las naciones latinas, católicas. Causas.
- c) La enseñanza retórica a base de modelo. *Cicerón, Brutus, Tácito, Hortensio*. — *Demóstenes, Esquines, Lisias*, etc.
(Quintiliano y Cicerón)
- d) *La oratoria sagrada*, —su influencia persistente.
- e) *La oratoria político-retórica*. (Castelar).
- f) *La retórica y la preceptiva*, —su marca indeleble. Los ejercicios en clase, en seminario, en colegio religioso. *Las sabatinas*. *Las declamaciones de memoria*. La memoria!

IV. LA ORATORIA EXTRANJERA.

Con la difusión de los idiomas.

- a) Los ingleses. Su período clásico: *Halifax, Chatham, Sheridan, Burke, Macaulay*.
- b) *Evolución de medio siglo*. La conversación o estilo familiar. *Beaconfield, Roseberry*.

V. INFLUENCIA DE LA ORATORIA FRANCESA DE LA REVOLUCION,

en la generación de la Independencia. Documentos incomprensibles, aunque venerables. Diluimiento de la idea y del sentimiento. La retórica y el estilo heroico, hasta cerca de

nuestros días. Involuntario olvido de esos documentos.

1. *Las dos corrientes*: la religioso-retórica, y la político-clásica de origen francés.

VI. LA ARENGA POLITICA.

Mitre en 1852, y su escuela.

López, la antítesis. Los discursos de junio en la Legislatura de Buenos Aires.

Sarmiento y *Vélez Sársfield*. Tendencia espontánea y libre del 1º. Espíritu doctrinal y práctico del 2º.

Avellaneda. La *pulcritud* clásico-moderna, la belleza y la concisión. La *elocuencia artificial* en la forma. Un gobierno de discursos, de proclamas, de manifiestos, de tendencia culta.

Estrada y *Goyena*. Semejanzas y desarmonías. Antítesis. Estrada era un producto neto de la escuela francesa, de la gran elocuencia, mitad Bossuet, mitad Mirabeau. Danton.

Goyena, era un ático profano oficiando de católico.

La última llamarada. *La ley de matrimonio civil*. Los dos discursos.

Estrada, la gentil pareja enamorada, ante el juez de paz. Contraste.

Goyena, la *gota de agua*, —espíritu divino.

Truc: del discurso, su caída, —falso y deleznable.

Del Valle. El *orador político*. La agresión, la acusación, la censura, la dialéctica. El orador-abogado, a lo *Berryer*, a lo *Dupin*. Siempre académico y grandilocuente.

2ª PARTE

VII. COEXISTENCIA DE LA ORATORIA CON LA VIDA POLITICA.

Transformación de la política argentina. La nueva época de 1890 a la fecha. La riqueza, la educación de la masa. Las *idolatrias* y las *sugestiones van desvaneciéndose*, por el mayor nivel intelectual del *medio*.

La vida moderna, política moderna, oratoria moderna.

El pueblo en la *barra*. La *revolución* en el *bolsillo*. *El orador para el público*. Hay el orador para la Cámara, para el legislador.

VIII. VIDA PARLAMENTARIA ARGENTINA.

Los *viejos tiempos* y los *nuevos*.

1. Aparición de los hombres nuevos; la entrada de *Agustín Alvarez* en 1892, el razonador del buen sentido, la originalidad de la forma, la impresión de novedad, su prestigio.

+

2. “Hemos convenido en que la oratoria parlamentaria, tal como nuestros padres entendieron esta frase, es un arte muerto”.

George Russell

“Mateo Arnold me dijo una vez: la gente piensa que yo debo enseñarles estilo. ¡Qué engaño y qué fastidio! *Tener algo que decir*, y decirlo tan claramente como se pueda, ese es el secreto único del estilo”.

3. *Estado actual*. En general, domina la sencillez. Persistencia del viejo estilo en algunas regiones sociales.

La vida ficticia, la pose y la simulación, artes de vivir y encubrir la insignificancia. Asalto de favores y posiciones. Un mal de la República. ¡La solemnidad! Institución.

IX. LA CONVERSACION.

Causerie u oratoria confidencial.

a) Es más *humana*, más *racional*, más *igualitaria*, y más eficaz.

La *distancia* entre el orador y el público, lo endiosa y tiene que hablar como un dios, sino se lo lleva el diablo.

El drama de la
elaboración
mental.

b) *Es más convincente*. Influencia directa del orador, visto de cerca. Hay *simpatía* y ésta predispone en favor, —está más al nivel de la masa, siempre inferior al individuo aislado.

c) *Es más fecunda*, porque saca al orador lo más rico de su alma, de su genio, de su temperamento por la *confianza en sí mismo*, y por la libertad.

d) *Es más agradable*. El agrado del auditorio debe ser el fin del discurso. Debe él sentirse hablando, dialogando con el orador, aunque no hable. ¡El improvisador hueco!

X. LOS CONVERSADORES MODERNOS.

a) *Los ingleses*. La oratoria es lo que es la nación misma. A mayor *grandeza*, mayor *simplicidad y claridad*. Gladstone y la Reina. (Russell, p. 143).

b) *El orador moderno*. Grande y vasta cultura anterior. Tener siempre *ideas*, algo que decir, digno de ser oído. No ostentar superioridad sobre el oyente. Lealtad consigo. Valor moral. Ser *sano de juicio*. No carecer de una *sonrisa*. “La sonrisa es en los auditorios más solemnes como una brisa que ondula la superficie de un lago inmóvil”.

+ Comunicar con el oyente, hablar con él aunque no le conteste, leer en su semblante, en sus ojos, — la confianza, la respuesta.

XI. EL MODELO: LORD ROSEBERY.

Su labor enorme, en la enseñanza, en la tribuna pública, en la Cámara de los Lores, en la conversación. Síntesis más alta de la cultura contemporánea.

El retrato, por G. Russell:

“En mi impresión de oyente, atribuyo un alto sitio a la conversación de Lord Rosebery. Desde luego, posee una voz muy agradable. Es baja pero de perfecta claridad, rica y simpática en su tono, y de un acento singularmente afinado: es la voz que predispone la buena voluntad del auditorio, y recomienda lo que ella expresa. Antes he dicho que la principal condición es tener algo que decir, digno de ser dicho, y en este sentido Lord Rosebery se halla provisto de modo excepcional...

“Aparentemente, por su aspecto, por sus gustos, es todavía un hombre joven. En experiencia, ilustración y conducta es ya un anciano. Es el mismo en su casa, que en

Epson Dowons, y en la Cámara de los Lores. Su vida ha estado llena de acción, incidencias e interés. El no sólo ha coleccionado libros, sino que los ha leído, y ha encontrado tiempo, aun en medio de las prosaicas exigencias del Consejo de Londres, del turf, y del Ministerio de Relaciones Exteriores, no sólo para estudiar, sino, lo que es más notable, para pensar...

“A todas estas dotes, él reúne un delicado sentido humorístico, un hábito de íntima confianza y un sub-ácido de sarcasmo que sazona... En una palabra, Lord Rosebery, es uno de los más deliciosos oradores del día, y aún cuando sea verdad que *il s'écoute quand il parle*, sus amigos pueden replicar que sería extraño dejar de escuchar algo que es siempre agradable y brillante”.

Sus discursos de gran vuelo. Carácter mixto. Ciencia, doctrina, “humour”, conversación.

XII. CONCLUSION.

Los *educadores* argentinos.

Tipo de cultura, alta, sincera, eficaz.

La distinción, el buen gusto, la elegancia.

“La *elegancia* es *belleza* y es un atributo de la *fuerza*”.

XVII

ORADORES Y CONVERSADORES

ORADORES Y CONVERSADORES *

I. EL QUE HABLA, COMO ORADOR.

Todos somos oradores cuando hablamos. — *Mi característica mental* — *afectiva*, literaria, poética, melancólica.

—Comparaciones y digresiones, filosóficas.

—Mi inclinación a la forma docente y predicante.

—Mi amor a las *ciencias naturales* y físicas.

—Mi timidez, mi excesivo cristicismo de mi propio, y mi pereza muscular... (B. Mitre y mi oratoria) — Mis discursos escritos y mis hablados, o leídos. (Ind. Gómez).

—No soy orador, — lo dicen todos los autores. — *Conversemos, entonces!*

II. LA ORATORIA ANTIGUA Y MODERNA.

A) a) *Democracias atenienses* y oradores.

—El *gobierno de la palabra*. — El Agora y el Puix. — Los juicios públicos y la oratoria forense. — *Cultura* de la multitud y escuela de civismo. — El *teatro* y la *tribuna*. — el aire libre.

* Conversación en la Asociación de ex alumnos del Colegio Nacional de La Plata, el 15 de junio de 1917.

b) *Oradores griegos.* — Seducción del tema.

—Pericles, — Esquines, — Hipérides.

—Lysias, — Hipérides, — Demóstenes.

—Esquines, — Foción.

c) *Lysias.* El más perfecto. — Según testimonios contemporáneos, — y actuales. — Cicerón, — y Dionisio de Halicarnaso) — El *estudio de Jules Girard.*

➤ — El juicio de *Deschamps*:

“Lysias, tan neto, corto y discreto en el exordio, como avasallador y decisivo en la peroración; dotado de un estilo tan perfecto, que su perfección se vuelve casi desalentadora; sin rival por la ordenación del discurso y la gravedad medida de las palabras y de los gestos; en quien se desearía, talvez, más abondono, calor y fuerza, si esta elocuencia noblemente meditada, exenta de fraseología, alimentada de experiencia y de doctrina, alejada en lo posible de la intemperancia verbal de los retóricos, — no ofrecía como los bronce de Calamis y de los mármoles de Policleto, el raro ejemplo de un arte llegado a ese punto de acabamiento y sobria plenitud, donde el más difícil “connaisseur” nada tendría que echar de menos y nada que desear”.

—Lysias *no era el orador emocional* por la frase, sino por el conjunto de su persona, su razonamiento y su arte.

—Es el fundador de la *elocuencia moderna* (*Waldeck-Rousseau, Briand, — Roseberry, Balfour*).

—Esquines y Demóstenes.

d) *La escuela romana.*

Diversidad de medio, de costumbres, de instituciones. — La dictadura, — la tiranía. — La plebe desbordada e insolente.

Plebeyos y soldados, — los pretorianos. (Rusia).

—La oratoria retórica, dramática, artificiosa y casuística. — Dogmática.

Cicerón, orador, — y preceptista.

Brutus, Hortensius.

e) *La decadencia sofística*, (bajo helenismo y bajo imperio romano).

—La *teología* y la *escolástica* medievales.

—La *metafísica* y la *retórica* se dan la mano.

Imperio hasta el siglo XX, — por la enseñanza y predominio de la Iglesia Católica. — La *silogística* ejercitada en los colegios de religiosos. — La improbidad intelectual, por el éxito del artificio retórico.

B) *Oratoria moderna.* — a) Las ideas republicanas. — La *democracia inglesa*. — Los parlamentos libres. — La *oratoria política* contra las tiranías. — Exaltación de la nota y emoción patrióticas. — La *resurrección de la antigua elocuencia griega transformada*.

- George Russell* b) “Debemos convenir en que la oratoria tal como nuestros padres entendían esta frase, es un arte muerto. *Lord Curzon* agrega: “La prodigiosa expansión de la Prensa y el universal imperio del telégrafo, han vuelto al populo indifferente a los debates públicos, pues las gentes pueden tener su política servida y caliente y humeante junto con la taza de té de la mañana, en el periódico de su predilección”.
- c) *Evolución contra la forma clásica y dogmática en las naciones más cultas (Inglaterra, — Francia, — Italia, — Alemania).*
- América española* —*Persistencia del clasicismo retórico en las naciones latino-hispánicas. — Los ejercicios de retórica en los colegios religiosos. — Ausencia de escuelas de verdadera elocuencia natural.*
- d) *Influencia de la nueva cultura. — Difusión de los idiomas francés e inglés. — Los nuevos modelos. — Progresos de nuestras democracias incipientes.*
- R. Arg.* e) *La oratoria de la Revolución Francesa en la generación de 1810. — Lucha entre la influencia francesa y la hispano-elesiástica de la Colonia. — Los discursos hinchados de retórica, — y de libertades de unos y otros.*
- f) *Los oradores sagrados de 1810-1825 (Fr. Cayetano Rodríguez, — Fr. Pantaleón García, — Dean Funes, — Castro y Barros, — Del Corro, — (Córdoba) y otros).*

g) *La oratoria rivadaviana.* — (Avellaneda y López) — Las frases. — *La solemnidad.* — La escuela de la simulación majestuosa.

C) *La época del renacimiento argentino.*

a) Después de Rozas. — El gobierno de López (V. F.) y las *sesiones de Junio 1852.*

—Mitre, — tribuno popular, revolucionario, caudillo. — Elocuencia incendiaria y bélica.

—López (V. F.) — El valor, el razonamiento, la verdad, el hombre de gobierno. El duelo oratorio más grande de la época.

Leer, — los jóvenes.

b) *La convención de 1860,* — en Buenos Aires. Otros oradores, — Vélez Sársfield, — Sarmiento, — Marmol, — Elizalde.

➤ —*La vida política argentina de 1860 a 1874.*

Oratoria y periodismo — Los bravi.

D) *Epoca contemporánea.* — *Bosquejos.*

1ª —*Vélez Sársfield.*

—*Sarmiento.*

—*Mitre* (nueva manera = 2ª después de la Presidencia).

—*Quintana* (1ª época — La Legislatura de Bs. As. La Convención del 60 — Los primeros Congresos de la Constitución).

—*Alsina y Alem* — (Los tribunos de nuestra “democracia” brava, — y de facción y círculo).

Paralelo y antítesis

2ª *Avellaneda!* — La belleza, el culto de la forma. — La influencia literaria, — la *frase* y el *cuadro poéticos*. — *Genio* oratorio, — ennobleció los hechos, — gobernó y se defendió con la elocuencia.

3ª *Del Valle, A.*

—Orador *forense*, jurista y político.— Su cultura *literaria* y su manera exterior. — Su voz atiplada. — Orador parla-

mentario = $\left\{ \begin{array}{l} \text{jurista, — académico,} \\ \text{polemista, — acusador,} \\ \text{abogado y tribuno.} \end{array} \right.$

—Su ministerio de 1893.

—Del Valle profesor (orador didáctico).

Su final.

4ª *La dualidad católica.*

ESTRADA y GOYENA.

a) *Estrada*, — tipo francés de la Convención y la Revolución. — Su *lenguaje* correcto y figurativo. — Su *tono* y *voz*. — Su gesto demasiado rígido; — no había sonrisa. — Elocuencia superior y respetable.

b) *Goyena*. — *Atico*, — profano, — oficia de católico.

Contradicción viviente. — Su agilidad, — ironía, — superficialidad, — argumentación de efecto palpante. — Erudición escasa, — por no sacrificar la *forma* y la *impresión* inmediata. — Amor del aplauso y del elogio.

- c) *La emulación oculta* con Estrada. — El duelo definitivo de 1887. — *Matrimonio civil*.

El discurso de Estrada,—la frase céntrica. — “La gentil pareja enamorada” ante el altar y ante el juez de paz!

El discurso de Estrada,—la frase central. — La “gota de agua” de Alimonda! La derrota. — El silencio. — La muerte.

- d) *Goyena, conversador privado*. — El *arte* de la conversación. — El “causeur”. — El *vicio* de la conversación. — El solista. — La degeneración del talento.

III. LA NUEVA ORATORIA.

- a) La vida política nueva, trae oratoria nueva. La *acción* gubernativa, — la educación de las masas. — La difusión de la *escuela*. — La mente popular argentina. — Abandono culpable de la *propaganda hablada* en el interior y campañas todas. — *Invasión de nuevas formas de la democracia*. — La inmigración europea con sus enfermedades, preocupaciones y anhelos de raza y civilizaciones maternas. — El *socialismo* y *anarquismo*, su prédica oral y escrita. — El proselitismo religioso en Inglaterra y Estados Unidos.
- b) *Parlamentarismo y democracia*. — El orador de *comité*, — de plaza, — (meeting) —y *de parlamento*. — Es una escala inevitable y lógica.

—El parlamento de *legislación* y de *combate*. — Es más *acción* que *doctrina*.

El debate *político*, — y el debate de la *ley*. El tribuno y el jurisconsulto. — La *impresión* y la *convicción*.

c) *Estilos oratorios*.

➤➤➤ “El tipo y la escuela” — (*Paul Reynaud*, v. W. R.).

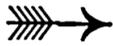
“El tipo es el hombre. Hay el orador linfático y el orador sanguíneo. — Los medios físicos, el temperamento, la cultura, determinan la manera oratoria”. Prestigio, encanto y simpatía de la persona. — *Aspecto, voz, modales*. — Serenidad y elegancia.

←➤➤ El estilo natural—Dice *George Russell*: “Mateo Arnold me dijo una vez: “La gente piensa que yo debo enseñarles estilo. ¡Qué engaño y qué fastidio! *Tener algo que decir*, y decirlo tan claramente como se pueda, ese es el secreto único del estilo”.

IV. LOS GRANDES MODELOS CONTEMPORANEOS.

A. Ingleses a) 1ª ép. Chatham, — Fox, — Burke — Cánning, — O’Connell.

2ª „ Gladstone, — Disraeli, — Peel, — Bright, Argill, — Duque de Devonshire, — Lord Randolph Churchill, — Macaulay, — Salisbury.

b) *Balfour*, según Lord Curzon: 

“Probablemente nunca hubo un estadista de la primera fila en Inglaterra, que haya sido tan indiferente a la oratoria y a la elocuencia, ni tan desconfiado de su influencia en la vida pública, como Mr. A. J. Balfour.

...cuya idea del mejor arte de hablar, sería aquel en que el pensamiento fuese todo lo importante, y la forma, que es accidental, de temperamento y secundaria, debía dejarse que se revelase por sí misma... El es, sin duda, el espíritu más agudo que se haya dedicado a la política durante el pasado siglo. Como dialéctico parlamentario, nunca tuvo superior. En cualquier campo en que su elevación de pensamiento hallara objetivo natural, *corría el riesgo de ser elocuente a pesar de sí mismo*. El representaba un tipo de oratoria pública llevada a una perfección que ningún otro alcanzó en los tiempos modernos.

Nunca descendió de cierto nivel de majestad, aun cuando llegase a flotar en la atmósfera de la pasión, o encendiese en llamas a su auditorio. Sus discursos son un modelo de concisión, la apoteosis de la eficiencia de la vida activa”.

B) *Los franceses* — (La tradición luminosa)

a) Mirabeau, — D a n t o n, —
Robespierre.

Dupin, — Berryer, (etc.).

b) Briand, — y *Waldeck-Rous-*
seau.

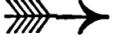
➤➤➤→ *Deschamps*. — Su estudio sobre *Wal-*
deck Rousseau.

P. 83. — “En un tiempo en que ya no se sabe estar solo, y en que los mediocres, empujados a veces por el azar hacia los grandes empleos, no hablan, este orador, este hombre de Estado, arrastrado por su destino al tumulto de las discusiones públicas, permanecía poseído de soledad, y saboreaba en silencio la deliciosa sensación de libertad que se experimenta cuando se retira lejos de los corrillos y de los atropamientos...

“El silencio, refugio habitual de las almas pensativas y hastiadas; el silencio, esta armadura de invencible acero que con frecuencia sólo es la defensa y el velo de las sensibilidades profundas y vivas, lo atraía con no se qué encanto, y robaba a los ojos del vulgo la fuente oculta donde se alimentaba y renovaba la calidad personalísima de un talento admirado por el consenso unánime de todos los partidos. Bebida en estas profundidades de meditación y en estas fuentes de energía, la elocuencia humana alcanza un grado de concentración, y por

decirlo así, de densidad, que la salva del peligro de inatención y de los riesgos del olvido... Fortificada de reflexión, de experiencia y de filosofía, no tiene necesidad del vano apoyo de esas fraseologías superficiales que solo sirven para llenar los vacíos de los espíritus mediocres y ligeros...”

(A modo de paréntesis, Reynaud, a este respecto, dice: “Waldeck-Rousseau parecía poner tanta discreción en ocultar su talento, como otros ponen entusiasmo en exaltar su mediocridad”.

Sigue *Deschamps*: págs. 92:  leer.

XVIII

**ESTUDIO BIOGRAFICO-CRITICO
DE VELEZ SANSFIELD**

ESTUDIO BIOGRAFICO-CRITICO DE VELEZ SARSFIELD *

Nació 18 de febrero de 1800; murió 30 de marzo de 1875.

I. INTRODUCCION.

a) Razón de este compromiso. — La invitación. — Mi preocupación sobre VÉLEZ. — Homenaje a mi Universidad de Córdoba y a la patria. — Contribuir a hacer resurgir uno de sus hombres más eminentes;

b) Carácter de esta conversación. Debe ser una vista de conjunto de la vida y labor del doctor VÉLEZ SÁRSFIELD.

Imposibilidad de tratar en particular ninguno de los aspectos especiales de su vida u obra, por su extensión y multiplicidad.

Debe limitarse sólo a exponer simultáneamente la obra escrita o hablada, publicada e inédita.

c) Labor universitaria. — Mi plan aprobado por la Universidad de Córdoba.

* Corresponde este plan a la conferencia pronunciada por el doctor Joaquín V. González en la Junta de Historia y Numismática Americana sobre la personalidad del doctor Dalmacio Vélez Sársfield, y que hubo de utilizar para su estudio biográfico-crítico en un volumen, primero de los veinte de sus *Obras Completas*. La muerte impidió al doctor González dar término a esta tarea, encomendada por la Universidad de Córdoba. — *N. del E.*

II. SINTESIS DE LA VIDA.

A) MATERIAL BIBLIOGRÁFICO:

a) Fuentes literarias. SARMIENTO.—Bosquejo; valer histórico de visu.

MARTÍNEZ PAZ. — *El doctor Dalmacio Vélez Sársfield y el Código civil argentino.*

Vélez Sársfield. — Número único. — Córdoba, 1897.

AVELLANEDA. — *Escritos, discursos.*

ROJAS, R. — *Introducción al derecho público eclesiástico.* Obras indirectas y generales sobre la época y hombres contemporáneos.

b) Fuentes originarias.

Archivos. — Su dispersión y desorden.

Documentos oficiales. — Parlamentarios. — Su imperfección y desbarajuste.

Documentos oficiales. — Recopilaciones administrativas (igual observación).

Archivos de familia o particulares. — Ignorados o dispersos.

c) Las propias referencias del Autor en discursos y en escritos.

B. ORIGEN. — *Educación.*

Escuela franciscana (SARMIENTO).

Colegio y Universidad (Córdoba).

Estudios libres.

Estudió. (1812-1822).

1. El medio local. — La sangre. — El medio social. (Córdoba de 1810 a 1852).
2. El medio nacional. (Buenos Aires).
3. El ambiente político-intelectual. (RIVADAVIA y su tiempo). — Influencia. — La oración de VÉLEZ (SARMIENTO).

4. La latinidad en Córdoba. — Discusión y juicio. — Pro y contra.
- x) La relajación. — Deán FÚNES. — SARMIENTO. — RAMOS MEJÍA. — Decadencia. — Franciscanos y jesuítas. — El régimen liberal.
- xx) El buen fondo. La latinidad clásica. Los libros en latín de los profesores. (MORELLI). — ELÍA DEL CARMEN. — Fray Pantaleón GARCÍA. — La filosofía moral. — El *jus naturalis et gentium*.
- xxx) Los libros latinos de VÉLEZ SÁRSFIELD. Los clásicos. — Poetas. — Historiadores y moralistas. — Los juristas. — (CUJACIO. — VINIO. — HEINECCIO). — Anotaciones marginales. La *Eneida*. — Ediciones latinas. — Portuguesas. — Francesas. — Inglesas. — Italianas. — Método comparativo. — Valor real.
- xxxx) Mi juicio sobre el valor de la latinidad en Córdoba y su influencia buena y mala. Lo que valió en VÉLEZ. — El amor y el abuso de latines. (Burke) SARMIENTO y el latín de VÉLEZ. ¡Y aun hoy...!

C. VÉLEZ EN BUENOS AIRES.

1. El ambiente intelectual rivadaviano. — Estudios de AVELLANEDA. — La ciencia y la profesión jurídicas. El laberinto de las fuentes jurídicas.
 - a) romanas.
 - b) españolas.
 - c) hispano-americanas (Coloniales).
(Recopiladas y dispersas).
 - d) canónicas y político-eclesiásticas.
 - e) la legislación propia; de 1810 adelante.
2. La Universidad y los textos.
 - a) la dispersión legislativa. — Española. — Sistematización.

b) los manuales de SOMELLERA. — CASTRO y los dictados de los profesores.

(ALCORTA, CHORROARIN y otros (GUTIÉRREZ). SALA y sus compendios. — Derecho real. — Digesto.

3. Los trabajos del doctor VÉLEZ.

El ALVAREZ anotado (Derecho real de España) por VÉLEZ SÁRSFIELD.

El CASTRO (Prontuario de los juicios).

El MEINERI. — Derecho público eclesiástico.

(¿Lo edita?; ¿lo anota?; ¿lo corrije?).

4. HEINECIO-VÉLEZ. Notas y concordancias inéditas. Preferencia de VÉLEZ por HEINECCIO. — Método de instituta o teórico doctrinal contra el método exegético.

a) Anotaciones comenzadas en 1883.

Concordancias minuciosísimas con la legislación española y de Indias.

A. *Operum. — Tomus quintus. — Continens:*

I. *Elementa juris civilis secundum ordinem institutionum.*

II. *Recitationes in elementa juris civilis, etc.*

III. *Observationes theorético-practicae ad institutiones.* (Edición de Ginebra, 1768).

B. *Id. — Tomus sextus. — Continens:*

I. *Elementa juris civilis secundum ordinem pandectarum adornata.*

II. *Observationes theorético-practicae. a) pandectas.*

b) amor de VÉLEZ SÁRSFIELD por el método científico, teórico, doctrinal como se vé en MEINERI, HEINECCIO, CASTRO y ALVAREZ, y lo realiza en el *Derecho público eclesiástico*, en el *Código civil* y en el *Código de comercio*.

5. El abogado, profesional, abundancia de material jurídico. — Su pericia. — Autoridad. — El valor jurídico de los escritos. — La faz nueva de VÉLEZ SÁRSFIELD. — Ignorado, poco conocido u olvidado. Sus funciones:
 - 1º Abogado.
 - 2º Asesor de Gobierno de Buenos Aires, 1846-1854-1858.
 - 3º Publicista. — *El Nacional*.
 - 4º Consultor.
Escritos. — Dictámenes. — Escritos políticos, jurídicos. — Polémica.
6. Parlamentario y gobernante.
 - a) Congreso de 1824-1827.
 - b) Legislatura de Buenos Aires. — Diputado, 1852. — Senador, 1856.
 - c) Convención del Estado de Buenos Aires, 1860. — Santa Fe, 1860.
 - d) Congreso nacional (Ministro de Buenos Aires, 1862, y de la Nación, 1873). (MITRE-SARMIENTO).
7. El codificador y legislador.
 - a) Historia del *Código civil*. — Innecesaria. — Multitud de escritores que la han hecho.
El doctor de la PLAZA y doctor MARTÍNEZ PAZ. — Elogio de la obra.
 - b) Historia del *Código de comercio*. — Las vicisitudes y torturas (SARMIENTO).
 - c) *El Derecho público eclesiástico*. — Valor de esta obra.
 - d) Recopilación de las leyes parciales y administrativas, desde 1852 a 1873.

III. SINTESIS CRITICA.

1. El civilizador, educador y moderador.
Influencia de la superioridad genial, de la cultura y la sabiduría en la suerte de la Nación.
Tipo antiguo, griego, romano, inglés.
2. El carácter y la política.
 - a) VÉLEZ y ROSAS (SARMIENTO - LUGONES - ROJAS).
(Conducta durante las guerras civiles. — SARMIENTO). QUIROGA y VÉLEZ (RIVADAVIA).
Mi juicio. — La superioridad. — La tolerancia. — El designio futuro. — Su convicción íntima de liberal. — Unitario. — Constituyente. — El mediador futuro. — Su equidistancia. — Los déspotas romanos y la cultura intelectual. — Los déspotas modernos; Luis XIV y las letras.
 - b) VÉLEZ combatiente 1852-1862.
Organización. — Unión. — Constitución.
Conciliación y justicia.
 - c) VÉLEZ constituyente.

A. POLÍTICA.

Piezas fundamentales: 1º, Discurso sobre el acuerdo de San Nicolás. 2º, Discurso sobre el dictamen de la Comisión revisora de 1860 y como redactor. 3º, Sobre el régimen primero de la Constitución. 4º, Discursos en la cuestión de San Juan y puerto de Buenos Aires. 1º, 1824-1827. — Unitario. — Preparación — observación. 2º, 1852-1860. Buenos Aires. 3º, 1859-1862. Tratados de unión definitiva. 4º, 1862-1873. — Gobernante. — Aplicación práctica de la Constitución. — El fondo de su doctrina.

B. LEGISLACIÓN COMÚN.

1º Constitución político - eclesiástica, 1834-1853. — Escritos sueltos. — Tratados de Derecho público eclesiástico. — Paz y orden en las relaciones con la Iglesia. — Gravedad de las perturbaciones religiosas. — Sentido liberal regalista. — Es un orden constitucional secundario. — Comprendido en el patronato. — Diplomacia con la Santa Sede.

3. Derecho comercial. — *Código de comercio*. — La paz por el régimen del comercio.

4. *Código civil*. — La constitución real de la sociedad. A) la persona privada. B) la familia. C) las cosas y los bienes. D) la justicia y las formas procesales. El *Código civil* y el Derecho procesal. — Organización federal. — Unitaria. — Las ventajas contra la movilidad.

Profundo sentido orgánico de la legislación civil. Las vicisitudes de la política y la fijeza y permanencia del Derecho común.

La constitución civil: civil, penal, comercial, minería y la constitución política (LASTARRIA). VÉLEZ el verdadero fundador. — Ejecutor de la constitución social argentina.

Cooperador esencial en la organización política.

IV. EL HOMBRE PRIVADO.

a) sencillo, austero, familiar.

b) el hombre de espíritu; liberal, tolerante, jovial, caústico, satírico, mordaz (ROCA en Río IV). Generoso de sus ideas y modesto hasta la exageración de su gloria personal. — Indignación contra la injusticia. VÉLEZ y TEJEDOR en la Constitución de 1860.

c) fortaleza contra la injuria y la injusticia. (El *Código de comercio*).

d) el afectivo, su familia, sus amigos, (SARMIENTO).
Su don de admirar. (RUSKIN).

Oración pro-RIVADAVIA.

V. SINTESIS DE SUS OBRAS COMPLETAS.

a) la Universidad de Córdoba y su servicio al país y a América con la edición de sus Obras completas. — Edición de homenaje como las de Francia a VÍCTOR HUGO, VOLTAIRE, RENAN, etc. BLACKSTONE, LAURENT, SAVIGNY.

Veinte volúmenes:

- I. *Estudio biográfico-crítico.*
- II. *Escritos forenses.* — Primer volumen.
- III. *Escritos forenses.* — Segundo volumen.
- IV-V. *Escritos jurídicos e históricos:* escritos sueltos, polémicas: ALBERDI, MITRE. — Prólogo a CURTIS, etc. Memoria de ministro. Límites Patagonia. — Ejecuciones en San Nicolás. — Discurso RIVADAVIA, etc.
- VI. *Escritos en la prensa.* — *Cartas.*
- VII. *Instituta de derecho real español.* — Libros I y II.
- VIII. *Instituta de derecho real español.* — Libros III y IV.
- IX. *Derecho Público Eclesiástico:* Tratado-dictamen en el Memorial ajustado — carta y memorandum a ORIBE. — La comunidad de San Carlos (Santa Fe)?
- X. *Código de comercio.* (En colaboración). a) antecedentes. b) discusiones en la legislatura de Buenos Aires; Congreso nacional. c) texto del Código.
- XI. *Código civil.* — Leyes preparatorias. — historia — legislación. — Estudio del doctor OTERO CAPDEVILA sobre las diferencias entre las ediciones y los originales.

- XII. *Código civil.*
- XIII. *Código civil.*
- XIV. *Código civil.*
- XV. *Discursos parlamentarios* en legislaturas, convenciones y congresos. — Vol. I.
- XVI. *Discursos parlamentarios.* — Vol. II.
- XVII. *Discursos parlamentarios.* — Vol. III. Ap. informe Convención 1860. — Redactor de la Convención.
- XVIII. *Legislación y administración.*
 - 1º Banco de la Provincia.
 - 2º Legislación administrativa. — Registro civil, etc. Provincia de Buenos Aires.
 - 3º Proyectos y leyes nacionales.
- XIX. *Dictámenes.* Asesor en la Provincia de Buenos Aires, 1854-1858.
- XX. *Eneida:* a) introducción, SARMIENTO, SALDÍAS; b) texto; c) índices generales.

XIX

EL DOCTOR ADOLFO E. DAVILA

EL Dr. ADOLFO E. DAVILA *

I. *INTRODUCCION.*

Mi tributo. El de la prensa argentina, el del Senado, —el de *su pueblo*. El funeral y esta velada. Homenaje civil sin formas mortuorias ni religiosas.

El hombre y la muerte.

El hombre y la historia. La anticipación del juicio. La imparcialidad y el sentimiento.

II. *EL MEDIO AMBIENTE Y ANCESTRAL.*

1º *La familia Dávila* en España y Río de la Plata, y Rioja. La *aristocracia* (los mejores) Los grandes ciudadanos que dió a la Patria. El timbre impreso a la cultura social y política de La Rioja.

1º D. Miguel y D. Nicolás.

2º D. Simeón, D. Bonifacio, D. Domingo, D. Tristán.

3º D. Guillermo, D. Maximiliano, D. Cesáreo.

La Universidad
de Córdoba

2º *La época*. La independencia, la guerra civil, — la *Constitución*.

* Conferencia pronunciada en Chilecito, el 11 de abril de 1918.

3º La educación de nuestra generación en medio de tanta vicisitud. — *Lo que hicieron nuestros padres, — lo que sufrieron nuestras madres*, para fundar esta civilización y cultura.

4º *Marco Aurelio*. (*Santo antes de Cristo, —de Zenon de Elea, —de Cicerón, —de los Estoicos*)

“De mi abuelo Verus: la dulzura de costumbres, la paciencia inalterable”

“De mi padre: modestia, carácter varonil”

(Y agrega Capitolino respecto de Marco Aurelio, que era firme y enérgico pero exento de presunción, —y que se reunía a la vez en él la virtud sin aspereza, la modestia sin debilidad, y la gravedad sin ninguna huella de mal humor).

“Imitar de *mi madre*: su piedad, su beneficencia; abstención del mal, aún de pensamiento; vida frugal que en nada se asemeja al lujo de los ricos”.

“A mi *bisabuelo* debo el haber recibido en mi casa las lecciones de los buenos maestros, y el haber aprendido que, para tales fines, no debe ahorrarse ningún gasto”.

(Siguen después los consejos y enseñanzas de los maestros)

5º Las escuelas de Córdoba, Buenos Aires y Montevideo. La enseñanza de la cátedra y la del *medio social*. La ciencia de los libros, y la ciencia de la vida.

Adolfo Dávila era un equilibrio feliz entre ambos, pero tenía más de la 2ª que de la 1ª.

Simeón Dávila. Doña Carmen Tomasini de Dávila. Dama antigua, medallón del siglo XVIII.

III. RESUMEN BIOGRAFICO.

- 1º Estudiante en Córdoba. Bs. Aires.
- 2º Entrada en "La Prensa" con Paz. La Revolución de 1874. Revolución por el sufragio, no; el sufragio se conquista por la educación del pueblo. (Su *filosofía*, la pluma y la espada) Paralelo, —la palabra vale más, —la prensa, y el libro civilizadores.
- 3º La Revolución de 1880.— La unidad nacional — Dávila sigue el 2º partido
- 4º En el *Congreso*. (*Diputado*, —dos períodos, — su nueva escuela, — sus debates, discursos, trabajos por su provincia.
—*Senador*.)
- 5º "La Prensa", —toda su vida pública, —toda su personalidad, —toda su ciencia.
- 6º "La Prensa" de 1869, —y la de 1918. El *poder*, —y la *escuela*, y *responsabilidad pública* de un gran diario (el cuarto poder!)
Dávila es autor de la grandeza de ese diario.

IV. DÁVILA PERIODISTA.

El marino y el
periodista

1. El *periodista moderno*. No es el literato, sino un *conjunto* de cualidades. La *percepción*, —el marino, —y los caprichos del mar. — El *periodista* y los caprichos de la opinión.

2. *El periodista y la opinión* selecta, —el periodista puro y la opinión popular, — el marino *técnico* que no conoce el mar y el *práctico* que conoce todos sus secretos. — Lo imprevisto, —la impresionabilidad del espíritu público. — Dávila era el *acierto*, el *ojo clínico*, infalible.

Las grandes crisis de la opinión.

*Cuestiones
políticas*

la crisis de 1889-90
la unificación, 1901
la cuestión con Chile de 1896
las revoluciones de 1890 y 1893

3. *El gobierno interior de la nave*, —de la casa. — Dávila íntimo, —*ecuánime*, —*consejero*, —*las crisis y conflictos internos*, —de *autoridad*. — Dávila árbitro, —amistoso, —paternal, —entusiasmo y decisión para el trabajo, —con sus inferiores.

3a El gobierno exterior, —el contacto social, —la auscultación, —mi experiencia.

4. *Dávila escritor*. — El literato y el periodista. — Influencia de la opi-

nión-masa y la *opinión selecta*, —la *fuerza* es el conjunto, —la *dirección* es la *selección*, —la *alta cultura* y el *patriotismo* señalan el rumbo, —el hábito y la práctica dan el *tipo de escrito* como la voz del comando, —y el *porte militar* para hacerse obedecer de la tropa.

5. *Paralelos.*

1. (Vélez Sársfield, Sarmiento, Mitre, Gutiérrez, Alberdi, J. C. Gómez, Varela, Andrade, Elizalde, de Vedia)

2. Los contemporáneos B. y E. Mitre, Láinez, Dávila (tipos). El *editorial* y el *suelto*.

1º La 1ª época, el *editorial*

2º La 2ª época, el *suelto*

Dávila, Bartolito, Láinez.

3. *Transformación del periodismo*, — influencia europea, —la prensa inglesa y norteamericana.

Varios temas directivos, —el breve espacio, —concreta, —breve, —terminante.

El “*leading article*” (editorial), —lucha por mantenerse. “La Prensa” es la representante de la 2ª.

*) “*La Nación*”, de la 1ª.

4. El periodismo, —poder — institución, —suprema, —la opinión personalizada.

6. *La gran lucha*. — “La Nación” y “La Prensa”. Rivalidades, grandes y pe-

El *editorial*
y el *suelto*.

queñas. La lucha por la noticia. — *Steeple chase*. — Heroismos y pequereces.

—*La lucha por la opinión* dominante.

—*La lucha por el favor* de la masa.

Efectos en el interior de los diarios.

La *crisis*, —el *encuentro*.

Emilio Mitre, — y *Adolfo Dávila*.

El duelo sensacional.

El tribunal de honor, —la gran solución.

La época de la conciliación y la concurrencia en una labor de cultura.

“*La Nación*” y la muerte de Dávila, —su juicio definitivo, —una síntesis histórica.

“Los personalismos absorbentes, las dictaduras más o menos disimuladas, las tendencias al desorden, demagogias y arbitrariedades, todo cuanto desde arriba o desde abajo se opuso al desarrollo de las fuerzas morales y materiales del país, o contrarió en modos distintos la marcha ascendente de nuestra civilización, hacia el mejoramiento de las instituciones por la tolerancia en los procedimientos y la dulzura en las costumbres, tales fueron aquellos enemigos, y los persiguió o les hizo frente sin desmayar nunca, bajo cualesquiera disfraces que endosaran en el cambiante tumulto de nuestra vida democrática. Tenía el doctor Dávila, como norte supremo de su derrotero, por encima de cuantas murallas crearan

en torno suyo, de cerca o de lejos, los intereses o las pasiones de un día, un hondo sentimiento patriótico, una clara visión de las conveniencias y exigencias superiores del país, y a esta visión, a ese sentimiento, subordinó su método y su labor, encaminando en tal rumbo la barca puesta en sus expertas manos”.

V. DAVILA PARLAMENTARIO.

a) Semejanza entre la misión del *periodista* y el *parlamentario*. El *legislador* y el *jurisconsulto*. La *opinión pública* y la ley.

—La *pasión* y el *interés* políticos en la ley.

—El espíritu jurídico en la ley.

La lucha entre los dos elementos.

—La *Cámara popular* y el Senado. *Wáshington* y *Jefferson*. *La tasa de te*.

—El criterio regulador del juez.

—La *Constitución escrita* y la *no escrita*.

La regla máxima de V. Sársfield;

La regla elástica de los norteamericanos.

“In medio virtus”, como en todo.

b) *El parlamentario moderno*.

—*La oratoria familiar*. Serena, humana.

La convicción en la asamblea y en la opinión.

La *seriedad* sin solemnidad adusta.
La *sinceridad* y la altura de propósitos.

Los oradores ingleses nuevos.

Asquith, Balfour, Roseberry, Lloyd George.

La vieja escuela argentina.

V. Alsina, Quintana, Avellaneda, Estrada, Goyena, Magnasco, Roldán, Ind. Gómez.

La nueva escuela.

Vélez Sársfield, Sarmiento, Mitre 2ª época, Pellegrini, A. del Valle, Posse, Wilde, Gallo (D).

Los actuales. Son legión. La generación joven.

c) *Dávila en el Parlamento.*

1. *Gran cultura y respeto* por la Cámara, y las formas parlamentarias.
—Conducta interior *conciliadora y ecuánime.*

—Su espíritu de gobierno, y de acción.

El periodismo y la banca.

Nunca fué *revolucionario*, y siempre fué organizador, constructor y evolucionista, (es lo justo)

➤ Error de no haberlo llevado al Ministerio.

2. Su oratoria, fácil, convincente, simpática, atractiva, correcta, su labor legislativa.

3. Era un orador moderno.

VI. DAVILA INTIMO.

a) El *causeur*, conversador.

La conversación es una cualidad superior y excepcional, es un “don de los dioses”, dirían los antiguos, —“es una música íntima de las almas en su constante trabajo de compenetración”.

—Las almas comunicativas y

—las almas contemplativas,

las 1as. conversan *entre sí*, son gratas a los dioses;

las 2as. conversan con un *ser omnipresente*

y omnividente, son gratas a Dios.

b) La palabra insinuante, cálida, expansiva, amable y sonriente que entretiene y cautiva, —*su exquisita corrección de palabra*.c) *Su cultura*, —*mundial*.

Su viaje a Europa.

Su roce social. Su *amplitud*. Su tolerancia. Su bondad. Era un carácter estoico, de la mejor época. Estoicismo ilustrado, elegante, risueño.

XX

SENTIDO ESPIRITUAL DE LA REVOLUCION DE MAYO

(LIBERAL DEMOCRÁTICA)

SENTIDO ESPIRITUAL DE LA REVOLUCION DE MAYO *

(LIBERAL DEMOCRÁTICA)

I. INTRODUCCION.

a) El honor de la invitación. Prestigio de la tribuna, y de la Y. M. C. A. en el mundo moderno. Agradecimiento.

b) *El orador.* Ausencia de aptitudes artísticas o retóricas. La *conversación* más que la *conferencia*. No será ni discurso ni conferencia. Hablaremos confidencialmente, como amigos y en libertad.

c) *El tema y la oportunidad.* 4 de julio, —9 de julio, —14 de julio. (El mes de la libertad)

—Pero hablemos de *nosotros*. La Revolución de independencia que se desarrolla alrededor de dos fechas:

25 de mayo de 1810	} <i>Diferencias de sentido</i> }	Local
9 de julio de 1816		

Un solo sentido en el fondo. *La libertad y la unidad de todo el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata.*

* Conversación en la *Young Men Christian Association*, el domingo 3 de julio de 1921.

- d) El principio espiritual ético-religioso en el examen de las causas y modalidades de la Rev. Arg. Libertad de criterio para ir a la verdad.

II. LA COLONIA. 1535-1810.

1. ¿Hay una historia espiritual? La hay pero no se ha escrito en conjunto. Se ha confundido la *historia espiritual* con la *historia eclesiástica*. Participación legal de la iglesia católica en la conquista y colonización. Las Bulas de Alejandro VI y Jul. II (1493) y el Patronato de los Reyes de España. La Real Cédula de 8 de Julio de 1508. La propagación del Evangelio y religión de Cristo.
2. ¿Cómo se hizo la propagación? De cuatro maneras:
 - 1ª *Por el poder* político y dogmático de la Iglesia Cat. (Autoridades y privilegios dogmáticos) (Clero secular).
 - 2ª *Por las misiones* entre los indios. Ordenes regulares. *La conquista espiritual* (P. Montoya) Los jesuitas, y las Mis. del Paraguay.
 - 3ª *Las escuelas*.
 - a) ¿Qué era esto? Los conventos. El método del *taladro*. El agujero en la cabeza para hacer entrar el alfabeto ("La letra con sangre entra")

San Agustín
en San Alberto,
p. 39.

b) *Las escuelas del Rey*. Escasas o ninguna. La situación en el siglo XVIII.

4ª *Las universidades*.

a) Córdoba

b) Charcas

Diferencia de espíritu. Las letras latinas en Córdoba.

El R. P. Fr. José de San Alberto. Reformador. Estado de la educación femenina. La mujer en la Colonia.

El Catecismo real del P. San Alberto. v. pág. 133. *El rey y el vasallo*. No existe el *pueblo*. v. pág. 76, 82, 83, 110. La obra benéfica del P. San Alberto. Era americano.

3. *El régimen prohibitivo* de libros no visados por el Índice.

Las *Leyes de Indias* (L. I, t. 24. l. 1 a 15).

Prohibición comercial.

Contrabando contra *monopolio*.

4. La época de Carlos III, y Virrey Vertiz. Las invasiones inglesas, y "el gusto por la libertad". *Libres para nosotros*, no para los españoles, ni para los ingleses.

5. *La crisis moral o espiritual de 1810*. Por influencia de las tres revoluciones, —condensadas en una sola tendencia político-espiritual.

Inglesa de 1688

N. Americ. 1774

Francesa, 1789

Los argentinos educados *en* Europa o *por* Europa.

III. LA INDEPENDENCIA.

1. *Estado social en 1810.*

- a) *La clase media* terrateniente y latifundista.
- b) La clase media, movible, dependiente, profesional.
- c) La clase campesina, rural (*gauchos* y criollos esclavos)
- d) La clase o “estado” eclesiástico.

2. *La clase intelectual.* Surgía de las dos primeras y debía obrar sobre las demás, —en forma centrípeta y de arriba hacia abajo.

Formada en las Universidades de *Córdoba*, —*Charcas*, —y en la influencia de las ideas *européas*. Moreno, Belgrano, Rivadavia.

3. *El clero*, y sus modalidades, —y tendencias.

- a) El clero *secular*, gobernante, regalista y político.
- b) El clero *regular*, y misionero, —difundido en la clase inferior o popular.
- c) Los jesuitas vueltos al país, —recobran su influencia.

4. *Mezcla y unión de clases en las ideas fundamentales de la Revolución (1810-1820).*

- a) *Clero nacionalista y revolucionario.*

El cisma de 1810 a 1830. Los clérigos patriotas, de las primeras

asambleas y de la prensa. Se mezcla con la clase seglar y política.

b) Las ideas se refunden en dos principios.

1º *independencia política* de España y Europa.

2º principio representativo, — democrático.

c) El *militar* y el *paisano*. La fusión en los ejércitos.

5. *La lucha de los dos principios: monárquico y republicano-democrático.*

a) El *poder político y militar* se inclina a la monarquía.

b) El *poder espiritual* y popular se inclina a la república democrática

c) El poder económico y comercial se inclina a la república por oposición a la tradición monopolista de la Colonia.

IV. *EL CONGRESO DE TUCUMAN (1816-1819).*

a) Decaimiento de la acción revolucionaria. Desastres y desesperanzas. El año 15 y la depresión moral de la Rev. Americana. Monarquías y protectorados extranjeros. La conducta de Inglaterra.

b) *El Congreso de Tucumán y la Declaración de Independencia (9 de julio)*
El todo por el todo.

San Martín y Pueyrredón, Belgrano.
(*El cambio de ruta. El genio de San Martín*)

c) *La forma de gobierno* y el R. P. fray Justo Santa María de Oro.

La dinastía de los Incas, —y la forma monárquica.

➤➤➤→ *Sesión del 15 de julio.* “Tomó la palabra el diputado padre Oro, exponiendo que para proceder a declarar la forma de gobierno era preciso consultar previamente a los pueblos... y que en caso de procederse sin aquel requisito a adoptar el sistema monárquico constitucional, a que veía inclinados los votos de los representantes, se le permitiese retirarse del Congreso, declarando ante quien debía verificar la renuncia de su empleo”.

(No se vota nada ese día).

➤➤➤→ *Sesión del 20 de julio.* “El Presidente del Congreso expone a nombre del diputado Oro, —conminado a concurrir a las sesiones, — que el no asistir éste a las discusiones acerca de la forma de gobierno, era porque las consideraba extemporáneas, y *por la necesidad de consultar antes a su pueblo*, pero que lo haría siempre que se lo ordenase el Soberano Congreso, dándole un documento que *acreditase haber sido obligado a concurrir, para satisfacer con él a su pueblo comitente*”.

(No se vota nada ese día)

»»»→ *Comentario de la actitud del padre Oro.*

Está condensada toda la doctrina *republicana, representativa, democrática y parlamentaria* en un solo rasgo de *sinceridad natural*, de quien había sido realmente elegido por el pueblo. La gran figura del Congreso.

Triunfo del espíritu democrático de la Revolución.

- d) *El Reglamento Provisorio de 1817, —y la Constitución de 1819.* Ensayos sin verdadera eficacia. Pero la forma de gobierno republicana queda consolidada.

V. POLITICA LIBERAL. — EUROPA Y RIO DE LA PLATA.

1. *La Santa Alianza. — Canning.*

Congresos de *Viena* (1815) y *Verona* (1822).

Conspiración europea contra la libertad democrática. (Metternich).

Lucha del *absolutismo* contra la libertad *moral* y política y sus órganos, —la *palabra* y la *pluma*.

2. *La lucha liberal en el Plata.*

Rivadavia y su ministerio del General Rodríguez. Encarna el doble principio espiritual de la Revolución de Mayo.

- a) El *democrático-representativo*, en su lucha contra Bolívar y nuevo régimen electoral.

- b) *La reforma eclesiástica*, —privilegios excesivos del clero, y
 - c) *El tratado Anglo-Argentino* de 1825.
 - d) *La Constitución unitaria* de 1826, liberal, conciliadora.
3. Crisis política y disolución de 1827. — Guerra del Brasil. — Unitarios y federales. — Lavalle. — Dorrego. — Rosas!
—*El elemento olvidado*, —la campaña, —el gaucho.

VI. *LA REACCION LIBERAL-DEMOCRATICA*. El núcleo intelectual de 1837. — (*Echeverría*).

- a) Bajo la tiranía. — La *emigración* de hombres e ideas.
- b) La sumisión a la fuerza. — Rosas y su sistema es un producto de la *anarquía social*, y *disgregación geográfica*.
- c) El *Dogma Socialista* de la *Asociación de Mayo*.
Recoge la bandera de principios de la Revolución, y se propone continuar su obra orgánica, interpretando su *credo* progresivamente.
- d) Como juzga *Echeverría* la acción de la Iglesia. — La cuestión religiosa y su historia y política entre nosotros. —La cuestión eludida, la cuestión vital. La eterna ficción, y falso miraje de la realidad.

➤ V. *Dogma Socialista*, pp. 105, 108, 110, 111:

- e) El *principio democrático* en política, —fusión de los elementos espirituales en la fórmula
liberal-democrática.

Leamos breves párrafos coordinados que definen la doctrina de la unidad espiritual de la democracia:

V. p. 233, 246, 252.

- f) *Echeverría precursor* de la nueva doctrina democrática, *político-espiritual, político-religiosa, político-mística*, —que expone

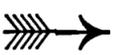
—Mr. Henry Frederick Cope en su libro *Education for Democracy* (1820) cuyo tema es la unión de los dos pensamientos *espiritual* y *político*, en la sola palabra

“Democracia”

y su existencia funcional, en la *Educación*, formación del *Espíritu*, de un pueblo, para su propio gobierno.

➤ Oigamos a *Mr. Cope*: “Las iglesias son en realidad una familia más vasta cuyos miembros se incorporan a ella voluntariamente. Es un grupo social unido por ideales espirituales y organizado para cumplir propósitos espirituales. Su función es realizar una sociedad ideal espiritual, una democracia del espíritu... Su lugar en el programa social está bien definido: es el medio por el cual en una democracia se hace posible para

las personas la libertad de formar agrupaciones propias para fines religiosos; y bajo la libertad civil, se hace posible reunir las múltiples formas de estímulo espiritual que la religión ofrece para aplicarlas al conjunto de la vida social. Es la socialización de las tradiciones y la herencia racial religiosa bajo la libertad social”.

Conclusión. — leer 

Es este principio de la unidad espiritual y política de la democracia el que lucha desde el primer día de la Revolución por tomar forma y acción constructiva en el gobierno de la sociedad argentina. Ha tenido en nuestra historia altos representantes tácitos o expresos, en San Martín y Mariano Moreno, en Rivadavia y Oro, y en Echeverría y su grupo de la Asociación de Mayo. Cuando, después de Caseros, entra la Nación en la vía de su organización definitiva, Mitre y su constelación, del lado de Buenos Aires, y del otro, los hombres consultivos del Paraná, —Alberdi, Gutiérrez entre ellos,— encarnaron el mismo principio, traído de la misma fuente originaria, y todos concurren a darle realización en las cláusulas inmortales de la Constitución de 1853 y 1860, la cual resume las aspiraciones más elevadas y amplias del alma humana: porque la esencia vital de la Constitución Argentina, —sembrada en la semilla del Congreso de 1816,— es liberal-democrática: es formar con el tiempo y por la obra de la cultura progresiva, una democracia liberal, y una democracia espiritual.

XXI

LA DISCORDIA EN LA HISTORIA ARGENTINA

.

LA DISCORDIA EN LA HISTORIA ARGENTINA *

I. INTRODUCCION.

Carácter confidencial de la conversación. Continuación o aclaración de lo dicho en el banquete del Internado. Hablé de la *discordia* en la historia argentina y de la ley de *amor* que debe corregirla, — y de *La ciencia* como remedio fundamental.

II. LA DISCORDIA DOMESTICA EN LA HISTORIA ARGENTINA.

SUS CAUSAS:

- a) *La educación de la raza española* — Opinión de Ortega y Gasset — leída en acto público.
No es cualidad ingénita de la raza, sino adquirida por educación y experiencia.
- b) *El territorio en América.* Aislamiento, distancia. Separación de los focos de población. Diversas corrientes pobladoras.
Norte, Oeste, Naciente. Choques y rivalidades. Antagonismos comerciales.

* El manuscrito no tiene fecha.

- c) *La forma de gobierno.* Lucha del Estado y de la Iglesia. La conciencia religiosa y la fidelidad al rey. La base supersticiosa de la dominación clerical.
- d) *La lucha por la vida — El egoísmo. — La superioridad, — y el amor propio* el punto de honra del carácter nacional.
Heredado por el *argentino culto* y el *gaucho*.

III. LAS CAUSAS DE DISCORDIA.

Continúan operando

- a) Rivalidades durante el virreynato (libro de Correa Luna (D. Baltr. de Arandia).
 - b) *Guerra de la Independencia.*
 - c) *Discordia* dentro de la misma. Separatismo inicial.
 - 1/ Paraguay (Francia).
 - 2/ Banda Oriental (Artigas).
 - 3/ Bolivia (Bolívar y secuaces).
 - d) Anarquía — litoral e interior de 1820 a 1828 — (Epílogo — Lavalle — Dorrego) 1837-1851). — (Rozas).
 - e) 1852-1862 (Bs. As. y la Confn.). *Pavón* (Mitre y Urquiza). El monumento del Paraná. (Basta de guerra civil!)
- (*Arequito, 1819*)

IV. SAN MARTIN Y BOLIVAR.

1. La salida de S. Martín. La anarquía del Norte. (Vilcapujio, Ayohuma, Sipe-Sipe.)
2. Resistencias contra el *plan* de invasión por Lima, trabajos de los caudillos *contra*. El "1º de *Cazadores* de los Andes".
3. La discordia en Chile contra *O'Hig. S. M.*
Los Carrera — Los caudillos.
Cockrane — Los piratas y aventureros — Brayer.
En el Perú — Riva Agüero — Monteagudo.
4. La *grandeza del alma* de San Martín — Fuera del medio de la época, y de la cultura actual. (El genio de la raza).

V. ODIOS POSTUMOS CONTRA SAN MARTIN.

- a) Su *retiro* y abdicación. En Chile y B. A.
Las *persecuciones* — de los unitarios en el poder. (Rivadavia).
- b) *San Martín* y la *Guerra del Brasil*.
El letrero infamante — y la posteridad — (El Silencio del héroe y del prócer).
- c) *Los herederos del odio* de Bolívar — Venezuela, — Col., Ecuador, — Perú, — Bolivia.

VI. LA EPOCA DE LA REGENERACION.

Debió comenzar con la era de la *enseñanza sistemática*.

Odios reviviscentes.

Odios atizados por la pasión de partido.

(Carácter de las primeras luchas electorales desde 1852 a 1890).

Los *personalismos* y los hombres de gobierno.

(Los escritores contagiados — *Sarmiento* y *Alberdi*).

Los periodistas bravos. (Ecuanimidad de Mitre. — Su evolución desde 1880. — Su serenidad histórica).

VII. LA ENSEÑANZA MODERNA.

y el espíritu de unión, fraternidad y tolerancia.

a) Epocas históricas. — *Montserrat* y la Unión en la Independencia.

b) *Montserrat* y la unión del Sud — en la organización y Confederación, — y el Colegio del Uruguay.

c) Los *internados nuevos* — en Inglaterra.

(Harrow, — Eton, — Rugby).

La encina de Ed. VII.

Francia.

Normandía, — des Roches.

(Resurrección del espíritu religioso y tradicionalista. — La Guerra.)

(Rostand, — An. France, — Hannotaux).

VIII. LA NUEVA FILOSOFIA DEL AMOR.

- Antigua** a) *La India*, — *La Grecia* (Pitakos de Mitilene). — *La Judea*. Platón, — Aristóteles, — Plotino, — (Salomón, Jesús). Alejandría.
- Cristianismo puro** b) Edad Media y Moderna. — Relig. cristiana. — La guerra.
- c) La India brahamánica actual hija de la antigua, — resucitada con la Grecia Clásica. — Los libros sagrados depurados.
 (*Kabir*, — *Rab. Tagore*)
- d) La enseñanza del amor, — por la ciencia.
- e) Leonardo de Vinci, — Ruskin, — Renan, — Berthelot.
- f) La ciencia y la enseñanza futura. El Internado. El Colegio y la Universidad.

LA NACIÓN.

XXII

POESIA Y ARTE NATIVOS

Poesía y arte nativos - { Conferencia en Bahía Blanca ca. - 1921 -

- I. Estado actual - 1. Ignorancia general del tesoro artístico-paisaje
 el viaje y el anticuismo - Influencia extranjera - la
 pedagogía del viaje - "Anacarsis" - "Telémaco".
- Música - 2. Sorpresa de los bailes y cantos de Santiago - delos &
officinas: Indígenas - orígenes (Perú y India).
- Poesía - 3. La visita de un puerto montañés (Dávalos) a B.A.
- Pintura - 4. Los pintores. (Alice - Bermudez - Pinetti - otros)

II. Zierrra y arte - 1. Influencia objetiva y subjetiva.
 Evolución de la cultura - Las formas esculturales -
 la montaña - la mitología - los rasgos primitivos.
 2. la mitología griega - Niobe - Ovidio:
 "Ubi fixa cacumina nuntii liquor, et lacrymas etiam nunc
 mirum manant."
 3. Los castros de agua - Los ríos en secreto - Los divinidos -
 los uencosos - trudim, Silfo, guroos, uencidos, trudim.
 4. niñez y la luz y el calor -
 5. Los ruidos (sus propios - sus esculturas - sus costumbres)
 La fauna maravilla del Jamantina -
 6. Los grandes acantos - El Jola - el Sirani - el Arreata -
 7. El Alpa (Hiblunga) - Wapuna -
 8. Los rayos del Norte.

- 3. Aves de canto.
- 4. Insecta de 3. niñez
- 5. Los floros -
 el cochin -
tesca
flor del vino

III. Mitología del Jamantina - Pacha-Kamach - Tuti (188)

La manifestación visible - Padre de la vida -
 1. El Genio de la Montaña - El alma de los floros
 para el Judio - hacha primaria hura - disparador de
 los tesoros metales - Los pitores del hacha hura
 de los Niños del Jam
 2. La sed de oro - la superstición - la religión - la planta.

El himno al 586.
 de Herrera, p. 72.
 (2)
 "El cerro se escrita"
Dávalos, 110 -

POESIA Y ARTE NATIVOS *

I. ESTADO ACTUAL.

1. Ignorancia general del tesoro artístico-poético. El viaje y el andinismo. Influencia extranjera. La pedagogía del viaje. *Anacarsis. Telémaco.*
- Música 2. Sorpresa de los bailes y cantos de Santiago. Telas y alfarerías indígena-criollas. (Persia e India).
- Poesía 3. La visita de un *poeta montañés* (Dávalos) a Buenos Aires.
- Pintura 4. Los pintores. (Alice, Bermúdez, Pinto y otros).

II. TIERRA Y ARTE.

1. Influencia *objetiva y subjetiva*. Gradación de la cultura. Las formas esculturales. La montaña. *La mitología*. Las razas primitivas .
2. La mitología griega. *Níobe*. Ovidio:
Ubi fixa cacumine montis liquitur, et lacrymas etiamnum marmora manant.

* Conferencia en Bahía Blanca, 1921.

3. Las caídas de agua. Los rincones secretos. *Las divinidades menores*. — Ondinas, silfos, gnomos, nereidas, ninfas.
4. Aves de canto. Insectos. La cigarra.
5. Las flores del *cardon*. *Tusca*. *Flor del aire*.
6. *Las nubes*, y la luz y el color. Sus juegos, sus esculturas. Sus vislumbres. La fantasmagoría del Famatina.
7. Los grandes montes. El *Ida*, el *Sinai*, el *Himalaya*, el *Alpes*. (Nibelungen) Wagner. Las razas del norte.

III. MITOLOGIA DEL FAMATINA.

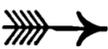
El Himno al Sol,
de Herrera, p. 72.

(?)

El cerro se enoja,
Dávalos, 110.

1. *Pachakamac*. *Inti* (el Sol). La manifestación visible. Padre de la vida.
2. El *Genio de la Montaña*. El alma de los fenómenos para el indio. Lumbre primitiva. Dispensador de los tesoros metálicos. Las futuras *Mil noches y una noche* de las minas del Famatina.
3. La sed de oro. La superstición. La religión. Los jesuitas.
4. *Kuntur*. Naturaleza del mito y su realidad viviente. *El Cóndor*. Sus costumbres y fuerza. (Darwin). Centinela cíclico, en los Andes. *Las migraciones milenarias*. Antigüedad remota.

¿Cuántas civilizaciones han vivido y muerto en América? El cóndor ha sobrevivido a todas.

Si pudiera hablar! Quiroga, página 63 

Pirhuas
Amautas
Tampu-Toca
Incas

a) Las grandes invasiones prehistóricas, hasta los primeros reyes. Los *pirhuas*. Siglo XIV, a. de C.

b) La invasión renovadora de los *Ayars*. El mito del *Huanacauri*. (Nebulosa inquietante, histórica) Amautas *.

c) *La invasión europea*. La gran tragedia histórica de la conquista. La esclavitud y extensión de la raza indígena.

d) *La independencia*. Los pasos de los Andes del Ecuador y de Mendoza (Andrade).

e) *El paso de la nave aérea*.

Almonacid en la noche (El soneto?) *

f) Inmensa fuente de creación poética en la busca del pasado remoto.

IV. LA MONTAÑA Y LA LLANURA.

La vida social. El idilio y la tragedia.
La vida de la raza nativa.
Fuentes de poesía y arte.

Olaf de Li-
tienkrantz.
Ibsen.

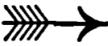
a) La atracción-prisión de la montaña.
El número. El viajero.

Tennyson:

I am a part of all that I have seen.

* Véase *El Centinela de los Andes*, vol. XXI, de estas *Obras Completas*.

La conjunción, *Quiroga*, p. 75.

Símbolo de la flor del aire en *Mis montañas*. 

b) La impresión de la fuga. La lucha con la naturaleza. La tristeza ambiente. La miseria.

Los caracteres y encantos de la región.

Luis L. Franco, poeta de Catamarca:

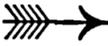
“La bendición del agua”, p. 47. .

“Oda primaveral”, p. 33.

La chicharra, la algarroba, la Pachamama, el gran misterio.

Los aromas, la flor del aire, la flor del cardón, la tusca.

El amor y la canción.

El yaraví, v. *Música y danzas nativas*, p. 54.  **

La vidalita.

Los himnos nacionales y la música nativa.

El himno del porvenir.

Cyrano y la canción de Gazcuña.

El baile y sus ritmos. El poema del *Ródano* (Mistral).

—*La vacante negra* (Famatina).

—El carnaval (Ambateño) (*Quiroga*)

c) *Las canciones*. El negro Matías. Trovero nativo.

El *tamboril*. La *quena* y la flauta de caña.

Dávalos, *Cantos agrestes*. Salta.

Franco, *La flauta de caña*. Catamarca. *Paralelo*. La Rioja.

** Volumen XX, Cap. I, de estas *Obras Completas*.

La emigración
por dolor ignoto.

*Cuando salí de mi tierra
De naidas me despedí:
Sólo de los tristes montes
Que ellos me vieron salir.*

Por desengaño
de amor.

*Río caudaloso
Dejame pasar
Porque si me quedo
Qui'hey de remediar.*

Don Juan
indígena.

*Prenda con dueño
Salgo a buscar
Porque sin dueño
No'i de encontrar*

La vidalita política. La de Quiroga
(J. F.)

Breve reseña histórica, p. 6.

La riojana. "Es toda La Rioja". Toute
la Gascogne.

Las vidalitas variadas y alegres o melan-
cólicas. La vidalita del carnaval. Pica-
rescas o pornográficas.

LAS TIERRAS DEL SUD.

La época primitiva. Sin poesía. La elocuencia
de los araucanos. (Gutiérrez).

La conquista. El romance.

La Cautiva. Martín Fierro.

El poema de la conquista y la guerra.

El poema de la victoria y de la civilización.

El trabajo, y su poesía.

Miguel A. Camino, *Chacayaleras*, p. 45.

V. *Chacayaleras*, *El Malón*, p. 65.

Un precursor, Talero.

La fusión futura, la raza. La poesía profética.

La conquista final es de la poesía. El beso
de la madre. La consagración de la gloria
y de la poesía.

VI. EL ALMA EN LA NATURALEZA.

a) *Tagore*. El cultivo y estudio de la propia naturaleza conduce al amor recíproco y a la *unidad* del sentimiento nacional.

Origen y ascensión del patriotismo.

—de la tierra al cuerpo

—del cuerpo al espíritu

—del espíritu al arte, a la religión y a la divinidad, al amor universal. La patria única.

b) *La carta de amor*, Tagore.

c) *Trabajo y gozo* ”

d) *La oración*, ”

“Lo que para la abeja en la naturaleza es sólo color y aroma, y las señales y manchas que muestran el camino directo hacia la miel, es para el corazón humano la belleza y el gozo no limitados por la necesidad. Ellos traen una carta de amor para el corazón, escrita en tintas de mil colores”.

El *Upanishad*, dice:

“*Ciencia, poder y acción están en su naturaleza*. Es una unidad, así, el *trabajo* y el *gozo*. Nosotros no hemos alcanzado todavía esta unidad. Nuestro día de labor no es nuestro día de gozo.

“El río tiene su gozo en el propio fluir de sus aguas; el fuego en la expansión de sus llamas; el perfume de las flores en su penetración de la atmósfera; ¿por qué en nuestra diaria faena no hay para nosotros la hora del gozo? Es porque nosotros no nos dejamos ir, porque no nos damos alegre e íntegramente, y por eso el trabajo nos agobia”.

La Oración, de R. Tagore:

“¡Oh, Donador de ti mismo! Ante tu visión de reposo deja a nuestras almas flamear hacia ti como el fuego, fluir hacia ti como el río, penetrar tu ser como la fragancia de la flor. Danos fuerza para amar, amar, plenamente, nuestra vida en sus goces y tristezas, en sus adquisiciones y sus pérdidas, en sus triunfos y sus caídas. Danos fuerza bastante para ver y oír tu universo y trabajar en él con pleno vigor. Déjanos vivir la vida plena que nos has dado, y tomar y dar de ella en toda nuestra libertad. Esta es nuestra plegaria para Ti...”

XXIII

FRAY MAMERTO ESQUIÚ

FRAY MAMERTO ESQUIU *

I. *NUEVO SENTIDO DEL MISTICISMO sin relación confesional.*

1. *El renacimiento místico en todo el mundo occidental en torno de la guerra. Francia, Inglaterra, Italia. Sus poetas e historiadores. (Kipling, Bridges, Watson y otros).*

¿La Argentina ha tenido verdaderos místicos? R. P. Fray Pant. García. Fray Castañeda en la Ind.

2. *El P. Esquiú. Pudo ser centro y eje de la conmemoración franciscana, porque con relación a América puede construirse este colosal tríptico escultural: San Francisco de Asís, San Francisco Solano, San Mamerto Esquiú.*

3. *Razón del desconocimiento u olvido de su grandeza moral, intelectual e histórico-política. El vértigo de la vida argentina. La fiebre del oro y la fiebre política. Los desterrados de la inteligencia, sólo viven como en un Santuario en el corazón de unos pocos admiradores, soñadores o con-*

* Conversación en el Consejo Nacional de Mujeres, el 29 de octubre de 1921.

templativos. Para volverlos a la vida hay que evocarlos con la única palabra que resucita a los muertos: amor.

4. *Evocación de un apóstol y mártir del amor humano y divino, en una época de reviviscencia de odios y pasiones amenazantes.*

II. INFANCIA, ESTUDIOS Y VOCACION.

- a) *El territorio, la época, la ascendencia. La montaña y la llanura. La tristeza luminosa de los paisajes. La grandeza sugestiva de la arquitectura y escultura naturales de la montaña andina. La música inmanente de las cosas y su revelación mística.*

La frase de Avellaneda:

- b) El sistema *socrático-evangélico* del P. Quintana. La llama de amor mantenida y avivada por el maestro. La *latinidad* clásica y *sagrada*. La *latinidad franciscana* y rústica anterior: *San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Buenaventura, San Gerónimo*. La penetración de los viejos libros del *Antiguo* y *Nuevo Testamento*. La *poesía* de la Biblia. a) *Job, Jeremías, Isaías*. b) *Salmos y libros salomónicos*. c) La vida y predicación de Cristo. d) *La poesía natural* del nativo.
- c) *¿La profesión franciscana* fué una adivinación materna? La vocación anticipada. — Espiritu franciscano puro.

»→ v. p. XXVIII. “Breves apuntes de la historia de mi entendimiento”:

(x) — (x)

d) El núcleo originario de Asis. (Bases de la orden).

1. La imitación real de Cristo, es decir, en *acción y enseñanza*.
2. La renuncia de los bienes materiales y sus goces (La dama pobreza).
3. La consagración al servicio de la desgracia, de los enfermos y de los menesterosos.
4. La ciencia de la naturaleza al encuentro de Dios.
5. La alegría *mística*, seráfica, la contemplación, las visiones, la realidad de la mente.

El P. Esquiú era uno de los primeros compañeros de San Francisco de Asis, —pudo ser uno de los 12.

III. SU OBRA HABLADA Y ESCRITA. — SU FAMA PUBLICA.

a) Su *revelación oratoria* en 1853, a los 27 años.

El sermón de la Jura en el Paraná y Buenos Aires.

Estado de la República después del año XX, del 28 (Dorrego) del 29 a 50 (Rosas).

—Las constituciones rechazadas en 1819, 1826.

Quiroga y Vélez. La guerra del Bra-

- sil. La *anarquía*. La obediencia predicada por una gran palabra.
- No
- b) Juicios de los grandes escritores argentinos. V. Sársfield, F. Frías, Navarro Viola, Del Carril y J. M. Gutiérrez, Avellaneda y Goyena.
- La unción mística en el orador sagrado.
- c) *El orador sagrado. Su gran secreto*, la unción natural que transmite la “emoción mística”, — como la música, de la naturaleza, o del órgano, o de la voz seráfica, en el canto sacro.
1. *Esquiú, orador*. Su figura. Retrato de Goyena:
 »»»→ v. p. XXXIV.
- Verdad del corazón y la conciencia, y la simulación del arte.
2. *La voz ungida de melancolía*. El “gran dolor de su vida”, que vibraba en ella. La *realidad de su sentimiento*, como quería y practicaba San Francisco. La elocuencia de la *verdad*, no de los *retóricos*.
3. “Yo lo he oído”. La plática de su recepción, con el espíritu del Sermón de la Montaña.
 —*La oración pro Trejo y Sanabria*.
Estado candente de la lucha religiosa. En la Universidad. Los sabios protestantes. La gran palabra de conciliación y de paz. La impresión de ellos.
 p. 145, 146. El gran dolor.
 p. *Dominus scientiarum*, p. 155.

Síntesis

4. La ciencia hacia lo divino. La busca de Dios conduce a la ciencia. *La verdad del mundo ideal*. La gran conciliación en el misticismo científico.
 5. *Las pastorales*. Sabiduría. Enseñanza del clero.
- d) *La oración pro Capital*, 1880.
1. *Otra vez el orador de la Constitución* (1853-1880). Los extremos de una cadena de acontecimientos de treinta años.
 2. *El juicio crítico de Pedro Goyena*. El grande orador sobre otro.
 3. *Otros discursos*. Filosóficos, religiosos, políticos.
—Polémica político-religiosa.
—Cartas, familiares, íntimas.

IV. *EL APOSTOL DE LA CARIDAD Y HUMILDAD. El hijo de San Francisco de Asís.*

1. *Espíritu de sacrificio y martirio*.
 - a) La pobreza absoluta y la suprema renunciación.
 - b) *Predicación a los salvajes, en Bolivia*.
Su residencia en Tarija.

Anécdotas

- 1ª *Encuentro con el montonero Varela*.
v. p. VII (Extracto)
- 2ª *A la luz de la luna, en el Convento de Tarija*.
← V. Ortiz, p. X y XI.
V. Avell. p. 12.

- Extracto. La belleza del cuadro. Semejanza con la escena del Dante en Santa Croce del Corvo.
- El mozo de riendas } 3ª “*Servus servorum*”. El Obispo y el cura de campaña.
En *Quilino* (Córdoba). El mozo de riendas.
- 4ª *La donación de sus bienes* a la Capilla de San Gerónimo, en Córdoba. Los espléndidos regalos de su consagración.
- El placer del cambio. } 5ª “El placer más grande es el de la variación el cambio.
—¿Y en qué cosas consisten sus cambios?
—En la posición de los mueblecitos de mi cuarto”.
2. a) Sus viajes entre los indios.
- b) *Su viaje a Jerusalem*. Los martirios de cristianos y su ayuda y desafío de la muerte. *Renan* en el Acrópolis, *Esquiú* en Jerusalem.

←═══════ *La oración*, p. 147.

V. LAS GRANDES RENUNCIACIONES. — EL SANTO.

1. *Los honores y las posiciones oficiales.*
El Arzobispado de 1871. Sarmiento, Avellaneda.
El doctor Aneiros y el pueblo y clero de Buenos Aires. Empeños para su aceptación.

2. *La carta al Obispo Fray W. Achaval.*
Su maestro y padrino.

»»»→ Véase

Comentario. El gran dolor. La profunda y muda protesta.

El himno al Sol. P. Bazán 288.

P. Bazán, p. 325, 285.

Herrera, p. 72.

VI. AMOR DE CARIDAD.

San Francisco
Jacopone

- a) *La gran llama* del evangelio franciscano. Amor del género humano como hijos de un mismo Padre. Amor de Dios personificado en Cristo. No “*imitación de Cristo*”, sino *realización* de Cristo.

Imitar es artificio, realizar es vivir a Cristo.

- b) *San Francisco y su himno a la naturaleza.* Al Sol. *Jacopone da Todi* y sus himnos. *Stabat mater speciosa.*

Fr. Tomás de Celano y su *Dies Irae* y *Stabat mater dolorosa.*

Celano

- c) *Mrs. Evelyn Underhill* y su libro sobre Jacopone da Todi.

El misticismo en la actual literatura político-social inglesa. La *corriente mística viene* del viejo fuego franciscano resucitado de entre las cenizas del siglo XIII.

No hay poetas místicos argentinos.

- d) *La poesía y el martirio* han salvado al cristianismo.

- a) En los santos padres. (*Louis Bertrand*. Himno a los himnos).
- b) En San Francisco y su escuela.
- c) En las misiones de Asia, Africa y América.
- d) En *El Genio del Cristianismo* (Rev. Franc.).

—La poesía. La abnegación misionera.

¿Quién lo salvará en las futuras crisis? Lo eterno, el espíritu, la poesía. Oigamos a Maquiavello:

“Es preciso que las religiones se rejuvenezcan volviendo a sus orígenes... Si San Francisco y Santo Domingo no hubiesen repuesto al cristianismo en el espíritu de su institución primitiva, hallaríase hoy totalmente extinguida; pero volviendo a poner en vigor la pobreza y el ejemplo de Jesucristo, ellos la despertaron en el corazón de los hombres, donde estaba agonizante...”

La religión del amor.

Todas las grandes religiones hablan del amor divino y humano como único remedio contra la inquietud del mundo.

Realización, no imitación de Cristo.

Desde el alto budismo de la India expuesto por Rabindranath Tagore en su *Sadhana*, hasta los convertidos por la influencia franciscana en el Norte y centro de Europa, como un Jenguenssen, y los pastores de las

iglesias anglo-sajones en innumerables libros llenos de tolerancia y conciliación,— y cobran nuevo sentido las confidencias de espíritus tan escépticos como el de Amiel, *que en 1863*, escribía en su diario:

“El amor sublime, único, infinito, conduce directamente al borde del grande abismo, porque habla de infinito y de eternidad. El es eminentemente religioso. Puede él mismo llegar a ser una religión”. Aun por el amor puro de hombre y mujer se encamina el alma hacia la concepción mística suprema. Y Amiel exclama: “¿Quién sabe si el amor y su beatitud, esta evidente manifestación de una armonía universal de las cosas, no es la mejor demostración de un Dios soberanamente inteligente y paternal, como es el camino más corto para llegar hasta él? El amor es una fe, y una fe llama a la otra. Esta fe es una felicidad, una luz y una fuerza...”

La vida del Padre Esquiú, —vida de amor, de caridad y sacrificio,— es una *realización* del ideal cristiano más puro, extraído de las fuentes concordantes del antiguo y nuevo testamento; alimentado en la enseñanza de los mártires de la primera era, en el prodigioso reflorecimiento pírmitu misionero del siglo XV y en franciscano del siglo XIII, en el eterna sugestión del arte, bebida

por la contemplación mística en las fuentes inagotables de la naturaleza. Y mientras más ahonda el espíritu científico en sus misterios, la divinidad de nuestra estirpe se revela con mayor fuerza y evidencia, dejándose entrever aquel *momentum intelligentiae*, que hará ver al género humano el principio del reinado de la Belleza, que es Justicia y es paz inefable.

INDICE

INDICE

MEDITACIONES HISTORICAS

	<u>Pág.</u>
I. EL DOGMA DE MAYO	11
II. LA DECLARACIÓN DE 1816	25
III. EL SILENCIO DEL GENERAL SAN MARTÍN	37
I. La escuela y el modelo cívico	39
II. El silencio de treinta años	47
III. San Martín en el arte: el cuadro de Antonio Alice ..	69
IV. LA LIBERTAD DEL PERÚ Y EL GENERAL SAN MARTÍN .	73
V. LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL. 1822-1922	89
VI. BELGRANO ÍNTIMO. MEDITACIÓN SOBRE SU CARÁCTER	107
VII. BELGRANO ESTADISTA	121
VIII. LA GLORIFICACIÓN CENTENARIA	127
Manifiesto que la Comisión nacional de homenaje al general Belgrano dirigió al pueblo de la República el 20 de junio de 1920	129
IX. GÜEMES. 1821-17 DE JUNIO-1921	143
X. ORIGEN Y FIN DE UNA DICTADURA. ALGUNAS REFLE- XIONES CONMEMORATIVAS	153
XI. A LA GLORIA DE ROSAS	165
I. El monumento insuperado e insuperable	167
II. El voto soberano y la consagración mística	170
III. Comento filosófico e histórico	173
XII. LAS GRANDES FUERZAS HISTÓRICAS. MEDITACIÓN SO- BRE UN ANIVERSARIO. 11 DE NOVIEMBRE DE 1859 ...	179

	<u>Pág.</u>
XIII. EL R. P. FRAY RAMÓN DE LA QUINTANA	193
I. Origen de la presente historia	195
II. El voto franciscano	198
III. Un educador socrático	200
XIV. FRAY MAMERTO ESQUIÚ	205
XV. EL DOCTOR DALMACIO VÉLEZ SÁRSFIELD	223
XVI. LAS OBRAS DEL DOCTOR JUAN B. ALBERDI	227
XVII. CIEN AÑOS DE AMISTAD. LA LECCIÓN DEL CENTENA- RIO BRASILEÑO	261

BOSQUEJOS DE CONFERENCIAS

I. SAN MARTÍN. — El soldado-ciudadano. Conferencia en el Colegio Militar, el 13 de julio de 1912	289
II. SAN MARTÍN. — La psicología de un grande hombre. Segunda conferencia en el Colegio Militar, el 30 de julio de 1913	311
III. SAN MARTÍN. — Sus detractores y su gloria. Conversación en la Escuela Normal de Maestros de La Rioja, el 29 de julio de 1915	325
IV. CONCEPTO HISTÓRICO SOBRE SAN MARTÍN. Conversación en la Junta de Historia y Numismá- tica Americana, el 18 de junio de 1916	337
V. EL SILENCIO DE SAN MARTÍN. Conversación en el Museo Escolar Sarmiento, el 13 de noviembre de 1920	365
VI. LA ESCUELA NUEVA Y LA ANTIGUA. Conferencia en la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, el 23 de abril de 1913	379

	<u>Pág.</u>
VII. IDEAS MODERNAS SOBRE LA ESCUELA PRIMARIA.	
Conferencia en la Escuela Normal de Chilecito, el 6 de noviembre de 1913	391
VIII. LA BIBLIOTECA Y EL AULA.	
Conversación en la Escuela Normal de Profesoras Nº 1 de la Capital, el 21 de julio de 1914	399
IX. LA ESCUELA CIENTÍFICA Y LA SELECCIÓN SOCIAL. — Educación y eugénica.	
Conferencia en la Escuela Mitre de la Capital el 28 de setiembre de 1914	409
X. EL INSTITUTO NACIONAL DE PROFESORADO SECUN- DARIO Y LA UNIVERSIDAD.	
Conversación en la Asociación Nacional del Profeso- rado, el 7 de noviembre de 1914	427
XI. LA BIBLIOTECA Y EL MAESTRO.	
Conferencia en la Escuela Superior de Maestros del Rosario de Santa Fe, el 26 de junio de 1915	435
XII. EL ROSARIO, CIUDAD UNIVERSITARIA.	
Conferencia en la Biblioteca Argentina del Rosario de Santa Fe, el 28 de junio de 1915	447
XIII. EL COLEGIO NACIONAL Y EL SISTEMA EDUCATIVO AR- GENTINO.	
Conferencia en el Colegio Nacional del Rosario de Santa Fe, el 28 de junio de 1915	461
XIV. ALEJANDRÍA, CAPITAL DEL MUNDO.	
Conversación en la Escuela Normal de La Rioja, el 5 de noviembre de 1915	471
XV. LA ESCUELA EDUCADORA.	
Conferencia en la Escuela Normal de Chilecito, en octubre de 1915	479
XVI. ORADORES MODERNOS.	
Bosquejo de una conferencia no pronunciada	489

	<u>Pág.</u>
XVII. ORADORES Y CONVERSADORES.	
Conversación en la Asociación de Ex-Alumnos del Colegio Nacional de La Plata, el 15 de junio de 1917 ..	499
XVIII. ESTUDIO BIOGRÁFICO-CRÍTICO DE VÉLEZ SÁRSFIELD.	
Conferencia pronunciada en la Junta de Historia y Numismática Americana	513
XIX. EL DOCTOR ADOLFO E. DÁVILA.	
Conferencia pronunciada en Chilecito, el 11 de abril de 1918	525
XX. SENTIDO ESPIRITUAL DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO.	
Conversación en la Young Men Christian Association, el 3 de julio de 1921	537
XXI. LA DISCORDIA EN LA HISTORIA ARGENTINA	549
XXII. POESÍA Y ARTE NATIVOS.	
Conferencia pronunciada en Bahía Blanca, en 1921 ..	557
XXIII. FRAY MAMERTO ESQUIÚ.	
Conversación en el Consejo Nacional de Mujeres, el 29 de octubre de 1921	569

